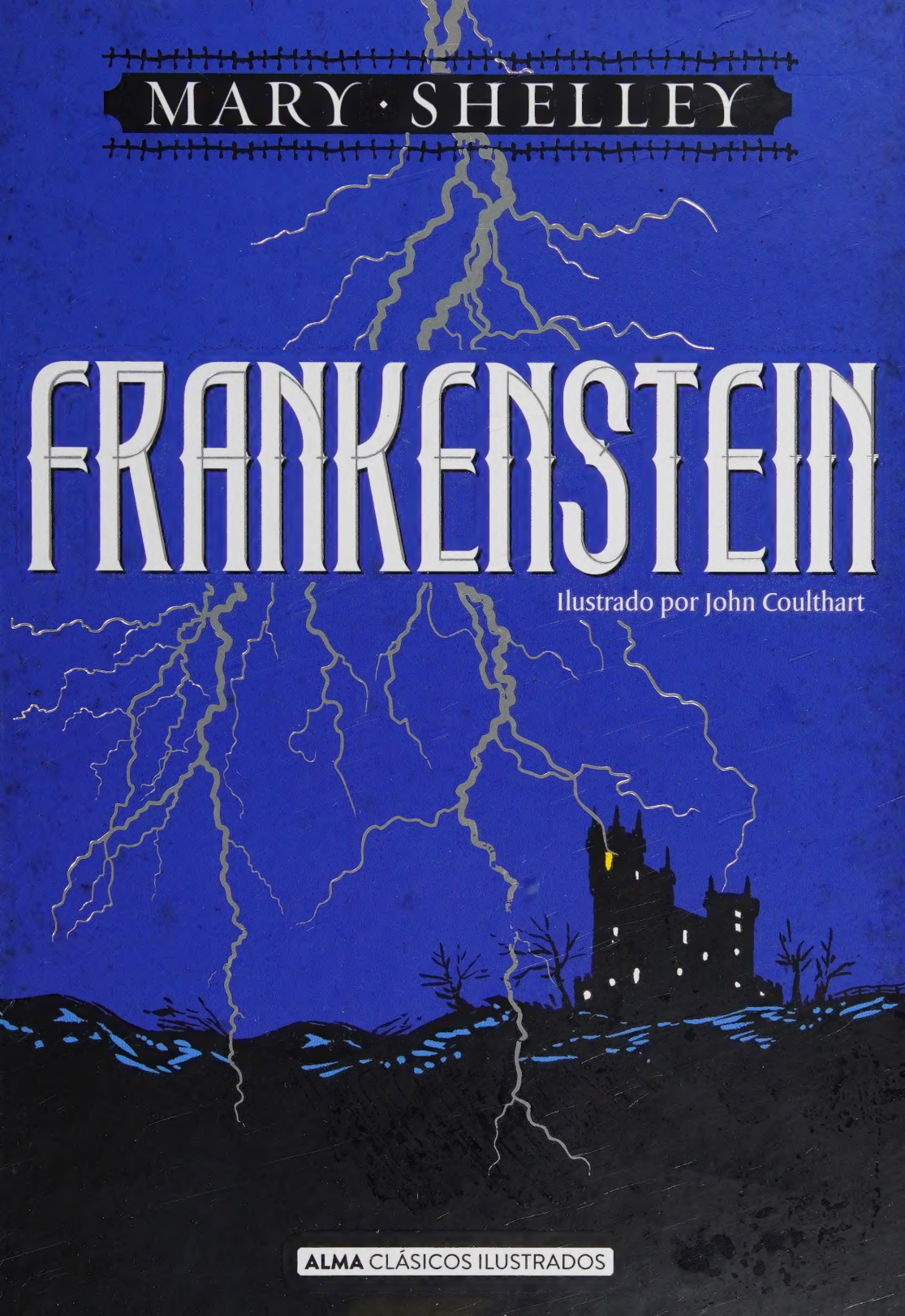




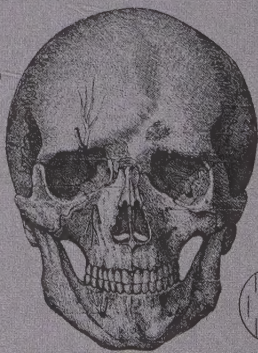
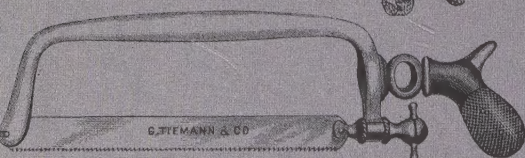
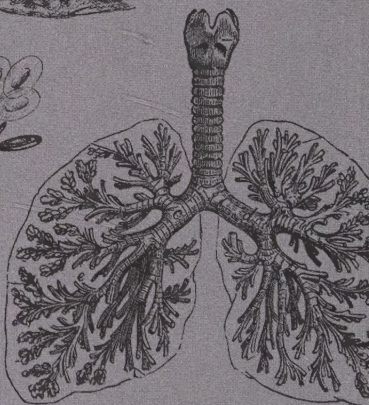
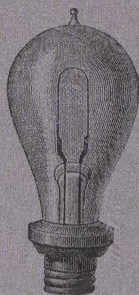
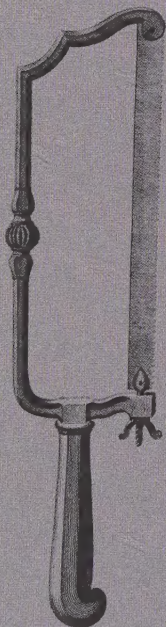
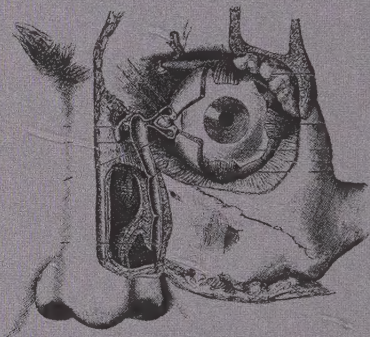
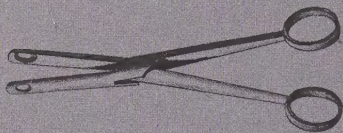
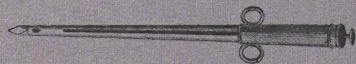
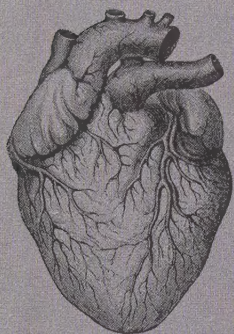
MARY · SHELLEY

FRANKENSTEIN

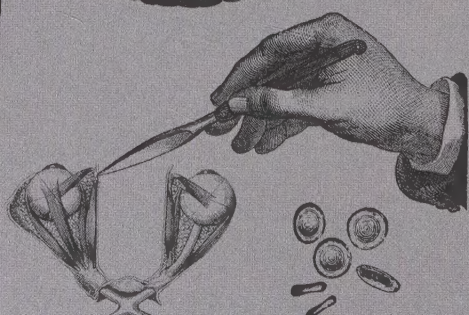
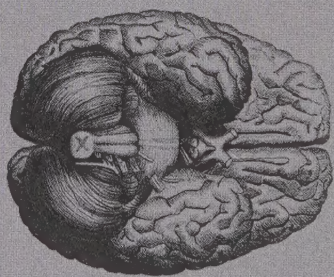
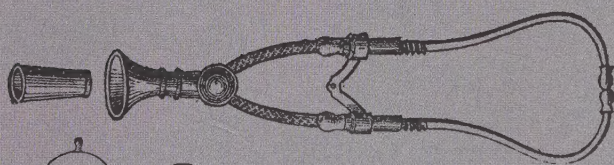
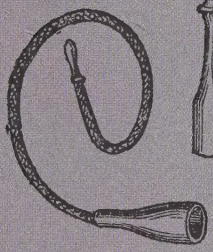
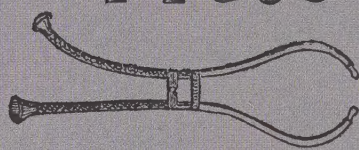
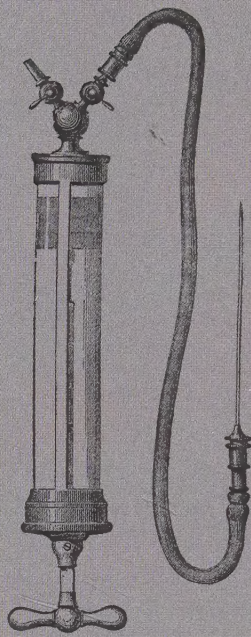
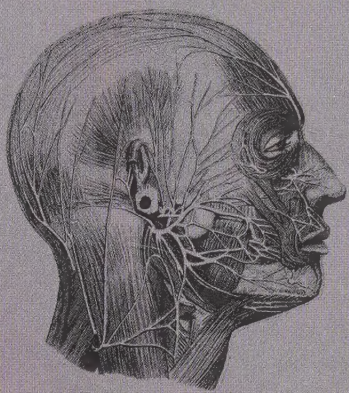
Ilustrado por John Coulthart



ALMA CLÁSICOS ILUSTRADOS









FRANKENSTEIN

¿Te pedí, Hacedor mío, que del barro
me hicieras hombre? ¿Te exigí acaso
que me sacaras de la oscuridad?

El paraíso perdido

ALMA CLÁSICOS ILUSTRADOS



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

FRANKENSTEIN

Mary W. Shelley

Ilustraciones de
John Coulthart

Edición revisada y actualizada

Título original: *Frankenstein; or, The Modern Prometheus*

La presente edición se ha publicado con la autorización de Editorial EDAF, S. L. U.

© Traducción: Alejandro Pareja Rodríguez

Ilustraciones: John Coulthart

© de esta edición:

Anders Producciones S. L., 2018

info@editorialalma.com

www.editorialalma.com

Diseño de la colección: lookatcia.com

Diseño de cubierta: lookatcia.com

Maquetación y revisión: LocTeam

ISBN: 978-84-15618-79-9

Depósito legal: B133-2018

Impreso en España

Printed in Spain

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial del libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

PREFACIO	9
PRIMERA PARTE	11
CAPÍTULO I	29
CAPÍTULO II	39
CAPÍTULO III	47
CAPÍTULO IV	55
CAPÍTULO V	63
CAPÍTULO VI	71
CAPÍTULO VII	83
SEGUNDA PARTE	93
CAPÍTULO I	95
CAPÍTULO II	103
CAPÍTULO III	111
CAPÍTULO IV	121

CAPÍTULO V	129
CAPÍTULO VI	137
CAPÍTULO VII	143
CAPÍTULO VIII	153
CAPÍTULO IX	163
 TERCERA PARTE	 169
CAPÍTULO I	171
CAPÍTULO II	181
CAPÍTULO III	189
CAPÍTULO IV	199
CAPÍTULO V	211
CAPÍTULO VI	223
CAPÍTULO VII	231

La autora dedica respetuosamente esta obra

A WILLIAM GODWIN

Autor de *Justicia política*, *Caleb Williams*, etcétera.

PREFACIO

El doctor Darwin y algunos fisiólogos alemanes han supuesto que un hecho como aquel en que se basa esta novela no es absolutamente imposible. No me atribuya el lector la más mínima fe en tal teoría; sin embargo, al tomarla como punto de partida de una obra de imaginación, no he creído tejer un mero entramado de terrores sobrenaturales. El hecho en que se basa el interés del relato está libre de las tachas de un simple cuento de espectros o encantamientos. Lo preferí en virtud de la novedad de las situaciones a que da lugar; y, con todo lo imposible que es como hecho físico, sirve de punto de apoyo de la imaginación para presentar unas pasiones humanas más amplias e imponentes que las que pueden aparecer en los relatos corrientes de hechos comunes.

He procurado así mantener la fidelidad a los principios elementales de la naturaleza humana, aunque sin dudar en introducir combinaciones nuevas entre ellos. *La Ilíada*, la tragedia griega; Shakespeare, en *La tempestad* y en *El sueño de una noche de verano*, y muy especialmente Milton, en *El paraíso perdido*, se ciñen a esta regla, y el novelista más humilde que no aspira más que a entretener o entretenerse con sus trabajos puede atreverse a aplicar a la prosa de ficción una licencia, o más bien una regla, que ha permitido crear la poesía más elevada a partir de combinaciones exquisitas de sentimientos humanos.

Las circunstancias en que se basa mi relato surgieron en una conversación casual. Empecé a escribirlo, en parte como entretenimiento, y en parte como medio de desarrollar los recursos poco ejercitados de la mente. Al ir avanzando el trabajo, intervinieron otros motivos. No me resulta indiferente, ni mucho menos, el modo en que puedan afectar al lector las tendencias morales de los sentimientos o personajes; sin embargo, en este sentido me he limitado a procurar evitar los efectos desmoralizadores de las novelas de nuestros tiempos, a presentar la bondad del cariño doméstico y la excelencia de la virtud universal. No debe suponerse de ningún modo que yo comparta siempre las opiniones del protagonista, naturales dados su carácter y su situación; ni tampoco será justo deducir de las páginas que siguen que tomo partido por una u otra doctrina filosófica.

También le interesa especialmente a la autora el hecho de que este relato se empezó a escribir en la majestuosa región donde transcurre buena parte de la acción, y en una compañía que no puede dejar de echar de menos. Pasé el verano de 1816 en los alrededores de Ginebra. Hacía tiempo frío y lluvioso, y al anochecer nos reuníamos ante un alegre fuego de leña, y a veces nos entreteníamos con cierto libro alemán de cuentos de fantasmas que había caído en nuestras manos por casualidad. Estos relatos nos despertaron el afán regocijado de imitarlos. Otros dos amigos (uno de los cuales podría crear un relato que sería mucho más aceptable para el público que cualquier obra mía) y yo acordamos escribir un cuento cada uno, basado en algún hecho sobrenatural.

Pero mejoró el tiempo de pronto y mis dos amigos me dejaron para emprender un viaje por los Alpes; y entre sus paisajes magníficos se olvidaron de sus visiones espectrales. El relato que sigue es el único que se completó.



PRIMERA PARTE



CARTA I

A la señora de Saville, Inglaterra

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17...

Te alegrarás de saber que esta empresa que tan malos presagios te había inspirado ha comenzado sin contratiempo alguno. Llegué aquí ayer, y lo primero que hago es comunicarte a ti, querida hermana, que estoy bien y con confianza creciente en el éxito de mi proyecto.

Ya estoy muy al norte de Londres, y al pasearme por las calles de San Peterburgo siento en las mejillas una brisa fría de viento del norte que me curte el ánimo y me llena de deleite. ¿Comprendes lo que siento? Esta brisa, que procede de las regiones hacia las que avanzo, me da a probar por adelantado esos climas helados. Mis ensueños, inspirados por este viento prometedor, se vuelven más fervorosos y vívidos. Intento en vano convencerme de que en el Polo reinan el hielo y la desolación: siempre se representa en mi imaginación como una región de belleza y deleites. Allí, Margaret, el sol está siempre visible; su ancho disco roza el horizonte y difunde un resplandor perpetuo. La nieve y el hielo están desterrados de allí (pues, si me lo permites, hermana, creeré hasta cierto punto a los navegantes que me han precedido), y nos podemos deslizar, navegando sobre un mar en calma, hasta una tierra que sobrepasa en maravillas y belleza a cualquier otra región descubierta hasta

ahora en el globo habitable. Sus paisajes y recursos pueden no tener parangón, como no lo tienen, sin duda, los fenómenos de los cuerpos celestes en esos desiertos inexplorados. ¿Qué no se puede esperar de un país de luz eterna? Quizá descubra allí la fuerza asombrosa que atrae la aguja, y podré realizar un millar de observaciones del cielo, con lo que este viaje servirá para explicar para siempre los movimientos aparentemente excéntricos de los astros. Satisfaré mi curiosidad ardorosa con la visión de una parte del mundo que nadie ha visitado hasta ahora, y podré pisar una tierra que jamás han hollado los hombres. Éstas son las cosas que me impulsan, y me bastan para sobreponerme a todo temor al peligro o a la muerte y para inducirme a emprender este arduo viaje con la alegría de un niño que sube a una barca, con sus compañeros de vacaciones, para emprender un viaje de exploración remontando el río de su pueblo natal. Pero, aun suponiendo que todas estas conjeturas resulten falsas, no podrás poner en tela de juicio el bien inestimable que haré a toda la humanidad, hasta la última generación, al descubrir en las cercanías del Polo un paso que permita viajar hasta aquellos países que ahora se tardan tantos meses en alcanzar; o dilucidando el secreto de la brújula, que, si es que tiene solución, sólo se podrá conseguir con una empresa como la mía.

La agitación con que empecé a escribir esta carta se ha disipado con estas reflexiones, y siento que se me enciende el corazón con un entusiasmo que me eleva hasta los cielos, pues no hay nada mejor para tranquilizar la mente que un propósito constante, un punto donde el alma pueda fijar la mirada de su intelecto. Esta expedición ha sido el sueño favorito de mis primeros años. He leído con ardor las crónicas de los diversos viajes que se han realizado con la intención de llegar al norte del océano Pacífico por los mares que rodean el Polo. Recordarás que la totalidad de la biblioteca de nuestro buen tío Thomas estaba compuesta de las historias de todos los viajes de descubrimiento. Aunque descuidé mi instrucción, tenía la pasión de la lectura. Aquellos volúmenes eran mi único objeto de estudio, día y noche, y cuanto más me familiarizaba con ellos más se agudizaba el dolor que había sentido de niño, al enterarme de que mi padre, en su lecho de muerte, le había encargado a mi tío que me prohibiera hacerme marino.

Estas visiones se destiñeron cuando leí por primera vez a los poetas, cuyas efusiones me extasiaron el alma y la elevaron hasta los cielos. Yo mismo me hice poeta y viví un año entero en un paraíso creado por mí; me figuraba que podría alcanzar, yo también, un altar en el templo donde están consagrados los nombres de Homero y Shakespeare. Bien conoces mi fracaso, y cuánto me hizo sufrir la desilusión. Pero precisamente por entonces heredé la fortuna de mi prima y volví mis pensamientos a su dirección primitiva.

Han pasado seis años desde que me decidí a abordar esta empresa. Todavía recuerdo el momento en que emprendí este gran proyecto. Empecé por acostumbrar mi cuerpo a las penalidades. Acompañé a los balleneros en varias expediciones al mar del Norte. Soporté voluntariamente el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño. De día acostumbraba a trabajar más que los marineros, y dedicaba las noches al estudio de las matemáticas, de la teoría de la medicina y de las ramas de la física que más le pueden interesar al navegante aventurero. Por dos veces me enrolé en calidad de tercer oficial en un barco ballenero que faenaba en Groenlandia, y cumplí los deberes de mi cargo de manera admirable. Debo reconocer que sentí cierto orgullo cuando mi capitán me ofreció el puesto de segundo de a bordo del buque, suplicándome con gran ahínco que siguiera navegando con él: tanto valoraba mis servicios.

Y, mi querida Margaret, ¿acaso no me merezco ahora alcanzar alguna meta grandiosa? Podía haber pasado la vida entre lujos y comodidades, pero he preferido la gloria a cualquier otro atractivo que pudieran ofrecerme las riquezas. ¡Ojalá me respondiera afirmativamente alguna voz de aliento! Tengo firmes el valor y la decisión, pero la esperanza me fluctúa y el ánimo me decae con frecuencia. Voy a emprender una travesía larga y difícil, cuyas vicisitudes me exigirán toda mi fortaleza: no sólo tendré que animar a los demás, sino que, además, a veces tendré que mantener mi propio ánimo cuando decaiga el de los otros.

Ésta es la época más favorable para viajar en Rusia. Se deslizan velozmente sobre la nieve en sus trineos. El movimiento es agradable, y a mí me parece mucho más cómodo que el de las diligencias de Inglaterra.

El frío no es insoportable si se va abrigado con pieles, modo de vestir que ya he adoptado, pues caminar por la cubierta del barco es muy distinto de pasarse horas enteras sentado e inmóvil, sin ejercicio que impida que la sangre se te llegue a helar en las venas. No tengo el menor deseo de perder la vida en el camino real de San Petersburgo a Arcángel.

Partiré camino de esta última población de aquí a dos o tres semanas. Me propongo arrendar allí un barco. Para ello, bastará con pagarle el seguro al propietario. Y contrataré a todos los marineros que me parezcan necesarios entre los que están acostumbrados a la caza de la ballena. No pienso hacerme a la mar hasta el mes de junio. Y ¿cuándo he de regresar? Ah, mi querida hermana, ¿cómo responder a esta pregunta? Si tengo éxito, habrán de pasar muchos meses, años enteros quizás, antes de que volvamos a vernos. Si fracaso, me verás pronto... o tal vez nunca.

Adiós, mi buena y querida Margaret. El cielo te colme de bendiciones y me guarde a mí para que dé fe una y otra vez de cuanto aprecio tu cariño y bondad.

Tu hermano que te quiere,

R. WALTON

CARTA II

A la señora de Saville, Inglaterra

Arcángel, 28 de marzo de 17...

¡Qué espacio transcurre aquí el tiempo, rodeado como estoy de hielo y nieve! Sin embargo, ya he dado un segundo paso en mi empresa. He armado un navío y me ocupo de reclutar a mis marineros; los que ya tengo enrolados me parece hombres de confianza, y no me cabe duda de que están dotados de un valor a toda prueba.



Pero todavía no he podido subsanar una falta que ahora me parece una carencia muy grave. No tengo ningún amigo, Margaret. Cuando me enciende de entusiasmo por el éxito, no tendré a mi lado a nadie que comparta mi regocijo. Si me asedia el desánimo, nadie procurará apoyarme en mi desaliento. Llevaré al papel mis pensamientos, es verdad; pero éste es un medio exiguo para comunicar los sentimientos. Quisiera la compañía de un hombre que compartiera mis sentimientos, cuya mirada respondiera a la mía. Quizá me tomes por un romántico, querida hermana, pero el caso es que echo mucho en falta la compañía de un amigo. No tengo a mi lado a una persona amable, además de valerosa, culta y amplia de miras, de gustos semejantes a los míos, que apruebe mis planes o los enmiende. ¡Qué bien supliría un amigo así las faltas de tu pobre hermano! Soy demasiado ardoroso en la ejecución de mis planes, y demasiado impaciente ante las dificultades. Pero es más grave todavía para mí el ser autodidacta. Pasé los primeros catorce años de mi vida correteando libremente por los prados, sin leer más que los libros de viajes de nuestro tío Thomas. A dicha edad conocí a los poetas célebres de nuestra nación; pero cuando comprendí la necesidad de aprender otras lenguas, además de la mía natal, ya había perdido la ocasión de llevar este aprendizaje a la práctica de la manera más beneficiosa para mí. Ahora, a mis veintiocho años, la verdad es que tengo menos letras que muchos escolares de quince. Es verdad que he pensado más, y que mis ensueños son más amplios y grandiosos; pero necesitan *proporción*, como dicen los pintores; y me haría mucha falta un amigo que tuviera el buen sentido suficiente para no despreciarme por romántico y el afecto suficiente para procurar regularme la volun^ad.

Y bien, me quejo en vano: es seguro que no encontraré ningún amigo en alta mar; ni siquiera aquí, en Arcángel, entre mercaderes y marinos. Sin embargo, aun en estos pechos rudos latén algunos sentimientos superiores a la escoria de la naturaleza humana. Mi segundo, por ejemplo, es hombre de maravillosos valor e iniciativa; tiene un ansia desenfrenada de gloria, o de ascender dentro de su profesión. Es inglés, y entre los defectos propios de su nacionalidad y profesión, nada suavizados por la cultura, conserva algunas de las prendas más nobles de la humanidad. Yo lo había conocido a bordo de

un barco ballenero. Me lo encontré en esta ciudad, sin empleo, y no me costó trabajo enrolarlo como colaborador en mi empresa.

El segundo es hombre de carácter excelente, que destaca a bordo por su delicadeza y la suavidad de su disciplina. Es, en efecto, un hombre tan bondadoso que no quiere cazar (que es un pasatiempo muy popular aquí, casi el único que existe) porque no soporta derramar sangre. Es, además, de una generosidad heroica.

Hace algunos años, este hombre amaba a una señorita rusa de dote moderada; él, por su parte, había amasado una suma considerable en presas, y el padre de la muchacha accedió a concederle su mano. El hombre vio a su amada en una ocasión, antes de la ceremonia, pero estaba bañada en lágrimas y, arrojándose a sus pies, le suplicó que tuviera compasión de ella y le confesó al mismo tiempo que amaba a otro, aunque éste era pobre y el padre de ella no daría jamás su consentimiento a tal unión. Mi amigo, generoso, tranquilizó a la que le suplicaba de este modo y, tras informarse del nombre de su enamorado, renunció a sus pretensiones. Ya se había comprado con su dinero una granja, donde había pensado pasar el resto de su vida; pero se la cedió por entero a su rival, además del resto del dinero de presas que le quedaba, para comprar ganado, y él mismo le pidió al padre de la joven que consintiera en casarla con su enamorado. Sin embargo, el viejo se negó tajantemente, considerando que tenía una deuda de honor con mi amigo; de manera que éste, al ver que el padre no daba su brazo a torcer, se marchó del país y no regresó hasta enterarse de que su antigua amada se había casado con el hombre a quien quería. «¡Qué sujeto tan noble!», dirás. Y lo es; pero también es verdad que carece en absoluto de cultura; ha pasado toda su vida embarcado, y apenas tiene idea de nada que no sean cabos y velas.

Pero no te figures, o bien porque me quejo un poco o bien porque se me ocurre algo que me consolaría en mis fatigas y que quizá no consiga nunca, que flaqueo en mi determinación. Ésta está tan fija como el destino, y mi viaje marítimo sólo espera el momento de que el tiempo me permita embarcarme. Ha hecho un invierno terriblemente riguroso, pero parece que llega una buena primavera y dicen que se está adelantando de manera



excepcional, de modo que quizá pueda hacerme a la mar antes de lo que esperaba. No actuaré con precipitación: me conoces lo suficiente para confiar en mi prudencia y consideración cuando de mí depende la seguridad de otros.

No puedo describirte mis sensaciones ante la perspectiva de iniciar próximamente mi empresa. Es imposible darte una idea de la sensación trémula, entre placentera y temerosa, con que me dispongo a partir. Lo hago hacia regiones inexploradas, a «la tierra de la bruma y la nieve», pero no mataré ningún albatros. No temas, por lo tanto, por mi seguridad.

¿Volveré a verte después de haber surcado mares inmensos y de regresar doblando el cabo más austral de África o de América? No me atrevo a esperar un éxito tal; sin embargo, tampoco soporto imaginarme la posibilidad opuesta. Sigue escribiéndome en todas las ocasiones: aunque la posibilidad es muy remota, quizá reciba tus cartas en los momentos en que más falta me hacen para levantarme el ánimo. Te quiero con ternura. Recuérdate tú con afecto, si es que no vuelves a tener noticias mías nunca.

Tu hermano que te quiere,

ROBERT WALTON

CARTA III

A la señora de Saville, Inglaterra

17 de julio de 17...

Mi querida hermana:

Te escribo unas líneas apresuradas para decirte que estoy bien, y muy avanzado en mi viaje. Llevará esta carta a Inglaterra un navío mercante que vuelve ahora de Arcángel a nuestro país; más dichoso que yo, que quizá no vuelva a ver mi tierra natal hasta dentro de muchos años.



Sin embargo, estoy de buen ánimo; mis hombres son valientes y, al parecer, firmes, y tampoco parece que los desanimen las placas flotantes de hielo con que nos cruzamos constantemente, y que nos avisan de los peligros de la región hacia la que avanzamos. Ya hemos alcanzado una latitud muy elevada; pero estamos en pleno verano y, aunque no hace tanto calor como en Inglaterra, los vientos del sur, que nos impulsan velozmente hacia las costas que con tanto ardor deseo visitar, nos traen un calor reconfortante que yo no había esperado.

No se ha producido hasta ahora ningún percance digno de mencionarse en una carta. Una o dos galernas fuertes y la rotura de un mástil, incidentes que los navegantes con experiencia apenas se molestan en reseñar, y me daré por satisfecho si no nos sucede nada peor en nuestra travesía.

Adiós, mi querida Margaret. Puedes confiar en que no correré peligros temerarios, por ti y por mí. Seré frío, perseverante y prudente.

Da recuerdos de mi parte a todos mis amigos de Inglaterra.

R. W.

CARTA IV

A la señora de Saville, Inglaterra

5 de agosto de 17...

Nos ha sucedido un incidente tan extraño que no puedo menos de dejar constancia de él, aunque es muy probable que me veas antes de que estos papeles puedan llegar a tus manos.

El lunes pasado (31 de julio) estuvimos a punto de quedarnos cercados por el hielo, que rodeaba el barco por todas partes; apenas le quedaba el espacio de agua donde flotaba. Nuestra situación era algo peligrosa, máxime



teniendo en cuenta que se cernía a nuestro alrededor una niebla muy espesa. En vista de ello, nos pusimos al paio, esperando que cambiaran el tiempo y la atmósfera.

La niebla se despejó hacia las dos y vimos en todas direcciones unas anchurosas llanuras irregulares de hielo, que no parecían tener fin. Algunos de mis compañeros suspiraban, y a mí mismo se me empezaba a llenar la cabeza de ideas angustiosas, cuando un extraño espectáculo nos llamó la atención de pronto y nos hizo olvidarnos de nuestra propia situación. Vimos pasar hacia el norte, a media milla de distancia, un carruaje bajo, montado sobre un trineo y arrastrado por perros.

El que iba sentado en el trineo y guiaba los perros era un ser con forma de hombre, pero, al parecer, de estatura gigantesca. Observamos con nuestros catalejos el rápido avance del viajero hasta que se perdió de vista a lo lejos entre las irregularidades del hielo.

Esta aparición nos produjo un asombro inenarrable. Nos hallábamos, según creíamos, a muchos centenares de millas de cualquier tierra. No obstante, parecía que aquella aparición daba a entender que no estábamos tan lejos de tierra como habíamos supuesto. Atrapados por el hielo, no obstante, nos resultó imposible seguir su camino, que habíamos observado con la mayor atención. Cosa de dos horas después de este suceso oímos el oleaje, y antes de que cayera la noche se quebró el hielo y nuestro barco quedó libre. Seguimos al paio, sin embargo, hasta la mañana siguiente, temiendo encontrarnos a oscuras con esas grandes masas sueltas que quedan flotando después de romperse los hielos. Aproveché este rato para descansar unas horas.

A la mañana siguiente, no obstante, en cuanto hubo luz, subí a cubierta y me encontré a todos los marineros asomados a uno de los costados del barco, hablando, al parecer, con alguien que estaba en el mar. Se trataba, de hecho, de un trineo como aquel que habíamos visto antes, y que había llegado hasta nosotros flotando a la deriva sobre un gran trozo de hielo. Sólo quedaba vivo un perro; pero dentro del trineo iba un ser humano al que los marineros intentaban convencer de que subiera a bordo. A diferencia del viajero anterior, no daba la impresión de ser un habitante salvaje de

alguna isla no descubierta, sino que era un europeo. Cuando salí a cubierta, el segundo dijo: «Aquí llega nuestro capitán, que no consentirá dejarlo morir en mar abierto».

El forastero, al verme, me habló en inglés, aunque con acento extranjero. «Antes de que suba a bordo de su barco, ¿tendrá usted la bondad de informarme de adónde se dirigen?», me dijo.

Ya te figurarás lo atónito que me quedé al oír tal pregunta en boca de un hombre que estaba al borde de la muerte, y que yo habría supuesto que tendría mi barco por un refugio al que no habría cambiado por la riqueza más preciosa del mundo. Le respondí, no obstante, que hacíamos un viaje de exploración hacia el Polo Norte.

Eso pareció satisfacerlo, y accedió a subir a bordo. ¡Dios santo, Margaret! Si hubieras visto al hombre que ponía tales reparos para salvarse, tu sorpresa no habría tenido límites. Tenía casi congelados los miembros, y el cuerpo terriblemente demacrado por la fatiga y las penalidades. No había visto jamás a un hombre en estado tan lastimoso. Intentamos llevarlo a un camarote; pero, en cuanto dejó de estar al aire libre, se desmayó. En vista de ello, volvimos a sacarlo a cubierta y lo reanimamos dándole friegas con coñac y haciéndole tragar un poco a la fuerza. En cuanto dio señales de vida, lo envolvimos en mantas y lo pusimos cerca de la chimenea del fogón de la cocina. Se fue recuperando poco a poco y tomó algo de sopa, que lo reconfortó de maravilla.

Pasó así dos días sin poder hablar, y yo me temí muchas veces que sus penalidades le hubieran hecho perder el juicio. Cuando se hubo recuperado en cierto grado, lo trasladé a mi propio camarote y le dediqué todas las atenciones que me permitía el desempeño de mis deberes. No he visto jamás un ser más interesante que éste. En general, tiene mirada de extravío, o incluso de locura, pero hay momentos en que, cuando alguien tiene algún gesto de bondad con él o le hace el favor más insignificante, se le ilumina todo el semblante, por así decirlo, con una sonrisa de dulzura y benevolencia como no he visto otra igual. Pero en general está melancólico y desesperado, y a veces aprieta los dientes como si no soportara el peso de las tribulaciones que lo oprimen.



Cuando mi huésped hubo mejorado un poco, me costó gran trabajo apartar de él a los tripulantes, que querían hacerle mil preguntas; pero yo no podía consentir que lo atormentaran con su curiosidad vana, en un estado físico y mental para cuya recuperación era evidente que debía guardar reposo absoluto. Sin embargo, el segundo de a bordo le preguntó en una ocasión por qué había viajado tan lejos sobre el hielo en un vehículo tan extraño.

Su semblante adoptó al momento un aspecto de la más honda melancolía, y respondió:

—Para perseguir a uno que huía de mí.

—¿Y el hombre al que perseguía usted viajaba del mismo modo?

—Sí.

—Entonces, me parece que lo hemos visto, pues el día antes de recogerlo a usted vimos pasar por el hielo a un hombre en un trineo tirado por perros.

Esto suscitó el interés del forastero, que hizo multitud de preguntas sobre el camino que había seguido el demonio, como lo llamaba él. Poco más tarde, ya a solas conmigo, dijo:

—Sin duda habré despertado la curiosidad de usted y la de estas buenas gentes, aunque usted tiene la consideración de no preguntarme nada.

—Desde luego. Sería el colmo de la impertinencia y de la inhumanidad por mi parte molestarlo con interrogatorios.

—Con todo, me ha rescatado de una situación extraña y peligrosa. Ha tenido la bondad de devolverme la vida.

Poco después, me preguntó si yo creía que el otro trineo se habría destruido al romperse el hielo. Repliqué que no podía responderle a punto fijo, pues el hielo no se había roto hasta cerca de la medianoche, y el viajero podría haber llegado a algún lugar seguro antes de dicha hora. Pero yo no podía juzgarlo.

A partir de este momento, el forastero pareció sentir un vivo deseo de subir a cubierta a otear en busca del trineo que había aparecido antes; pero lo he convencido de que se quede en el camarote, pues está demasiado débil, con mucho, para soportar esta atmósfera tan cruda. Pero le he

prometido que alguien oteará en su lugar, y le avisará al instante si se avista algún nuevo objeto.

Éste ha sido el diario de lo relacionado con este suceso extraño hasta el día de hoy. El forastero ha ido mejorando de salud de manera paulatina, pero está muy callado y parece intranquilo cuando entra en su camarote alguien que no sea yo. Sin embargo, tiene unos modales tan conciliadores y delicados que todos los marineros se interesan por su estado, a pesar del poco trato que han mantenido con él. Yo, por mi parte, empiezo a quererlo como a un hermano, y su pesadumbre constante y profunda me llena de lástima y conmiseración. Ha debido de ser un gran sujeto en tiempos mejores, en vista de lo encantador y afable que es incluso ahora, en su época más baja. Te dije en una de mis cartas, mi querida Margaret, que no encontraría ningún amigo en alta mar; pero he encontrado a un hombre al que me habría alegrado tener por hermano del alma antes de que su espíritu quedara destrozado por la desgracia.

Seguiré anotando periódicamente en mi diario lo relacionado con el forastero, si es que se producen nuevos incidentes dignos de mención.

13 de agosto de 17...

El afecto que siento por mi huésped aumenta día a día. Despierta al mismo tiempo mi admiración y mi compasión en grado asombroso. ¿Cómo puedo ver destrozado por la tristeza a un ser tan noble sin sentir el más agudo de los dolores? Es muy delicado y muy sabio a la vez; tiene la mente muy cultivada, y cuando habla, aunque escoge las palabras con la mayor elegancia, le fluyen con rapidez y elocuencia sin igual. Ya se ha recuperado mucho de su enfermedad y está constantemente en cubierta, oteando, al parecer, en busca del trineo que precedió al suyo. Sin embargo, a pesar de su infelicidad, no está tan absorto en su propia desgracia como para dejar de interesarse profundamente por las actividades de los demás. Me ha hecho muchas preguntas sobre mi proyecto, y yo le he referido con franqueza mi pequeña historia. Al parecer, la confianza



que puse en él le complació, y me propuso algunas modificaciones en mis planes que me resultarán enormemente útiles. No hay la menor pedantería en su actitud: parece que todo lo hace movido por su interés instintivo por el bienestar de quienes lo rodean. Lo suele dominar la pesadumbre, y entonces se sienta a solas e intenta superar toda la taciturnidad e insociabilidad de su ánimo. Estos ataques se le pasan como una nube que deja de ocultar el sol, aunque su abatimiento no lo abandona nunca. He procurado ganarme su confianza, y confío en haberlo conseguido. Cierta día le comenté cuánto había deseado siempre encontrar un amigo que me entendiera y me orientara con sus indicaciones. Le dije que no soy de esos hombres que se ofenden cuando se les da un consejo.

—Soy autodidacta —añadí—, y dependo de mis propias fuerzas, que quizá no basten. Por eso quisiera que mi compañero fuese más sabio que yo y tuviera más experiencia, para que me confirmara y me apoyase. No considero imposible encontrar un amigo fiel.

—Creo, como usted, que la amistad no sólo es deseable, sino también alcanzable —respondió el forastero—. Yo tuve una vez un amigo, el más noble de los seres humanos, y por eso puedo juzgar acerca de la amistad. Usted tiene ilusiones, tiene todo el mundo por delante, y no tiene por qué desanimarse. Pero yo lo he perdido todo y no puedo empezar una nueva vida.

Al decir esto, su semblante expresó un dolor tranquilo y asentado que me llegó al corazón. Pero se quedó callado y se retiró a su camarote poco después.

A pesar de su abatimiento es capaz de apreciar mejor que nadie las bellezas de la naturaleza. Parece que ni el cielo estrellado, ni el mar ni todos los espectáculos que ofrecen estas regiones maravillosas han perdido el poder de elevar su alma de la tierra. Un hombre como éste debe llevar una doble existencia: puede padecer las desgracias y estar abrumado por las desilusiones, pero cuando se retira dentro de sí mismo es como un espíritu celestial, rodeado de una aureola en la que no irrumpen las penas ni las locuras.

¿Te reirás del entusiasmo con que hablo de este viajero divino? Si lo haces, es que has perdido, sin duda, la sencillez en la que consistía

en otro tiempo ese encanto tan tuyo. Pero sonríete, si quieres, del calor de mis expresiones, mientras yo encuentro cada día nuevos motivos para repetirlas.

19 de agosto de 17...

Ayer me dijo el forastero:

—Le habrá resultado fácil advertir, capitán Walton, que he padecido desventuras grandes y sin igual. Había tomado la decisión de que el recuerdo de estos males muriera conmigo; pero usted me ha llevado a cambiar de determinación. Usted busca el conocimiento y la sabiduría, como los busqué yo en otros tiempos, y deseo ardientemente que la satisfacción de sus deseos no le muerda como un áspid, tal como me sucedió a mí. No sé si le servirá a usted de algo la crónica de mis desventuras. Sin embargo, escuche mi relato si así lo desea. Creo que sus incidentes extraños le aportarán una visión de la naturaleza que tal vez le agudice las facultades y el entendimiento. Oirá hablar de poderes y hechos que estará acostumbrado a tomar por imposibles; pero no me cabe duda de que mi relato contiene en sí pruebas suficientes que convencen de la realidad de los hechos que lo conforman.

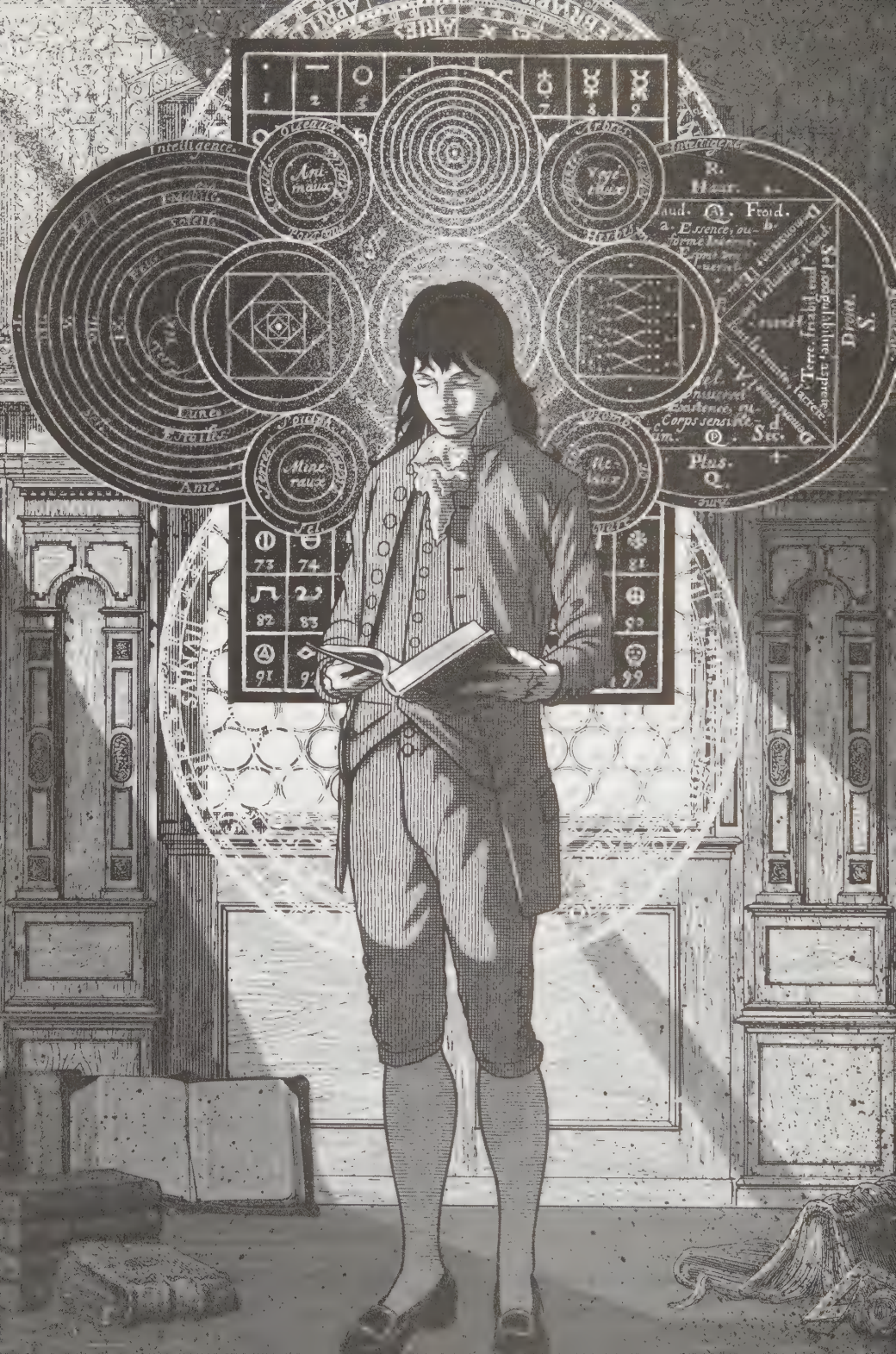
Bien te puedes figurar cuánto me agradó aquella propuesta. No obstante, me pareció intolerable que renovara su dolor recitando sus desventuras. Me interesaba mucho oír la narración que prometía, en parte por curiosidad y en parte por mi deseo vehemente de hacer todo cuanto estuviera en mi mano por aliviar su suerte. Le respondí expresándole todos estos sentimientos.

—Le agradezco su solidaridad —respondió—, pero es inútil. Mi suerte ya casi se ha cumplido. Sólo espero que pase una cosa, y después descansaré en paz. Comprendo los sentimientos de usted —prosiguió, advirtiéndole que quería interrumpirlo—, pero se equivoca, amigo mío, si me permite darle este nombre. Nada puede cambiar mi destino: escuche mi historia y verá cuán irrevocablemente está fijado.

Me dijo después que empezaría su narración al día siguiente, cuando yo estuviera desocupado. Le agradecí efusivamente esta promesa. He tomado

la resolución de escribir todas las noches, cuando me lo permitan mis ocupaciones, lo que me haya narrado durante el día, en sus propias palabras en la medida de lo posible. Si estoy ocupado, tomaré notas, al menos. Este manuscrito te agradará enormemente a ti, sin duda; pero icon cuánto interés y comprensión lo leeré más adelante yo, que lo conozco en persona y que se lo oiré narrar de sus propios labios!





CAPÍTULO I

Nací en Ginebra, y mi familia es una de las más distinguidas de dicha república. Mis antepasados han sido miembros del consejo y síndicos desde hace muchos años, y mi padre ha desempeñado varios cargos públicos con honra y buena fama. Todos los que lo conocían lo respetaban por su integridad y su atención infatigable a los asuntos públicos. Dedicó toda su juventud a los asuntos de su patria, y sólo cuando llegó al otoño de su vida pensó en casarse para darles al Estado hijos que pudieran transmitir a la posteridad sus virtudes y su nombre.

No puedo dejar de relatar las circunstancias de su matrimonio, que ponen de relieve su carácter. Uno de sus amigos más íntimos era un comerciante a quien, tras haberse hallado en situación floreciente, múltiples infortunios llevaron a la pobreza. Este hombre, apellidado Beaufort, era orgulloso y terco, y no soportaba vivir en la pobreza y el olvido en el mismo país donde antes se había distinguido por su categoría y opulencia. Por lo tanto, tras haber saldado sus deudas con toda honradez, se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna, donde vivió oculto y en la miseria. Mi padre sentía una viva amistad por Beaufort, y la retirada de éste en circunstancias tan desventuradas le produjo un hondo dolor. También le dolía haber perdido su compañía, y resolvió buscarlo e intentar convencerlo de que emprendiera una nueva vida, apoyándose en el crédito y la ayuda de mi padre.

Beaufort había adoptado medidas eficaces para ocultarse, y mi padre no descubrió dónde vivía hasta diez meses más tarde. Regocijado por haberlo encontrado, corrió a la casa, que estaba en una calle ruin, cerca del Reuss. Pero cuando entró en ella, sólo salieron a recibirlo la desgracia y la desesperación. Beaufort únicamente había salvado de la ruina una cantidad de dinero muy exigua, aunque suficiente para su sustento durante unos meses, y confiaba en encontrar durante ese plazo algún empleo respetable en casa de un comerciante. En consecuencia, pasó aquel tiempo sumido en la inactividad. Las reflexiones a que le daba lugar el tiempo libre sólo sirvieron para agudizarle y agravarle el dolor, que acabó por apoderarse de su mente, de tal modo que al cabo de tres meses estaba enfermo, postrado en el lecho e incapaz de hacer esfuerzo alguno.

Su hija lo cuidaba con la mayor ternura, pero veía con desesperación que su exiguo caudal disminuía rápidamente, sin que tuvieran ningún otro medio de subsistencia a su alcance. Pero Caroline Beaufort poseía una voluntad de temple extraordinario, y su valor la sacó adelante en su adversidad. Buscó labor de costura, trabajó de trenzadora de paja y se las arregló por varios medios para ganar una miseria que apenas les bastaba para sobrevivir.

Pasaron así varios meses. Su padre empeoró; ella tuvo que dedicar más tiempo a cuidar de él, con lo que se redujeron sus medios de subsistencia; y en el décimo mes su padre murió en sus brazos, dejándola huérfana e indigente. Abrumada por este último golpe, se arrodilló junto al ataúd de Beaufort, y así, llorando amargamente, se la encontró mi padre cuando entró en la estancia. Se presentó como un espíritu protector ante la pobre muchacha, de la que se hizo cargo, y después de haber enterrado a su amigo llevó a su hija a Ginebra, donde la dejó recogida en casa de un pariente suyo. Dos años más tarde, Caroline se convirtió en su esposa.

Cuando mi padre fue hombre casado y con descendencia, los deberes de su nuevo estado le ocuparon tanto tiempo que dimitió de muchos de sus cargos públicos para dedicarse a la educación de sus hijos. Yo era el mayor de ellos, futuro heredero de sus bienes y del fruto de sus trabajos. Nadie pudo tener padres más tiernos que los míos. Velaban constantemente por

mi educación y mi salud, tanto más cuanto que fui su único hijo durante varios años. Pero antes de que prosiga con mi narración, debo dejar constancia de un incidente que tuvo lugar cuando yo tenía cuatro años.

Mi padre tenía una hermana, a la que quería con gran ternura, y que se había casado a edad temprana con un caballero italiano. Poco después de su matrimonio se fue a vivir con su marido al país natal de éste, y mi padre pasó algunos años comunicándose muy poco con ella. Murió cuando yo tenía la edad que dije, y a los pocos meses mi padre recibió una carta de su viudo, en la que éste le comunicaba su intención de casarse con una dama italiana, y le solicitaba a mi padre que se hiciera cargo de la pequeña Elizabeth, única hija de su difunta hermana.

«Desearía que la tuviera usted como a una hija y que la criase como tal —le decía a mi padre el padre de ella—. Se le ha cedido la dote de su madre, por medio de documentos que le enviaré a usted para dejarlos en su poder. Considere esta propuesta, y decida si prefiere criar usted mismo a su sobrina a que la críe una madrastra.»

Mi padre no lo dudó, y viajó de inmediato a Italia para acompañar a la pequeña Elizabeth a su futuro hogar. He oído muchas veces decirle a mi madre que Elizabeth era por entonces la niña más hermosa que había visto en su vida, y que ya en ese tiempo daba muestras de su carácter suave y afable. Estas señales, además del deseo de ligar del modo más estrecho posible los vínculos del amor doméstico, animaron a mi madre a ver en Elizabeth a mi futura esposa; proyecto del que nunca encontró motivos para arrepentirse.

Elizabeth Lavenza fue desde entonces mi compañera de juegos y, al hacernos mayores, mi amiga. Era dócil y de buen carácter, a la vez que alegre y juguetona como un insecto en el verano. Aunque era viva y animada, tenía sentimientos fuertes y profundos, y una afabilidad fuera de lo común. Sabía disfrutar de la libertad como nadie, y ceñirse con mejor disposición que nadie a las reglas y a los caprichos. A pesar de su imaginación desbordante, tenía gran capacidad de aplicación. Su persona era la imagen de su alma; sus ojos de avellana, aun siendo vivos como los de un pájaro, estaban dotados de una suavidad atractiva. Su figura era grácil

y airosa, y parecía la criatura más frágil del mundo, aunque era capaz de soportar grandes fatigas. Yo admiraba su entendimiento y su fantasía y, al mismo tiempo, me encantaba cuidarla como a un animalito querido. No he visto jamás tan poca presunción en una persona de tantas prendas físicas y mentales.

Todos adoraban a Elizabeth. Cuando los criados querían pedir algo, siempre recurrían a ella para que intercediera en su nombre. No sabíamos lo que eran ni la discordia ni las disputas; pues, aunque nuestros caracteres eran muy dispares, en esa misma disparidad se encerraba una armonía. Yo era más tranquilo y filosófico que mi compañera; sin embargo, no tenía un temperamento tan dócil como el suyo. Me aplicaba con más tesón, pero con menor intensidad. Me encantaba investigar los hechos del mundo real; ella se ocupaba de las creaciones etéreas de los poetas. El mundo era para mí un secreto que anhelaba desvelar; para ella era un espacio vacío, que deseaba poblar con sus propias imaginaciones.

Mis hermanos eran bastante más jóvenes que yo, pero encontré en uno de mis compañeros de escuela un amigo que me suplió esta carencia. Henry Clerval era hijo de un comerciante de Ginebra, amigo íntimo de mi padre. Era un muchacho de talento y fantasía singulares. Recuerdo que, cuando tenía nueve años, escribió un cuento de hadas que encantó y asombró a todos sus compañeros. Sus lecturas favoritas eran los libros de caballerías y aventuras, y recuerdo que siendo muy jóvenes solíamos representar obras teatrales que componía él a partir de estos libros favoritos, cuyos personajes principales eran Orlando, Robin Hood, Amadís y san Jorge.

Ninguna niñez pudo ser más feliz que la mía. Mis padres eran tolerantes; mis compañeros, afectuosos. No se nos hacía estudiar nunca a la fuerza; y se nos incitaba siempre a proseguir nuestros estudios proponiéndonos de algún modo un objetivo que nos estimulara. Así conseguían que nos aplicásemos, sin recurrir a la emulación. Si Elizabeth se animó a aplicarse al dibujo, no fue por miedo a que sus compañeras la superaran, sino por el deseo de agradar a su tía presentándole algún paisaje favorito trazado por su propia mano. Aprendimos latín e inglés para ser capaces de leer lo que

estaba escrito en esas lenguas; y, lejos de hacérsenos odioso el estudio por los castigos, nos encantaba la aplicación, y nos divertíamos con lo que a otros niños les habría parecido un trabajo pesado. Quizá no leyésemos tantos libros ni aprendiésemos idiomas tan aprisa como aquellos que están sujetos a la disciplina de los métodos ordinarios; pero lo que aprendíamos se nos grababa más hondo en la memoria.

Incluyo a Henry Clerval en esta descripción de nuestro círculo doméstico, pues se hallaba con nosotros constantemente. Venía conmigo a la escuela y solía pasar la tarde en nuestra casa; pues, al ser hijo único y sin compañeros en la suya, a su padre le agradaba que los encontrase en nuestro hogar; y nuestra felicidad no era nunca completa cuando no estaba Clerval.

Me complazco en evocar con detalle estos recuerdos de la infancia, antes de que los infortunios me mancharan la mente y me hicieran pasar de las imágenes luminosas, amplias y generales a las reflexiones lúgubres y limitadas a mí mismo. Sin embargo, al trazar el cuadro de mis primeros tiempos, no debo pasar por alto los hechos que condujeron de manera insensible a mi desgraciada historia posterior; pues cuando quiero explicarme a mí mismo el nacimiento de esa pasión que rigió después mi destino, la veo brotar, como un río de montaña, de fuentes viles y casi olvidadas; aunque, después, su caudal fue creciendo y se convirtió en el torrente que ha arrastrado a su paso todas mis esperanzas y alegrías.

El espíritu que ha regido mi destino ha sido la filosofía natural; quiero, por ello, dejar constancia en esta narración de los hechos que condujeron a mi predilección por esta ciencia. Cuando yo tenía trece años hicimos una excursión a los baños que están cerca de Thonon. Las inclemencias del tiempo nos obligaron a quedarnos un día entero sin salir de la posada. En esa casa encontré por casualidad un volumen de las obras de Cornelio Agripa. Lo abrí con desgana; pero la teoría que intenta demostrar y los hechos maravillosos que relata no tardaron en despertar mi entusiasmo. Sentí como si me iluminara la mente una nueva luz, y fui a comunicarle a mi padre este descubrimiento dando saltos de alegría. No puedo por menos que comentar aquí cuántas ocasiones desaprovechan lastimosamente los tutores, entre tantas como se les presentan, para encaminar la

atención de sus discípulos hacia el conocimiento útil. Mi padre echó una mirada distraída a la portada de mi libro y dijo:

—¡Ah! ¡Cornelio Agripa! No pierdas el tiempo con esto, mi querido Víctor; es una bazofia lamentable.

Si mi padre, en lugar de hacer este comentario, se hubiera molestado en explicarme que los principios de Agripa se habían refutado por completo y que se había introducido un sistema científico moderno, mucho más sólido que el antiguo, ya que éste se basaba en quimeras, mientras que aquél se apoya en principios reales y prácticos, entonces yo habría arrojado, sin duda alguna, el libro de Agripa y, con la imaginación avivada de ese modo, lo más seguro es que me hubiera aplicado al estudio de la teoría más racional de la química, a la que se ha llegado con los descubrimientos modernos. Es posible, incluso, que el discurso de mis ideas no hubiera recibido jamás el impulso fatal que me ha llevado a la perdición. Sin embargo, el vistazo somero que había echado mi padre al libro no me convenció, ni mucho menos, de que estuviera familiarizado con su contenido. Así pues, seguí leyéndolo con la mayor avidez.

Cuando volví a mi casa, lo primero que hice fue procurarme las obras completas de este autor, y más tarde las de Paracelso y Alberto Magno. Leí y estudié con deleite las fantasías extravagantes de estos escritores; me parecían unos tesoros que sólo conocíamos unos pocos, y aunque sentí muchas veces el deseo de comunicarle a mi padre estos conocimientos secretos, siempre me contuve, pues pensaba en el modo difuso en que había censurado a Agripa, mi autor favorito. Le revelé, por lo tanto, mis descubrimientos a Elizabeth, y le hice prometer que guardaría rigurosamente el secreto; pero a ella no le interesó la materia, y me dejó que prosiguiera mis estudios yo solo.

Quizá parezca muy extraño que haya surgido un discípulo de Alberto Magno en pleno siglo XVIII; pero en nuestra familia no se estudiaba la ciencia, y yo no había asistido a ninguno de los cursos que se impartían en las escuelas de Ginebra. Por todo ello, la realidad no alteró en absoluto mis sueños, y emprendí con la mayor diligencia la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la vida. Dediqué toda mi atención a este último:

la riqueza era un objetivo menos digno; pero ¡qué descubrimiento tan glorioso sería el mío, si conseguía desterrar las enfermedades del cuerpo humano y salvaguardar de la muerte, salvo por causas violentas!

Tampoco eran éstas mis únicas visiones. Mis autores favoritos proponían como muy sencillo el arte de evocar a los espíritus o diablos, que yo intenté con gran ahínco. Aunque mis hechizos fracasaban siempre, yo achacaba el fallo a mi falta de experiencia o a algún error por mi parte, y no a la incapacidad o falsedad de mis maestros.

No dejaba de atender a los fenómenos naturales que se producen ante nuestros ojos todos los días. La destilación, y los efectos maravillosos del vapor, procesos éstos que ignoraban absolutamente mis autores favoritos, me fascinaban; pero lo que más me asombraron fueron algunos experimentos que vi realizar con la máquina neumática a un caballero al que solíamos visitar.

Los filósofos antiguos perdieron crédito ante mí debido a su ignorancia acerca de éstas y otras cuestiones; pero yo no podía desdeñarlos del todo sin disponer de algún otro sistema que ocupara su lugar en mi intelecto.

Cuando yo tenía unos quince años y pasábamos una temporada en nuestra casa de campo próxima a Belrive, presenciábamos una tormenta violentísima y terrible. Llegó de más allá de los montes del Jura, y comenzó a tronar enseguida con estruendo temible en varios puntos del cielo. Yo me quedé contemplándola con curiosidad y agrado mientras duró. Desde mi lugar de observación, en la puerta de la casa, vi salir de pronto un haz de fuego de un roble viejo y hermoso que estaba a unas veinte varas de nuestra casa. En cuanto se apagó la luz cegadora, el roble había desaparecido; apenas quedaba más que un tocón reventado. Cuando fuimos a verlo al día siguiente, vimos que el árbol había quedado destrozado de una manera singular. Lejos de haberlo hendido, el rayo lo había reducido por entero a delgadas tiras de madera. Nunca en mi vida había visto ningún destrozo tan absoluto como aquél.

La ruina de este árbol me dejó asombrado en grado sumo, y le pregunté con interés a mi padre cuáles eran la naturaleza y causas del trueno y del rayo. Me respondió que aquello se llamaba electricidad, y me describió los

diversos efectos de esa fuerza. Construyó una pequeña máquina eléctrica y me mostró algunos experimentos; hizo asimismo una cometa provista de alambre y cordel con la cual hizo bajar de las nubes aquel fluido.

Este último golpe terminó de derribar a Cornelio Agripa, Alberto Magno y Paracelso, que se habían apoderado de mi imaginación durante tanto tiempo. Sin embargo, quiso el destino que yo no me sintiera inclinado a emprender el estudio de ningún sistema moderno. Esta falta de inclinación mía se debió en parte a los hechos que referiré a continuación.

Mi padre manifestó su deseo de que yo asistiera a un curso sobre filosofía natural, a lo que accedí de muy buena gana. Algunas circunstancias me impidieron asistir a las clases casi hasta el final del curso. Así pues, cuando llegué a la clase, que era una de las últimas, la materia me resultó completamente incomprensible. El catedrático disertaba con gran soltura, hablando del potasio y el boro, de los sulfatos y los óxidos, términos todos ellos que nada significaban para mí; y aquello me hizo aborrecer la ciencia de la filosofía natural, aunque seguí leyendo con deleite a Plinio y a Buffon, autores que yo tenía por casi iguales en mérito e interés.

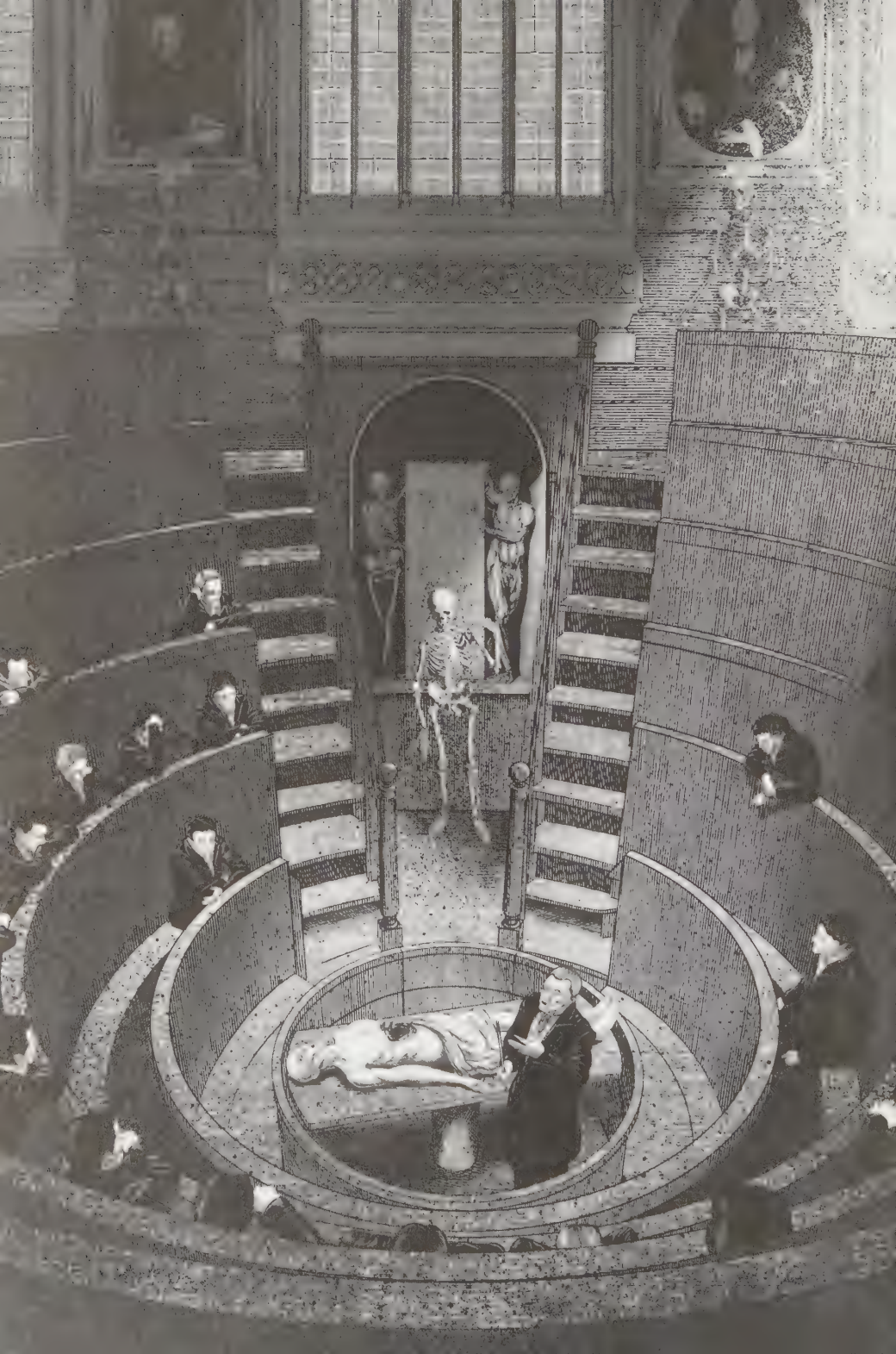
Cuando tenía aquella edad me apliqué principalmente al estudio de las matemáticas y al de casi todas las ramas del saber que atañen a dicha ciencia. Me afané por aprender idiomas; ya conocía el latín, y empecé a ser capaz de leer sin diccionario a algunos de los autores griegos más fáciles. También comprendía a la perfección el inglés y el alemán. He aquí todo lo que había llegado a aprender a los diecisiete años, y bien puede figurarse usted cuán ocupadas tenía las horas en adquirir y mantener el conocimiento de estos textos tan diversos.

Una nueva tarea recayó sobre mí al convertirme en preceptor de mis hermanos. Ernest, que tenía seis años menos que yo, fue mi principal discípulo. Había estado delicado de salud desde su más tierna infancia, y Elizabeth y yo le habíamos servido siempre de enfermeros. Tenía buena disposición, pero era incapaz de aplicarse con esfuerzo. El menor de nuestra familia, William, era todavía niño de pecho, el más lindo del mundo, con ojos azules muy vivaces, hoyuelos en las mejillas y modales cariñosos que inspiraban el más tierno afecto.



Éste era nuestro círculo doméstico, del que parecían desterrados para siempre las pesadumbres y el dolor. Mi padre dirigía nuestros estudios, y mi madre compartía nuestros pasatiempos. Ninguno de nosotros ejercía la menor prepotencia sobre los demás; jamás se oía entre nosotros una orden brusca: nuestro mutuo amor nos impulsaba a todos a cumplir y satisfacer el más mínimo deseo de los demás.





CAPÍTULO II

Cuando cumplí los diecisiete años, mis padres tomaron la resolución de que estudiase en la Universidad de Ingolstadt. Yo había asistido hasta entonces a los institutos de Ginebra; pero a mi padre le pareció necesario que me familiarizara con las costumbres de otros países para completar mi educación. Así, se fijó una fecha temprana para mi partida; pero antes de que llegara el día, sucedió la primera desventura de mi vida; presagio, en cierto modo, de mi desgracia futura.

Elizabeth había contraído la escarlatina, pero su enfermedad no era grave y se recuperó al poco tiempo. Durante el tiempo que pasó en cama, intentamos convencer a nuestra madre por todos los medios para que se abstuviera de cuidarla personalmente. Cedió a nuestros ruegos al principio; pero cuando se enteró de que su favorita se recuperaba, ya no fue capaz de seguir renunciando a su compañía, y entró en su cámara mucho antes de que hubiera terminado el peligro de contagio. Esta imprudencia tuvo consecuencias fatales. Mi madre cayó enferma al tercer día. Sus fiebres eran muy malignas, y las expresiones de los médicos anunciaban el peor desenlace posible. Aquella mujer admirable no perdió en su lecho de muerte la fortaleza y la bondad que la caracterizaban. Nos hizo darnos la mano a Elizabeth y a mí y nos dijo:

—Hijos míos, había depositado la esperanza más firme de mi felicidad futura en la perspectiva de vuestra futura unión. Esta confianza servirá ahora

de consuelo a vuestro padre. Elizabeth, querida, ahora deberás ocupar tú mi lugar ante tus primos menores. ¡Ay! Cuánto lamento partir de vuestro lado. ¿Acaso no es difícil dejaros, con toda la felicidad y el amor de que he gozado? Pero estas ideas son inconvenientes; procuraré resignarme a la muerte con alegría, albergando la esperanza de veros en el otro mundo.

Murió tranquila, y su semblante expresaba afecto aun después de muerta. No es preciso que describa cuáles son los sentimientos de aquellos que ven rasgados sus lazos más queridos por el más irreparable de los males, ni el vacío que se abre ante el alma, ni el desánimo que muestran en su semblante. Tiene que pasar mucho tiempo para que la mente se convenza de que esa persona a la que veíamos todos los días, cuya existencia misma parecía parte de la nuestra, se ha marchado para siempre; de que es posible que se haya extinguido el brillo de unos ojos queridos y que se haya callado, para no volverse a escuchar jamás, una voz tan familiar y tan grata a nuestros oídos. Estas reflexiones son propias de los primeros días; pero la verdadera amargura del dolor comienza más tarde, cuando el paso del tiempo nos hace ver la realidad de la desgracia. Pero ¿a quién no ha arrebatado un ser querido esa mano dura? Y ¿para qué describir un dolor que todos han sufrido y sufrirán? Llega al cabo un tiempo en que el luto tiene más de capricho que de necesidad, y la sonrisa no se destierra de los labios, aunque pueda parecer sacrílega. Aunque mi madre había muerto, era preciso seguir cumpliendo con nuestras obligaciones. Debíamos seguir adelante con los demás y acostumbrarnos a tenernos por afortunados mientras quedara uno a quien no se hubiera llevado la Parca.

Se dispuso de nuevo mi viaje a Ingolstadt, que había quedado pospuesto por estos hechos. Mi padre me concedió varias semanas de prórroga. Pasé este plazo con tristeza: la muerte de mi madre y mi próxima partida nos deprimía el ánimo, pero Elizabeth se esforzaba por renovar el espíritu de alegría en nuestra pequeña sociedad. Su ánimo había adquirido nueva firmeza y vigor desde la muerte de su tía. Tomó la determinación de cumplir sus deberes con la mayor exactitud, y consideraba que había recaído sobre ella el deber ineludible de hacer felices a su tío y

primos. Me consolaba a mí, entretenía a su tío, instruía a mis hermanos, y yo no la había visto tan encantadora como en aquella época, cuando se esforzaba constantemente por contribuir a la felicidad de los demás, y se olvidaba por completo de sí misma.

Llegó por fin el día de mi partida. Me había despedido ya de todos mis amigos, a excepción de Clerval, quien pasó con nosotros la última tarde. Se lamentaba con amargura de no poder acompañarme; pero su padre no se avenía a dejarlo partir de su lado, pues tenía intención de hacerlo socio de su negocio, siguiendo su teoría favorita, según la cual la cultura estaba de más para las actividades corrientes de la vida de un comerciante. Henry tenía la mente refinada; no quería estar ocioso, y estaba conforme con trabajar en el negocio de su padre en calidad de socio; sin embargo, creía que un entendimiento cultivado no impedía a ningún hombre ser un comerciante excelente.

Nos quedamos en vela hasta bien entrada la noche, escuchando sus quejas y disponiendo muchas cosillas para el futuro. Partí a la mañana siguiente. Los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas, en parte por el pesar que le producía mi marcha, y en parte porque notaba que debía haber emprendido aquel viaje tres meses antes, cuando podría haber llevado conmigo la bendición de una madre.

Me hundí en mi asiento del carruaje que me había de llevar, permitiéndome las reflexiones más melancólicas. Yo, que había vivido siempre en un círculo de amigos y familiares cariñosos que procurábamos constantemente agradarnos unos a otros, me encontraba ahora solo. En la universidad a la que me dirigía debería buscarme amigos nuevos y velar por mí mismo. Había llevado hasta entonces una vida notablemente aislada y casera, lo que había suscitado en mí una aversión invencible hacia las caras nuevas. Yo quería a mis hermanos, a Elizabeth y a Clerval, que eran *caras viejas conocidas*; pero me consideraba absolutamente incapaz de tratar con desconocidos. Tales eran mis reflexiones al emprender mi viaje; pero en el transcurso del mismo fui cobrando ánimo y esperanzas. Deseaba con fervor adquirir conocimientos. Cuando vivía en mi casa, me había parecido penoso a veces pasar toda mi juventud encerrado en un

mismo sitio, y había anhelado salir al mundo y ocupar mi puesto entre los demás seres humanos. Ahora que se cumplían mis deseos, habría sido una verdadera locura volverme atrás.

Tuve bastante tiempo para dedicarlo a estas reflexiones y a otras muchas en el transcurso de mi viaje a Ingolstadt, que fue largo y fatigoso. Puse los ojos por fin en la alta aguja blanca de la catedral de esa ciudad. Me apeé, me condujeron a mi aposento solitario y quedé libre durante el resto de la tarde.

Al día siguiente entregué mis cartas de presentación y visité a algunos de los catedráticos más destacados, entre ellos al señor Krempe, catedrático de filosofía natural. Me recibió con urbanidad y me hizo algunas preguntas acerca de los estudios que había cursado en las diversas ramas de las ciencias que estudia la filosofía natural. Le cité, aunque con miedo y tembloroso, los nombres de los únicos autores que había leído sobre esas materias. El catedrático me dijo, clavándome los ojos encima:

—¿Es posible que haya perdido usted el tiempo estudiando esas majaderías?

Respondí afirmativamente.

—Ha perdido usted por completo y sin remedio cada minuto, cada instante que ha derrochado con esos libros —prosiguió el señor Krempe con calor—. Ha cargado su memoria de sistemas refutados y de nombres inútiles. ¡Santo Dios! ¿En qué región tan despoblada ha vivido usted para que no hubiera nadie que tuviera la bondad de informarle de que esas fantasías, que con tanta ansia ha sorbido usted, tienen mil años y están apolilladas y caducas? No esperaba yo encontrarme con un discípulo de Alberto Magno y Paracelso en este siglo de las luces y de la ciencia. Señor mío, debe usted volver para comenzar sus estudios desde el principio.

Dicho esto, se sentó a escribirme una lista de varios libros sobre filosofía natural que quería que adquiriera, y me despidió, después de recordarme que a principio de la semana siguiente pensaba empezar a impartir un curso de lecciones sobre los aspectos generales de la filosofía natural, y que otro catedrático, el señor Waldman, impartiría clases de química en los días alternos en los que no asistiría él.



Regresé a mi casa, nada desilusionado, pues ya hacía mucho tiempo que tenía por inútiles a aquellos autores que tanto había reprobado el catedrático. Sin embargo, no me sentí muy inclinado a estudiar los libros que me había recomendado y que adquirí. El señor Krempe era un hombrecillo bajito, de voz áspera y semblante repelente. Así pues, la persona del maestro no me había predispuesto a favor de su doctrina. Por otra parte, yo despreciaba las aplicaciones de la filosofía natural moderna. Las cosas eran muy distintas cuando los maestros de la ciencia aspiraban a la inmortalidad y al poder. Esas pretensiones, aunque vanas, eran grandiosas; pero ahora había cambiado la escena. Parecía que el investigador limitaba su ambición a aniquilar aquellas mismas visiones en que se basaba principalmente mi interés por la ciencia. Me exigían que renunciara a unas quimeras de grandeza ilimitada a cambio de unas realidades de poco valor.

Tales fueron mis reflexiones durante los dos o tres primeros días que pasé casi a solas. Pero al comienzo de la semana siguiente pensé en las lecciones de las que me había hablado el señor Krempe. Y si bien me parecía insoportable ir a oír perorar desde un estrado a aquel personajillo engreído, recordé lo que me había dicho acerca del señor Waldman, a quien yo no había visto nunca, pues había estado ausente de la población hasta entonces.

Movido en parte por la curiosidad y en parte por la ociosidad, fui al aula, en la que entró poco después el señor Waldman. Este catedrático era muy diferente de su colega. Aparentaba unos cincuenta años de edad, pero con un aspecto muy bondadoso; le cubrían las sienes algunos cabellos grises, pero tenía casi negros los de la nuca. Era corto de estatura, pero andaba notablemente erguido, y tenía la voz más dulce que había oído yo en mi vida. Empezó su lección presentando un resumen de la historia de la química y los avances que habían realizado en ella diversos sabios, pronunciando con fervor los nombres de los descubridores más distinguidos. Expuso a continuación a grandes rasgos el estado actual de dicha ciencia, y explicó muchos de sus términos elementales. Después de realizar algunos experimentos preparatorios, concluyó con un panegírico de la química moderna, en términos que no olvidaré jamás:



—Los antiguos maestros de esta ciencia prometían imposibles y no conseguían nada —dijo—. Los expertos modernos prometen muy poco; saben que no es posible transmutar los metales, y que el elixir de la eterna juventud es una quimera. Pero estos filósofos modernos, que parece que sólo tienen manos para hurgar en polvos sucios y ojos para mirar el microscopio o el crisol, han conseguido verdaderos milagros. Sondean las honduras de la naturaleza y muestran cómo actúa ésta en lo más recóndito. Ascenden a los cielos; han descubierto cómo circula la sangre y cuál es la naturaleza del aire que respiramos. Han adquirido poderes nuevos y casi ilimitados. Dominan los rayos del cielo, reproducen el terremoto, y hasta remedan el mundo invisible con sus propias sombras.

Salí muy satisfecho del catedrático y de su lección, y le hice una visita esa misma tarde. Sus modales eran más suaves y agradables aún en privado que en público, pues había impartido su lección con cierta gravedad de semblante, que en su casa sustituía por la mayor gentileza y afabilidad. Escuchó con atención el breve relato que le hice de mis estudios, y al oír los nombres de Cornelio Agripa y Paracelso se sonrió, aunque sin las muestras de desprecio que había manifestado el señor Krempe. Dijo que los filósofos modernos debían la mayor parte de los cimientos de su saber al celo infatigable de aquellos hombres, que nos habían dejado la tarea más fácil de asignar nuevos nombres y clasificar de manera conexa esos mismos datos que ellos mismos habían contribuido, en gran medida, a sacar a la luz. Afirmó también que los trabajos de los hombres geniales, por mal dirigidos que estén, rara vez dejan de aportar en último extremo alguna ventaja tangible para la humanidad. Cuando hube terminado de oír estas afirmaciones, que pronunció sin la menor petulancia ni afectación, le añadí que su clase me había liberado de todos los prejuicios que albergaba contra los químicos modernos. Al mismo tiempo, le pedí que me aconsejara en cuanto a los libros que debía adquirir.

—Me alegro de haber ganado un discípulo —dijo el señor Waldman—; y no me cabe duda de que tendrá éxito, con tal de que su aplicación esté a la altura de su capacidad. La química es la rama de la filosofía natural en que se han hecho y se podrán hacer mayores avances; por eso me he especializado

yo en su estudio; sin embargo, tampoco he descuidado las demás ramas de la ciencia. Un hombre no llegaría a ser más que un químico muy mediocre si sólo atendiera a este aspecto del saber humano. Si usted desea convertirse en un verdadero hombre de ciencia, en vez de quedarse en simple empírico, le recomiendo que se aplique a todas las ramas de la filosofía natural, incluidas las matemáticas.

Me hizo pasar acto seguido a su laboratorio, y allí me explicó para qué servían los diversos aparatos que tenía; me indicó lo que debía adquirir y me prometió que me permitiría utilizar sus instrumentos más adelante, cuando hubiera avanzado en el estudio de la ciencia lo suficiente como para no estropearlos. Me entregó también la lista de libros que le había solicitado; y me despedí de él.

Así terminó un día memorable para mí, en el que se decidió mi destino futuro.





CAPÍTULO III

A partir de aquel día, la filosofía natural, y en especial la química, en el sentido más general del término, pasó a ser mi ocupación casi exclusiva. Leí con ardor las obras, tan llenas de genio y buen criterio, que han escrito sobre estas materias los investigadores modernos. Asistí a las lecciones y cultivé el trato de los hombres de ciencia de la universidad, y hasta en el propio señor Krempe encontré mucho buen sentido y verdaderos conocimientos; acompañados, es cierto, de una fisonomía y unos modales repulsivos, pero no por ello menos valiosos. En el señor Waldman encontré a un verdadero amigo. Su amabilidad no se empañaba jamás por el dogmatismo, e impartía sus enseñanzas con un aire de franqueza y bondad que hacía descartar en él cualquier indicio de pedantería. El carácter apreciable de este hombre me inclinó más, quizás, hacia la rama de la filosofía natural que él profesaba que cualquier amor que pudiera sentir yo hacia dicha ciencia por inclinación propia. Con todo, estas inclinaciones mías sólo corresponden a la época de mis primeros pasos hacia el conocimiento: cuanto más me adentraba en la ciencia, más la seguía por amor a la ciencia misma. Si al principio me apliqué a los estudios por sentido del deber y fuerza de voluntad, llegué a seguirlos con tal ardor y avidez que el alba solía encontrarme trabajando en mi laboratorio cuando disipaba la luz de las estrellas.

En vista del empeño con que trabajaba, bien se puede entender que hice rápidos progresos. En efecto, mi ardor asombraba a los estudiantes, y mi aprovechamiento, a los maestros. El profesor Krempe solía preguntarme, con una sonrisa maliciosa, cómo le iba a Cornelio Agripa; mientras que el señor Waldman, por su parte, me manifestaba el sincero regocijo que le producían mis progresos. Pasé dos años de esta manera, sin volver a hacer ninguna visita a Ginebra, dedicado en cuerpo y alma a la investigación de ciertos descubrimientos que esperaba realizar. Sólo el que ha conocido en persona los encantos de la ciencia puede concebirlos. En otros terrenos de estudio, uno puede llegar tan lejos como los que lo han precedido, y por fin no le queda más que aprender. En la ciencia, sin embargo, nunca falta terreno para el descubrimiento y la curiosidad. Hasta una mente de capacidad moderada, si se dedica con ahínco al estudio de una sola materia, llegará a dominarla sin falta. Yo, que perseguía con constancia una única meta, y me dedicaba sólo a ello, hice avances tan rápidos que, al cabo de dos años, realicé algunos descubrimientos sobre mejoras en la construcción de ciertos aparatos de química, lo que me valió mucha honra y admiración en la universidad. Cuando hube llegado a este punto, y estaba familiarizado con toda la teoría y la práctica de la filosofía natural que podían enseñarme las lecciones de cualquier catedrático de Ingolstadt, vi que seguir residiendo allí no me serviría para aprender nada más y pensé en regresar a mi ciudad natal con los míos. Pero entonces se produjo un incidente que me hizo prolongar mi estancia.

Uno de los fenómenos que me había llamado la atención de manera especial era la estructura del cuerpo humano y, más en general, la de cualquier animal dotado de vida. Me preguntaba cuál era la naturaleza del principio de la vida. Era una pregunta atrevida que siempre se ha tenido por misteriosa, pero ¿cuántos conocimientos tenemos al alcance de la mano y no los estudiamos por cobardía o descuido? Di más y más vueltas a estas circunstancias y tomé la determinación de especializarme en las ramas de la filosofía natural relacionadas con la fisiología. Mi dedicación a estos estudios me habría resultado fastidiosa y casi intolerable si no fuera porque me animaba un entusiasmo casi sobrenatural. Para examinar las

causas de la vida, debemos recurrir en primer lugar a la muerte. Me familiaricé con la ciencia de la anatomía, pero esto no fue suficiente. Tuve que observar también la descomposición y la corrupción natural del cuerpo humano. Mi padre, al educarme, había procurado con sumo cuidado que no se me grabara en la mente ningún horror a lo sobrenatural. No recuerdo haber temblado nunca ante ningún relato supersticioso ni haber temido que apareciera un espíritu. La oscuridad no ejercía ningún efecto sobre mi fantasía, y un cementerio no era para mí más que un depósito de cuerpos despojados de la vida, que después de haber contenido en sí la belleza y la fuerza se habían convertido en pasto de gusanos. Entonces sentí el impulso de estudiar las causas y el proceso de esta descomposición, y tuve que pasar días y noches enteras en criptas y depósitos de cadáveres. El objeto de mis estudios era todo lo que resulta más intolerable a la sensibilidad de los seres humanos. Vi cómo se degradaba y consumía la hermosa forma del hombre. Contemplé cómo disipaba la corrupción de la muerte los colores saludables de la vida. Vi cómo heredaba el gusano las maravillas del ojo y el cerebro. Me detuve a examinar y analizar con minuciosidad todos los detalles de las causas y efectos, tal como se reflejan en el cambio de la vida a la muerte y de la muerte a la vida; hasta que de entre esta oscuridad me iluminó de repente una luz tan brillante y maravillosa, aunque tan sencilla al mismo tiempo, que la inmensidad de las perspectivas que me presentaba me dio vértigo. Me sorprendió que, entre tantos hombres de genio que habían dedicado sus investigaciones a esta misma ciencia, a mí solo me hubiera sido dado descubrir un secreto tan asombroso.

Recuerde: no estoy rememorando las visiones de un loco. Lo que afirmo es tan cierto como que el sol brilla en el cielo. Tal vez se produjera por medio de algún milagro. Sin embargo, las etapas que me condujeron al descubrimiento fueron claras y razonables. Al cabo de días y noches de labores y fatigas increíbles, conseguí descubrir la causa de la generación y la vida. Más aún, yo mismo fui capaz de animar la materia muerta.

El asombro que sentí al principio al haber realizado este descubrimiento no tardó en dejar paso al placer y el alborozo. Alcanzar de pronto la cumbre de mis deseos, después de haber dedicado tanto tiempo a arduos

trabajos, era la culminación más gratificante de mis tareas. Pero este descubrimiento había sido tan grande y abrumador que todos los pasos que había dado hasta llegar a él quedaron olvidados en vista de los resultados. Tenía ahora a mi alcance lo que habían deseado y buscado los hombres más sabios desde la creación del mundo. Tampoco se había presentado ante mí de una vez, como una escena mágica: la información que había obtenido me servía para dirigir mis trabajos en cuanto quisiera volverlos hacia el objeto de mi búsqueda; no me presentaba ese mismo objeto ya ultimado. Yo estaba en la situación de aquel árabe a quien habían enterrado con los muertos y encontró el camino para volver a la vida guiado por una única luz vacilante y, al parecer, inútil.

Veo, amigo mío, en su interés y el asombro y esperanza que manifiesta en su mirada, que espera que le informe del secreto que conozco. Eso no puede ser. Escuche con paciencia mi relato hasta el final y comprenderá con facilidad mis reservas sobre esa cuestión. Ahora que está tan desprevenido y ardoroso como yo por entonces, no quiero conducirlo a la destrucción y la desgracia inevitable. Aprenda de mí, si no de mis preceptos, al menos de mi ejemplo, cuán peligroso es adquirir conocimientos y cuánto más feliz es el hombre que cree que su pueblo natal es un mundo, que el que aspira a hacerse más grande de lo que le permite su naturaleza.

Cuando vi puesto en mis manos un poder tan asombroso, pasé mucho tiempo vacilando sobre el modo en que lo aplicaría. Aunque estaba dotado de la capacidad de otorgar animación, aún me quedaba por delante la tarea de preparar un cuerpo que lo recibiera, con todas sus fibras, músculos y venas intrincadas: una labor inconcebiblemente ardua y trabajosa. Dudé al principio si debía intentar crear un ser como yo mismo u otro de organización más sencilla; pero mi primer éxito me había exaltado tanto la imaginación como para que pudiera dudar que sería capaz de dar vida a un animal tan complejo y maravilloso como el hombre. Los materiales que tenía a mi alcance parecían bien poco adecuados para una tarea tan ardua; sin embargo, no dudé de mi éxito final. Me hice a la idea de que sufriría multitud de reveses, de que mis operaciones podían resultar infructuosas una y otra vez y de que mi obra final sería imperfecta. Aun así, considerando los

adelantos que se realizan a diario en la ciencia y en la mecánica, me animé a confiar en que mis ensayos presentes sirvieran, al menos, para sentar las bases del éxito futuro. Tampoco podía concluir que mi plan fuera impracticable en vista de su magnitud y complejidad. Éstas eran mis impresiones cuando emprendí la creación de un ser humano. Como el tamaño minúsculo de las partes me hacía perder mucho tiempo, decidí, en contra de mis primeras intenciones, hacer un ser de estatura gigantesca, a saber, de unos ocho pies de altura, y con todas las demás dimensiones proporcionalmente grandes. Después de haber tomado esta determinación y de dedicar varios meses a recoger y ordenar mis materiales, emprendí el trabajo.

Nadie podrá concebir la diversidad de sentimientos que me impulsaban, como un huracán, en el primer entusiasmo de mi éxito. La vida y la muerte me parecían unas fronteras imaginarias que yo sería el primero en franquear, para derramar un torrente de luz sobre nuestro mundo oscuro. Una especie nueva me bendeciría como creador y origen suyo; muchos personajes felices y excelentes me deberían el ser. Me ganaría el derecho a su agradecimiento, tan absoluto como no lo ha tenido nunca ningún padre respecto de su hijo. Prosiguiendo con estas reflexiones, pensé que si era capaz de otorgar la animación a la materia sin vida, andando el tiempo (aunque lo creía imposible por entonces) quizá pudiera renovar la vida allí donde la muerte ha entregado aparentemente el cuerpo a la corrupción.

Estos pensamientos me elevaban el ánimo mientras trabajaba en mi empresa con ardor incansable. Tenía la cara pálida por el estudio y el cuerpo demacrado por el encierro. A veces fracasaba, al borde mismo de la certidumbre, pero seguía aferrándome a la esperanza que podía hacerse realidad al día siguiente o a la hora siguiente. Un secreto que sólo yo poseía era la esperanza a que me había dedicado, y la luna contemplaba mis afa- nes nocturnos cuando, con impaciencia tenaz e intensa, escudriñaba los escondrijos de la naturaleza. ¿Quién será capaz de concebir los horrores de mi trabajo secreto, mientras rebuscaba entre la humedad vil de la tumba, o torturaba al animal vivo para animar el barro sin vida? Ahora tiemblo y se me nubla la vista al recordarlo; pero entonces sentía un impulso irresistible, casi frenético, que me hacía seguir adelante. Era como si hubiera

perdido el alma y los sentidos para todo lo que fuera ajeno a esta empresa. (En realidad no era más que un trance pasajero, y cuando este estímulo antinatural hubo dejado de actuar sobre mí y volví a mis costumbres anteriores, recuperé los sentidos con agudeza renovada.) Recogí huesos de los depósitos de cadáveres y violé con mis dedos profanos los secretos tremendos del cuerpo humano. Tenía el laboratorio de mis sucias creaciones en una cámara, o más bien celda solitaria en lo más alto de la casa, separada de todas las demás estancias por una galería y una escalera. Atendía a mi trabajo con ojos desorbitados. La sala de disecciones y el matadero me proporcionaron muchos de mis materiales, y mi naturaleza humana rehuía muchas veces mi ocupación con aborrecimiento mientras yo, impulsado todavía por una avidez que iba siempre en aumento, me acercaba a la culminación de mi obra.

Pasé los meses del verano dedicado en cuerpo y alma a esta única meta. Fue una estación hermosísima: los campos no habían dado jamás una cosecha tan abundante, ni las viñas una vendimia tan copiosa; pero yo tenía los ojos insensibles a los encantos de la naturaleza. Y esos mismos sentimientos, que me hacían desatender las imágenes que me rodeaban, también me hacían olvidarme de mis familiares y amigos, que estaban a tantas leguas de distancia y a quienes llevaba tanto tiempo sin ver. Yo sabía que mi silencio los inquietaba, y recordaba bien las palabras de mi padre, que me había dicho: «Sé que mientras estés satisfecho de ti mismo, nos recordarás con afecto y recibiremos noticias tuyas con regularidad. Habrás de perdonarme si interpreto cualquier interrupción de tu correspondencia como prueba de que descuidas, asimismo, el resto de tus deberes».

Comprendía bien, por lo tanto, lo que sentiría mi padre; pero no era capaz de arrancar mis pensamientos de mi trabajo, que, aunque aborrecible de por sí, se había apoderado de mi imaginación de manera irresistible. Quería, en cierto modo, dejar para más tarde todo lo relacionado con mis sentimientos de afecto, hasta haber completado ese gran objetivo que había sorbido todas las costumbres de mi carácter.

Pensaba por entonces que mi padre sería injusto si atribuía mi descuido al vicio o a faltas mías; pero ahora estoy convencido de que no

carecía de razón para figurarse que yo no estaba completamente libre de culpa. Un ser humano cabal debe mantener siempre el ánimo tranquilo y sosegado, sin consentir jamás que una pasión o un deseo pasajero le perturben la calma. No creo que la búsqueda del conocimiento sea ninguna excepción a esta regla. Si uno se aplica a unos estudios que tienden a debilitar sus afectos y a hacerle perder el gusto por esos placeres sencillos, imposibles de adulterar, entonces no cabe duda de que esos estudios son ilícitos, es decir, inadecuados para la mente humana. Si se guardara siempre esta regla, si ningún hombre consintiera emprender ninguna actividad que alterara la tranquilidad de sus afectos domésticos, entonces Grecia no habría sido sojuzgada, César no habría sometido a su país, América se habría descubierto de una manera más paulatina, y los imperios de México y el Perú no se habrían destruido.

Pero, sin caer en la cuenta, me he puesto a moralizar cuando llegaba a lo más interesante de mi relato, y usted me pide con los ojos que prosiga.

Mi padre no me formuló ningún reproche en sus cartas, y su única reacción ante mi silencio fue preguntarme con más detalle que antes por mis ocupaciones. Pasaron el invierno, la primavera y el verano mientras yo seguía con mi trabajo, sin que contemplara las flores ni los brotes de las hojas nuevas, espectáculos que siempre me habían producido un deleite supremo: tan absorto estaba en mi ocupación. Las hojas de aquel año ya se habían marchitado cuando mi trabajo empezó a acercarse a su fin, y por entonces ya veía cada día señales más claras de mi éxito. Sin embargo, mi angustia empañaba mi entusiasmo, y más parecía un esclavo condenado a trabajar en las minas o a realizar cualquier otro trabajo malsano, que un artista dedicado a su actividad favorita. Una fiebre intermitente me oprimía cada noche, y me alteraba los nervios hasta un grado muy penoso; enfermedad ésta que lamenté tanto más cuanto que había gozado hasta entonces de una salud excelente y siempre me había jactado del temple de mis nervios. Sin embargo, pensaba que esos síntomas no tardarían en aliviármese con el ejercicio y las diversiones, y me prometía a mí mismo ambas cosas después de haber completado mi creación.



CAPÍTULO IV

Una triste noche de noviembre contemplé la culminación de mi trabajo. Con una angustia que casi era un suplicio, apresté los instrumentos vivificadores que me permitirían infundir la chispa de la vida en el ser inerte que tenía a mis pies. Ya era la una de la madrugada; la lluvia repicaba melancólicamente en los cristales y mi vela casi se había consumido cuando, al brillo tenue de la llama vacilante, vi abrirse los ojos amarillos mates de la criatura; respiró hondo, y agitó los miembros en una convulsión.

¿Cómo describir mis emociones ante este desenlace; cómo pintar al ser miserable al que había procurado dar forma con tanto esmero y dedicación? Tenía los miembros proporcionados, y yo le había elegido unos rasgos hermosos. ¡Hermosos! ¡Dios santo! La piel amarilla apenas le cubría la masa de músculos y arterias; tenía el pelo negro, largo y reluciente, y los dientes de blancura de perla. Pero estas buenas prendas no hacían más que producir un contraste más horrible todavía con sus ojos acuosos, que parecían casi del mismo color de las órbitas pardas en que estaban engastados, su complexión demacrada y sus labios negros y rectos.

Los sentimientos del carácter humano son más variables que las circunstancias mismas de la vida. Yo llevaba casi dos años trabajando con ahínco, con el único fin de infundirle la vida a un cuerpo inanimado. Para ello, me había privado del descanso y había perdido la salud. Lo había deseado con un

ardor francamente desmedido. Sin embargo, ahora que había terminado la labor, la belleza del sueño se esfumaba y el corazón se me llenaba de intenso horror y repugnancia. Incapaz de soportar la imagen del ser que había creado, salí corriendo de la habitación y me pasé un gran rato dando vueltas por mi dormitorio, sin poder pensar en dormir. Por fin, el agotamiento pudo más que la turbulencia mental que había soportado hasta entonces y me arrojé sobre la cama, vestido como estaba, intentando encontrar el olvido durante unos momentos. Pero fue en vano. Dormí, en efecto, pero agitado por sueños desenfrenados. Vi en mi sueño a Elizabeth, en la plenitud de su salud, paseándose por las calles de Ingolstadt. Sorprendido y encantado, la abracé. Pero cuando le imprimí el primer beso en los labios, se le pusieron lívidos, de un color mortal. Pareció que le cambiaban los rasgos y vi que lo que tenía en brazos era el cadáver de mi difunta madre. Su cuerpo estaba envuelto en una mortaja, y vi pulular los gusanos en los pliegues de la tela. Me desperté bruscamente, horrorizado. Tenía la frente cubierta de sudor frío, me castañeteaban los dientes y se me estremecían todos los miembros. De pronto, a la luz pálida y amarillenta de la luna, que se abría paso entre las contraventanas, vi al desgraciado, al monstruo miserable que había creado. Había levantado la cortina de la cama y tenía clavados en mí los ojos, si es que se les podía dar ese nombre. Abrió la boca y murmuró unos sonidos inconexos, mientras una sonrisa le arrugaba las mejillas. Puede que dijera algo, pero yo no lo oí. Adelantó una mano, para detenerme al parecer, pero yo me escapé y bajé corriendo las escaleras. Me refugié en el patio de la casa en la que me alojaba, y allí permanecí el resto de la noche, paseándome de un lado a otro con la mayor agitación, escuchando con atención, captando cada sonido y temiéndolo como si fuera a anunciar la llegada del cadáver demoníaco al que yo había dado vida de manera tan miserable.

¡Oh! Ningún mortal sería capaz de soportar el horror de ese semblante. Una momia reanimada no podría ser tan repugnante como aquel desgraciado. Yo lo había observado mientras estaba inconcluso, y entonces ya era feo; pero cuando aquellos músculos y articulaciones estuvieron dotados de movimiento, se convirtió en un ser que ni el propio Dante habría podido concebir.



Pasé una noche espantosa. A ratos me latía el pulso tan aprisa y con tanta fuerza que sentía palpar todas mis arterias; otras veces estaba a punto de desvanecerme de languidez y agotamiento. Sentía, entremezclada con este horror, la amargura del desengaño: los mismos sueños que me habían servido de sustento y solaz durante tanto tiempo, se habían convertido ahora en un infierno para mí. ¡Cuán rápido había sido el cambio, cuán absoluta la mudanza!

Clareó por fin la mañana, triste y lluviosa, y me presentó a los ojos insomnes y doloridos la catedral de Ingolstadt, con su aguja blanca y su reloj, que marcaba las seis. El portero abrió las puertas del patio que había sido mi refugio aquella noche, y salí a las calles, que recorrí a paso vivo como si quisiera rehuir al desgraciado con el que temía encontrarme en cada esquina. No me atrevía a regresar a los aposentos donde me alojaba. Sentía el impulso de seguir adelante aprisa, a pesar de que me empujaba la lluvia, que caía a raudales de un cielo negro y desconsolador.

Seguí caminando de este modo durante algún tiempo, procurando aliviarme el peso que tenía en la mente por medio del ejercicio físico. Recorría las calles sin tener idea clara de dónde estaba ni de qué hacía. Enfermo de temor, el corazón me palpitaba, y yo seguía adelante con paso irregular, sin atreverme a mirar a mi alrededor:

Como el que anda con miedo y temor
por un camino solitario;
y tras volver la cabeza una vez,
no vuelve a mirar atrás,
pues sabe que un demonio temible
le sigue los pasos.¹

Proseguí de este modo hasta que llegué por fin frente a la posada donde solían parar las diversas diligencias y carruajes. Allí me detuve, sin saber por qué, y clavé la mirada durante unos instantes en un carruaje que venía

1 De *El antiguo marinero*, de Coleridge. (N. de la A.)



hacia mí desde el otro extremo de la calle. Al acercarse, observé que era la diligencia de Suiza. Se detuvo justo a mi lado y, al abrirse la portezuela, percibí a Henry Clerval, quien, en cuanto me vio, se apeó de un salto.

—¡Mi querido Frankenstein! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Qué suerte que estuvieras aquí en el momento mismo de mi llegada!

El gusto que me dio ver a Clerval no se podía comparar con nada. Su presencia me traía recuerdos de mi padre, de Elizabeth y de todas aquellas escenas hogareñas tan entrañables para mí. Le di la mano y olvidé al instante mi horror y desventura. Sentí de pronto, por primera vez desde hacía muchos meses, una alegría tranquila y serena. Así pues, le di la bienvenida a mi amigo de la manera más cordial, y nos pusimos en camino hacia mi colegio mayor. Clerval siguió hablando algún rato de nuestros amigos comunes y de la buena suerte que había tenido al conseguir que le permitieran acudir a Ingolstadt.

—Bien puedes figurarte cuánto me costó convencer a mi padre de que no era absolutamente indispensable que un comerciante no entendiera de nada más que de contabilidad —dijo—; y la verdad es que, según me parece, no lo he dejado muy convencido, pues su respuesta constante ante mis súplicas incansables era la misma que daba el maestro de escuela holandés en *El vicario de Wakefield*: «Gano diez mil florines al año sin saber griego, y como bien sin saber griego». No obstante, su cariño se ha impuesto por fin a su poca afición por la cultura, y me ha consentido que emprenda un viaje de exploración al país del conocimiento.

—Me alegro sobremanera de verte; pero dime: ¿cómo dejaste a mi padre, mis hermanos y Elizabeth?

—Muy bien, y muy felices; sólo un poco intranquilos por tener tan pocas noticias tuyas. Dicho sea de paso, yo mismo tengo el propósito de reñirte un poco de su parte en ese sentido. Pero, mi querido Frankenstein —prosiguió, deteniéndose y mirándome fijamente a la cara—, ¡no había notado el mal aspecto que tienes! ¡Estás flaco y pálido, como si hubieras pasado varias noches en vela!

—Estás en lo cierto; me he estado dedicando últimamente con tal empeño a una única ocupación, que no me he concedido descanso



suficiente, tal como ves; pero creo, creo sinceramente, que estas labores han terminado ya, y soy libre por fin.

Me eché a temblar de manera desmesurada. No soportaba pensar en los sucesos de la noche anterior, ni mucho menos hablar de ellos. Seguí caminando a paso vivo, y llegamos al poco rato a mi colegio mayor. Reflexioné entonces, y el pensamiento me hizo estremecerme, ya que la criatura que había dejado en mi aposento podía seguir allí, viva y coleando. Tenía miedo de ver a ese monstruo, pero temía más aún que lo viera Henry. Le supliqué a éste, por lo tanto, que me esperara unos momentos al pie de la escalera y subí a escape a mi habitación. Ya tenía la mano en el pestillo cuando recobré el dominio de mí mismo. Hice entonces una pausa y me invadió un temblor frío. Abrí la puerta de golpe, como suelen hacer los niños cuando esperan que les esté aguardando un espectro al otro lado; pero no apareció nada. Entré, temeroso. La sala estaba vacía, y mi dormitorio también estaba libre de su huésped repugnante. Apenas podía creer en tan buena fortuna; pero cuando me cercioré de que mi enemigo había huido, en efecto, di una palmada de alegría y bajé corriendo a reunirme con Clerval.

Subimos a mi cuarto, y el criado nos trajo el desayuno al poco rato; pero yo no podía contenerme. No sólo me poseía la alegría; sentía un hormigueo por una sensibilidad excesiva, y el pulso me latía acelerado. Era incapaz de quedarme quieto un solo instante; saltaba sobre las sillas, daba palmas y me reía en voz alta. Clerval atribuyó al principio mi estado de ánimo extraordinario al regocijo por su llegada; pero cuando me observó con mayor atención, vio en mis ojos un desenfreno que le pareció inexplicable; y mi risa sonora, incontenible e inhumana lo asustó y lo llenó de asombro.

—Mi querido Víctor —exclamó—, ¿qué te pasa, por Dios? No te rías de ese modo. ¡Qué enfermo estás! ¿A qué se debe todo esto?

—No me lo preguntes a mí —exclamé, cubriéndome los ojos con las manos, pues me pareció ver que el espectro temido entraba, deslizándose, en la habitación—. Que te lo diga él. ¡Oh, sálvame! ¡Sálvame!

Me imaginé que el monstruo se apoderaba de mí; me debatí furiosamente, y caí desmayado.



¡Pobre Clerval! ¿Qué sentiría? La reunión, que él había esperado con tanta alegría, se volvía amarga de un modo tan extraño. Pero yo no fui testigo de su pesar, pues estaba exánime y tardé muchísimo tiempo en recuperar los sentidos.

De esta manera me sobrevinieron unas fiebres nerviosas que me tuvieron postrado varios meses. Henry fue mi único enfermero durante todo aquel tiempo. Supe después que, consciente de la edad avanzada de mi padre y de lo incapacitado que estaba para emprender un viaje tan largo, así como de lo mucho que haría sufrir a Elizabeth mi enfermedad, les ahorró este dolor ocultándoles el alcance de mi dolencia. Él sabía que yo no podría contar con un enfermero más amable y atento que él mismo y, seguro como estaba de que me recuperaría, no dudaba que, en vez de hacer un mal, estaba haciéndoles la mayor de las bondades.

Sin embargo, la verdad era que yo estaba muy enfermo, y que sólo me devolvieron a la vida las atenciones ilimitadas e incansables de mi amigo. Tenía constantemente ante los ojos la figura del monstruo al que había otorgado la existencia, y deliraba sin cesar, hablando de él. No cabe duda de que mis palabras sorprendían a Henry. Al principio las atribuía a los desvaríos de mi imaginación perturbada. Pero la insistencia con que retomaba yo siempre el mismo tema lo convenció de que mi trastorno provenía, en efecto, de algún suceso extraordinario y terrible.

Me fui recuperando de manera muy paulatina, con recaídas frecuentes que alarmaban a mi amigo y lo llenaban de consternación. Recuerdo la primera vez que fui capaz de contemplar con algún agrado los objetos externos. Observé que habían desaparecido las hojas caídas, y que los árboles que daban sombra a mi ventana echaban nuevos brotes. Hizo una primavera divina, y la estación contribuyó enormemente a mi convalecencia. Noté también que se me volvían a despertar en el pecho sentimientos de alegría y afecto. Perdí la melancolía, y al cabo de poco tiempo estaba tan alegre como antes de sufrir el arrebato fatal.

—Mi querido Clerval, ¡qué amable, qué bueno eres conmigo! —exclamé—. Has perdido todo el invierno en mi habitación de enfermo, en vez de dedicarlo al estudio, como querías. ¿Cómo podré pagártelo nunca? Esta

contrariedad que te he causado me produce un remordimiento enorme; pero tú me perdonarás.

—Me lo pagarás del todo no alterándote, y poniéndote bueno en cuanto puedas. En vista de que estás de tan buen ánimo al parecer, ¿puedo hablarte de una cosa?

Temblé. ¡De una cosa! ¿Qué podía ser? ¿Podría hacer alusión a un asunto en el que yo no me atrevía a pensar siquiera?

—Tranquilízate —dijo Clerval, observando cómo me había mudado el color—. Si esto te inquieta, no hablaré de ello; pero tu padre y tu prima se sentirían muy felices si recibieran una carta tuya, de tu puño y letra. No saben lo enfermo que has estado, y tu largo silencio los tiene intranquilos.

—¿Nada más, mi querido Henry? ¿Cómo has podido creer que mis primeros pensamientos no volarían hacia esos seres tan queridos para mí, a los que amo y que tanto se merecen mi amor?

—Si ése es tu estado de ánimo actual, amigo mío, quizá te alegres de leer una carta que llegó para ti hace unos días. Creo que es de tu prima.





CAPÍTULO V

Clerval me puso entonces en las manos la siguiente carta.

Para V. Frankenstein.

Mi querido primo:
No puedo describirte cuán intranquilos estamos todos por tu salud. No podemos por menos que figurarnos que tu amigo Clerval nos oculta el alcance de tu mal, pues hace ya varios meses que no vemos tu letra, y durante todo ese tiempo has tenido que dictar tus cartas a Henry. Sin duda, Víctor, debes de haber estado gravemente enfermo, cosa que nos hace sufrir a todos casi tanto como tras la muerte de tu querida madre. Mi tío casi llegó a convencerse de que estabas enfermo de peligro, y apenas pudimos contenerlo de que emprendiera el viaje a Ingolstadt. Clerval siempre escribe que vas mejorando; espero con vehemencia que confirmes la noticia pronto tú mismo, de tu puño y letra, pues de verdad, de verdad, Víctor, esto nos tiene muy tristes a todos. Si nos alivias este temor, harás de nosotros las criaturas más felices del mundo. Tu padre está tan vigoroso de salud que parece diez años más joven que el invierno pasado. También Ernest ha mejorado tanto que apenas lo reconocerías. Va a cumplir los dieciséis, y ha perdido ese aspecto enfermizo suyo de hace algunos años. Se ha vuelto bastante robusto y activo.

Mi tío y yo mantuvimos anoche una larga conversación acerca de la profesión que debía ejercer Ernest. Las constantes enfermedades que sufrió durante la infancia le han impedido adquirir el hábito del estudio; y ahora que goza de buena salud, está constantemente al aire libre, escalando las montañas o remando en el lago. Yo propuse, en vista de ello, que se hiciera granjero; lo que, como sabes, primo, es un proyecto favorito mío. La vida del granjero es muy saludable y feliz, y es la profesión menos dañina de todas. O, mejor dicho, la más beneficiosa. Mi tío había pensado que estudiara Derecho, para que pudiera llegar a juez gracias a su intercesión. Pero, aparte de que no está dotado en absoluto para tal ocupación, sin duda es más honroso cultivar la tierra para el sustento del hombre que hacer de confidente de sus vicios, y a veces de cómplice de ellos, pues ésta es la profesión del jurista. Dije que el trabajo de un granjero próspero, si no más honroso, al menos era más feliz que el del juez, condenado siempre a tratar con el lado oscuro de la naturaleza humana. Mi tío sonrió y dijo que yo misma debía haberme hecho abogada, y así concluyó la conversación sobre ese tema.

Y ahora debo contarte una breve historia que te agradecerá y quizá te divierta. ¿Te acuerdas de Justine Moritz? Es probable que no. Te relataré su historia en pocas palabras. La señora Moritz, su madre, era viuda y tenía cuatro hijos, de los que Justine era la tercera. Ésta había sido siempre la favorita de su padre. Pero su madre, por una extraña perversión, no la soportaba, y la trataba muy mal desde la muerte del señor Moritz. Mi tía lo observó; y, cuando Justine tenía doce años, convenció a su madre para que le permitiera vivir en su casa. Las instituciones republicanas de nuestro país han producido unas costumbres más sencillas y felices que las que rigen en las grandes monarquías que lo rodean. Por eso hay menores diferencias entre las diversas clases sociales, y las más bajas no son tan pobres ni tan despreciadas, y tienen costumbres más refinadas y morales. No es lo mismo ser criada en Ginebra que serlo en Francia o Inglaterra. Justine, recibida así en nuestra familia, aprendió las obligaciones de una criada; puesto éste que, en nuestro afortunado país, no trae aparejada la idea de ignorancia y del sacrificio de la dignidad de un ser humano.

Estoy segura de que recordarás a la heroína de mi breve relato, pues tenías a Justine en gran estima, y recuerdo que comentaste una vez que, si estabas de

mal humor, te bastaba una mirada suya para disiparlo, por el mismo motivo que atribuye Ariosto a la belleza de Angélica: por su franqueza y alegría. Mi tía le cobró un gran apego, lo que la indujo a brindarle una educación superior a la que le tenía destinada. Este beneficio no cayó en saco roto. Justine era la criaturita más agradecida del mundo; no quiero decir que profririera expresiones de agradecimiento (jamás oí ninguna en sus labios), pero se veía en sus ojos que adoraba a su protectora. Aunque de carácter bullicioso, inconsciente en muchos sentidos, prestaba la máxima atención al menor gesto de mi tía. La tenía por modelo de toda excelencia y procuraba imitar su manera de expresarse y sus modales, de tal modo que aun hoy me suele recordar a ella.

Cuando murió mi queridísima tía, todos estaban demasiado sumidos en su dolor como para prestarle atención a la pobre Justine, que la había cuidado en su enfermedad con el afecto más solícito. La pobre cayó muy enferma; pero le esperaban otras penalidades.

Sus hermanos y hermana murieron uno tras otro, y su madre se quedó sin más vástagos que aquella hija a la que había descuidado. A la mujer le remordía la conciencia. Empezó a creer que la muerte de sus hijos queridos era un castigo del cielo por su favoritismo. Era católica, y creo que su confesor le confirmó aquella idea que había concebido ella. En consecuencia, la madre de Justine, arrepentida, la hizo volver a su casa pocos meses después de tu partida para Ingolstadt. ¡Pobre muchacha! Lloró cuando salió de nuestra casa. Estaba muy cambiada desde la muerte de mi tía. El dolor le había dado una atractiva suavidad y templanza de modales, que antes habían destacado por su viveza. El hecho de vivir en casa de su madre tampoco contribuyó a devolverle la alegría. La pobre mujer vacilaba mucho en su arrepentimiento. A veces suplicaba a Justine que le perdonara su falta de cariño, pero era mucho más frecuente que la acusara de haber provocado la muerte de sus hermanos y hermana. El mal humor constante acabó por sumir a la señora Moritz en un estado de postración, que al principio la volvió más irritable, pero ya descansa en paz para siempre. Murió en cuanto llegó el tiempo frío, al principio de este invierno pasado. Justine ha regresado con nosotros, y te aseguro que la quiero con ternura. Es muy inteligente y delicada, y lindísima. Como ya te he dicho, su semblante y expresiones me recuerdan constantemente a mi tía querida.

Debo decirte también unas palabras, mi querido primo, sobre William, el pequeñín. Ojalá lo vieras: está muy alto para su edad y tiene los ojos azules alegres y risueños, las pestañas oscuras y el pelo rizado. Tiene las mejillas sonrosadas de salud, y cuando sonríe se le forman dos hoyuelos pequeños en cada una. Ya ha tenido una o dos novias, pero su favorita es Louisa Biron, una nena muy linda de cinco años.

Ahora, querido Víctor, estoy segura de que no te importará oír unos cuantos chismes sobre las buenas gentes de Ginebra. La hermosa señorita Mansfield ha recibido ya las visitas de cumplido para celebrar su compromiso con un joven inglés, el señor John Melbourne. Su hermana la fea, Manon, se casó el otoño pasado con el rico banquero Duvillard. El compañero de escuela al que más querías, Louis Manoir, ha sufrido varios reveses desde que Clerval salió de Ginebra. Pero ya ha recobrado el ánimo, y se dice que está a punto de casarse con una francesa muy linda y vivaracha, madame Tavernier. Es viuda, y mucho mayor que Manoir, pero todos la admiran y la aprecian mucho.

Me he animado escribiéndote, querido primo. Sin embargo, no puedo despedirme sin volver a preguntarte con angustia por tu salud. Querido Víctor, si no estás muy enfermo, escribe y danos una alegría a tu padre y a todos. De lo contrario... No me atrevo a imaginarme el caso contrario; ya se me saltan las lágrimas. Adiós, querido primo.

ELIZABETH LAVENZA

Ginebra, 18 de marzo de 17...

—¡Queridísima Elizabeth! —exclamé cuando hube concluido de leer su carta—. Escribiré al instante, para aliviarles esa angustia que deben de sentir.

Escribí y el esfuerzo me dejó muy fatigado; pero ya había empezado a convalecer y seguí mejorando. Pude salir de mi cuarto al cabo de quince días.

Cuando me hube recuperado, uno de mis primeros deberes fue presentar a Clerval a los diversos catedráticos de la universidad. Esto supuso para mí una especie de castigo que no hizo ningún bien a las heridas mentales que había sufrido. Desde la noche fatal en que vi el fin de mis trabajos y el



comienzo de mis desventuras, había concebido una antipatía violenta contra el nombre mismo de la filosofía natural. Cuando ya había recobrado la salud en todos los demás sentidos, me bastaba con ver un aparato de química para que se renovara el suplicio de mis síntomas nerviosos. Henry lo advirtió, y había apartado de mi vista todos mis aparatos. También me hizo cambiar de aposento, pues percibió que yo estaba a disgusto en la sala que antes me había servido de laboratorio. Pero estas precauciones de nada sirvieron cuando fui a visitar a los catedráticos. El señor Waldman me atormentó al encomiar, con calor y bondad, los progresos asombrosos que había hecho yo en las ciencias. No tardó en advertir que el tema me disgustaba; pero no dio en la causa real; achacó mis sentimientos a la modestia y cambió de tema, dejando el asunto de mis progresos para tratar de la ciencia misma, con la intención, que noté claramente, de animarme a hablar. ¿Qué podía hacer? Su intención era agradarme, pero me atormentaba. Me sentía como si me hubiera puesto en las manos cuidadosamente, uno tras otro, los instrumentos que habían de servir para darme una muerte lenta y cruel. Sus palabras me hacían retorcerme de angustia, aunque yo no me atrevía a manifestar el dolor que sentía. Clerval, que siempre tuvo buena vista y percepción para las sensaciones de los demás, rehusó hablar del tema, excusándose con su ignorancia absoluta, y la conversación pasó a materias más generales. Le di gracias a mi amigo dentro de mi corazón, aunque no le dije nada. Percibí con claridad que estaba sorprendido, pero no intentó nunca arrancarme mi secreto; y aunque yo lo quería con una mezcla de afecto y respeto ilimitados, no fui capaz de confiarle aquello que yo mismo solía tener presente en el recuerdo, pues temía que el acto de referírselo a otro no serviría más que para grabármelo más a mí.

El señor Krempe no estuvo tan dócil y, en el estado de sensibilidad casi insoportable en que me encontraba entonces, sus alabanzas rudas y ásperas me produjeron mayor dolor todavía que la aprobación benévola del señor Waldman.

—¡Este condenado nos ha dejado en mantillas a todos, señor Clerval, se lo aseguro a usted! —exclamaba—. Sí: ya puede usted abrir unos ojos como platos si quiere; pero no por eso es menos cierto. Un joven que hace pocos años creía en Cornelio Agripa como en el Evangelio, es ahora el primero

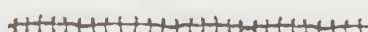
de la universidad, y nos va a dejar a todos en mal lugar si no llega alguien a derrocarlo. Sí, sí —prosiguió, advirtiéndome el sufrimiento que se reflejaba en mi rostro—. El señor Frankenstein es modesto: cualidad excelente en un joven. Los jóvenes deben ser comedidos, ¿sabe usted, señor Clerval? Yo también lo era de joven; pero eso se pasa al poco tiempo.

El señor Krempe emprendió entonces un panegírico de sí mismo, con lo que la conversación se desvió, afortunadamente, de un tema tan molesto.

Clerval no estaba dotado para la filosofía natural. Tenía la imaginación demasiado viva para dedicarse a las minucias de la ciencia. Su materia de estudio principal fueron las lenguas, y pretendía aprender sus elementos para poder instruirse por su cuenta después de regresar a Ginebra. Cuando hubo dominado a la perfección el griego y el latín, se dedicó al persa, el árabe y el hebreo. A mí, por mi parte, siempre me había resultado fastidiosa la holganza, y ahora que quería huir de mis reflexiones, y que había aborrecido mis antiguos estudios, sentí gran alivio al ser compañero de estudios de mi amigo. En las obras de los orientistas no sólo encontré enseñanzas sino también consuelo. Su melancolía sosiega el ánimo, y su alegría lo transporta en una medida que yo no había conocido nunca leyendo a los autores de ningún otro país. Al leer sus textos, parece que la vida consiste en un sol cálido y un jardín de rosas, en las sonrisas y desdenes de una hermosa enemiga, y en el fuego que nos consume el corazón. ¡Cuán distinto de la poesía heroica y varonil de Grecia y Roma!

Dediqué el verano a estas actividades, y preparé mi regreso a Ginebra para finales de otoño; pero tuve que retrasarlo por varias circunstancias, llegaron el invierno y la nieve, los caminos quedaron intransitables, y mi viaje se retrasó hasta la primavera siguiente. Lamenté amargamente esta demora, pues anhelaba ver mi ciudad natal y a mis parientes y amigos queridos. Si había pospuesto tanto mi regreso era por no haber querido dejar a Clerval en una ciudad extraña para él, cuando todavía no conocía a nadie. Pasamos el invierno con alegría, no obstante, y aunque la primavera llegó con un retraso excepcional, su dilación se vio compensada por su belleza.

Ya había comenzado el mes de mayo, y yo esperaba recibir cualquier día la carta que había de fijar la fecha de mi partida, cuando Henry me propuso



una excursión a pie por los alrededores de Ingolstadt, con el fin de que me pudiera despedir en persona de aquella región donde había residido tanto tiempo. Accedí de buena gana a esta propuesta: me gustaba el ejercicio, y Clerval había sido siempre mi compañero favorito en mis paseos de esta clase por los paisajes de mi país natal.

Dedicamos quince días a estas caminatas. Hacía mucho tiempo que yo había recuperado la salud y el ánimo, y se me robustecieron todavía más con el aire salútfero que respiraba, las incidencias naturales de nuestro camino y la conversación de mi amigo. El estudio me había cerrado al trato con mi prójimo y me había vuelto insociable; pero Clerval evocó los sentimientos mejores de mi corazón; me enseñó a amar de nuevo la belleza de la naturaleza y las caras alegres de los niños. ¡Mi gran amigo! ¡Con cuánta sinceridad me querías y procuraste elevar mi mente hasta la altura de la tuya! El estudio egoísta me había dejado agarrotado y estrecho de miras, hasta que tu delicadeza y afecto me reanimaron y me abrieron los sentidos y volví a ser aquella misma criatura feliz de pocos años atrás, querida y adorada por todos, libre de penas e inquietudes. Cuando era feliz, la naturaleza inanimada tenía el poder de producirme las sensaciones más deliciosas. El cielo sereno y los verdes campos me extasiaban. La estación era verdaderamente divina: las flores primaverales se abrían en los setos, y ya asomaban los capullos de las del verano. No me inquietaban los pensamientos que había tenido encima el año anterior como una carga insoportable, a pesar de mis esfuerzos por desembarazarme de ellos.

Mi alegría regocijaba a Henry, quien compartía con sinceridad mis sentimientos; se esforzaba por distraerme, al mismo tiempo que expresaba las sensaciones que le llenaban el alma. Para ello dio muestras de una riqueza asombrosa de recursos: su conversación estaba cargada de imaginación, y solía inventar con frecuencia cuentos de maravillosa fantasía y pasión, imitando a los autores persas y árabes. Otras veces recitaba mis poesías favoritas, o me animaba a entablar debates, que llevaba con gran ingenio.

Volvimos al colegio mayor un domingo por la tarde; los campesinos bailaban, y todo el mundo parecía feliz y dichoso. Yo mismo estaba animado, y caminaba a paso vivo con sentimientos de alegría y regocijo sin límites.





CAPÍTULO VI

A mi regreso, me encontré la carta siguiente de mi padre:

Para V. Frankenstein.

Mi querido Víctor:
Habrás esperado con impaciencia, sin duda, la carta que había de fijar la fecha de tu regreso con nosotros; y al principio he estado tentado de escribirte sólo unas líneas sin decirte más que la fecha en que te esperaba. Pero eso habría sido una bondad cruel, y no me he atrevido a hacerlo. ¿Cuál no habría sido tu sorpresa, hijo mío, cuando, esperando una bienvenida alegre y gozosa, contemplases, por el contrario, lágrimas y sufrimientos? ¿Y cómo podré relatarte nuestra desventura, Víctor? No es posible que la ausencia te haya vuelto insensible a nuestras alegrías y dolores; y ¿cómo hacer daño a un hijo ausente? Quisiera prepararte para la infausta noticia, pero sé que es imposible; ahora mismo tus ojos recorren el papel en busca de las palabras que te transmitirán la horrible nueva.

¡William ha muerto! ¡El dulce niño cuya sonrisa era el encanto y el alivio de mi corazón, tan delicado y tan alegre a la vez! ¡Lo han asesinado, Víctor!

No intentaré consolarte. Me limitaré a referirte, sin más, las circunstancias del suceso.

El jueves pasado (el 7 de mayo), mi sobrina, tus dos hermanos y yo fuimos a pasear a Plainpalais. Hacía una tarde templada y serena, y prolongamos nuestro paseo más de lo habitual. Ya oscurecía cuando pensamos en regresar. No encontramos entonces a William y a Ernest, que se habían adelantado. En vista de ello, nos sentamos en un banco a esperar su vuelta. Ernest apareció al poco rato y nos preguntó si habíamos visto a su hermano. Dijo que habían estado jugando juntos, que William había salido corriendo a esconderse, y que Ernest lo había buscado en vano y después lo había esperado largo rato sin que regresara.

Esta relación nos alarmó bastante, y seguimos buscándolo hasta que cayó la noche y Elizabeth conjeturó que quizá hubiera vuelto a la casa. No estaba allí. Regresamos de nuevo con antorchas, pues yo no podía tener descanso sabiendo que mi niño querido estaba perdido y expuesto a la humedad y el relente de la noche; también Elizabeth estaba angustiadísima. Hacia las cinco de la madrugada encontré a mi niño encantador, que había dejado la noche anterior rebosante de salud y vitalidad. Estaba tendido en la hierba, lívido e inmóvil. Tenía en la garganta la huella de los dedos del asesino.

Lo llevaron a la casa, y la angustia que se reflejaba en mi semblante le desveló el secreto a Elizabeth. Ésta se empeñó en ver el cadáver. Al principio quise impedirselo, pero insistió y, cuando entró en el cuarto donde yacía, examinó enseguida la garganta de la víctima y, juntando las manos, exclamó:

—¡Ay, Dios! ¡He asesinado a mi niño querido!

Se desmayó, y costó enorme trabajo hacerla volver en sí. Cuando recobró el sentido, fue sólo para llorar y suspirar. Me contó que, aquella misma tarde, William la había estado importunando hasta que ella le había dejado ponerse al cuello un retrato en miniatura de tu madre muy valioso que ella tenía. El retrato ha desaparecido, y fue, sin duda, la tentación que impulsó al asesino a cometer el crimen. No tenemos ningún rastro suyo de momento, aunque no cejamos en nuestros esfuerzos por descubrirlo, a pesar de que no servirán para devolvernos a mi amado William.



Ven, Víctor querido; sólo tú puedes consolar a Elizabeth. Llorar sin cesar, y se acusa injustamente de haber sido la causa de su muerte. Sus palabras me traspasan el corazón. Todos estamos afligidos; pero ¿no es razón de más para que regreses tú, hijo mío, y nos sirvas de consuelo? ¡Tu madre querida! ¡Ay, Víctor! ¡Ahora doy gracias a Dios de que no haya vivido para presenciar la muerte cruel y desgraciada de su adorado pequeño!

Ven, Víctor; no con ideas siniestras de venganza contra el asesino, sino con sentimientos de paz y bondad que curen las heridas que tenemos en el ánimo en vez de encontrarlas. Entra en la casa luctuosa, amigo mío, pero con benevolencia y afecto a los que te queremos, y no con odio a tus enemigos.

Tu padre afligido y que te quiere,

ALPHONSE FRANKENSTEIN.

Ginebra, a 12 de mayo de 17...

Clerval, que me había estado mirando el semblante mientras yo leía la carta, se sorprendió al percibir la desesperación que sucedió a la alegría que había manifestado al principio por recibir noticias de los míos. Arrojé la carta sobre la mesa y me cubrí el rostro con las manos.

—Mi querido Frankenstein —exclamó Henry al verme llorar amargamente—, ¿es que siempre has de estar triste? ¿Qué ha pasado, mi querido amigo?

Le indiqué con un gesto que tomara la carta, mientras me paseaba de un lado a otro de la sala en un estado de agitación extrema. También Clerval vertió lágrimas al leer la relación de mi desventura.

—No puedo darte ningún consuelo, amigo mío —dijo—; tu desastre es irreparable. ¿Qué piensas hacer?

—Írme a Ginebra al instante. Acompáñame a encargar los caballos, Henry.

Clerval procuró animarme por el camino; no con tópicos de consuelo, sino manifestando la conmiseración más sincera.



—¡Pobre William! —dijo—. ¡Ese niño tan encantador duerme ya con su madre angelical! Los suyos lloran y hacen duelo, pero él descansa; ya no siente la mano del asesino; la hierba cubre su cuerpecito delicado, y no conoce el dolor. Ya no debemos sentir lástima de él; más padecen los que quedan aquí, y para ellos el único consuelo es el tiempo. No hay que creer en las máximas de los estoicos, que decían que la muerte no es un mal y que la mente del hombre debe estar por encima de la desesperación ante la ausencia eterna de un ser querido. El propio Catón lloró ante el cadáver de su hermano.

Así hablaba Clerval mientras recorriamos las calles aprisa; las palabras se me grabaron en la mente, y las recordaría más tarde, a solas. Pero entonces, en cuanto llegaron los caballos, me apresuré a subir a un cabriolé y me despedí de mi amigo.

Mi viaje fue muy triste. Al principio quise llegar a toda prisa, pues estaba impaciente por consolar a mis familiares queridos y afligidos y expresarles mis condolencias; sin embargo, cuando me fui aproximando a mi ciudad natal aflojé el paso. Apenas podía soportar la multitud de sentimientos que se me acumulaban en la mente. Pasaba por lugares familiares de mi juventud, pero que llevaba casi seis años sin ver. ¿Cuánto podía haber mudado todo en ese tiempo? Se había producido un cambio repentino y desolador; pero otras mil circunstancias pequeñas podían haber suscitado paulatinamente otras alteraciones no menos decisivas, aunque se hubieran producido con mayor tranquilidad. Me dominó el miedo; no me atrevía a seguir adelante, temiendo mil males sin nombre que me hacían temblar, aunque era totalmente incapaz de definirlos.

Me detuve dos días en Lausana, en este estado de ánimo tan doloroso. Contemplé el lago: sus aguas estaban plácidas; todo lo que lo rodeaba estaba en calma, y las montañas nevadas, «palacios de la naturaleza», no habían cambiado. Aquel paisaje tranquilo y celestial me reconfortó de manera paulatina, y proseguí mi viaje hacia Ginebra.

La carretera seguía la orilla del lago, que se iba estrechando conforme me acercaba a mi ciudad natal. Percibí con mayor nitidez las laderas



oscuras de los montes del Jura y la cumbre brillante del Mont Blanc. Rompí a llorar como un niño, exclamando:

—¡Montañas queridas! ¡Hermoso lago de mi país! ¿Cómo recibís al ausente? Tenéis claras las cumbres; el cielo y el lago están azules y plácidos. ¿Es un presagio de paz, o es que os burláis de mi desdicha?

Mucho me temo, amigo mío, que lo aburriré si me extendiendo en la relación de estas circunstancias preliminares; pero es que fueron unos días de relativa felicidad, y los recuerdo con agrado. ¡Patria mía, patria amada! Sólo un hijo tuyo comprenderá el placer que me produjo contemplar de nuevo tus ríos, tus montañas y, sobre todo, tu lago encantador.

Sin embargo, al ir acercándome a mi hogar, volvieron a apoderarse de mí el dolor y el miedo. También cayó la noche, y me sentí más apesadumbrado todavía cuando apenas pude ver las montañas oscuras. Parecía que tenía delante un paisaje maligno, amplio y turbio, y vaticiné confusamente que estaba destinado a convertirme en el más desgraciado de los seres humanos. ¡Ay! Acerté en mi vaticinio, errando sólo una circunstancia: con todas las desgracias que me imaginé y temí, no concebí ni la centésima parte de la angustia que estaba destinado a soportar.

Era noche cerrada cuando llegué a las afueras de Ginebra; ya habían cerrado las puertas de la ciudad, y tuve que pasar la noche en Secheron, un pueblo situado a media legua al este de la ciudad. El cielo estaba despejado y, como era incapaz de descansar, decidí visitar el lugar donde habían asesinado a mi pobre William. Como no podía cruzar la ciudad, tuve que atravesar el lago en barca para llegar a Plainpalais. Durante esta breve travesía vi el juego de los relámpagos, que formaban las imágenes más hermosas en la cumbre del Mont Blanc. Parecía que la tormenta se aproximaba con rapidez, y cuando llegué a la orilla subí a una colina baja para observar su progreso. Fue avanzando; el cielo se nubló, y no tardé en sentir la lluvia, que llegó poco a poco en gotas grandes, pero su violencia fue en aumento.

Abandoné mi asiento y seguí caminando, aunque la oscuridad y las tinieblas crecían a cada instante y los truenos estallaban sobre mi cabeza con estruendo terrible. Devolvían su eco el Salève, los Jura y los Alpes de



Saboya; los vivos relámpagos me deslumbraban e iluminaban el lago, haciéndolo parecer una amplia lámina de fuego; después, todo parecía negro como la pez por un instante, hasta que los ojos se recuperaban del resplandor anterior. La tormenta apareció por varios puntos del cielo, como suele suceder en Suiza. La más violenta estaba justo al norte de la ciudad, sobre esa parte del lago que se extiende entre el promontorio de Belrive y el pueblo de Copêt. Otra tormenta iluminaba los Jura con destellos tenues, y otra más oscurecía y descubría a veces el Môle, montaña puntiaguda al este del lago.

Mientras contemplaba la tormenta, tan hermosa y tan terrible a la vez, caminaba sin rumbo a paso vivo. Aquella noble guerra en los cielos me elevaba el espíritu; junté las manos y exclamé en voz alta:

—¡William, ángel querido! ¡Este es tu funeral, éstas tus endechas!

Cuando estaba diciendo estas palabras, percibí entre las tinieblas una figura que salió furtivamente de entre un grupo de árboles que estaban cerca de mí. Me quedé inmóvil, mirando con atención. No había error posible. Un relámpago iluminó aquel objeto y me descubrió con claridad su forma. Su estatura gigantesca y la deformidad de su aspecto, más horrible de lo que cabe en un ser humano, me hicieron saber al instante que era el desgraciado, el demonio repugnante al que yo había dado la vida. ¿Qué hacía allí? ¿Era posible (me estremecí al pensarlo) que fuera el asesino de mi hermano? En cuanto me pasó por la imaginación esta idea, me convencí de que era cierta; me castañetearon los dientes y tuve que apoyarme en un árbol. La figura pasó junto a mí rápidamente y la perdí de vista en las tinieblas. No era posible que ningún ser de forma humana hubiera destruido a aquel niño hermoso. ¡Él era el asesino! No podía dudarlo. La presencia misma de la idea era prueba irrefutable del hecho. Pensé en perseguir al diablo, pero habría sido en vano, pues un nuevo relámpago me lo mostró suspendido entre las peñas de la ladera casi perpendicular del monte Salêve, que ciñe a Plainpalais por el sur. Ascendió en poco tiempo hasta la cima y desapareció.

Me quedé inmóvil. Cesaron los truenos, pero siguió lloviendo, y el paisaje estaba envuelto en una oscuridad impenetrable. Di vueltas en la cabeza

a los sucesos que había procurado olvidar hasta entonces: todo el curso de mis progresos hasta aquella creación; la aparición de la obra de mis manos, viva, junto a mi cama; su marcha. Habían pasado ya casi dos años desde la noche en que había recibido la vida. ¿Sería ése su primer crimen? ¡Ay! Había dejado suelto en el mundo a un ser depravado que se complacía en las matanzas y la maldad. ¿Acaso no había asesinado a mi hermano?

Nadie podrá concebir la angustia que sufrí durante el resto de la noche, que pasé al aire libre, empujado y frío. Pero no presté atención a las inclemencias del tiempo; tenía ocupada la imaginación en escenas de males y desesperación. Pensé en el ser que yo había liberado entre la humanidad, después de haberlo dotado del poder y la voluntad de ejecutar actos horribles, como el que había realizado ahora mismo, casi como si fuera mi propio vampiro, mi propio espíritu escapado de la tumba y obligado a destruir todo lo que me era querido.

Clareó el día, y encaminé mis pasos hacia la ciudad. Ya habían abierto las puertas, y fui aprisa a la casa de mi padre. Mi primera idea fue desvelar lo que sabía del asesino, para que salieran a perseguirlo al instante. Pero cuando pensé en la historia que debía contar, titubeé. Me había encontrado a medianoche, entre los precipicios de una montaña inaccesible, con un ser al que yo mismo había formado y dotado de vida. Recordé también la fiebre nerviosa que había sufrido yo hacia la época en que afirmaba haber realizado tal creación, y que daría aire de delirio a un relato que ya era, de suyo, absolutamente inverosímil. Bien sabía yo que, si alguna otra persona me hubiera hecho una relación como aquella, lo habría tomado por las quimeras de un loco. Por otra parte, el extraño carácter de aquel animal haría baldía cualquier persecución, aun suponiendo que me creyeran hasta el punto de que indujera a mis parientes a emprenderla. En cualquier caso, ¿de qué serviría perseguirlo? ¿Quién podría detener a una criatura capaz de escalar las laderas del monte Salève, cortadas a pico? Estas reflexiones me decidieron a guardar silencio.

Eran alrededor de las cinco de la madrugada cuando entré en casa de mi padre. Les dije a los criados que no despertaran a la familia, y pasé a la biblioteca para esperar allí hasta su hora habitual de levantarse.



Habían transcurrido seis años, que habían pasado como un sueño a excepción de una huella indeleble, y estaba en el mismo lugar donde había abrazado a mi padre antes de partir para Ingolstadt. ¡Padre amado y respetable! Todavía me quedaba él. Contemplé el retrato de mi madre que estaba sobre la chimenea. Mi padre lo había hecho pintar representando un momento histórico: Caroline Beaufort sumida en la desesperación, arrodillada junto al ataúd de su padre muerto. Llevaba ropa rústica y estaba pálida, pero tenía un aire de dignidad y belleza que impedía que su imagen despertara lástima alguna. Debajo de este cuadro había un retrato en miniatura de William; y me brotaron las lágrimas cuando lo miré. En ese momento entró Ernest. Me había oído llegar y se había apresurado a venir a darme la bienvenida. Me recibió con satisfacción pesarosa.

—Bienvenido seas, querido Víctor —dijo—. ¡Ah! Ojalá hubieras llegado hace tres meses. Entonces nos habrías encontrado a todos felices y contentos. Pero ahora somos desdichados; y me temo que te recibiremos con lágrimas en vez de sonrisas. Nuestro padre está muy apesadumbrado. Parece que este suceso terrible le ha renovado el dolor por la muerte de mamá. También la pobre Elizabeth está inconsolable.

Ernest rompió a llorar al decir estas palabras.

—No me recibas de este modo —dije—; intenta tener más calma, para que no me sienta absolutamente desgraciado en cuanto entro en casa de mi padre tras una ausencia tan larga. Pero dime: ¿cómo lleva nuestro padre sus desventuras? ¿Y cómo está mi pobre Elizabeth?

—Está muy necesitada de consuelo. Se consideraba culpable de haber provocado la muerte de nuestro hermano, y eso la hacía sentirse muy desgraciada. Pero ahora que se ha descubierto al asesino...

—¡Que se ha descubierto al asesino! ¡Dios santo! ¿Cómo es posible? ¿Quién podría perseguirlo? Es imposible: sería como intentar alcanzar a los vientos, o represar un torrente de montaña con una paja.

—No sé qué quieres decir; pero todos nos llevamos un gran disgusto cuando la descubrieron. Al principio no lo quería creer nadie, y Elizabeth no está convencida todavía, a pesar de tantas pruebas. En efecto,



¿quién iba a creer que Justine Moritz, tan amable y que tanto quería a toda la familia, podía volverse tan malvada de pronto?

—¡Justine Moritz! Pobre, pobre muchacha... ¿La acusan a ella? Pero es un error, todos lo saben... No lo creerá nadie, ¿verdad, Ernest?

—Al principio no lo creía nadie; pero salieron a relucir varias circunstancias que prácticamente nos han obligado a convencernos de ello. Y la muchacha ha dado unas muestras de confusión que han aportado gran peso a las pruebas, hasta el punto de que, según me temo, no hay esperanza de que se pueda dudar de ello. Pero hoy la juzgarán, y te enterarás entonces de todo.

Me contó que en la mañana en que se había descubierto el asesinato del pobre William, Justine había caído enferma y había tenido que guardar cama; y, al cabo de varios días, una criada examinó por casualidad las ropas que había llevado en la noche del asesinato y descubrió en su faltriquera el retrato de mi madre que se consideraba que había sido el móvil del asesino. La criada se lo enseñó al momento a otro criado que, sin decir palabra a ningún miembro de la familia, acudió ante un magistrado; y, en virtud de la declaración de los dos, detuvieron a Justine. Al ser acusada de aquel delito, la pobrecilla confirmó las sospechas en gran medida por su confusión extrema.

El relato era extraño, pero no me hizo albergar dudas, y respondí con vehemencia:

—Estáis todos equivocados. Yo sé quién es el asesino. Justine, la pobre, la buena de Justine, es inocente.

En ese momento entró mi padre. Vi la desdicha hondamente grabada en su semblante, pero se esforzó por darme una bienvenida alegre, y tras intercambiar nuestros saludos sombríos, se habría puesto a hablar de otro tema que no fuera el de nuestra desventura, si no hubiera sido porque Ernest exclamó:

—¡Cielo santo, papá! Víctor dice que sabe quién fue el asesino del pobre William.

—Nosotros también lo sabemos, por desgracia —respondió mi padre—; pues en verdad que habría preferido ignorarlo para siempre que



descubrir tal depravación e ingratitud en una persona de la que tenía tan buen concepto.

—Te equivocas, padre querido; Justine es inocente.

—Si lo es, no quiera Dios que la castiguen como culpable. Hoy la juzgarán, y espero, espero sinceramente, que la absuelvan.

Estas palabras me tranquilizaron. Yo albergaba la firme convicción de que ni Justine ni ningún otro ser humano tenían culpa alguna de aquel asesinato. No temí, por lo tanto, que pudieran aducirse pruebas suficientes para condenarla. Con esta seguridad me tranquilicé y esperé el juicio con impaciencia, pero sin ningún presagio de que fuera a terminar mal.

Elizabeth se reunió con nosotros al poco rato. El tiempo había cambiado mucho su figura desde la última vez que la había visto. Hacía seis años era una muchacha linda y de buen humor, querida y mimada por todos. Ahora era una mujer, por su estatura y por la expresión de su semblante, que era de una belleza fuera de lo común. Su frente, amplia y despejada, indicaba buen entendimiento, además de gran franqueza de carácter. Tenía los ojos de color avellana, y de expresión bondadosa, aunque también tristes por los disgustos recientes. Su pelo era de un rico color castaño oscuro; tenía la piel clara, y la figura esbelta y grácil. Me dio la bienvenida con el mayor afecto.

—Tu llegada me llena de esperanza, primo querido —dijo—. Quizás encuentres tú algún medio para exculpar a la pobre inocente de Justine. ¡Ay! Si a ella la declaran culpable de un crimen, ¿quién estará a salvo? Tengo tanta fe en su inocencia como en la mía propia. Nuestra desventura es doble: no solamente hemos perdido a nuestro niño querido, sino que esta pobre muchacha, a la que quiero de verdad, ha de quedar deshecha por un destino todavía peor. Si la condenan, no volveré a conocer la alegría jamás. Pero no la condenarán, estoy segura de que no, y entonces volveré a ser feliz, aun después de la triste muerte de mi pequeño William.

—Es inocente, Elizabeth mía —dije—, y así se demostrará. No temas nada; ánimo, en cambio, con la seguridad de que saldrá absuelta.

—¡Qué bueno eres! Todo el mundo la cree culpable, y eso me hacía sufrir mucho; pues yo sabía que era imposible; y desesperaba y me descorazonaba al ver a todos los demás predispuestos en su contra de una manera tan inhumana.

—Sécate las lágrimas, sobrina querida —dijo mi padre—. Si es inocente, como crees, confía en la justicia de nuestros jueces y en la diligencia con que evitaré yo la menor sombra de parcialidad.





CAPÍTULO VII

Pasamos algunas horas de tristeza hasta las once, cuando tenía que comenzar el juicio. Mi padre y el resto de mi familia estaban obligados a asistir en calidad de testigos, y yo los acompañé a la audiencia. Toda aquella desgraciada parodia de lo que es la justicia fue para mí un vivo tormento. Había de decidirse si el fruto de mi curiosidad y de mis descubrimientos ilícitos había de provocar la muerte de dos seres humanos: el primero, un niño sonriente, lleno de inocencia y alegría; la segunda, asesinada de una manera mucho más espantosa, con toda la infamia que podía hacer más horroroso el recuerdo del asesinato. También Justine era una muchacha meritoria, dotada de buenas prendas que le permitían esperar una vida feliz; ¡ahora, todo quedaría borrado en una tumba ignominiosa, y por mi causa! Habría preferido mil veces confesarme culpable del crimen que achacaban a Justine; pero yo estaba ausente cuando se cometió, y una declaración tal habría sido tomada por los delirios de un loco y no habría servido para exculpar a la que sufría por mi culpa.

Justine parecía serena. Iba vestida de luto, y la solemnidad de sus sentimientos daba a su semblante, que siempre había sido atractivo, una belleza exquisita. Parecía, no obstante, llena de confianza en su inocencia, y no temblaba, a pesar de las miradas y las imprecaciones de millares de personas; pues la imaginación de la monstruosidad que se le atribuía

borraba del ánimo de los espectadores toda la benevolencia que pudiera haber suscitado su belleza en otras circunstancias. Estaba tranquila, pero su tranquilidad era forzada, evidentemente; y en vista de que habían alegado su confusión anterior como prueba de su culpabilidad, procuraba con todas sus fuerzas dar muestras de valor. Cuando entró en el tribunal recorrió la sala con la vista y descubrió enseguida dónde estábamos sentados. Al vernos, pareció como si una lágrima le nublara los ojos, pero se rehízo al momento, y su expresión de pesadumbre parecía dar fe de su inocencia absoluta.

Comenzó el juicio. Cuando el fiscal hubo presentado la acusación, se hizo llamar a varios testigos. Había en su contra varios hechos extraños que podrían haber confundido a cualquiera que no tuviera las pruebas de su inocencia que tenía yo. Había pasado fuera toda la noche en que se cometió el asesinato, y una mujer que iba al mercado la había visto hacia el amanecer no lejos del lugar donde se había encontrado más tarde el cuerpo del niño asesinado. La mujer le había preguntado qué hacía allí, pero ella la había mirado de un modo muy extraño y no le había dado más respuesta que unas palabras confusas e ininteligibles. Llegó a la casa hacia las ocho de la mañana. Cuando alguien le preguntó dónde había pasado la noche, ella respondió que había estado buscando al niño, y preguntó con fervor, a su vez, si se habían tenido noticias suyas. Cuando le mostraron el cadáver, sufrió un violento ataque de histeria, y tuvo que guardar cama varios días. Se exhibió entonces el retrato que había encontrado la criada en su faltriquera, y cuando Elizabeth repuso con voz vacilante que era el mismo que ella había puesto al cuello del niño una hora antes de que éste desapareciera, un murmullo de horror e indignación recorrió la sala.

Se hizo subir a Justine al estrado. Le había cambiado el semblante durante el transcurso del juicio. Expresaba viva sorpresa, horror y desolación. A veces se esforzaba por contener las lágrimas; pero cuando le indicaron que expusiera su defensa, se armó de valor y dijo con voz audible, aunque inestable:

—Dios sabe que soy absolutamente inocente. Pero no pretendo que baste esta afirmación para disculparme. Apoyo mi inocencia con una

explicación clara y sencilla de los hechos que se han alegado en mi contra. Espero que la reputación que he tenido siempre incline a los jueces hacia una interpretación favorable allí donde las circunstancias parezcan dudosas o sospechosas.

Refirió a continuación que, con licencia de Elizabeth, había pasado la tarde anterior a la noche del asesinato en casa de una tía suya, en Chêne, pueblo situado a cosa de una legua de Ginebra. A su regreso, hacia las nueve, se encontró con un hombre que le preguntó si había visto por alguna parte al niño que se había perdido. Esta noticia la alarmó, y se pasó varias horas buscándolo, hasta que se cerraron las puertas de Ginebra y se vio obligada a pasar varias horas de la noche en el granero de una casita de campo, pues no quiso despertar sus habitantes, que la conocían bien. Incapaz de descansar ni de dormir, salió temprano de su refugio para emprender de nuevo la búsqueda de mi hermano. Si había pasado cerca del lugar donde yacía su cuerpo, habría sido sin saberlo ella. Su desconcierto cuando la interrogó la mujer que iba al mercado no era de extrañar, teniendo en cuenta que había pasado la noche en vela y que todavía no se sabía qué había sido del pobre William. En cuanto al retrato, no podía dar ninguna explicación.

—Ya sé cuán grave y fatal es el peso de esta prueba en mi contra —prosiguió la desventurada víctima—, pero no tengo posibilidad de explicarla; y, después de haber expresado mi ignorancia absoluta, sólo me queda hacer conjeturas sobre los motivos por los que me lo pueden haber metido en la faltriquera. Pero también en esto me encuentro frustrada. Creo que no tengo ningún enemigo en el mundo, ni que haya nadie tan malvado como para destruirme sin causa. ¿Lo puso allí el asesino? No sé qué ocasión haya podido tener para hacerlo. Y, aunque lo supiera, no entendería por qué habría robado la joya para deshacerse de ella enseguida.

»Remito mi causa a la justicia de mis jueces, aunque no concibo ninguna esperanza. Suplico se me conceda examinar a algunos testigos sobre mi reputación. Si su testimonio no pesa más que mi supuesta culpa, deberán condenarme, a pesar de que estaría dispuesta a empeñar mi salvación eterna en prenda de mi inocencia.



Se llamó a varios testigos, que la conocían desde hacía muchos años, y hablaron bien de ella; pero el miedo y el aborrecimiento al crimen del que la suponían culpable los había vuelto asustadizos y no querían comprometerse. Cuando Elizabeth vio que le iba a faltar a la acusada hasta este último recurso, el de su carácter excelente y su conducta irreprochable, solicitó licencia para hablar al tribunal, muy agitada.

—Soy prima del desventurado niño asesinado —dijo—... o, más bien, hermana suya, pues me he criado con sus padres y he vivido con ellos desde que nació, y aun desde mucho antes. Por lo tanto, quizá se considere inconveniente por mi parte salir a declarar en estas circunstancias; pero veo a una persona a pique de perecer por la cobardía de sus supuestos amigos y pido que se me permita hablar para decir lo que sé de su carácter. Conozco bien a la acusada. He convivido con ella cinco años seguidos una vez y casi dos otra. Durante todo ese tiempo me ha parecido la más amable y benévola de las criaturas humanas. Cuidó a mi tía, la señora Frankenstein, en su última enfermedad, con el mayor afecto y cuidado; y después cuidó a su propia madre durante una penosa enfermedad, de un modo que despertó la admiración de todos los que la conocían. Después, volvió a vivir en casa de mi tío, donde la adoraban todos los miembros de la familia. Sentía un gran apego al niño que ahora ha muerto, y se portaba con él como una madre de lo más cariñosa. Yo, por mi parte, digo sin dudarle que, pese a todas las pruebas que se han presentado en su contra, creo y confío en su inocencia absoluta. No tenía ningún móvil que la llevara a cometer tal acto. En cuanto a la baratija en que consiste la prueba principal, si ella la hubiera deseado fervientemente, yo se la habría regalado de buena gana: tanto estimo y aprecio a Justine.

¡La bonísima Elizabeth! Se oyó un murmullo de aprobación, pero motivado por la generosidad de su intervención, y no a favor de la pobre Justine, sobre la que recayó con nueva violencia la indignación del público, que la acusaba de la más negra de las ingratitudes. Justine lloró mientras hablaba Elizabeth, pero no tomó la palabra para responderle. Yo padecí una agitación y una angustia extremadas durante todo el juicio. Creía en su inocencia. Estaba seguro de ella. ¿Era posible que el demonio que había

asesinado a mi hermano (lo que yo no dudaba ni por un instante) hubiera provocado también alevosamente, como una burla infernal, la muerte y la ignominia de una inocente? No pude aguantar el horror de mi situación; y cuando vi a la desventurada víctima condenada ya por la voz popular y en los semblantes de los jueces, me apresuré a salir de la sala lleno de sufrimiento. La acusada no padecía tormentos iguales a los míos: su inocencia la sostenía; pero a mí me desgarraban el pecho los colmillos del remordimiento, que no aflojaban su presa.

Pasé una noche de abatimiento absoluto. A la mañana siguiente fui al tribunal. Tenía secos los labios y la garganta. No me atreví a hacer la pregunta fatal; pero me conocían, y el funcionario adivinó la causa de mi visita. Ya se habían emitido los votos; todas las bolas eran negras, y Justine había sido condenada.

No pretenderé describir lo que sentí entonces. Ya había conocido sensaciones de horror, que he intentado relatar con expresiones adecuadas; pero las palabras no bastan para dar una idea de la desesperación descorazonadora que padecí entonces. La persona a quien yo me había dirigido añadió que Justine ya había confesado su culpa.

—Esa prueba apenas hacía falta en un caso tan patente —observó—; pero me alegro de ello, y la verdad es que a ninguno de nuestros jueces le gusta condenar a un criminal sólo por pruebas indirectas, por poderosas que sean.

Cuando llegué a casa, Elizabeth me preguntó el veredicto con impaciencia.

—Prima mía —le respondí—, se ha tomado la decisión que podías haber esperado. Todos los jueces prefieren condenar a diez inocentes con tal de que no se escape un culpable. Pero ha confesado.

Esto fue un duro golpe para Elizabeth, que había confiado firmemente en la inocencia de Justine.

—¡Ay! —dijo—. ¿Cómo volveré a creer jamás en la bondad humana? ¿Cómo ha podido Justine, a la que quería y estimaba como si fuera mi hermana, fingir esas sonrisas inocentes con el único fin de traicionarnos? Sus ojos tiernos parecían incapaces de albergar severidad o mal humor alguno; y, a pesar de todo, ha cometido un asesinato.



Nos enteramos al poco rato de que la pobre víctima había manifestado el deseo de ver a mi prima. Mi padre se opuso a que fuera, pero dijo que dejaba la decisión al buen criterio y sentimientos de ella.

—Sí —dijo Elizabeth—. Iré, aunque sea culpable; y tú, Víctor, me acompañarás. No puedo ir sola.

La idea de hacer aquella visita era un tormento para mí. Sin embargo, no pude negarme a ello.

Entramos en el lúgubre calabozo y vimos a Justine sentada al fondo en un jergón de paja; tenía las manos esposadas y la cabeza apoyada en las rodillas. Se levantó al vernos entrar, y cuando nos quedamos a solas con ella, se arrojó a los pies de Elizabeth llorando con amargura. Mi prima lloró también.

—¡Ay, Justine! —dijo—. ¿Por qué me has despojado de mi último consuelo? Yo confiaba en tu inocencia y, aunque sufría mucho, no era tan desgraciada como ahora.

—¿Y usted también me ha creído tan mala? ¿Se ha pasado al bando de mis enemigos para aplastarme? —dijo Justine, ahogándose entre sollozos.

—Levántate, pobre muchacha —dijo Elizabeth—. ¿Por qué te arrodillas, si eres inocente? No soy de tus enemigos. Te creí libre de culpa hasta que oí decir que tú misma te habías declarado culpable. Dices que eso es falso; y te aseguro, mi querida Justine, que nada podría hacerme dudar de ti por un solo instante, salvo una confesión de tus propios labios.

—Confesé, en efecto; pero confesé una mentira. Confesé para que me dieran la absolución; pero ahora esa falsedad me pesa más en el corazón que el resto de mis pecados. ¡Perdóneme el Dios del cielo! Desde que me condenaron, mi confesor me ha asediado. Me amenazaba e intimidaba hasta que estuve a punto de creer que yo era el monstruo que él decía. Me amenazó con la excomunión y el fuego del infierno en mis últimos instantes si seguía contumaz. Señorita querida, yo no tenía a nadie que me apoyara; todos me miraban como a una desgraciada, condenada a la ignominia y la perdición. ¿Qué podía hacer? Convine en una mentira, en mala hora, y sólo ahora me siento desgraciada de verdad.

Hizo una pausa, llorando, y prosiguió:



—Temí con horror que usted, mi querida señorita, creyera que su Justine, a la que su tía (que en gloria esté) tanto honró, y a la que usted quería, era un ser capaz de cometer un crimen que sólo ha podido perpetrar el diablo en persona. ¡William querido! ¡Niño querido, que estás en la gloria! No tardaré en verte de nuevo en el cielo, donde seremos todos felices; y eso me consuela, aunque voy a padecer la ignominia y la muerte.

—¡Ay, Justine! Perdóname por haber desconfiado de ti por un instante. ¿Por qué confesaste? Pero no te aflijas, niña querida. Yo proclamaré por todas partes tu inocencia y haré que crean en ella por fuerza. Sin embargo, debes morir; tú, que fuiste mi compañera de juegos, mi camarada, más que una hermana para mí. No podré sobrevivir a una desventura tan horrible.

—No llore usted, mi querida y dulce Elizabeth. Debería procurar elevarme con pensamientos de otra vida mejor, por encima de las preocupaciones mezquinas de este mundo de luchas e injusticias. No me conduzca usted a la desesperación, mi buena amiga.

—Intentaré darte ánimo; pero me temo que este mal es demasiado profundo y penetrante como para admitir consuelo, pues no hay esperanza. Pero el cielo te otorgue el bien de la resignación, queridísima Justine, y una confianza superior a las cosas de este mundo. ¡Ay, cómo odio sus apariencias e hipocresías! En cuanto asesinan a una criatura, despojan al instante de la vida a otra, de manera lenta y cruel; y después, los verdugos, con las manos todavía manchadas de la sangre de la inocencia, creen que han hecho una gran obra. A esto lo llaman justicia retributiva. ¡Qué nombre tan odioso! En cuanto lo pronuncian, sé que se disponen a infligir castigos mayores y más horribles que los que haya inventado jamás el más sombrío de los tiranos para apurar su venganza suprema. Pero esto no te sirve de consuelo a ti, Justine mía, a no ser que te gloríes de huir de este antro tan miserable. ¡Ay! Ojalá estuviera yo descansando en paz con mi tía y mi querido William, libre de un mundo que me resulta odioso, y de las caras de los hombres, que aborrezco.

—Eso, señorita querida, no es resignación, sino desesperación —dijo Justine con una sonrisa lánguida—. No debo aprender la lección que quiere enseñarme usted. Hábleme de otra cosa, de algo que me aporte paz en vez de aumentar mis padecimientos.



Durante esta conversación, yo me había retirado a un rincón del calabozo donde podía ocultar la angustia horrible que me poseía. ¡Desesperación! ¿Quién podía hablar de desesperación con más conocimiento de causa que yo? La pobre víctima, que iba a cruzar a la mañana siguiente la temible frontera que separa la vida de la muerte, no padecía un suplicio tan profundo y cruel como el mío. Apreté los dientes y los hice rechinar, soltando un quejido que me salió de lo más profundo del alma. Justine se sobresaltó. Cuando vio quién era yo, se acercó a mí y dijo:

—Mi querido señor, es usted muy amable por haber venido a visitarme. Espero que no me crea usted culpable.

No fui capaz de responder.

—No, Justine —dijo Elizabeth—. Está más convencido de tu inocencia que lo estaba yo; pues ni siquiera lo creyó cuando decían que habías confesado.

—Se lo agradezco de veras. En estos últimos momentos siento el agradecimiento más sincero hacia los que piensan bien de mí. ¡Cuán dulce es el afecto de los demás para una desgraciada como yo! Me quita de encima más de la mitad de mi desventura, y me parece que puedo morir en paz ahora que reconocen mi inocencia usted, señorita querida, y su primo.

De ese modo intentaba consolar a los demás y a sí misma la pobre víctima. Ella consiguió, en verdad, la resignación que buscaba. Por el contrario, yo, el verdadero asesino, sentía en el pecho el gusano imperecedero que no admitía esperanza ni consuelo. Elizabeth también lloró, muy afligida, pero su tristeza también era la de la inocencia, que es como una nube pasajera que cubre el hermoso rostro de la luna y oculta su brillo durante un rato, pero no puede enturbiarlo. La angustia y la desesperación me habían penetrado hasta lo más íntimo del corazón; llevaba dentro de mí un infierno que no podía apagarse con nada. Pasamos varias horas con Justine, y al final Elizabeth sólo pudo apartarse de su lado con un gran esfuerzo.

—Quisiera morir contigo —exclamó—; no puedo vivir en este mundo de desgracias.

Justine adoptó un aire alegre, aunque apenas podía contener las lágrimas amargas. Abrazó a Elizabeth, y dijo, con voz de emoción mal contenida:

—Adiós, dulce señorita, querida Elizabeth, mi amada y única amiga; que el cielo la bendiga y la guarde con su bondad; que ésta sea la última desventura que tenga que sufrir usted. Viva, y sea feliz, y haga felices a los demás.

Cuando regresábamos, Elizabeth me dijo:

—No sabes lo aliviada que estoy, mi querido Víctor, ahora que confío en la inocencia de esta muchacha desventurada. Si me hubiera engañado al confiar en ella, no habría podido volver a conocer la paz. Desde el momento en que la creí culpable, sentí una angustia que no habría podido soportar mucho tiempo. Ahora me he quitado una carga del corazón. Ha de sufrir una inocente; pero tengo el consuelo de que la persona que yo había considerado buena y digna de cariño no ha abusado de la confianza que puse en ella.

¡Prima adorable! Tales eran tus pensamientos, suaves y delicados como tus ojos queridos y tu voz. Pero yo... yo era un desgraciado, y padecía de un modo inimaginable.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE



CAPÍTULO I

Nada más penoso para la mente humana que la calma absoluta de la inactividad y la certidumbre que se siguen tras una rápida serie de sucesos que han excitado los sentimientos, y despojan el alma de esperanzas y de temores a un mismo tiempo. Justine murió. Descansó; y yo vivía. La sangre me corría libre por las venas, pero me oprimía el corazón una carga de remordimientos y desesperación que no podía quitarme de encima de ningún modo. El sueño huía de mis ojos; vagaba sin rumbo como un espíritu maligno, pues había cometido maldades indescriptibles, y (estaba convencido de ello) tenía por delante más aún, mucho más. No obstante, el corazón me rebosaba de bondad y de amor a la virtud. Había empezado la vida lleno de buenas intenciones, esperando con ansia el momento de llevarlas a la práctica y de ser útil a mi prójimo. Ahora, todo había quedado aniquilado: en vez de aquella serenidad de conciencia que me permitiera quedar satisfecho de mí mismo al recordar el pasado, cobrando con ello nuevas esperanzas para el futuro, se habían apoderado de mí los remordimientos y las culpas, que me llevaban a un infierno de tormentos intensos que no se pueden describir con palabras.

Este estado de ánimo me minó la salud, que había recuperado del todo después del primer golpe que había sufrido. Rehuí la presencia de los hombres. Todo son de alegría o complacencia era un tormento para mí. Mi único consuelo era la soledad, la soledad honda, oscura, mortal.

Mi padre observaba con dolor el cambio apreciable de mi carácter y costumbres, y procuró razonar conmigo sobre la imprudencia de dejarse arrastrar por un dolor desmedido.

—¿Acaso crees que yo no sufro también, Víctor? —preguntó—. Nadie podría querer a un hijo más que quería yo a tu hermano —añadió, con lágrimas en los ojos—; pero ¿acaso no tenemos ante los demás supervivientes el deber de abstenernos de aumentar su tristeza dando muestras de un dolor desmedido? También es un deber que tienes contigo mismo, pues el exceso de pena te impide progresar ni disfrutar, e incluso cumplir tus obligaciones diarias, sin las cuales ningún hombre es apto para la vida social.

Sus consejos, aunque buenos, eran inaplicables a mi situación; yo habría podido disimular mi dolor y consolar a los míos, si no hubiera sido porque la amargura se mezclaba con el resto de mis sensaciones. Sólo pude responder a mi padre con una mirada de desesperación, y procuré ocultarme de su vista.

Hacia esa época nos retiramos a nuestra casa de Belrive. Este cambio fue especialmente agradable para mí. Me resultaba muy fastidiosa la vida intramuros de Ginebra, donde se cerraban las puertas de la ciudad a las diez de la noche y era imposible quedarse en el lago a partir de esa hora. Ahora era libre. Cuando el resto de mi familia se había acostado, solía tomar la barca y pasaba muchas horas en el agua. Unas veces me impulsaba por el viento con las velas tendidas; otras, remaba hasta el centro del lago y dejaba que la barca fuera a la deriva mientras me entregaba a mis reflexiones desgraciadas. Solía estar tentado, cuando no había más que paz a mi alrededor y yo era el único ser movedizo que vagaba inquieto en un paraje tan hermoso y celestial, a excepción de algún murciélago, o de las ranas, cuyo croar áspero e irregular sólo oía al acercarme a la orilla... solía estar tentado, de arrojar me al lago silencioso para que las aguas me cubrieran para siempre con mis calamidades. Pero me contenía al pensar en la heroica y sufrida Elizabeth, a la que amaba tiernamente y cuya existencia estaba vinculada a la mía. Pensaba también en mi padre y en el hermano que me quedaba: ¿podía abandonarlos vilmente, dejándolos desamparados y expuestos a la maldad del diablo que yo había soltado entre ellos?

En esos momentos lloraba con amargura y deseaba recuperar la paz de espíritu con el fin de darles consuelo y felicidad. Pero no podía ser. Los remordimientos me apagaban toda esperanza. Yo había sido autor de males imborrables, y vivía con el temor de que el monstruo que había creado cometiera alguna nueva fechoría. Tenía la sensación de que no había terminado todo y de que había de cometer aún algún crimen señalado, cuya enormidad casi haría olvidar el anterior. Mientras me quedara un ser querido, siempre tendría algo que temer. No es posible hacerse una idea de cómo aborrecía yo a ese diablo. Cuando pensaba en él, apretaba los dientes, se me inflamaban los ojos y sentía el deseo ardiente de extinguir esa vida que le había otorgado con tanta irreflexión. Al representarme sus crímenes y su maldad, mi odio y deseos de venganza superaban todos los límites de la moderación. Habría podido viajar hasta el pico más alto de los Andes si, una vez allí, hubiera podido despeñarlo hasta el pie de la montaña. Quería volver a verlo para descargar toda mi rabia sobre su cabeza y vengar las muertes de William y Justine.

La nuestra era una casa de duelo. El horror de los últimos hechos había estropeado mucho la salud de mi padre. Elizabeth estaba triste y descorazonada; ya no le agradaban sus ocupaciones corrientes; cualquier deleite le parecía un sacrilegio contra los muertos; creía entonces que debía pagar un tributo perpetuo de aflicción y lágrimas a la inocencia destrozada y destruida de aquel modo. Ya no era aquella criatura feliz que en su primera juventud se paseaba conmigo por las orillas del lago, hablando extasiada de nuestros planes para el futuro. Se había vuelto seria y solía hablar de la inconstancia de la fortuna y la inseguridad de la vida humana.

—Cuando pienso, primo querido, en la desdichada muerte de Justine Moritz —me dijo—, ya no veo el mundo y sus obras como me parecían antes. Antes, veía las relaciones de vicios e injusticias que leía en los libros u oía contar a otros, como si fueran cuentos de épocas antiguas, o males imaginarios; al menos, eran remotas y más familiares para la razón que para la imaginación; pero ahora ha llegado a casa la desgracia y los hombres me parecen monstruos sedientos de la sangre de los demás. Sin embargo, soy injusta, ciertamente. Todos creían culpable a esa pobre muchacha, y si hubiera cometido el crimen por el que sufrió el castigo, habría sido, sin duda, la

más depravada de las criaturas humanas. ¡Asesinar por unas pocas joyas al hijo de su benefactora y amiga, a un niño que había criado ella desde su nacimiento y al que aparentaba querer como si fuera suyo! Yo no puedo acceder a la muerte de ningún ser humano; pero habría considerado, sin duda, que una criatura así era indigna de permanecer dentro de la sociedad humana. Sin embargo, era inocente. Lo sé, siento que era inocente; tú eres de la misma opinión, y eso me lo confirma. ¡Ay, Víctor! Cuando la mentira puede asemejarse tanto a la verdad, ¿quién puede contar con que tiene asegurada la felicidad? Tengo la impresión de que voy caminando por el borde de un precipicio hacia el que se arremolina un gentío de miles que procuran despeñarme al abismo. A William y a Justine los asesinaron, y el asesino se escapa; va libre por el mundo, y respetado quizá. Pero no querría estar en el lugar de ese desgraciado aunque me condenaran a mí al patíbulo por los mismos crímenes.

Escuché estas razones padeciendo los mayores suplicios. Yo era el verdadero asesino, si no como ejecutor, al menos como causante. Elizabeth me leyó la angustia en el semblante y, tomándome la mano con bondad, me dijo:

—Debes calmarte, primo querido. Sólo Dios sabe cuánto me han afectado estos hechos; y, sin embargo, no estoy tan abatida como tú. Tienes en el semblante un gesto de desesperación, y a veces de venganza, que me hace temblar. Sosiégate, mi querido Víctor; daría la vida con tal de darte la paz. Seremos felices, sin duda: tranquilos, en nuestra patria natal y sin mezclarnos con el mundo, ¿qué puede haber que perturbe nuestra serenidad?

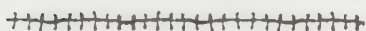
Derramó lágrimas al decir esto, desconfiando del mismo consuelo que me daba; pero sonreía al mismo tiempo, para ahuyentar al diablo que acechaba en mi corazón. Mi padre, que interpretaba la infelicidad que llevaba yo pintada en el rostro como una mera exageración de la pena natural que sentía, pensaba que el medio mejor para devolverme la serenidad perdida sería entretenerme con pasatiempos adecuados a mis gustos. Por eso nos habíamos trasladado al campo. Por el mismo motivo, propuso entonces que hiciésemos todos una excursión al valle de Chamonix. Yo había estado ya allí, pero ni Elizabeth ni Ernest lo conocían, y ambos habían manifestado

con frecuencia sus vivos deseos de ver los paisajes de aquel lugar, que habían oído calificar de maravillosos y sublimes. En consecuencia, emprendimos este viaje partiendo de Ginebra a mediados de agosto, casi dos meses después de la muerte de Justine.

El tiempo era realmente excepcional; y aquella excursión habría tenido, sin duda, el efecto que pretendía mi padre si mis penas hubieran sido de las que se pueden disipar con cualquier circunstancia pasajera. De hecho, el paisaje me interesó hasta cierto punto; amortiguaba a veces mi dolor, aunque no podía suprimirlo. En el primer día viajamos en carruaje. Por la mañana habíamos vislumbrado a lo lejos las montañas hacia las que avanzábamos gradualmente. Vimos cerrarse sobre nosotros poco a poco el valle por el que serpenteaba nuestro camino, formado por el río Arve, cuyo curso seguíamos; y cuando se puso el sol, contemplamos montañas inmensas y precipicios suspendidos sobre nosotros a cada lado, y oímos el rumor del río entre las peñas y el fragor de las cascadas.

Al día siguiente proseguimos nuestro viaje en mulas, y según íbamos ascendiendo, el valle adquiría un carácter más magnífico y asombroso. Los castillos en ruinas suspendidos en los precipicios de montañas cubiertas de pinos; el Arve impetuoso, y las casitas de campo que asomaban aquí y allá entre los árboles, componían un paisaje de belleza singular. Pero lo aumentaban y hacían más sublime los poderosos Alpes, cuyas cumbres agudas o romas, blancas y relucientes, se elevaban por encima de todo, como si fueran de otro mundo, residencias de otra raza de seres.

Cruzamos el puente de Pelissier, donde se abría ante nosotros la garganta que forma el río, y emprendimos la ascensión de la montaña que lo domina. Llegamos poco después al valle de Chamonix. Este valle no es tan bello y pintoresco como el de Servox, por el que acabábamos de pasar, pero es más maravilloso y sublime. Sus límites inmediatos eran las altas montañas nevadas, pero no vimos más castillos en ruinas ni más campos fértiles. Glaciares inmensos se acercaban al camino; oímos el grave tronar de los aludes y notamos el humo de su paso. El Mont Blanc, el supremo y magnífico, se alzaba entre las agujas circundantes, y su cumbre tremenda dominaba el valle.



Durante el viaje, yo acompañaba a ratos a Elizabeth y hacía el esfuerzo de mostrarle las diversas bellezas del paisaje. Muchas veces dejaba que mi mula se quedara retrasada y me entregaba a la tristeza de mis reflexiones. En otras ocasiones espoleaba al animal para adelantar a mis compañeros y poder olvidarme de ellos, del mundo y, sobre todo, de mí mismo. Cuando estaba lejos, me apeaba y me tendía en la hierba, hundido por el peso del horror y la desesperación. Llegué a Chamonix a las ocho de la tarde. Mi padre y Elizabeth estaban muy fatigados; Ernest, que nos acompañaba, estaba encantado y de muy buen ánimo; lo único que lo disgustaba era el viento del sur, que amenazaba con traer lluvia para el día siguiente.

Nos retiramos temprano a nuestros aposentos, pero no para dormir. Yo, al menos, no dormí. Pasé muchas horas en la ventana, contemplando los relámpagos pálidos que jugueteaban sobre el Mont Blanc y escuchando el fragor del Arve, que corría bajo mi ventana.





CAPÍTULO II

En contra de lo que habían pronosticado nuestros guías, al día siguiente no llovió, aunque había nubes. Visitamos el nacimiento del Arveiron y cabalgamos por el valle hasta que cayó el día. Esos paisajes sublimes y magníficos me aportaban el mayor consuelo que yo era capaz de recibir. Me elevaban por encima de todos los sentimientos mezquinos y, si bien no me liberaban de mi dolor, me lo amortiguaban y calmaban. También me distraían en cierta medida de los pensamientos que me habían obsesionado durante el último mes. Al caer la tarde volví cansado, aunque menos triste, y conversé con mi familia con mayor jovialidad de la habitual en mí en los últimos tiempos. Aquello complació a mi padre, y Elizabeth estaba alborozada.

—Mi querido primo, ya ves cuánta alegría difundes cuando estás contento; ¡no vuelvas a decaer!

A la mañana siguiente llovía a raudales y las cumbres de las montañas estaban ocultas tras espesas nieblas. Me levanté temprano, aunque sentía una melancolía fuera de lo común. La lluvia me deprimía; me volvían mis antiguos sentimientos y me sentía desgraciado. Comprendí la desilusión que se llevaría mi padre al ver este cambio repentino, y quise retirarme de su vista hasta que me hubiera recuperado lo suficiente para disimular los sentimientos que me abrumaban. Sabía que se quedarían en la posada todo el día; y como yo estaba acostumbrado desde siempre

a la lluvia, la humedad y el frío, resolví subir solo a la cumbre del Montanvert. Recordaba el efecto que me había producido el espectáculo del glaciar tremendo y en movimiento constante la primera vez que lo había visto. Me había llenado entonces de un éxtasis sublime que había dado alas a mi alma, permitiéndole remontarse desde el mundo oscuro hasta la luz y el gozo. Los espectáculos imponentes y majestuosos de la naturaleza siempre me habían inspirado pensamientos solemnes y me habían hecho olvidarme de las preocupaciones pasajeras de la vida. Me decidí a ir yo solo, pues conocía bien el camino, y la presencia de otro echaría a perder la grandiosidad del paisaje solitario.

La subida es empinada, pero hay un camino abierto de tramos cortos y sinuosos que permite ascender por la ladera vertical de la montaña. Es un paisaje terriblemente desolado. Se advierten en mil puntos las huellas de los aludes del invierno, con árboles fracturados y tendidos por el suelo; unos destruidos del todo, otros doblados, apoyados en las peñas salientes de la montaña o transversalmente sobre otros árboles. En la parte más alta, cruzan el camino algunos ventisqueros de nieve por los que caen piedras rodando constantemente; hay uno más peligroso que todos los demás, pues el menor ruido, incluso el de hablar en voz alta, produce una agitación del aire suficiente para destruir al hablador. Los pinos no son altos ni exuberantes, pero son sombríos y dan al paisaje un aire de severidad. Contemplé el valle a mis pies: de los ríos que transcurrían por él ascendían grandes bancos de niebla que se arremolinaban en espesas espirales alrededor de las montañas de enfrente, cuyas cumbres estaban ocultas en la capa uniforme de nubes, mientras caía copiosamente la lluvia del cielo oscuro, aumentando la impresión melancólica que me producían los objetos que me rodeaban. ¡Ay! ¿Por qué se jacta el hombre de poseer unas sensibilidades superiores a las que se aprecian en las bestias, si no sirven más que para volverlo más dependiente? Si nuestros impulsos se limitaran al hambre, la sed y la concupiscencia, podríamos ser casi libres; pero ahora nos mueve cualquier viento que sopla y cualquier palabra casual, o la imagen que nos transmita dicha palabra.

Un ensueño nuestro sueño envenena.
Un vago pensamiento enturbia el día.
Sentir, creer, pensar, la risa, el llanto,
sumirnos en congoja preferida,
u olvidarnos de penas y pesares;
todo es uno, tristeza o alegría;
bien pronto puede faltar, y no hay mañana
como el ayer del hombre, isolamente
lo fugitivo permanece y dura!

Era casi mediodía cuando rematé la ascensión. Pasé un rato sentado en la roca que domina el mar de hielo. Éste, y las montañas que lo rodean, estaban cubiertos de neblina. A poco se levantó una brisa que disipó la nube, y bajé al glaciar. Su superficie es muy irregular; se encrespa y se hunde como las olas de un mar agitado, y está surcado de hondas grietas. El campo de hielo tiene cerca de una legua de ancho, aunque tardé casi dos horas en cruzarlo. La montaña del lado opuesto es una roca desnuda y vertical. Yo estaba ya justo enfrente del Montanvert, a una legua de distancia, y sobre éste se alzaba el Mont Blanc con majestuosidad imponente. Me refugié en una concavidad de la roca, desde la que contemplé este paisaje maravilloso e impresionante. El mar, o mejor dicho el vasto río de hielo, serpenteaba entre las montañas que lo rodeaban, cuyas cumbres airoosas se cernían sobre sus remansos. Los picos helados y relucientes brillaban a la luz del sol por encima de las nubes. El corazón, que tenía acongojado, se me hinchó de algo semejante a la alegría. Exclamé:

—Espíritus errantes: si erráis, en efecto, y no descansáis en vuestros lechos estrechos, consentidme esta tenue dicha, o llevadme como compañero vuestro, arrancándome de las alegrías de la vida.

Mientras decía esto, vi de pronto a cierta distancia la figura de un hombre que avanzaba hacia mí a velocidad sobrehumana. Salvaba de un salto las grietas del hielo que yo había sorteado con precaución. Al acercarse, advertí también que su estatura era superior a la de un hombre. Me inquieté. Sentí que se me enturbiaba la vista y perdía el sentido. Pero el



viento frío de las montañas me hizo volver en mí enseguida. Al irse acercando la forma, percibí (¡oh, imagen tremenda y aborrecida!) que era el desgraciado al que yo había creado. Temblé de rabia y horror, resuelto a esperar su llegada y caer entonces sobre él en un combate a muerte. Se acercó. Su semblante expresaba una angustia amarga, mezclada de desdén y maldad, mientras que su fealdad portentosa lo volvía casi demasiado horrible para los ojos humanos. Pero yo apenas observé todo esto. La ira y el odio me habían dejado sin habla al principio, y cuando me recuperé sólo fue para inundarlo de palabras que expresaban mi desprecio y aborrecimiento furiosos.

—¿Osas acercarte a mí, diablo? —exclamé—. ¿No temes que caiga sobre tu cabeza miserable la venganza fiera de mi mano? ¡Vete, insecto vil! O, mejor, ¡quédate para que te aplaste en el polvo! ¡Ay, si pudiera devolver la vida a las víctimas que has asesinado de un modo tan diabólico con sólo extinguir tu existencia miserable!

—Esperaba este recibimiento —dijo el demonio—. Todos los hombres odian a los desgraciados: ¡cómo me odiarán a mí, que soy el más desventurado de los seres vivos! Pero tú, mi creador, me detestas y me desprecias a mí, tu criatura, a la que estás atada por vínculos que sólo podrán disolverse cuando desaparezcamos uno de los dos. Te propones matarme. ¿Cómo te atreves a jugar con la vida de este modo? Cumple tu deber para conmigo, y yo cumpliré el mío para contigo y el resto de la humanidad. Si satisfaces las condiciones que te pongo, os dejaré en paz a ti y a todos; pero, si te niegas a ello, saciaré las fauces de la muerte con la sangre de los deudos que te quedan.

—¡Monstruo aborrecible! ¡Demonio! Los tormentos del infierno son un castigo demasiado benigno para tus crímenes. ¡Diablo miserable! Me reprochas que te haya creado. Ven aquí, pues, para que apague la chispa que cometí la imprudencia de otorgarte.

Mi rabia no conocía límites. Me abalancé sobre él impulsado por todos los sentimientos que pueden poner en pie de guerra a un ser contra la vida de otro.

Me esquivó con facilidad, y dijo:

—¡Sosiegate! Te conmino a que me escuches antes de descargar tu odio en mi cabeza execrada. ¿Acaso no he sufrido bastante, para que aspire a aumentar mi desgracia? Tengo apego a la vida, aunque no sea más que un cúmulo de angustias, y la defenderé. Recuerda que me has hecho más poderoso que tú; soy más alto que tú; mis articulaciones son más flexibles. Pero no sucumbiré a la tentación de enfrentarme a ti. Soy criatura tuya, y hasta seré manso y dócil con mi amo y señor natural si tú también cumples con tu parte, con lo que me debes. ¡Oh, Frankenstein, no seas justo con todos para pisotearme sólo a mí, a quien más debes justicia, e incluso misericordia y afecto! Recuerda que soy tu criatura; debería ser tu Adán, aunque soy más bien el ángel caído, al que destierras de la dicha sin que haya cometido falta alguna. Veo por todas partes la felicidad, y sólo yo estoy excluido de ella irrevocablemente. Yo era benévolo y bueno. Los sufrimientos me han convertido en un demonio. Hazme feliz, y volveré a ser virtuoso.

—¡Vete! No quiero escucharte. No puede haber nada en común entre tú y yo; somos enemigos. Vete, o midamos nuestras fuerzas en un combate del que no habrá de levantarse uno de nosotros.

—¿Cómo puedo conmoverte? ¿No bastará ninguna súplica para que mires con favor a tu criatura, que está implorando tu bondad y tu compasión? Créeme, Frankenstein: yo era benévolo. y mi alma ardía de amor y humanidad; pero ¿acaso no estoy solo, miserablemente solo? Tú, mi creador, me aborreces: ¿qué puedo esperar de tus semejantes, que no me deben nada? Todos me detestan y me odian. Las montañas deshabitadas y los glaciares inhóspitos son mi refugio. He vagado muchos días por aquí. Las cuevas de hielo, que sólo yo no temo, son mi vivienda, la única que no me disputan los hombres. Saludo a estos cielos desapacibles, pues son más benignos conmigo que tus semejantes. Si las multitudes de la humanidad conocieran mi existencia, harían lo que haces tú: se levantarían en armas para destruirme. ¿No debo, pues, odiar a los que me aborrecen? No estoy dispuesto a darme a partido con mis enemigos. Sufro, y ellos compararán mi desgracia. Sin embargo, tienes en tu mano la posibilidad de compensarme a mí y librarlos a ellos de un mal que, de otro modo, harías tan grande que no sólo arrebataría en los torbellinos de su rabia a tu familia



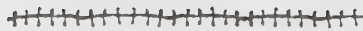
sino a millares más. Deja que se despierte tu compasión y no me desprecies. Escucha mi relato. Cuando lo hayas oído, juzgarás si merezco que me abandones o que te apiades de mí. Pero escúchame. Las leyes humanas, con todo lo sangrientas que son, permiten a los culpables tomar la palabra para defenderse antes de condenarlos. Escúchame, Frankenstein. Me acusas a mí de haber cometido asesinatos, y tú estás dispuesto a destruir a tu propia criatura sin cargo de conciencia. ¡Oh, alabada sea la justicia eterna del hombre! Pero no te pido que me perdones: escúchame; y después, si quieres y puedes, destruye la obra de tus manos.

—¿Por qué me traes a la memoria unos hechos que tiemblo al recordar, cuya causa y autor desgraciado he sido? ¡Maldito sea el día primero en que viste la luz, demonio aborrecible! ¡Malditas las manos que te formaron, aunque sea maldecirme a mí mismo! Me has vuelto desgraciado de una manera inexpresable. No me has dejado capacidad de juzgar si soy justo contigo o no. ¡Vete! ¡Líbrame de la visión de tu forma detestada!

—Así te libro de ella, creador mío —dijo, poniendo ante mis ojos sus manos odiadas, que aparté de mí violentamente—; así te libro de una visión que aborreces. Y, a pesar de todo, puedes escucharme y otorgarme tu compasión. Te lo suplico en nombre de las virtudes que poseí en un tiempo. Escucha mi relato; es largo y extraño, y tú eres demasiado delicado para la temperatura de este lugar. Ven a la choza de la montaña. El sol aún está alto en el cielo. Antes de que descienda a ocultarse tras esos precipicios nevados y a iluminar otro mundo, habrás oído mi historia y podrás tomar tu decisión. De ti depende que abandone para siempre la vecindad de los hombres y haga una vida inofensiva, o me convierta en el azote de tus semejantes y en causante de tu propia ruina inmediata.

Dicho esto, se puso en camino a través del hielo. Lo seguí. Tenía el corazón lleno de sentimientos y no le respondí; pero por el camino fui sopesando los diversos argumentos que había alegado y decidí escuchar, al menos, su relato. Me movía en parte la curiosidad, y la compasión me confirmó en mi determinación. Había supuesto hasta entonces que era él el asesino de mi hermano, y deseaba con impaciencia que me confirmara o negase esta opinión. También me hice cargo por primera vez de los deberes

de un creador para con su criatura, y de que debía hacerlo feliz antes de quejarme de su maldad. Estos motivos me impulsaron a acceder a su petición. Cruzamos el hielo, por lo tanto, y ascendimos a la roca opuesta. El aire estaba frío y volvió a llover de nuevo. Entramos en la choza; el demonio, con aire de regocijo, y yo, con un peso en el corazón y el ánimo decaído. Pero había accedido a escuchar; y, tras sentarme al fuego que había encendido mi compañero repelente, éste comenzó así su relato.





CAPÍTULO III

A penas recuerdo con dificultad considerable la primera época de mi existencia; todos los sucesos de ese periodo me parecen confusos y vagos. Me invadía una diversidad extraña de sensaciones, y veía, palpaba, oía y olía al mismo tiempo. En verdad, tardé mucho tiempo en aprender a distinguir el funcionamiento de mis diversos sentidos. Recuerdo que una luz más fuerte me ofendió paulatinamente los nervios hasta obligarme a cerrar los ojos. Entonces me sobrevino la oscuridad, que me desazonó; pero apenas acababa de sentir esto cuando volvió a caer sobre mí la luz, ahora supongo que por haber abierto los ojos. Caminé, y creo que descendí; pero advertí enseguida una gran alteración de mis sensaciones. Antes había estado rodeado de cuerpos oscuros y opacos, impenetrables al tacto y a la vista; pero ahora descubrí que podía moverme con libertad, sin obstáculos que no pudiera salvar o sortear. La luz me ofendía cada vez más, y el calor me cansaba al caminar, de manera que busqué un lugar a la sombra donde poder resguardarme. Ése era el bosque próximo a Ingolstadt, y allí me tendí a descansar de mi fatiga junto a un arroyo, hasta que sentí los tormentos del hambre y la sed. Esta sensación me sacó de mi estado casi letárgico y comí algunas bayas que encontré en los arbustos o caídas por el suelo. Sació mi sed en el arroyo y después me tendí y me venció el sueño.



»Cuando me desperté, estaba a oscuras. También sentí frío y cierto temor instintivo, por así decirlo, al encontrarme tan desamparado. Antes de salir de tus aposentos, una sensación de frío me había llevado a cubrirme con algunas ropas; pero éstas no bastaban para protegerme del relente de la noche. Era un pobre desgraciado, desvalido y miserable. No sabía nada y no distinguía nada; pero, al sentirme invadido de dolor por todas partes, me senté y rompí a llorar.

»Al poco rato asomó por el cielo una suave luz que me produjo una sensación de placer. Me levanté de un salto y contemplé una forma radiante que subía entre los árboles. La observé como asombrado. Se desplazaba despacio, pero iluminaba mi camino, y volví a emprender la búsqueda de bayas. Seguía teniendo frío, pero encontré bajo uno de los árboles una capa muy grande con la que me cubrí, y me senté en el suelo. No tenía en la mente ideas claras; todo era confusión. Sentía la luz, y el hambre, y la sed, y la oscuridad; me zumbaban en los oídos sonidos incontables, y diversos olores me salían al encuentro por todas partes; el único objeto que podía distinguir era la luna clara, en la que clavé los ojos con agrado.

»Se sucedieron varios días y noches, y el astro de la noche se había reducido mucho cuando empecé a distinguir unas sensaciones de otras. Fui viendo poco a poco con nitidez el arroyo claro donde bebía y los árboles que me daban sombra con sus ramas. Me quedé encantado al descubrir que aquel son agradable que solía acudir a mis oídos procedía de las gargantas de los animalitos alados que se habían interpuesto muchas veces entre la luz y mis ojos. Empecé también a observar con mayor precisión las formas que me rodeaban, y a percibir los límites de la techumbre radiante de luz que me cubría. Intenté a veces imitar los cantos agradables de los pájaros, pero no pude. Otras veces quise expresar mis sensaciones a mi manera, pero los sonidos rudos e inarticulados que profería me asustaban, y me reducían de nuevo al silencio.

»La luna había desaparecido de la noche y había vuelto a asomarse a ella en forma reducida mientras yo seguía en el bosque. Por entonces, ya tenía sensaciones nítidas y mi mente recibía ideas nuevas cada día. Los ojos se me habían acostumbrado a la luz y a percibir las formas verdaderas



de los objetos; comencé a distinguir el insecto de la planta y, poco a poco, a distinguir una planta de otra. Descubrí que la golondrina no emitía más que notas estridentes, mientras que las del mirlo y el zorzal eran dulces y seductoras.

»Cierta día, estando agobiado por el frío, encontré una hoguera que habían dejado unos vagabundos, y el calor que me hizo sentir me llenó de deleite. En mi alegría, metí la mano entre las brasas ardientes, pero la saqué de nuevo enseguida con un grito de dolor. «¡Qué extraño que una misma causa produzca efectos tan opuestos!», pensé. Examiné los materiales de la hoguera, y descubrí con alegría que estaba compuesta de madera. Recogí enseguida unas ramas, pero estaban húmedas y no ardían. Esto me mortificó, y me quedé inmóvil, contemplando la acción del fuego. La leña húmeda que había dejado yo cerca del calor se secó y se prendió. Medité sobre ello y, tocando las diversas ramas, descubrí la causa y me afané en recoger gran cantidad de leña para poder secarla y contar con fuego en abundancia. Cuando llegó la noche y me trajo el sueño, temí mucho que se apagara mi hoguera. La cubrí con cuidado con hojas y leña seca y puse encima ramas húmedas; y después me tendí en el suelo sobre mi capa extendida y me sumí en el sueño.

»Cuando me desperté ya era de día, y lo primero que hice fue atender al fuego. Lo destapé, y una suave brisa reanimó las llamas en poco tiempo. También observé esto, e improvisé un soplillo de ramas que me sirvió para reavivar las brasas cuando estaban a punto de extinguirse. Cuando volvió a caer la noche, descubrí con agrado que el fuego emitía luz además de calor, y que el hallazgo de este elemento era ventajoso para mi alimentación; pues encontré que algunos despojos de carne que habían dejado los viajeros se habían asado y estaban mucho más sabrosos que las bayas que recogía de los arbustos. Intenté, por lo tanto, preparar mi comida del mismo modo, poniéndola sobre las brasas. Descubrí que esta operación estropeaba las bayas pero mejoraba mucho las nueces y raíces.

»Me iba escaseando la comida, no obstante, y a veces me pasaba todo el día buscando en vano unas pocas bellotas para acallar las punzadas del hambre. Al advertirlo, tomé la resolución de abandonar el lugar donde



había vivido hasta entonces, para buscar otro donde me fuera más fácil satisfacer las pocas necesidades que sentía. En esta emigración lamenté sobremanera perder el fuego que había conseguido por casualidad y que no sabía reproducir. Pasé varias horas considerando gravemente esta dificultad, pero me vi obligado a renunciar a todo intento de salvarla y, envolviéndome en mi capa, me puse en camino a través del bosque hacia donde se ponía el sol. Viajé durante tres días, hasta que descubrí una comarca despejada. Había caído mucha nieve, y los campos estaban cubiertos de una capa blanca uniforme. El paisaje era desolador, y aquella sustancia fría y húmeda que cubría el suelo me helaba los pies.

»Debían de ser las siete de la mañana, y yo buscaba con ansia comida y abrigo. Vi por fin sobre una altura del terreno una pequeña choza que se había construido, sin duda, para albergar a algún pastor. Era una cosa nueva para mí, y examiné la estructura con gran curiosidad. Encontré la puerta abierta y entré. Había dentro un anciano, sentado cerca de una lumbrera en la que se estaba calentando el desayuno. Se volvió al oír ruido y, al verme, profirió un fuerte alarido, huyó de la choza y echó a correr por los campos a una velocidad sorprendente para uno que parecía tan envejecido. Su aspecto, distinto de todos los que había visto hasta entonces, y su huida, me sorprendieron un tanto. Pero el aspecto de la choza me encantaba: allí no podían penetrar ni la nieve ni la lluvia; el suelo estaba seco, y me parecía un lugar de descanso tan exquisito y divino como lo fue Pandemónium para los demonios del infierno después de sus sufrimientos en el lago de fuego. Devoré con avidez los restos del desayuno del pastor, que consistía en pan, queso, leche y vino, aunque este último no me gustó. Después, agotado por la fatiga, me tendí en un montón de paja y me quedé dormido.

»Ya era mediodía cuando me desperté; y, seducido por el calor del sol, que relucía con fuerza en el suelo cubierto de blanco, me decidí a proseguir mi viaje. Tras guardar los restos del desayuno del pastor en un zurrón que encontré, crucé los campos durante varias horas hasta que llegué a una aldea al caer el sol. ¡Qué milagroso me pareció! Las chozas, las casitas más pulcras y las casas suntuosas despertaron sucesivamente mi admiración. Las verduras de los huertos, la leche y el queso que vi

puestos en las ventanas de algunas casitas, me despertaron el apetito. Entré en una de las casas mejores; pero apenas había pisado el umbral cuando los niños chillaron y una de las mujeres se desmayó. Se alborotó toda la aldea; algunos se escaparon, otros me atacaron hasta que, muy magullado por las piedras y otros muchos proyectiles que me arrojaron, hui a campo abierto y me refugié, asustado, en un pequeño tugurio desnudo, de aspecto miserable en comparación con los palacios que había contemplado en la aldea. El tugurio, no obstante, estaba anexo a una casita de campo de aspecto pulcro y agradable; pero no me atreví a entrar en ella después de aquella última experiencia que tan cara me había costado. Mi refugio estaba construido de madera, aunque era tan bajo que apenas podía estar sentado en el su interior. El suelo no estaba cubierto de madera, pero estaba seco; y, aunque entraba el viento por innumerables rendijas, me pareció un cobijo agradable contra la nieve y la lluvia.

»Allí me retiré, pues, y me tendí, contento de haber encontrado un abrigo, por miserable que fuera, que me protegiera de las inclemencias de la estación y, más aún, de la barbarie de los hombres.

»En cuanto apuntó la mañana, salí a hurtadillas de mi guarida para inspeccionar la casita contigua y determinar si podía quedarme en la vivienda que había encontrado. Estaba situada junto a la parte trasera de la casita, y por sus lados libres la rodeaba una pocilga y una charca de agua limpia. Había una parte abierta, por la que había entrado yo a gatas; pero cubrí entonces con piedras y maderos todas las aberturas por las que pudieran verme, aunque de modo que pudiera retirarlos en caso necesario para salir; toda la luz de que disfrutaba llegaba a través de la pocilga, y esa me bastaba.

»Después de haber dispuesto de este modo mi vivienda y de haberla alfombrado con paja limpia, me retiré, pues vi a lo lejos la figura de un hombre, y no estaba dispuesto a ponerme en sus manos, ya que recordaba demasiado bien el tratamiento que había recibido la noche anterior. Me había provisto ya del sustento para aquel día, con una hogaza de pan moreno que había hurtado y una taza con la que podía beber mejor que con la mano el agua clara que corría junto a mi refugio. El suelo estaba

algo elevado, de modo que se mantenía bien seco, y estaba tolerablemente templado por su proximidad a la chimenea de la casita.

»Provisto de este modo, me resolví a vivir en aquel tugurio hasta que sucediera alguna cosa que me hiciera cambiar de determinación. Aquél era un verdadero paraíso comparado con el bosque inhóspito donde había residido antes, con sus ramas que goteaban agua de lluvia y su tierra húmeda. Comí mi desayuno con deleite, y me disponía a retirar una tabla para tomar un poco de agua, cuando oí unos pasos y, al mirar por una pequeña ranura, vi a una joven criatura que pasaba ante mi tugurio con un cubo en la cabeza. Era una muchacha joven, de aspecto distinguido, diferente del que he visto después en las campesinas y criadas de las granjas. Sin embargo, iba vestida pobremente, sin más ropa que un corpiño de lino y una saya azul de paño grosero. Llevaba el pelo rubio recogido en una trenza, pero sin adornos. Parecía resignada, pero triste. La perdí de vista, y regresó al cabo de cosa de un cuarto de hora trayendo el cubo, que ahora iba parcialmente lleno de leche. Mientras caminaba, abrumada por la carga al parecer, salió a su encuentro un joven cuyo semblante expresaba un abatimiento más profundo. Emitió algunos sonidos con aire melancólico, le tomó el cubo de la cabeza y lo llevó él mismo a la casa. Ella lo siguió, y desaparecieron. Al poco rato vi de nuevo al joven, que cruzaba el campo de detrás de la casa con unas herramientas en la mano, y la muchacha también trabajaba, unas veces en la casa y otras en el patio.

»Al examinar mi vivienda, descubrí que una de las ventanas de la casa había formado parte de ella en otro tiempo, pero su hueco había sido cerrado con tablas. En una de éstas había una rendija pequeña y casi imperceptible por la que se veía algo a duras penas. Por esta ranura se podía ver una habitación pequeña, enjalbegada y limpia, pero muy desprovista de muebles. En un rincón, cerca de una lumbre pequeña, estaba sentado un anciano, que apoyaba la cabeza en las manos en actitud de desconsuelo. La joven se atareaba ordenando la casa; pero al fin sacó de un cajón algo que le ocupó las manos, y se sentó junto al anciano; éste tomó un instrumento y se puso a tocar y a emitir sonidos más dulces que la voz del zorzal o la del ruiseñor. ¡Espectáculo encantador, hasta para un pobre desgraciado como yo, que no

había visto jamás nada hermoso! Los cabellos de plata y el semblante benévolo del anciano habitante de la casita merecieron mi respeto, y los modales delicados de la muchacha, mi afecto. El viejo tocó una melodía dulce y melancólica que, según observé, hizo brotar las lágrimas de los ojos de su adorable compañera, lo que el anciano no advirtió hasta que ella soltó un sollozo audible. Entonces, él pronunció unos sonidos y la hermosa criatura, dejando sus labores, se arrodilló a sus pies. Él la hizo levantarse y le sonrió con una bondad y afecto tales que me produjo unas sensaciones peculiares y abrumadoras, una mezcla de dolor y placer que yo no había conocido hasta entonces, ni por el hambre y el frío, ni por el calor y la comida. Me aparté de la ventana, incapaz de soportar estas emociones.

»El joven regresó poco después con un haz de leña al hombro. La muchacha salió a recibirlo a la puerta, le ayudó a aligerar su carga, entró en la casita con algo de leña y la echó a la lumbre; más tarde, el joven y ella se retiraron a un rincón de la casita y él le mostró una hogaza de pan grande y un pedazo de queso. Ella dio muestras de agrado y salió a tomar del huerto unas raíces y plantas que echó en agua y puso al fuego. La muchacha siguió después con sus labores, mientras el joven iba al huerto, donde parecía afanarse mucho cavando y arrancando raíces. Después de trabajar así durante cerca de una hora, la joven se reunió con él y entraron juntos en la casita.

»El anciano había estado pensativo durante este tiempo, pero cuando aparecieron sus compañeros adoptó un aire más alegre, y se sentaron todos a comer. La comida duró poco tiempo. La joven volvió a ocuparse de ordenar la casita; el anciano salió a pasear al sol un breve rato, apoyado en el brazo del joven. Nada más hermoso que el contraste entre estas dos criaturas excelentes. Uno era un anciano de cabellos plateados y semblante reluciente de bondad y amor; el más joven, de figura grácil y airosa y rasgos moldeados con la más perfecta simetría. Sin embargo, sus ojos y su actitud expresaban la mayor tristeza y abatimiento. El anciano regresó a la casa, y el joven salió camino de los campos, con herramientas distintas de las que había usado por la mañana.

»Cayó la noche enseguida; pero, con gran asombro, descubrí que los habitantes de la casa disponían de un medio para prolongar la luz, sirviéndose de

velas, y me quedé encantado cuando vi que la puesta del sol no me interrumpía el placer de contemplar a mis vecinos humanos. Al anochecer, la joven y su compañero se ocuparon en diversas actividades que yo no entendí, y el anciano volvió a tomar el instrumento que producía esos sonos divinos que me habían hechizado por la mañana. En cuanto hubo terminado, el joven empezó, no a tocar música, sino a proferir unos sonidos monótonos que no se asemejaban a la armonía del instrumento del anciano ni a los cantos de los pájaros. Más tarde descubrí que leía en voz alta, pero por entonces no sabía nada de la ciencia de las palabras ni de las letras.

»Después de ocuparse de este modo durante un breve rato, los miembros de la familia apagaron las luces y se retiraron a descansar, según conjeturé.





CAPÍTULO IV

» **M**e tendí en mi paja, pero no pude dormir, pensando en los hechos de aquel día. Lo que más me había impresionado eran los modales delicados de estas personas, y ansiaba reunirme con ellas, pero no osaba hacerlo. Recordaba demasiado bien cómo me habían tratado la noche anterior los bárbaros aldeanos, y, con independencia de la conducta que optara por seguir más adelante, tomé la resolución de seguir oculto de momento en mi tugurio, observando y procurando descubrir los motivos de sus actos.

»Los habitantes de la casa se levantaron al día siguiente antes de salir el sol. La muchacha ordenó la casa y preparó la comida, y el joven se puso en camino después del desayuno.

»El día transcurrió con la misma rutina que el precedente. El joven trabajaba sin cesar al aire libre, y la muchacha se ocupaba de diversas tareas en la casa. El anciano, que era ciego, según descubrí al poco tiempo, dedicaba sus horas de ocio a tañer su instrumento o a la meditación. Nada podía superar el amor y el respeto que manifestaban hacia su compañero venerable los habitantes más jóvenes de la casa. Le dedicaban con delicadeza hasta el más mínimo cuidado y atención, y él se lo recompensaba con sus sonrisas bondadosas.

»No eran felices del todo. El joven y su compañera solían retirarse y daban muestras de haber llorado. Yo no percibía la causa de su infelicidad,

pero me afectaba profundamente. Si unas criaturas tan encantadoras sufrían, ya no era tan extraño que yo, imperfecto y solitario, fuera desgraciado. Pero ¿por qué eran infelices estos seres delicados? Tenían una casa preciosa (pues así me lo parecía a mí) y todos los lujos; tenían lumbre para calentarse cuando hacía frío, y viandas deliciosas para saciar el hambre; vestían ropas excelentes; y, lo que es más, disfrutaban de su mutua compañía y conversación, intercambiando cada día miradas de afecto y cariño. ¿Qué daban a entender sus lágrimas? ¿Expresaban dolor, en efecto? Al principio no pude dar respuesta a estas preguntas, pero con el tiempo, y a base de atención constante, fui desentrañando muchos enigmas.

»Tardé bastante tiempo en descubrir una de las causas del malestar de esta familia entrañable; era la pobreza, mal que padecían en un grado muy penoso. Su alimentación consistía por entero en las verduras de su huerto y la leche de una vaca, que daba muy poco en invierno, cuando sus dueños apenas podían darle nada de comer. Creo que padecían a menudo graves penalidades por el hambre, sobre todo los dos más jóvenes, pues en varias ocasiones ofrecieron comida al anciano sin reservarse nada para ellos.

»Este rasgo de bondad me conmovió de manera apreciable. Yo había tenido la costumbre de hurtarles de noche una parte de sus provisiones para mi sustento; pero cuando descubrí que con ello hacía sufrir a los habitantes de la casa, me abstuve de hacerlo y me contenté con las bayas, nueces y raíces que recogía de un bosque cercano.

»Descubrí también otro medio a mi alcance para ayudarlos en sus trabajos. Había observado que el joven dedicaba una buena parte del día a recoger leña para la lumbre de la familia. Yo salía muchas noches con sus herramientas, cuyo manejo descubrí enseguida, y llevaba leña suficiente para el gasto de varios días.

»Recuerdo que la primera vez que lo hice, cuando la joven abrió la puerta a la mañana siguiente, dio muestras de notable asombro al ver fuera un gran montón de leña. Profirió unas palabras en voz alta, y el joven acudió a reunirse con ella y también dio muestras de sorpresa. Observé con agrado que no salió al bosque aquel día, sino que dedicó la jornada a hacer reparaciones en la casita y a cultivar el huerto.

»De manera paulatina hice un descubrimiento más trascendente todavía. Averigüé que aquellas personas poseían un método para comunicarse mutuamente sus experiencias y sentimientos por medio de sonidos articulados. Percibí que las palabras que emitían producían en la mente y el semblante de los oyentes placer o dolor; ora sonrisas, ora tristeza. Aquella era, en verdad, una ciencia divina, y sentí vivos deseos de aprenderla. Pero todos mis intentos en ese sentido se frustraban. Pronunciaban deprisa, y como las palabras que proferían no guardaban relación aparente con ningún objeto visible, yo era incapaz de descubrir ningún indicio que me permitiera desentrañar el misterio de su significado. Sin embargo, a base de mucha aplicación, y cuando llevaba ya escondido en mi tugurio varios ciclos de la luna, descubrí los nombres que recibían algunos de los objetos más familiares del habla. Aprendí el sonido y la aplicación de las palabras fuego, leche, pan y leña. Aprendí también los nombres de los habitantes mismos de la casa. El joven y su compañera tenían varios nombres cada uno, pero el anciano sólo tenía uno, padre. La muchacha se llamaba *hermana* o *Ágata*; y el joven, Félix, hermano o hijo. No puedo describir el placer que sentí cuando aprendí las ideas que se asociaban a cada uno de estos sonidos y pude pronunciarlos. Distinguí otras varias palabras que no supe entender ni aplicar de momento, tales como bueno, querido y triste.

»Pasé así el invierno. Cobré mucho cariño a los habitantes de la casita por sus modales delicados y su belleza. Cuando estaban tristes, yo me deprimía; cuando se regocijaban, yo compartía su alegría. Aparte de a ellos, veía a pocos seres humanos; y cuando entraba algún otro por casualidad en la casita, su aspecto rudo y la brusquedad de sus modales no hacían más que resaltarme las cualidades superiores de mis amigos. Yo notaba que el anciano solía esforzarse por animar a sus hijos, como le oí llamarlos algunas veces, a que se quitaran de encima la melancolía. Les hablaba con voz de alegría y una expresión de bondad que a mí mismo me complacía. Ágata lo escuchaba con respeto, y a veces con los ojos llenos de lágrimas, que procuraba secarse discretamente; pero yo advertía, en general, que tenía el semblante y la voz más alegre después de haber escuchado las palabras de ánimo de su padre. A Félix no le sucedía otro tanto. Siempre era el más

triste del grupo. Y hasta a mí, que no tenía experiencia de estas cosas, me parecía que había sufrido más que los suyos. Sin embargo, aunque tenía más triste el semblante, su voz era más alegre que la de su hermana, sobre todo cuando hablaba al anciano.

»Podría citar casos incontables que, aunque intrascendentes, reflejaban el carácter de aquellos campesinos entrañables. En medio de su pobreza y penurias, Félix le llevó con gusto a su hermana la primera florecilla blanca que asomó entre la nieve. Muy temprano, antes de que se levantara ella, le retiraba la nieve para facilitarle el camino hasta el establo de la vaca, sacaba agua del pozo y traía leña del cobertizo, donde siempre encontraba, para su sorpresa inagotable, que una mano invisible había repuesto el depósito. Creo que algunos días iba a trabajar al servicio de un granjero de las proximidades, pues salía a menudo y no volvía a almorzar ni traía leña. Otras veces trabajaba en el huerto; pero, como en la estación de los hielos había poco trabajo que hacer, leía en voz alta al anciano y a Ágata.

»Aquello de la lectura me desconcertó sobremanera al principio; pero fui descubriendo de manera gradual que cuando leía emitía muchos de los mismos sonidos que cuando hablaba. Conjeturé, por lo tanto, que encontraba en el papel señales del habla que él entendía, y sentí el deseo ardiente de comprenderlos yo también; pero ¿cómo, si no entendía siquiera los sonidos que representaban los signos? Sin embargo, adelanté sensiblemente en esta ciencia, aunque no lo suficiente para seguir una conversación, por mucho que aplicaba toda mi voluntad a la empresa; pues comprendía bien que aunque anhelaba mucho presentarme ante los habitantes de la casa, no debía intentarlo sin antes haber llegado a dominar su lengua, lo que podría permitirme convencerlos para que pasaran por alto la deformidad de mi figura, que yo había descubierto también por el contraste que se me mostraba constantemente a los ojos.

»Había admirado las formas perfectas de mis campesinos, su belleza, elegancia y delicadeza de semblante; pero ¡qué terror me produjo verme en un estanque transparente! Al principio retrocedí de un salto, sin poderme creer que fuera yo el que aparecía reflejado en el espejo; y cuando me convencí plenamente de que yo era, en efecto, el monstruo que soy, me invadieron

el desaliento y la mortificación más amarga. ¡Ay! Aún no había llegado a conocer del todo los efectos fatales de esta deformidad miserable.

»Cuando el sol calentó más y los días se hicieron más largos, la nieve se desvaneció y vi los árboles pelados y la tierra negra. A partir de entonces, Félix tuvo más trabajo y desaparecieron los indicios conmovedores de hambre. Según descubrí más adelante, su comida era grosera pero sana, y conseguían la suficiente. Brotaron en el huerto varias especies nuevas de plantas, que ellos cuidaban, y esas señales de bienestar aumentaban diariamente al ir avanzando la estación.

»El anciano daba un paseo todos los días a mediodía, apoyado en su hijo, cuando no llovía, pues así descubrí que se llamaba lo que sucedía cuando los cielos vertían sus aguas, y era cosa que solía suceder; pero los vientos fuertes secaban en poco tiempo la tierra, y la estación se fue haciendo cada vez más agradable.

»Yo hacía una vida regular en mi tugurio. Por la mañana atendía a los movimientos de los habitantes de la casa; y cuando éstos acudían a sus ocupaciones respectivas y se dispersaban, me dormía. Pasaba el resto del día observando a mis amigos. Cuando se habían acostado, si había luna o luz de las estrellas, iba al bosque y recogía comida para mí y leña para la casa. Cuando volvía, y siempre que era necesario, despejaba de nieve el camino y realizaba aquellas tareas que había visto hacer a Félix. Descubrí más tarde que estos trabajos realizados por una mano invisible los asombraban enormemente; y en una o dos de estas ocasiones les oí pronunciar las palabras *espíritu bueno, maravilloso*; aunque no entendí el significado de estos términos.

»Mis pensamientos se volvieron más activos, y anhelaba descubrir los motivos y los sentimientos de aquellas criaturas adorables. Sentía curiosidad por saber por qué parecía Félix tan desgraciado, y Ágata tan triste. Pensé (inecio de mí!) que quizá estuviera en mi mano devolver la felicidad a estas personas que tanto lo merecían. Cuando dormía o me ausentaba, me venían a la vista las figuras del padre ciego y venerable, de la delicada Ágata y del buen Félix. Los consideraba seres superiores que serían árbitros de mi destino futuro. Me representé en la imaginación mil veces la escena en

que me presentaría ante ellos, y cómo me recibirían. Me figuraba que les repelería hasta que, con mi conducta delicada y mis palabras conciliadoras, me ganase primero su tolerancia, y después su amor.

»Estos pensamientos me estimulaban y me animaban a aplicarme con nuevos bríos a aprender el arte del lenguaje. Aunque ásperos, mis órganos del habla eran ágiles, y si bien mi voz era muy distinta de la suave música de las de ellos, pronunciaba con facilidad pasable las palabras que entendía. Era como la fábula del asno y el perrillo faldero; sin embargo, no cabe duda de que el buen asno, cuyas intenciones eran cariñosas a pesar de la rudeza de sus modales, se mereció mejor trato que los golpes e insultos que recibió.

»Las lluvias agradables y el calor reconfortante de la primavera variaron mucho el aspecto de la tierra. Los hombres, que parecía que hubieran estado ocultos en cavernas antes de este cambio, se dispersaron y se pusieron a trabajar en diversas labores agrícolas. Los pájaros cantaban con trinos más alegres y empezaron a brotar las hojas en los árboles. ¡Tierra bienaventurada! ¡Morada digna de los dioses, que poco tiempo antes era inhóspita, húmeda y malsana! El aspecto encantador de la naturaleza me elevaba el ánimo; el pasado se me borraba de la memoria; el presente era tranquilo, y el futuro embellecido por rayos luminosos de esperanza y expectativas de alegría.



CAPÍTULO V

Lego ahora a la parte más conmovedora de mi historia. Voy a relatar unos hechos que me marcaron, convirtiéndome de lo que era en lo que soy.

»La primavera avanzaba a buen paso. Hacía buen tiempo y días despejados. Me sorprendió que lo que antes estaba triste y desierto se llenara ahora de verdor y flores hermosísimas. Mil aromas deliciosos y mil espectáculos bellos me halagaban y refrescaban los sentidos.

»Durante uno de esos días en que mis campesinos descansaban periódicamente de su trabajo (el anciano tocaba la guitarra y sus hijos lo escuchaban) observé que Félix tenía una melancolía inexpresable en el semblante: suspiraba con frecuencia, y en cierta ocasión su padre interrumpió la música, y por su manera de hablar supuse que preguntaba a qué se debía la tristeza de su hijo. Félix le respondió con voz alegre, y el padre se disponía a seguir tocando, cuando alguien llamó a la puerta.

»Era una señora que viajaba a caballo, acompañada por un paisano que le hacía de guía. La señora llevaba un vestido negro e iba cubierta de un espeso velo negro. Ágata le formuló una pregunta, a la que la forastera no dio más respuesta que el nombre de Félix, que pronunció con dulce acento. Tenía la voz musical, aunque distinta de la de mis amigos. Félix, al oír esta palabra, salió aprisa a recibir a la señora; quien, al verlo, se retiró el

velo, y contemplé un semblante de belleza y expresión angelicales. Tenía el cabello negro y reluciente como el ala del cuervo, y lo llevaba trenzado de manera curiosa; sus ojos eran oscuros pero amables, a la vez que animados; sus rasgos, de proporciones regulares, y su complexión, maravillosamente clara, con cada mejilla teñida de un lindo color rosado.

»Félix pareció quedarse embelesado al verla; todos los indicios de pesar se desvanecieron de su rostro, que expresó al instante una alegría extática de la que yo apenas le habría creído capaz. Los ojos le refulgían y las mejillas se le enrojecieron de placer. Y en aquel momento me pareció tan hermoso como la forastera. Los sentimientos de ésta eran diferentes, al parecer. Después de secarse unas lágrimas de sus ojos encantadores, le tendió una mano a Félix, que se la besó con arrebató, llamándola, según entendí, “mi dulce árabe”. Ella, aunque no pareció entenderlo, le sonrió. Él la invitó a apearse y, tras despedir a su guía, la hizo pasar al interior de la casita. Cruzó unas palabras con su padre, y la joven forastera se arrodilló a los pies del anciano y le quiso besar la mano, pero él le hizo levantarse y la abrazó con afecto.

»Pronto advertí que, si bien la forastera emitía sonidos articulados y parecía tener un lenguaje propio, los habitantes de la casa no la entendían, ni ella los entendía a ellos. Hicieron muchas señas que no entendí; pero noté que su presencia llenaba de alegría la casita, y disipaba las penas de sus ocupantes como el sol de la mañana disipa la niebla. Félix parecía más contento que ninguno, y dio la bienvenida a su árabe con sonrisas de gozo. Ágata, siempre tan delicada, le besó las manos a la encantadora forastera y, señalando a su hermano, le indicó por señas, según creí entender, que él había estado triste hasta la llegada de ella. Pasaron así varias horas, durante las cuales los semblantes de todos expresaron un regocijo cuya causa no comprendí. Al poco rato, al oír que la forastera repetía varias veces un sonido que pronunciaban ellos, descubrí que estaba intentando aprender su lengua; y se me ocurrió al momento la idea de que yo también podía servirme de aquellas enseñanzas con el mismo fin. La forastera aprendió unas veinte palabras en la primera lección, aunque la mayoría de ellas eran de las que ya sabía yo; pero las demás me sirvieron.



»Cuando cayó la noche, Ágata y la árabe se retiraron temprano. Cuando Félix se despidió de la forastera, le besó la mano y dijo: “Adiós, dulce Safie”. Se quedó en vela hasta mucho más tarde, conversando con su padre; y, al oírles repetir con frecuencia el nombre de su encantadora huésped, supuse que la conversación de ambos versaba sobre ella. Sentí deseos ardientes de poder entenderlos, pero me resultó absolutamente imposible a pesar de que me apliqué a ello con todas mis fuerzas.

»A la mañana siguiente, Félix salió a hacer su trabajo; y, cuando Ágata hubo terminado sus tareas habituales, la árabe se sentó a los pies del anciano y, tomando su guitarra, tocó unas melodías tan hermosas y arrebatadoras que no tardaron en arrancarme lágrimas de pena y placer. Se puso a cantar, y su voz fluía en ricas cadencias, inflamándose o apagándose como la del ruiseñor de los bosques.

»Cuando hubo concluido, entregó la guitarra a Ágata, quien rehusó tomarla al principio. Tocó por fin una melodía sencilla, que acompañó con su voz, de dulces acentos, pero sin comparación con las notas maravillosas de la forastera. El anciano parecía extasiado, y dijo unas palabras que Ágata intentó explicarle a Safie; al parecer, pretendía expresarle que le había producido el mayor de los deleites con su música.

»Los días transcurrían con la misma paz de antes, con el único cambio de que la alegría había pasado a ocupar el lugar de la tristeza en los semblantes de mis amigos. Safie estaba siempre feliz y contenta. Tanto ella como yo hacíamos rápidos progresos en la ciencia del lenguaje, de modo que al cabo de dos meses empecé a comprender la mayor parte de las palabras que pronunciaban mis protectores.

»En ese tiempo, la tierra negra se había cubierto de hierba, y las laderas verdes estaban salpicadas de flores incontables, agradables al olfato y a la vista, estrellas de pálido fulgor en el bosque iluminado por la luna; el sol calentaba más; las noches eran cálidas y balsámicas, y mis paseos nocturnos me resultaban muy placenteros, a pesar de que se habían acortado bastante al retrasarse la puesta de sol y adelantarse su salida; pues no me aventuraba jamás a salir de día por miedo a recibir el mismo tratamiento que había sufrido aquella vez en el primer pueblo en que entré.



»Durante el día, prestaba mucha atención con el fin de llegar a dominar lo antes posible la lengua. Puedo jactarme de que aprendía más aprisa que la árabe, quien entendía muy poco y hablaba con palabras entrecortadas, mientras que yo comprendía casi todas las palabras que se pronunciaban y era capaz de imitarlas.

»Al tiempo que iba dominando el habla, aprendía también la ciencia de las letras según se la iban enseñando a la forastera; ciencia ésta que desveló ante mí una extensa materia para el asombro y el placer.

»El libro del que se servía Félix para enseñar a Safie era *Las ruinas de Palmira*, de Volney. Yo no habría entendido el libro de no haber sido por las explicaciones minuciosas que daba Félix al leerlo. Dijo que había elegido este libro porque estaba escrito con un estilo declamatorio que imitaba el de los autores orientales. Esta obra me dio algunos conocimientos someros de historia y una visión de los diversos imperios que existen ahora en el mundo; me aportó algunas nociones de las costumbres, modos de gobierno y religiones de las diversas naciones de la tierra. Oí hablar de los asiáticos perezosos; del genio y el intelecto asombroso de los griegos; de las guerras y la virtud maravillosa de los primeros romanos; de su degeneración subsiguiente; de la decadencia de aquel imperio poderoso; de los caballeros, la cristiandad y los reyes. Oí relatar el descubrimiento del hemisferio americano, y lloré con Safie la triste suerte que corrieron sus habitantes primitivos.

»Estas narraciones maravillosas me inspiraron sensaciones extrañas. ¿Era, en efecto, el hombre tan poderoso, tan virtuoso y magnífico, pero tan bajo y vicioso a la vez? Unas veces parecía un puro brote de maldad, y otras un compendio de todo lo noble y divino. Aparentemente, ser un hombre grande y virtuoso era el mayor honor que podía sobrevenir a un ente sensible; ser bajo y vicioso, como se recuerda que han sido muchos, parecía la mayor degradación, una situación más abyecta que la del ciego topo o el gusano inerte. Pasé mucho tiempo sin poder concebir cómo era posible que un hombre asesinara a su prójimo; ni siquiera por qué había leyes y gobiernos; pero al oír relatar los detalles del vicio y la efusión de sangre, cesó mi asombro y me aparté con asco y aborrecimiento.



»Cada conversación de los habitantes de la casa me descubría ahora nuevas maravillas. Escuchando las enseñanzas que impartía Félix a la árabe, conocí el sistema extraño de la sociedad humana. Oí hablar de la distribución de los bienes, de las riquezas inmensas y la pobreza mísera; de las categorías sociales, la alcurnia y la sangre noble.

»Estas palabras me indujeron a considerarme a mí mismo. Aprendí que las posesiones que más estiman tus semejantes eran la alta alcurnia sin mancha, acompañada de riquezas. El hombre que sólo poseía uno de estos dos bienes podía hacerse respetar; pero si carecía de los dos lo consideraban, salvo en casos muy raros, un vagabundo y un esclavo, condenado a entregar sus fuerzas para el provecho de unos pocos elegidos. Y ¿qué era yo? No sabía nada en absoluto de mi creación ni de mi creador; pero sí sabía que no tenía dinero, ni amigos, ni bienes de ninguna clase. Tenía, además, una figura repugnante, deforme y aborrecible: ni siquiera era de la misma naturaleza que los hombres. Era más ágil que ellos y podía subsistir con alimentos más groseros; soportaba con menor daño de mi cuerpo los calores y fríos extremados; mi estatura superaba con mucho la de ellos. Si miraba a mi alrededor, no veía ni oía hablar de nadie semejante a mí. ¿Era yo, entonces, un monstruo, un engendro del que todos huían y al que todos rechazaban?

»No puedo describirte el suplicio que me producían estas reflexiones. Intenté disiparlas, pero el conocimiento no hizo más que aumentar mi dolor. ¡Ojalá me hubiera quedado en mi bosque natal, sin haber conocido ni sentido más que las sensaciones del hambre, la sed y el calor!

»¡Qué cosa tan extraña es el conocimiento! Desde el momento en que recae en la mente, se aferra a ella como el liquen a la piedra. A veces quise quitarme de encima todos los pensamientos y sentimientos; pero me enteré de que sólo existía un medio que permitía superar la sensación de dolor, y este medio era la muerte: un estado que yo temía aun sin entenderlo. Admiraba la virtud y los buenos sentimientos, y me encantaban los modales delicados y amables de mis campesinos; pero me estaba vedado el trato con ellos, salvo por medios que yo conseguía a hurtadillas, sin que me vieran ni conocieran, y que más bien acentuaban que satisfacían



mis deseos de llegar a ser uno más entre mi prójimo. Las palabras delicadas de Ágata y las animadas sonrisas de la árabe encantadora no eran para mí. Los suaves consejos del anciano y la conversación chispeante del enamorado Félix no eran para mí. ¡Triste y desgraciado de mí!

»Aprendí otras lecciones que se me grabaron más hondamente todavía. Oí hablar de las diferencias entre los sexos; del nacimiento y el crecimiento de los hijos; de cómo se enternecen los padres con las sonrisas del recién nacido y con las ocurrencias vivarachas de los niños mayores; de cómo dedica la madre todos sus cuidados y atenciones a sus prendas preciosas; de cómo se desarrolla la mente de los jóvenes y adquieren conocimientos, y de las diversas relaciones que se establecen entre los seres humanos por los vínculos de parentesco.

»Pero ¿dónde estaban los míos, mis parientes? No había tenido un padre que velara por mí en mi primera infancia ni una madre que me bendijera con sonrisas y caricias; o, si los había tenido, mi vida pasada era ahora un borrón, un vacío impenetrable en el que yo no distinguía nada. Había tenido la estatura y proporciones que tenía entonces desde mis primeros recuerdos. No había visto a ningún ser que se me pareciera ni que aparentara tener relación alguna conmigo. ¿Qué era yo? Me hacía una y otra vez la pregunta, y sólo podía responderla con suspiros.

»Pronto te explicaré hacia dónde apuntaban estos sentimientos; pero permíteme que vuelva a hablar ahora de mis campesinos, cuya historia me produjo sentimientos muy diversos de indignación, agrado y asombro, pero cuya conclusión fue aumentar todavía más el amor y el respeto hacia mis protectores (pues así me gustaba llamarlos, engañándome a mí mismo de manera inocente y algo dolorosa).





CAPÍTULO VI

» **T**ardé algún tiempo en conocer la historia de mis amigos, que no pudo menos que impresionarme hondamente, pues contenía una serie de circunstancias que parecían interesantes y maravillosas para un ser tan falto de experiencia como era yo.

»El anciano se apellidaba De Lacey. Descendía de una buena familia de Francia, donde había vivido muchos años en la riqueza, respetado por sus superiores y querido por sus iguales. Su hijo había servido a su patria, y Ágata se había tratado con las damas más distinguidas. Pocos meses antes de mi llegada, vivían en una ciudad grande y lujosa llamada París, rodeados de amigos y disfrutando de todos los placeres que pueden alcanzar la virtud, el intelecto refinado o el buen gusto, cuando los acompaña una moderada fortuna.

»La causa de su ruina había sido el padre de Safie. Era éste un comerciante turco que llevaba muchos años residiendo en París, y que le había resultado molesto al gobierno por algún motivo que no pude conocer. Lo habían detenido y encarcelado el mismo día en que llegaba Safie de Constantinopla para reunirse con él. Fue juzgado y condenado a muerte. La injusticia de su sentencia fue flagrante; todo París estaba indignado, y se consideraba que lo habían condenado por su religión y su riqueza, y no por el crimen que le imputaban.

»Félix había asistido al juicio. Cuando oyó la sentencia del tribunal, su horror e indignación fueron incontrolables. Allí mismo juró solemnemente

liberarlo, y se puso a buscar el medio de conseguirlo. Después de muchos intentos baldíos de acceder a la cárcel, encontró en una parte no vigilada del edificio una ventana con sólidas rejas que daba a la mazmorra donde el desventurado mahometano, cargado de cadenas, aguardaba desesperado la ejecución de la bárbara sentencia. Félix visitó de noche la reja y le dio a conocer al preso el propósito que tenía de ayudarlo. El turco, maravillado y encantado, intentó avivar el celo de su libertador prometiéndole recompensas y riquezas. Félix rechazó sus ofertas con desprecio; pero cuando vio a la encantadora Safie, a la que permitían visitar a su padre y que le expresó por gestos su vivo agradecimiento, el joven no pudo sino decirse para sus adentros que el cautivo tenía un tesoro que sería digna recompensa tanto de sus trabajos como de sus peligros.

»El turco advirtió enseguida la impresión que había causado su hija en el corazón de Félix, y procuró ganárselo más prometiéndole la mano de Safie en matrimonio tan pronto como llegara él a un lugar seguro. Félix no pudo aceptar la oferta por delicadeza. Sin embargo, esperaba que llegara a cumplirse tal posibilidad, que sería el colmo de su felicidad.

»Durante los días siguientes, mientras se realizaban los preparativos para la fuga del comerciante, Félix recibió varias cartas que avivaron su celo, enviadas por aquella muchacha encantadora, que había encontrado el modo de expresar sus pensamientos en la lengua de su enamorado por medio de un viejo criado de su padre, que sabía francés. Le agradecía con gran ardor el servicio que pretendía prestar a su padre, al tiempo que se lamentaba con delicadeza de su propio destino.

»Tengo copias de estas cartas, pues mientras viví en el tugurio encontré el modo de hacerme con medios para escribir, y Félix y Ágata solían leerlas con frecuencia. Te las daré antes de marcharme, pues te demostrarán la verdad de mi relato; pero, de momento, como el sol ya está muy bajo, sólo tendré tiempo de resumirte su contenido.

»Safie contaba que su madre había sido una árabe cristiana, capturada por los turcos y reducida a la esclavitud. Gracias a su belleza, se había ganado el corazón del padre de Safie, que se casó con ella. La muchacha hablaba en términos halagüeños y entusiastas de su madre, quien

había nacido libre y aborrecía la esclavitud a que se veía reducida. Había educado a su hija en los principios de su religión, y le había enseñado a aspirar a una inteligencia superior y a una independencia de espíritu que tenían prohibidas las seguidoras femeninas de Mahoma. Esta señora murió; pero sus lecciones habían quedado grabadas de manera imborrable en el espíritu de Safie, a quien hacía enfermar la perspectiva de volver a Asia y verse encerrada entre las paredes de un serrallo, sin que se le permitiera ocuparse más que de pasatiempos pueriles, poco adecuados para el temple de su alma, acostumbrada ya a las ideas elevadas y a la noble emulación de la virtud. Le encantaba la perspectiva de casarse con un cristiano y quedarse en un país donde se permitía a las mujeres desempeñar cierto papel en la sociedad.

»Ya estaba fijada la fecha de la ejecución del turco, pero la noche anterior éste se fugó de la cárcel, y antes de que amaneciera ya estaba a muchas leguas de París. Félix se había procurado pasaportes a nombre de su padre y su hermana, y otro para sí mismo. Había comunicado de antemano su plan al primero, que colaboró en el engaño desocupando su casa so pretexto de partir de viaje, en vez de lo cual se ocultó con su hija en un barrio recóndito de París.

»Félix guio a los fugitivos a través de Francia hasta Lyon, de ahí, cruzando el Mont Cenís, hasta Livorno, donde el comerciante había decidido quedarse a esperar la ocasión más favorable para pasar a alguna parte de los dominios turcos.

»Safie tomó la resolución de permanecer con su padre hasta el momento de la partida de éste, antes de lo cual el turco renovó su promesa de desposarla con su salvador; y Félix siguió con ellos esperando dicho acontecimiento; y disfrutaba, mientras tanto, de la compañía de la árabe, que le manifestaba a su vez el afecto más tierno y sencillo. Conversaban por medio de un intérprete, o a veces les hacían de intérpretes las miradas que se cruzaban. Safie le cantaba las melodías divinas de su país natal.

»El turco consentía esta intimidad y fomentaba las esperanzas de los jóvenes enamorados, aunque en su interior se había trazado unos planes muy distintos. Aborrecía la idea de que su hija se uniera a un cristiano;



pero temía, al mismo tiempo, el resentimiento de Félix si daba muestras de tibieza; pues sabía que seguía en poder de su liberador si éste decidía entregarlo a las autoridades del Estado italiano donde se habían refugiado. Barajó mil planes que le permitirían alargar el engaño mientras fuera necesario y llevarse a su hija en secreto al partir. Las noticias que recibió de París facilitaron mucho sus planes.

»Al gobierno francés le enfureció mucho la fuga de su víctima, y no se ahorró ninguna diligencia que permitiera identificar a su liberador y castigarlo. Resultó fácil descubrir la intriga de Félix, y De Lacey y Ágata fueron encarcelados. Félix recibió la noticia, que lo sacó de sus ensueños placenteros. Su padre, ciego y anciano, y su delicada hermana estaban encerrados en una sucia mazmorra, mientras él gozaba del aire libre y de la compañía de su amada. La idea lo atormentaba. Acordó enseguida con el turco que, si éste encontraba ocasión favorable para fugarse antes de que Félix pudiera regresar a Italia, Safie se quedaría alojada en un convento de Livorno; después de lo cual, tras despedirse de la encantadora árabe, volvió a toda prisa a París y se entregó en manos de la justicia, con la esperanza de liberar de este modo a De Lacey y Ágata.

»No lo consiguió. Pasaron cinco meses presos hasta que se celebró el juicio, y en él se los condenó a perder todos sus bienes y a destierro perpetuo de su patria.

»Encontraron un refugio miserable en la casita de Alemania, donde los descubrí yo. Félix no tardó en saber que el engañoso turco, por cuyo bien habían sufrido él y su familia una opresión tan inaudita, al enterarse de que su salvador había sido reducido a la pobreza y la impotencia, lo había traicionado sin reparar en los buenos sentimientos ni en el honor, y se había marchado de Italia con su hija, enviando a Félix, para mayor oprobio, una suma miserable con el fin de ayudarlo a emprender algún proyecto para sustentarse en el futuro, según le decía.

»Éstos habían sido los hechos que mordían el corazón de Félix y lo habían vuelto el más desgraciado de su familia cuando lo vi por primera vez. Podría haber soportado la pobreza, e incluso honrarse de ella, ya que era el premio de su virtud; pero la ingratitud del turco y la pérdida de su amada Safie

habían sido unas desventuras más amargas e irreparables. La llegada de la árabe le había infundido nueva vida.

»Cuando llegó a Livorno la noticia de que Félix había quedado despojado de su rango y riquezas, el comerciante mandó a su hija que se olvidara de su enamorado y se dispusiera a regresar con él a su patria. A la generosa Safie esta orden le pareció un ultraje. Intentó discutirlo con su padre, pero él se retiró, airado, tras repetirle su mandato tiránico.

»Pocos días más tarde, el turco entró en el aposento de su hija y le dijo apresuradamente que tenía motivos para creer que había trascendido su presencia en Livorno, y que pronto lo entregarían a las autoridades francesas. En consecuencia, había contratado un navío para que lo llevara a Constantinopla; iba a zarpar al cabo de pocas horas. Pensaba confiarle el cuidado de su hija a un criado de confianza para que siguiera viaje con más tranquilidad con la mayor parte de sus bienes, que todavía no habían llegado a Livorno.

»Cuando Safie se quedó sola, pensó lo que debía hacer en aquella situación trascendental. Aborrecía la idea de vivir en Turquía: se oponían a ello tanto su religión como sus sentimientos. Vinieron a sus manos algunos papeles de su padre por los que conoció el destierro de su enamorado y se enteró del nombre del lugar donde residía. Titubeó algún tiempo, pero al cabo fraguó su decisión. Tomando algunas joyas que eran suyas y una cantidad pequeña de dinero, salió de Italia con una criada, natural de Livorno, pero que conocía la lengua común de Turquía, y emprendió el camino de Alemania.

»Había llegado sana y salva a una población que estaba a unas veinte leguas de la casita de De Lacey cuando su criada cayó enferma de consideración. Safie la cuidó con devoción; pero la pobre muchacha murió, y la árabe se quedó sola, sin conocer la lengua del país e ignorando por completo las costumbres del mundo. Pero había caído en buenas manos. La italiana había dicho el nombre del lugar adonde se dirigían y, tras su muerte, la señora de la casa donde se habían hospedado se encargó de que Safie llegara a salvo hasta la casita de su enamorado.





CAPÍTULO VII

Esta es la historia de mis queridos campesinos. Me impresionó hondamente. La visión de la vida social que me reveló me enseñó a admirar sus virtudes y a deplorar los vicios de la humanidad.

»Yo todavía consideraba los crímenes como males lejanos; tenía siempre presentes la bondad y la generosidad, que me inspiraban el deseo de intervenir en la escena animada donde se invocaban y exhibían tantas cualidades admirables. Pero al relatar el desarrollo de mi intelecto, no debo pasar por alto una circunstancia que sucedió a principios del mes de agosto de aquel mismo año.

»Cierta noche, durante mi acostumbrada visita al bosque próximo, donde recogía mi comida y llevaba leña para mis protectores, encontré en el suelo una maleta de cuero que contenía varias prendas de ropa y algunos libros. Me apoderé con avidez del botín y me lo llevé a mi tugurio. Por fortuna, los libros estaban escritos en la misma lengua cuyos rudimentos había adquirido yo en la casita. Eran *El paraíso perdido*, un tomo de las *Vidas paralelas* de Plutarco, y las *Cuitas del joven Werther*. La posesión de estos tesoros me deleitó sobremanera; a partir de entonces me dedicaba constantemente a estudiar estas narraciones y a ejercitar mi mente con ellas mientras mis amigos trabajaban en sus ocupaciones habituales.

»Apenas puedo describirte el efecto que me produjeron estos libros. Me inspiraron una infinidad de imágenes y sentimientos nuevos, que algunas



veces me alzaban en éxtasis, pero solían hundirme con mayor frecuencia en el abatimiento más profundo. En las *Cuitas del joven Werther*, aparte del interés de su argumento sencillo y conmovedor, se proponen tantas opiniones y se arroja tanta luz sobre materias que habían sido oscuras para mí hasta entonces, que encontré en el libro una fuente inagotable de especulación y asombro. Las costumbres delicadas y hogareñas que describe, combinadas con sensaciones y sentimientos elevados, encaminados a fines no egoístas, encajaban bien con mis experiencias entre mis protectores y con los deseos que estaban siempre vivos en mi pecho. Pero consideraba a Werther un ser más divino que los que yo hubiera contemplado o imaginado jamás; su carácter, aunque no tenía pretensiones, calaba hondo. Sus disquisiciones acerca de la muerte y el suicidio eran muy propias para llenarme de asombro. Yo no pretendía juzgar en el caso, aunque me inclinaba hacia las opiniones del protagonista, cuya muerte lloré sin entenderla del todo.

»Al leer, atendía mucho, no obstante, a mis propios sentimientos y situación. Me veía semejante, aunque extrañamente distinto al mismo tiempo, de los seres cuyas vidas leía, y cuyas conversaciones escuchaba. Simpatizaba con ellos y los entendía en parte, pero tenía la mente sin formar; no dependía de nadie ni tenía parentesco con nadie. Bien pronto podía faltar, y nadie lloraría mi desaparición. Mi figura era odiosa, y mi estatura, gigantesca; ¿qué significaba aquello? ¿Quién era yo? ¿Qué era yo? ¿De dónde había salido? ¿Cuál era mi destino? Estas preguntas se repetían constantemente, pero yo no podía darles respuesta.

»El volumen de las *Vidas paralelas* de Plutarco que tenía en mi poder contenía las biografías de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas. Este libro ejerció sobre mí un efecto muy diferente del de las *Cuitas del joven Werther*. De las ensoñaciones de Werther había aprendido el desaliento y la melancolía; pero Plutarco, por su parte, me enseñó pensamientos elevados; me liberó de la esfera miserable de mis reflexiones para llevarme a admirar y amar a los héroes de tiempos pasados. Muchas de las cosas que leía sobrepasaban mi entendimiento y experiencia. Tenía un conocimiento muy confuso de lo que eran los reinos, las amplias regiones,

los ríos caudalosos y los mares sin límites. Pero lo que no conocía en absoluto eran las ciudades y los grandes concursos de hombres. La casita de mis protectores había sido la única escuela en que había estudiado la naturaleza humana; pero este libro me mostraba escenarios nuevos y más grandiosos. Leí acerca de hombres que intervenían en la política y gobernaban o exterminaban a sus semejantes. Sentí surgir dentro de mí un deseo ardentísimo de virtud y el odio al vicio, en la medida en que entendía el significado de aquellos términos, que era muy relativa, pues sólo los aplicaba al placer y al dolor, respectivamente. Movidó por estos sentimientos, llegué a admirar, como cosa natural, a los legisladores pacíficos como Numa, Solón y Licurgo, más que a Rómulo y Teseo. Estas impresiones se me quedaron bien marcadas en la mente por la vida patriarcal que hacían mis protectores. Tal vez se me habrían inculcado otras sensaciones distintas si el primero que me hubiera presentado la humanidad hubiera sido un joven militar, sediento de gloria y batallas.

»Pero *El paraíso perdido* me suscitó emociones diferentes y mucho más profundas. Lo leí tomándolo como una historia verdadera, tal como había leído los otros volúmenes que me habían venido a las manos. Me despertó todos los sentimientos de admiración y asombro que puede suscitar la imagen de un Dios omnipotente haciendo la guerra a sus criaturas. Yo solía comparar las diversas situaciones con las mías, a medida que reparaba en sus semejanzas. Al igual que Adán, me habían creado sin ningún vínculo aparente con ningún otro ser existente; pero el estado de Adán era muy distinto del mío en todos los demás sentidos. Había salido de las manos de Dios como una criatura perfecta, feliz y próspera, protegido por la providencia especial de su Creador, y le estaba permitido conversar con seres de naturaleza superior y aprender de ellos; pero yo era un desgraciado, solo y desvalido. Consideré muchas veces que Satanás era un símbolo más adecuado de mi situación; pues a menudo, como él, al ver la felicidad de mis protectores, surgía dentro de mí la envidia amarga.

»Hubo otra circunstancia que reforzó y confirmó estos sentimientos. Poco después de mi llegada al tugurio, había descubierto unos papeles en el bolsillo de la ropa que había tomado de tu laboratorio. No les había

hecho caso al principio; pero ahora que sabía descifrar los caracteres con que estaban escritos, empecé a estudiarlos con diligencia. Era tu diario de los cuatro meses anteriores a mi creación. Describías minuciosamente en esos papeles todos los pasos que dabas en la marcha de tu trabajo. El relato iba entremezclado con la relación de sucesos domésticos. Recordarás esos papeles, sin duda. Aquí están. En ellos se relata todo lo relacionado con mi origen maldito; se expone en todos sus detalles la serie de circunstancias repugnantes que lo produjeron; se describe de manera minuciosa mi cuerpo odioso y repugnante, con palabras que reflejaban tu propio horror e hicieron indeleble el mío. Sentí náuseas al leerlo. “¡Oh, día odioso, aquél en que recibí la vida!”, exclamé, atormentado. “¡Creador maldito! ¿Por qué formaste un monstruo tan horrible que hasta tú mismo te apartabas de mí con repugnancia? Un Dios compasivo hizo al hombre hermoso y atractivo, a su imagen y semejanza; pero mi forma es una parodia inmundada de la tuya, más horrorosa por su parecido mismo. Satanás tenía compañeros, otros demonios como él, que lo admiraban y animaban; pero yo estoy solitario y aborrecido.”

»Éstas eran las reflexiones de mis horas de abatimiento y soledad; pero cuando consideraba las virtudes de los habitantes de la casa, sus caracteres amistosos y benévolos, me convencía a mí mismo de que cuando llegaran a conocer la admiración que sentía yo por sus virtudes, tendrían compasión de mí y pasarían por alto la deformidad de mi persona. ¿Era posible que expulsaran de la puerta de su casa a alguien, por monstruoso que fuera, que acudiera a pedirles compasión y amistad? Tomé la resolución de no desesperar, al menos, y prepararme en todos los sentidos para mantener una entrevista con ellos en la que se decidiera mi destino. Pospuse el intento algunos meses más; pues la importancia que atribuía a su éxito me llenaba de temor al fracaso. Por otra parte, descubrí que mi entendimiento mejoraba tanto con las experiencias de cada día, que no estaba dispuesto a comenzar la empresa hasta haber adquirido algo más de sabiduría durante unos meses.

»Mientras tanto, se produjeron varios cambios en la casa. La presencia de Safie difundía la felicidad entre sus habitantes, y observé también que

reinaba mayor abundancia en la casa. Félix y Ágata dedicaban más tiempo a la conversación y el esparcimiento, y tenían criados que los ayudaban en sus trabajos. No parecían ricos, pero eran felices y estaban satisfechos; tenían paz y serenidad, mientras que mis sentimientos se volvían más tumultuosos cada día. El mayor conocimiento no había hecho más que descubrirme con más claridad que yo era un paria desgraciado. Albergaba esperanzas, es cierto; pero se desvanecían cuando veía mi figura reflejada en el agua, o mi sombra a la luz de la luna, con todo lo frágil que era tal imagen y lo inconstante de dicha sombra.

»Me esforcé por acallar esos temores y por cobrar fuerzas para la prueba a la que había resuelto someterme al cabo de unos meses; y a veces dejaba vagar mis pensamientos, sin el freno de la razón, por los campos del Paraíso, y me atrevía a representarme criaturas amigables y encantadoras que simpatizaban con mis sentimientos y me disipaban la melancolía; sus semblantes angelicales me dirigían sonrisas de consuelo. Pero no era más que un sueño; no tenía una Eva que me aliviara las penas o compartiera mis pensamientos; estaba solo. Recordaba las súplicas de Adán a su Creador; pero ¿dónde estaba el mío? Me había abandonado y, en la amargura de mi corazón, lo maldije.

»Así pasó el otoño. Vi con sorpresa y lástima que las hojas se marchitaban y caían, y la naturaleza volvía a adquirir el aspecto estéril y desolado que había tenido la primera vez que contemplé los bosques y la luna encantadora. Pero no hice caso del mal tiempo; estaba mejor formado para soportar el frío que el calor. Sin embargo, mis mayores deleites eran ver las flores, los pájaros, y todo el atuendo alegre del verano; cuando eso me faltó, dediqué mi atención aún más a los habitantes de la casa. Su felicidad no había decaído por la ausencia del verano. Se amaban y compartían sus sentimientos; y las pérdidas que se producían a su alrededor no interrumpían su alegría, que se basaba en su trato mutuo. Cuanto más los veía, más deseaba pedirles protección y bondad. Sentía en el corazón el ansia de hacerme conocer y querer por aquellas criaturas adorables; ver sus dulces rostros vueltos hacia mí con afecto era mi máxima ambición. No me atrevía a pensar que huirían de mí con horror y desdén. Jamás rechazaban a los

pobres que acudían a su puerta. Es verdad que yo pedía tesoros más valiosos que un poco de comida o albergue. Suplicaba bondad y comprensión; pero no me creía absolutamente indigno de recibirlas.

»Avanzaba el invierno, y ya se había producido un ciclo completo de las estaciones desde mi despertar a la vida. Por entonces, dedicaba por entero mi atención a mi plan de presentarme en la casa de mis protectores. Di vueltas a muchos proyectos, pero opté finalmente por el de entrar en la vivienda cuando estuviera sólo el anciano ciego. Yo tenía la sagacidad suficiente para advertir que la fealdad antinatural de mi persona había sido la causa principal del horror que había producido a los que me habían visto antes. Aunque mi voz era áspera, no tenía nada de terrible; me pareció, por lo tanto, que podía ganarme la buena voluntad y la mediación del anciano De Lacy¹ en ausencia de sus hijos. Quizá pudieran tolerarme, gracias a él, mis protectores más jóvenes.

»Cierta día en que el sol brillaba en las hojas rojas esparcidas por el suelo, y difundía alegría, aunque negara su calor, Safie, Ágata y Félix salieron a dar un largo paseo por el campo, y el anciano se quedó solo en la casa a petición propia. Cuando se hubieron marchado sus hijos, tomó su guitarra y tocó varias melodías melancólicas aunque dulces, más dulces y melancólicas que las que le había oído tocar hasta entonces. Al principio tenía el semblante iluminado de placer; pero se fue poniendo pensativo y triste; por fin, dejó a un lado el instrumento y quedó sumido en sus reflexiones.

»El corazón me latía deprisa; aquélla era la hora y el momento de la prueba en la que se decidirían mis esperanzas o se harían realidad mis temores. Los criados habían ido a la feria de un pueblo cercano. Todo estaba en silencio en la casa y sus alrededores. La ocasión era excelente; pero cuando me disponía a ejecutar mi plan, me fallaron los miembros y caí al suelo. Volví a levantarme y, poniendo en juego toda la firmeza de la que era dueño, retiré las tablas que había colocado ante mi tugurio para

1. Así en el original. En la primera edición, de 1818, que seguimos, el apellido que antes era «De Lacey» se escribe «De Lacy» a partir de aquí.

ocultar mi vía de entrada. El aire fresco me reanimó y me acerqué a la puerta de la casa con nueva determinación.

»Llamé a la puerta. “¿Quién es? Adelante”, dijo el anciano.

»Entré. “Disculpe usted la molestia —respondí—. Soy un viajero necesitado de un poco de descanso. Me haría usted un gran bien si me permitiera quedarme un rato ante la lumbre.”

»“Pase —dijo De Lacy—, y procuraré aliviar sus necesidades de alguna manera; pero, por desgracia, mis hijos han salido de casa y, como yo soy ciego, me temo que me resultará difícil darle de comer.”

»“No se moleste usted, mi amable anfitrión; tengo de comer; sólo necesito calor y descanso.”

»Me senté, y se produjo un silencio. Yo sabía que cada momento era precioso para mí, pero no llegaba a decidir el modo de comenzar la conversación. Entonces se dirigió a mí el anciano: “Por su lengua, forastero, supongo que es paisano mío; ¿es usted francés?”

»“No; pero me eduqué con una familia francesa y sólo conozco esta lengua. Ahora voy a solicitar la protección de unos amigos a los que amo sinceramente, y tengo alguna esperanza de que me amparen.”

»“¿Son alemanes?”

»“No, son franceses. Pero hablemos de otra cosa. Soy una criatura desventurada y abandonada; miro a mi alrededor y no encuentro parientes ni amigos en todo el mundo. Esta gente amable a la que acudo no me ha visto nunca y sabe poco de mí. Estoy lleno de temores; pues, si fracaso allí, seré un paria en el mundo para siempre.”

»“No desespere. Es una gran desventura, en efecto, carecer de amigos; pero los corazones de los hombres están llenos de amor fraterno y caridad, cuando se encuentran libres de prejuicios y no los mueve un egoísmo patente. Confíe usted, pues, en sus esperanzas; y, si es verdad que esos amigos son buenos y amables, no desespere.”

»“Son bondadosos; son los seres más excelentes del mundo; pero, por desgracia, albergan prejuicios en mi contra. Yo tengo buenas intenciones; mi vida ha sido inofensiva de momento, y hasta beneficiosa en cierto grado; pero a ellos les nublan los ojos unos prejuicios inevitables,



y donde deberían ver a un amigo bondadoso y sensible sólo verán a un monstruo detestable.”

»“Es una verdadera desgracia; pero ¿no puede usted sacarlos de su error, si es verdad que está libre de culpa?”

»“Me dispongo a emprender esa tarea, y por eso me siento tan abrumado por el terror. Amo tiernamente a esos amigos; les he hecho buenas obras durante muchos meses sin que ellos lo supieran; pero ellos creen que quiero hacerles daño, y este prejuicio suyo es lo que quiero superar.”

»“¿Dónde viven esos amigos?”

»“Cerca de aquí.”

»El anciano calló, y dijo después: “Si me confía usted sin reservas los detalles de su historia, quizá pueda ayudarlo a sacarlos de su error. Soy ciego, y no puedo juzgar su semblante, pero hay algo en sus palabras que me convence de su sinceridad. Soy pobre y exiliado, pero me daría verdadero gusto servir de algo a un ser humano”.

»“¡Hombre excelente! Le agradezco su ofrecimiento generoso y lo acepto. Me levanta usted del polvo con su bondad, y confío en no verme privado del trato y la comprensión de sus semejantes, gracias a su intercesión.”

»“¡No lo quiera el cielo, aunque fuera usted un verdadero criminal! Pues sólo esa circunstancia podría impulsarlo a la desesperación en vez de moverlo a la virtud. Yo también soy un desdichado; a mi familia y a mí nos han condenado siendo inocentes: juzgue usted, por lo tanto, si me conmovrán o no sus desventuras.”

»“¿Cómo podré agradeceré, admirable y único benefactor mío? Oigo en sus labios la primera voz bondadosa que me han dirigido jamás. Se lo agradeceré para siempre, y la humanidad de que me da muestras ahora me asegura el éxito con esos amigos que estoy a punto de encontrarme.”

»“¿Podría decirme usted los nombres de esos amigos y dónde viven?”

»Callé. Pensé que aquél era el momento decisivo que había de privarme de la felicidad u otorgármela para siempre. Intenté en vano armarme de valor para responderle: el esfuerzo me agotó las fuerzas que me quedaban; me hundí en mi asiento y sollocé en voz alta. En ese momento oí los pasos de mis protectores más jóvenes. No podía perder un instante. Tomando la

mano del anciano, exclamé: “¡Éste es el momento! ¡Sálveme y protéjame! Su familia y usted son los amigos que busco. ¡No me abandone en la hora de la tribulación!”

»“¡Santo Dios! —exclamó el anciano—. ¿Quién es usted?”

»En aquel instante se abrió la puerta de la casita y entraron Félix, Safie y Ágata. ¿Cómo describir su horror y consternación al verme? Ágata se desmayó; y Safie, incapaz de ayudar a su amiga, salió corriendo de la casa. Félix se abalanzó hacia mí y, con fuerza sobrehumana, me arrancó del lado de su padre, a cuyas rodillas me había aferrado. Arrebatado de furia, me arrojó al suelo y me golpeó violentamente con un palo. Yo podría haberlo hecho pedazos, como el león al antílope. Pero el corazón se me había encogido en el pecho como enfermo de amargura y me contuve. Vi que iba a repetir el golpe y, abrumado por el dolor y la angustia, salí de la casa y, aprovechando el alboroto general, me refugié en mi tugurio sin que me vieran.





CAPÍTULO VIII

» ¡Maldito, maldito creador mío! ¿Por qué sobreviví? ¿Por qué no apagué en aquel instante la chispa de la existencia que me habías otorgado tú con tanta imprudencia? No lo sé. Aún no se había apoderado de mí la desesperación. Mis sentimientos eran de rabia y venganza. De buena gana habría destruido la casa con sus habitantes, deleitándome con sus alaridos y su desgracia.

»Cuando cayó la noche, salí de mi refugio y vagué por el bosque. Ahora que ya no me contenía el miedo a que me descubrieran, di rienda suelta a mi angustia con aullidos terribles. Era como una fiera salvaje que hubiera roto sus cadenas. Corría por el bosque como un ciervo, destrozando los objetos que me cerraban el paso. ¡Oh! ¡Qué noche tan triste pasé! Las estrellas se burlaban de mí con su brillo frío, y los árboles desnudos agitaban las ramas a mi paso; de vez en cuando se alzaba la dulce voz de un pájaro en medio del silencio general. Todo era felicidad o descanso salvo yo. Yo, como el Enemigo universal, llevaba un infierno en mi interior, y al ver que no encontraba comprensión en los demás, quería arrancar los árboles y sembrar la ruina y la destrucción a mi alrededor, para sentarme después a disfrutar del espectáculo de desolación.

»Pero aquel derroche de sensaciones no podía durar; el ejercicio físico excesivo me agotó, y me dejé caer en la hierba húmeda, sumido en la

desesperación impotente. Entre las miríadas de hombres que había en el mundo no había ninguno capaz de compadecerse de mí ni de ayudarme. ¿Debía yo, entonces, ser bueno con mis enemigos? No: desde aquel momento le declaré la guerra eterna a la especie y, sobre todo, a aquel que me había formado, y condenado a estos sufrimientos insoportables.

»Salió el sol; oí voces de hombres y comprendí que me resultaría imposible volver a mi refugio aquel día. En consecuencia, me escondí entre la espesura, tomando la determinación de dedicar las horas siguientes a reflexionar sobre mi situación.

»La placentera luz del sol y el aire puro del día me devolvieron cierto grado de tranquilidad; y, considerando lo que había pasado en la casa, no pude menos de creer que había llegado a conclusiones demasiado precipitadas. Había pecado de imprudente, sin duda. Era evidente que el padre se había dispuesto a mi favor con mi conversación, y que yo había cometido una tontería al dejarme ver por sus hijos, horrorizándolos. Debería haber esperado a que el anciano De Lacy se familiarizara conmigo para irme descubriendo después poco a poco ante el resto de su familia, cuando estuvieran preparados para mi llegada. Pero mis errores no me parecieron irreparables y, después de pensarlo mucho, decidí volver a la casita, buscar al anciano y ganármelo para mi causa con mis explicaciones.

»Estos pensamientos me tranquilizaron, y por la tarde caí en un sueño profundo; pero el estado febril de mi sangre no me permitió tener sueños pacíficos. Se me reproducía constantemente ante los ojos la escena horrible del día anterior; las mujeres huían, y Félix me arrancaba de los pies de su padre. Me desperté agotado; y, viendo que ya era de noche, salí de mi escondrijo en busca de comida.

»Cuando hube saciado el hambre, dirigí mis pasos hacia el camino bien conocido que conducía a la casita. Allí todo estaba tranquilo. Entré a hurtadillas en mi tugurio y esperé en silencio la hora en que acostumbraba levantarse la familia. Pasó dicha hora, y el sol ascendió a lo alto del cielo, pero los habitantes de la casa no aparecieron. Yo temblaba con violencia, temiendo que hubiera sobrevenido alguna desventura terrible.



El interior de la casa estaba a oscuras y no oía ningún movimiento; no puedo describir el suplicio que me producía aquella incertidumbre.

»Pasaron por fin por las inmediaciones dos campesinos; pero se detuvieron junto a la casa y emprendieron una conversación, gesticulando con grandes aspavientos. Sin embargo, yo no entendía lo que decían, pues hablaban la lengua del país, que era distinta de la de mis protectores. Pero al poco rato se acercó Félix con otro hombre. Aquello me sorprendió, pues sabía que no había salido de la casa aquella mañana, y esperé con impaciencia que sus palabras me desvelaran lo que significaba aquella situación desacostumbrada.

»«¿No ha tenido en cuenta que habrá de pagar tres meses de alquiler y perder los frutos de su huerto? —le decía su compañero—. No quiero aprovecharme injustamente, y le ruego, por lo tanto, que espere unos días y considere de nuevo su decisión.»

»«Es inútil de todo punto —respondió Félix—. Jamás podremos volver a vivir en su casa. La vida de mi padre corre un grave peligro, por la circunstancia espantosa que le he relatado. Ni mi esposa ni mi hermana se recuperarán jamás del susto. Le suplico a usted que no me insista más. Tome posesión de su finca y déjeme huir de este lugar.»

»Félix tembló violentamente al decir esto. Su compañero y él entraron en la casa, donde permanecieron unos minutos y se marcharon después. No volví a ver jamás a ningún miembro de la familia De Lacy.

»Pasé el resto del día en mi tugurio, en un estado de estupor y desánimo absolutos. Mis protectores se habían marchado; con ello se truncaba el único vínculo que me unía al mundo. El pecho se me llenó de sentimientos de venganza y odio y, por primera vez, no intenté controlarlos, sino que, dejándome arrastrar por la corriente, me puse a tramar daños y muertes. Cuando pensaba en mis amigos, en la voz suave de De Lacy, los ojos delicados de Ágata y la belleza exquisita de la árabe, se desvanecían estos pensamientos y me sobrevénía un arrebató de lágrimas que me calmaba en parte. Pero, cuando volvía a pensar que me habían despreciado y abandonado, me volvía la ira, una ira rabiosa. Y, como no podía infligirle daño a ningún ser humano, hacía recaer mi furia sobre objetos inanimados. Cuando fue cayendo la noche,

rodeé la casa de diversos materiales combustibles y, después de haber destruido hasta el último resto de las plantas del huerto, esperé con impaciencia forzada a que se ocultara la luna para comenzar mis operaciones.

»Cuando fue noche cerrada, se levantó un viento fuerte que procedía del bosque y dispersó en poco tiempo las nubes que rondaban por el cielo; el aire arreció con violencia como un alud poderoso y produjo en mi ánimo una especie de locura que superaba todos los límites de la razón y la reflexión. Prendí fuego a la rama seca de un árbol y bailé con furia alrededor de la casita querida, con los ojos todavía fijos en el horizonte occidental, que casi tocaba ya la luna. Por fin se ocultó una parte del astro, y entonces agité mi antorcha; la luna se ocultó del todo y, soltando un fuerte grito, encendí la paja, los brezos y arbustos que había recogido. El viento avivó el fuego y la casita quedó rodeada enseguida por las llamas, que la abrazaban y la lamían con sus lenguas serpenteantes y destructoras.

»En cuanto me convencí de que nadie podría llegar a salvar parte alguna de la vivienda, abandoné el lugar y fui a refugiarme en el bosque.

»Y ¿adónde encaminaría ahora mis pasos con todo el mundo ante mí? Resolví huir lejos de la escena de mis desventuras; pero cualquier país había de ser igualmente horrible para un ser tan odiado y despreciado como yo. Por fin, pensé en ti. Me había enterado, por tus papeles, de que eras mi padre, mi creador; y ¿a quién podía recurrir mejor que a quien me había dado la vida? Entre las materias que Félix le había enseñado a Safie no había faltado la geografía. Sus lecciones me habían dado a conocer la situación relativa de los diversos países del mundo. Citabas Ginebra como tu ciudad natal, y hacia allí resolví marchar.

»Pero ¿cómo orientarme? Sabía que debía viajar hacia el sudoeste para llegar a mi destino, pero no tenía más guía que el sol. No conocía los nombres de las poblaciones por las que debía pasar, ni podía preguntar el camino a un solo ser humano. Sin embargo, no me desanimé. Eras la única persona de la que podía esperar auxilio, aunque no sentía más que odio hacia ti. ¡Oh, creador insensible y despiadado! Me dotaste de percepción y pasiones, y me abandonaste después, para que fuera objeto del desprecio y el horror de la humanidad. Con todo, sólo a ti tenía algún derecho a



reclamar piedad y reparación, y decidí acudir a ti para buscar esa justicia que en vano esperaba de cualquier otro ser con forma humana.

»Mis viajes fueron largos, y padecí en ellos intensos sufrimientos. Salí de la comarca donde había residido tanto tiempo a finales de otoño. Sólo viajaba de noche, por miedo a encontrarme el rostro de un ser humano. La naturaleza se marchitaba a mi alrededor y el sol perdió su calor; me caían encima la lluvia y la nieve; los grandes ríos estaban helados; la superficie de la tierra estaba dura, fría y desnuda, y no encontraba refugio. ¡Oh, tierra! ¡Cuántas veces maldije al causante de mi ser! La dulzura de mi carácter se había esfumado y todo se había vuelto amargura y rencor dentro de mí. Cuanto más me acercaba a tu lugar de residencia, más hondamente sentía clavado en el corazón el espíritu de la venganza. Aunque nevaba y las aguas estaban solidificadas, yo no descansaba. Me orientaba por algunos accidentes, aquí y allá, y tenía un mapa del país; pero con frecuencia me desviaba mucho de mi camino. El tormento que me producían mis sentimientos no me consentía descansar. Cualquier incidente alimentaba mi rabia y mi tristeza. Pero un acontecimiento que sucedió cuando llegué a la frontera suiza, cuando el sol había recuperado su calor y la tierra empezaba a reverdecer, confirmó de un modo especial la amargura y el horror de mis sentimientos.

»Yo solía descansar de día, y sólo viajaba cuando la noche me ocultaba a la vista de los hombres. Una mañana, no obstante, al ver que mi camino transcurría por un bosque espeso, me aventuré a seguir el viaje después de haber salido el sol; el día, que era uno de los primeros de la primavera, me reconfortó con su sol encantador y su aire templado. Vi renacer dentro de mí sentimientos de delicadeza y placer que había dado por muertos hacía mucho tiempo. Sorprendido en parte por la novedad de estas sensaciones, me dejé llevar por ellas y, olvidando mi soledad y mi deformidad, me atreví a ser feliz. Dulces lágrimas volvieron a correr por mis mejillas, y hasta levanté, agradecido, los ojos húmedos hacia el sol bendito que me otorgaba tanta alegría.

»Seguí por los senderos del bosque hasta que llegué a la linde de éste, bordeada por un río profundo y de corriente veloz en cuyas aguas mojaban sus ramas muchos de los árboles que ahora retoñaban con la nueva primavera. Allí me detuve sin saber bien hacia dónde seguir, y oí entonces

unas voces que me indujeron a esconderme a la sombra de un ciprés. Apenas me había ocultado cuando apareció una niña que venía corriendo hacia el lugar donde yo estaba escondido, riéndose como si huyera de alguien en un juego. Seguía su carrera por la orilla escarpada del río, cuando de pronto perdió pie y cayó a la veloz corriente. Salí aprisa de mi escondrijo y, con gran trabajo, la salvé de la fuerza de la corriente y la llevé a la orilla. Estaba sin sentido. Intentaba reanimarla por todos los medios de que disponía cuando me interrumpió de pronto la llegada de un rústico, que era seguramente la persona de la que la niña huía en sus juegos. Al verme, se abalanzó hacia mí y, tras arrancarme a la niña de los brazos, corrió hacia lo más denso del bosque. Yo lo seguí aprisa, sin saber bien por qué; pero cuando el hombre me vio acercarme, me apuntó con una escopeta que llevaba y disparó. Caí al suelo, y el que me había herido huyó al bosque con mayor prisa que antes.

»¡Éste era, pues, el galardón que merecía mi benevolencia! Había salvado de la perdición a un ser humano y, como premio, me retorció bajo el dolor penoso de una herida que me había destrozado la carne y el hueso. Los sentimientos de bondad y delicadeza que había albergado hacía pocos momentos dieron paso a la rabia infernal y el rechinar de dientes. Exasperado por el dolor, juré odio y venganza eternos a toda la humanidad. Pero el tormento de mi herida fue más fuerte que yo. Me faltaron los pulsos y perdí el sentido.

»Llevé durante algunas semanas una vida miserable en el bosque, intentando curarme la herida que había recibido. La bala me había entrado por el hombro e ignoraba si se había alojado allí o había vuelto a salir; en cualquier caso, no tenía modo de extraerla. Aumentaba también mis sufrimientos la sensación abrumadora de la injusticia e ingratitud con que me los habían infligido. Repetía a diario mis juramentos de venganza, una venganza honda y mortal, la única que podría compensarme de los ultrajes y angustias que había soportado.

»La herida se me curó al cabo de varias semanas y proseguí mi viaje. Ni la luz del sol ni las suaves brisas de la primavera servían ya para mitigar mis fatigas. Toda alegría era como una burla de mi estado de desolación, y me hacía sentir, del modo más doloroso, que yo no estaba hecho para gozar de los placeres.



»Pero mis trabajos se acercaban ya a su fin, y dos meses más tarde alcancé los alrededores de Ginebra.

»Llegué al caer el día y me retiré a un escondrijo entre los campos que rodean la ciudad, para meditar allí el modo de comunicarme contigo. Me oprimían el cansancio y el hambre, y estaba demasiado triste como para disfrutar de las suaves brisas del atardecer o del espectáculo del sol que se ponía tras los montes imponentes del Jura.

»Entonces me sobrevino un sueño ligero que alivió el dolor de mis reflexiones, hasta que desperté con la llegada de un niño hermoso que entró corriendo, en sus juegos, en el rincón donde me había refugiado. Al mirarlo, me vino de pronto la idea de que aquella criatura estaba libre de prejuicios y había vivido tan poco que no había tenido tiempo de absorber el horror a la deformidad. Por lo tanto, si podía apoderarme de él y educarlo para que fuera mi compañero y amigo, no estaría tan solo en este mundo tan poblado.

»Movido por este impulso, atrapé al niño a su paso y lo atraje hacia mí. En cuanto vio mi figura, se cubrió los ojos con las manos y soltó un chillido agudo. Yo le retiré a la fuerza las manos de la cara y le dije: “¿Qué significa esto, niño? No quiero hacerte daño; escúchame”.

»Se debatió con violencia, gritando: “¡Suéltame, monstruo! ¡Bicho feo! Quieres comerme y hacerme pedazos... Eres un ogro... Suéltame, o se lo contaré a mi papá”.

»“Niño, no volverás a ver nunca a tu padre; debes venir conmigo.”

»“¡Monstruo odioso! Suéltame. Mi papá es síndico... Es el señor Frankenstein... Te castigará. No te atrevas a retenerme.”

»“¡Frankenstein! Entonces eres de mi enemigo... Eres de aquel contra el que he jurado venganza eterna: serás mi primera víctima.”

»El niño seguía debatiéndose y me colmó de epítetos que me llenaron de desesperación. Le puse la mano en la garganta para hacerlo callar, y al cabo de un momento yacía muerto a mis pies.

»Contemplé a mi víctima, y el corazón se me inflamó de júbilo y regocijo infernal. Dando palmadas, exclamé: “También yo puedo producir desolación. Mi enemigo no es inexpugnable. Esta muerte lo llenará de desesperación, y otras mil desgracias lo atormentarán y destruirán”.

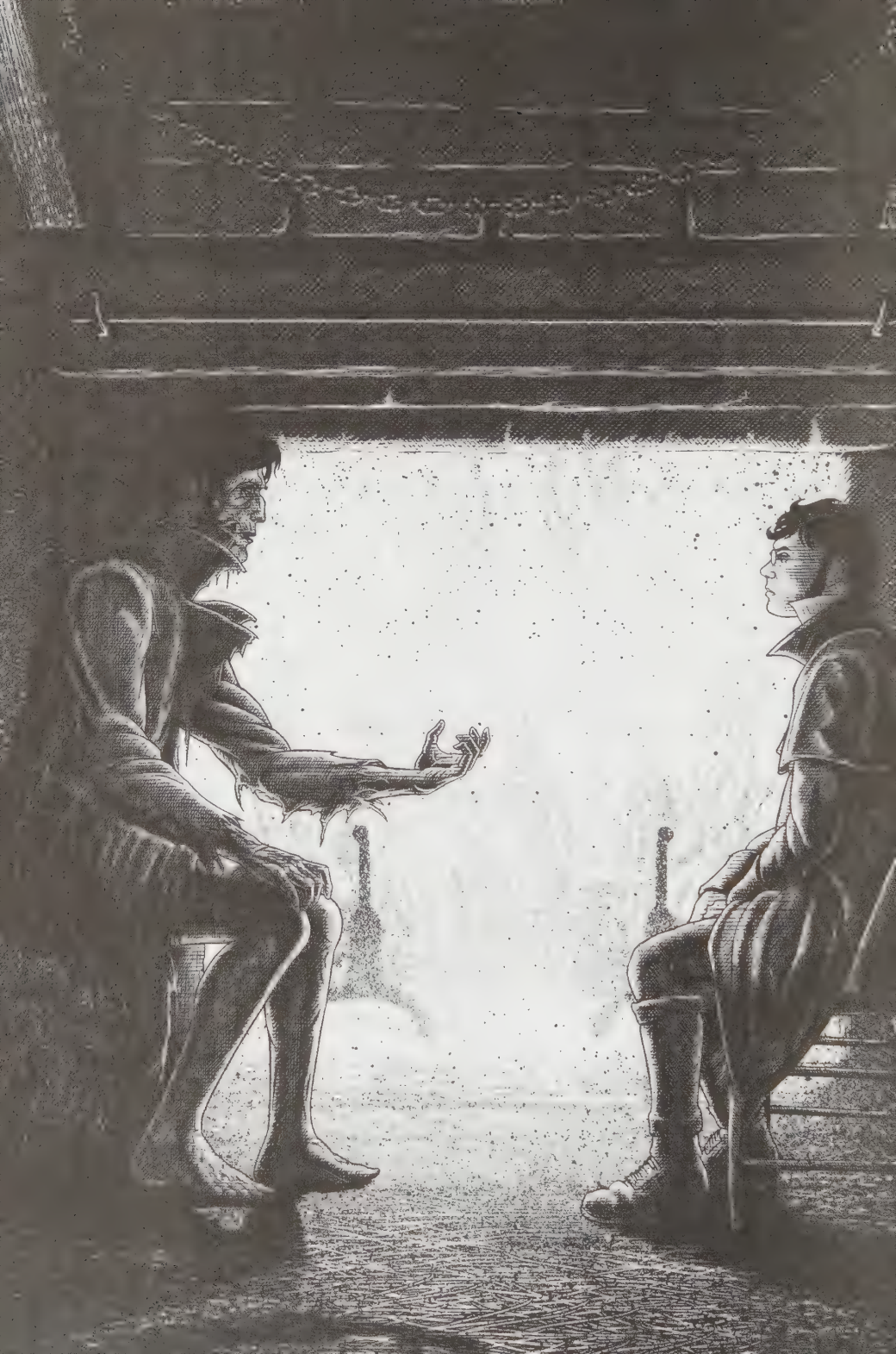


»Poniendo los ojos en el niño, vi brillar algo en su pecho. Lo tomé. Era un retrato de una mujer bellísima. A pesar de mi maldad, me ablandó y me atrajo. Contemplé por unos instantes con agrado sus ojos oscuros orlados de grandes pestañas y sus labios encantadores; pero la rabia me volvió enseguida cuando recordé que estaba privado para siempre de los placeres que pueden otorgar criaturas tan bellas, y que aquella cuya efigie estaba contemplando habría cambiado, al verme, aquel aire de bondad divina por otro que expresara repugnancia y espanto.

»¿Te extraña que estos pensamientos me produjeran arrebatos de ira? Lo único que me extraña a mí es que, en aquel momento, en vez de desahogar mis sensaciones con gritos y sufrimientos, no me arrojara entre los hombres y pereciera en el intento de destruirlos.

»Abrumado aún por estos sentimientos, dejé el lugar donde había cometido el asesinato y buscaba un escondrijo más apartado, cuando vi pasar cerca de mí a una mujer. Era joven, no tan hermosa ni mucho menos como aquella cuyo retrato tenía yo, pero de aspecto agradable y con el encanto de la juventud y la salud florecientes. “He aquí una de esas que otorgan sus sonrisas a todos menos a mí —pensé—. No se escapará; he aprendido a hacer el mal gracias a las lecciones de Félix y a las leyes sanguinarias de los hombres.” Me acerqué a ella sin que me viera y le dejé el retrato bien guardado en uno de los pliegues de su vestido.

»Pasé varios días rondando por el lugar donde se habían producido aquellas escenas. Unas veces quería verte; otras, me determinaba a dejar para siempre el mundo y sus miserias. Por fin, vagué hacia estas montañas. He recorrido sus gargantas inmensas, consumido por una pasión ardiente que sólo tú puedes satisfacer. No nos despediremos hasta que hayas prometido hacer lo que te solicito. Estoy solo y soy un desgraciado. Ningún hombre quiere tener tratos conmigo. Sin embargo, una mujer tan deforme y horrible como yo no se me negaría. Mi compañera tendrá que ser de mi misma especie, con mis mismos defectos. Has de crear ese ser.



CAPÍTULO IX

El ser dejó de hablar y me clavó la mirada esperando mi respuesta. Pero yo me había quedado desconcertado, perplejo, e incapaz de ordenar mis ideas lo suficiente para hacerme cargo del alcance pleno de su propuesta.

—Debes crearme una mujer —repitió— con la que pueda vivir intercambiando los afectos necesarios para mi ser. Sólo tú puedes hacerlo, y te lo exijo como un derecho que no debes negarme.

La última parte de su relato me había reavivado la ira que se me había ido apagando al narrarme su vida pacífica entre los habitantes de la casita, y cuando me dijo esto no pude seguir conteniendo la rabia que ardía en mi interior.

—Sí te lo niego —dije—, y no me arrancarás mi consentimiento ni aun atormentándome. Puedes convertirme en el más desgraciado de los hombres, pero jamás conseguirás que me rebaje ante mí mismo. ¿Crear a otro como tú, para que arruinéis el mundo con vuestra maldad conjunta? ¡Vete! Ya te he dado tu respuesta; puedes atormentarme si quieres, pero no consentiré jamás.

—Eres injusto —respondió el demonio—, pero, en vez de amenazarte, me limitaré a razonar contigo. Si soy malintencionado es porque soy desgraciado. ¿Acaso no me rechaza y me odia toda la humanidad? Tú, mi creador, estás dispuesto a hacerme pedazos y sentirte triunfador. Piensa

en ello, y dime por qué debo sentir más compasión por los hombres que la que sienten ellos por mí. Si pudieras despeñarme por uno de esos ventisqueros y destruir así mi cuerpo, obra de tus propias manos, no lo considerarías un asesinato. ¿He de respetar a los hombres cuando ellos me desprecian a mí? Si ellos convivieran conmigo con bondad mutua, yo no les haría daño, sino que los colmaría de bienes, derramando lágrimas de agradecimiento cuando me los aceptaran. Pero eso no puede ser: los sentidos humanos son obstáculos insalvables que nos impiden tratarnos. Sin embargo, no me someteré a una esclavitud abyecta. Vengaré mis afrentas. Si no puedo inspirar amor, provocaré miedo y, sobre todo a ti, mi mayor enemigo, te juro odio eterno, por haber sido mi creador. Mira por ti: trabajaré para destruirte, y no terminaré hasta destrozarte el corazón de tal modo que maldigas la hora en que naciste.

Al decir esto lo invadió una rabia infernal. Contraía el rostro en unas muecas demasiado horribles para que las soportaran unos ojos humanos; pero se calmó al poco rato y prosiguió:

—Me había propuesto razonar contigo. Esta cólera es perjudicial para mí, pues no tienes en cuenta que tú mismo eres la causa de sus excesos. Si algún ser albergara sentimientos de benevolencia hacia mí, yo se los devolvería multiplicados por cien. ¡Por esa única criatura haría las paces con toda la especie! Pero me estoy permitiendo unos sueños de dicha que no pueden cumplirse. Lo que te pido es razonable y moderado; te solicito una criatura del otro sexo, pero tan horrible como yo: será un consuelo pequeño, pero no puedo recibir más, y me contentaré con ello. Es cierto que seremos monstruos, apartados de todo el mundo; pero por ello mismo estaremos más apegados el uno al otro. Nuestras vidas no serán felices, pero serán inofensivas y estarán libres de la tristeza que siento ahora. ¡Oh, creador mío! ¡Hazme feliz; hazme un solo bien por el que te pueda estar agradecido! ¡Déjame saber lo que es despertar la compasión de algún ser viviente! ¡No me niegues lo que te pido!

Me conmoví. Cuando pensé en las posibles consecuencias de mi asentimiento, me estremecí; pero me pareció que su alegato tenía algo de justicia. Su relato anterior y los sentimientos que expresaba ahora me demostraban

que era una criatura dotada de sensaciones delicadas. ¿Acaso yo, como creador suyo que era, no le debía toda la felicidad que estuviera en mi mano otorgarle? Advirtió el cambio de mis sentimientos y prosiguió:

—Si accedes, ni tú ni ningún otro ser humano volveréis a vernos jamás. Me iré a los grandes espacios deshabitados de América del Sur. Mis alimentos no son los de los hombres; no mato corderos ni cabritos para satisfacer mi gula; las bellotas y las bayas me proporcionan sustento suficiente. Mi compañera tendrá mi misma naturaleza y se contentará con la misma comida. Haremos nuestro lecho de hojas secas; el sol nos alumbrará como a los hombres y hará madurar nuestro alimento. Te estoy presentando un cuadro pacífico y humano, y no puedes por menos que sentir que negármelo sería un abuso de poder y crueldad. Pese a lo despiadado que has sido conmigo, ahora veo la compasión en tus ojos; quiero aprovechar este momento favorable para convencerte de que me prometas lo que deseo con tanto ardor.

—Te comprometes a huir de las regiones habitadas y vivir en las tierras salvajes, donde no tendrás más compañeros que los animales silvestres —respondí—. ¿Cómo serás capaz de guardar este destierro, tú, que anhelas el amor y la comprensión de los hombres? Volverás, y buscarás de nuevo su bondad, y recibirás su aborrecimiento; tus malas pasiones se renovarán, y tendrás entonces una compañera que te ayudará en la tarea de destrucción. Eso no puede ser; no insistas, pues no puedo consentirlo.

—¡Qué inconstantes son tus sentimientos! Mis alegatos te conmovían hace sólo un momento. ¿Por qué te endureces de nuevo ante mis quejas? Te juro por la tierra que habito, y por ti, que me hiciste, que abandonaré la compañía de los hombres con la compañera que me otorgues y viviré, si es preciso, en la región más salvaje del mundo. Perderé la ira maligna, pues recibiré comprensión; mi vida transcurrirá tranquila y, en mis últimos momentos, no maldeciré a mi hacedor.

Sus palabras ejercieron sobre mí un efecto extraño. Sentí compasión por él, y a veces estuve tentado de consolarlo; pero cuando lo miraba, cuando veía aquella masa repugnante que se movía y hablaba, sentía náuseas y mis sentimientos pasaban a ser de odio y horror. Intenté reprimir

esas sensaciones. Pensé que, aunque yo, personalmente, no podía tenerle ninguna simpatía, no tenía derecho a privarlo de esa pequeña porción de felicidad que aún estaba en mis manos otorgarle.

—Juras que serás inofensivo —dije—; pero ¿acaso no has dado muestras ya de un grado de malicia por la que es lógico que desconfíe de ti? ¿No es posible que esto mismo sea una falsedad con la que pretendas aumentar tu triunfo, llevando más lejos tu venganza?

—¿Qué es esto? Yo creí haber despertado tu compasión, pero te sigues negando a concederme el único beneficio que puede ablandarme el corazón y volverme inofensivo. Si no tengo lazos ni afectos, mi destino tendrá que ser de odio y vicios; el amor de otro anulará la causa de mis crímenes y me convertiré en un ser cuya existencia será ignorada por todos. Mis vicios son fruto de una soledad forzosa que aborrezco; y mis virtudes saldrán a relucir por fuerza cuando viva en común con alguien como yo. Recibiré el afecto de un ser sensible y me sumaré a la cadena de la existencia y los sucesos, de la que ahora estoy excluido.

Me tomé algún tiempo para reflexionar sobre todo lo que me había contado y los diversos argumentos que había empleado. Pensé en las primeras muestras prometedoras de virtud que había dado al principio de su existencia, y en cómo se habían truncado todos sus sentimientos de bondad por el aborrecimiento y desprecio que habían manifestado hacia él sus protectores. Tampoco pasé por alto en mis cálculos su poder y sus amenazas: una criatura capaz de vivir en las cuevas de hielo de los glaciares y de ocultarse de sus perseguidores entre los riscos de precipicios inaccesibles era un ser dotado de unas facultades a las que sería inútil oponerse. Tras una larga pausa para reflexionar, llegué a la conclusión de que, en justicia hacia él y hacia mi prójimo, debía cumplir sus deseos. Por lo tanto, me volví y le dije:

—Accedo a lo que pides, con tal de que jures solemnemente que abandonarás para siempre Europa, y toda otra región donde vivan hombres, en cuanto ponga en tus manos una mujer que te acompañe a tu destierro.

—Te juro por el sol —exclamó—, y por el cielo azul, que, mientras existan, no volverás a verme si me otorgas lo que pido. Vete a tu casa y

emprende tus trabajos. Yo vigilaré su marcha con impaciencia inexpressable, y no dudes que apareceré cuando estés preparado.

Dicho esto, se apartó de mí de repente, temiendo quizá que cambiara de opinión. Lo vi bajar la montaña, más veloz que el vuelo del águila, y lo perdí de vista al poco tiempo entre las ondas del mar de hielo.

Su relato había ocupado el día entero y, cuando se marchó, el sol estaba poniéndose en el horizonte. Comprendí que debía apresurarme a descender hacia el valle, pues no tardaría en rodearme la oscuridad; pero tenía un peso en el corazón y caminaba a paso lento. Distraído como estaba por las emociones de los sucesos de aquel día, el trabajo de seguir las sendas serpenteantes de las montañas y asentar los pies con firmeza al ir avanzando me confundía. Ya estaba muy entrada la noche cuando llegué al lugar de descanso que hay a la mitad del camino y me senté junto a la fuente. Las estrellas brillaban a ratos cuando se retiraban las nubes; los pinos oscuros se alzaban ante mí, y había árboles quebrados tendidos por el sueño aquí y allá: la escena era de una solemnidad maravillosa y me despertó pensamientos extraños. Lloré amargamente y, retorciendo las manos en mi sufrimiento, exclamé: «¡Oh, estrellas, y nubes, y vientos, queréis todos burlaros de mí! Si es verdad que me tenéis compasión, aplastadme las sensaciones y el recuerdo; dejadme en nada; pero, si no, marchaos, marchaos y dejadme a oscuras». Eran pensamientos desgraciados y desenfrenados; pero es que no puedo describir cómo me pesaba el titilar eterno de las estrellas, y cómo oía en cada ráfaga de viento un siroco grave y monótono que venía a consumirme.

Cuando llegué al pueblo de Chamonix ya había amanecido; pero estaba tan afectado y demacrado que mi llegada apenas sirvió para tranquilizar a mis familiares, que se habían pasado toda la noche esperando mi regreso con inquietud.

Volvimos a Ginebra al día siguiente. La intención de mi padre al venir había sido que me distrajera para recuperar la tranquilidad perdida, pero el remedio había sido mortal. Y, sin entender los excesos de tristeza de los que yo daba muestras, apresuró la vuelta a casa, con la esperanza de que mis sufrimientos, fuera cual fuese su causa, se aliviarían de manera paulatina con el sosiego y la regularidad de la vida doméstica.



Yo, por mi parte, accedí pasivamente a todas sus medidas; y el suave afecto de mi querida Elizabeth no bastó para sacarme de las honduras de mi desesperación. La promesa que había hecho al demonio me pesaba en la mente como las caperuzas de hierro que asignó Dante a los hipócritas en el infierno. Todos los placeres de la tierra y el cielo me pasaban por delante como un sueño, y sólo aquel pensamiento tenía para mí la realidad de la vida. ¿Le parece extraño que me dominara a veces una especie de locura, o que me viera rodeado constantemente de una multitud de animales repugnantes que me atormentaban sin cesar, hasta arrancarme muchas veces gritos y fuertes quejidos?

Sin embargo, estas sensaciones se me fueron calmando poco a poco. Volví a la vida diaria, si no con interés, al menos con cierto grado de tranquilidad.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE



TERCERA PARTE



CAPÍTULO I

Tras mi regreso a Ginebra pasaron los días y las semanas sin que pudiera armarme de valor para reemprender mi trabajo. Temía la venganza del diablo desengañado, pero no era capaz de sobreponerme a la repugnancia que me producía la tarea que se me había encomendado. Descubrí que no podía elaborar una hembra sin dedicar algunos meses más a estudios profundos e investigaciones laboriosas. Había oído hablar de ciertos descubrimientos que había realizado un científico inglés, muy importantes para el éxito en mi tarea, y pensaba en ocasiones pedirle permiso a mi padre para visitar Inglaterra con tal fin; pero me aferraba a todos los pretextos para retrasar la misión, y no me resolvía a interrumpir la tranquilidad que empezaba a recuperar. Había recobrado mucho la salud, tan decaída antes; y mi ánimo se elevaba de manera proporcional cuando no lo empañaba el recuerdo de mi desafortunada promesa. Mi padre contemplaba el cambio con agrado, y empezó a considerar el mejor modo de extirpar de mí el resto de melancolía que me quedaba y que a veces me volvía en ataques, como una nube oscura que se traga la luz del sol. En aquellos momentos me refugiaba en la soledad más absoluta. Pasaba días enteros solo en una barquita en el lago, mirando las nubes y oyendo el rumor de las ondas, callado y apático. Pero el aire fresco y el sol radiante casi siempre me devolvían la serenidad hasta cierto punto, y, al volver, recibía los saludos de los míos con una sonrisa más afable y el corazón más alegre.

Fue al regreso de una de estas excursiones cuando mi padre me llevó aparte y me habló de este modo:

—Observo con placer, querido hijo, que has vuelto a tus pasatiempos habituales y parece que vuelves en ti. Pero, con todo, sigues triste y evitas aún nuestro trato. Pasé algún tiempo intentando conjeturar la causa, y ayer di en una idea que no carece de fundamento, habrás de reconocerlo. Guardar silencio sobre este punto no sólo sería inútil, sino que además nos acarrearía desgracias por partida triple.

Esta introducción me hizo temblar violentamente, y mi padre prosiguió:

—Te confieso, hijo mío, que siempre he esperado tu matrimonio con tu prima como el lazo que atará nuestro bienestar doméstico y el báculo de mis años de vejez. Sentisteis apego mutuo desde vuestra primera niñez; estudiasteis juntos y parecíais perfectamente parejos en carácter y gustos. Pero la experiencia del hombre es tan ciega que lo que yo tenía por más favorecedor para mi plan es posible que lo haya desbaratado por completo. Quizá veas en ella a una hermana, sin ningún deseo de hacerla tu esposa. Más aún: puede que hayas conocido a otra a la que ames; y, si piensas que tienes una deuda de honor con tu prima, el conflicto puede ser la causa de la honda tristeza que parece sufrir.

—Tranquilízate, padre querido. Amo a mi prima tierna y sinceramente. No he visto a ninguna mujer que suscitara, como Elizabeth, mi admiración y afecto más calurosos. Todas mis esperanzas y perspectivas para el futuro están asociadas por entero a la expectativa de nuestra unión.

—Al expresarte de este modo sobre la cuestión, mi querido Víctor, me das la alegría más grande que he recibido desde hace bastante tiempo. Si eso es lo que sientes, tenemos asegurada la felicidad futura, por mucho que nos llenen de melancolía los hechos presentes. Pero quiero disipar esta melancolía que tanto se ha apoderado de ti al parecer. Dime, pues, si tienes algo que objetar a que se solemnice de inmediato el matrimonio. Hemos sido desventurados, y los sucesos recientes nos han hecho perder esa tranquilidad cotidiana que convenía a mis años y a mis achaques. Tú eres más joven; pero, teniendo en cuenta que posees una buena fortuna, no creo que un matrimonio temprano te impida llevar a cabo ningún plan

futuro forjado para alcanzar honra y ser útil a la sociedad. Sin embargo, no creas que pretendo imponerte la felicidad por decreto, ni que un retraso por tu parte me pueda intranquilizar seriamente. Interpreta mis palabras con llaneza, y respóndeme, te lo imploro, con confianza y sinceridad.

Escuché a mi padre en silencio, y no fui capaz de darle respuesta durante algún rato. Revolví rápidamente en la cabeza una multitud de pensamientos, intentando llegar a alguna conclusión. ¡Ay! La idea de contraer matrimonio de inmediato con mi prima me producía horror y consternación. Estaba atado por una promesa solemne que no había cumplido todavía y no me atrevía a romper; y, si lo hacía, ¿cuántas desgracias podían caer sobre mí y mi querida familia? ¿Podía, acaso, asistir a un festejo mientras siguiera llevando al cuello ese peso mortal que me hundía? Debía cumplir mi compromiso y dejar que el monstruo se hubiera marchado con su compañera, antes de permitirme a mí mismo gozar de las delicias de una unión en la que esperaba encontrar la paz.

Recordé también la necesidad que tenía de viajar a Inglaterra, o mantener, al menos, una larga correspondencia con algunos científicos de ese país, cuyos conocimientos y descubrimientos eran fundamentales para el proyecto que iba a emprender. Este segundo medio de obtener los datos necesarios era lento y poco satisfactorio. Además, cualquier cambio me resultaba agradable, y me encantaba la idea de variar de ambiente y ocupación por un año o dos, lejos de mi familia. Por otro lado, en ese plazo podía suceder algo que me permitiera volver a reunirme con ellos en paz y felicidad: o bien podía cumplir mi promesa y ver partir al monstruo, o bien podía sucederle algún percance que lo destruyera, y ello pusiera fin para siempre a mi esclavitud.

La respuesta que le di a mi padre se inspiró en estos sentimientos. Le dije que quería visitar Inglaterra, aunque le oculté los verdaderos motivos de esta petición bajo el pretexto de que quería viajar y ver el mundo antes de establecerme para toda la vida entre los muros de mi ciudad natal.

Le expuse mi ruego con fervor, y no me costó trabajo convencerlo, pues era el padre más indulgente y menos despótico del mundo. Acordamos en poco tiempo mi plan de viaje. Iría a Estrasburgo, donde Clerval se reuniría

conmigo. Pasaríamos una breve temporada en las ciudades de Holanda y nuestra estancia principal sería en Inglaterra. Volveríamos por Francia; y se convino en que el viaje duraría dos años.

Mi padre se ilusionaba al pensar que mi boda con Elizabeth tendría lugar inmediatamente después de mi regreso a Ginebra.

—Estos dos años pasarán deprisa —dijo—, y serán el último retraso que tendrá que sufrir vuestra felicidad. Y la verdad es que espero con impaciencia ese momento en que todos estemos unidos, sin dilaciones ni temores que alteren la tranquilidad de nuestro hogar.

—Me avengo a tus disposiciones —respondí—. Por entonces, los dos seremos más cuerdos que ahora, y espero que más felices.

Suspiré al decirlo, pero mi padre tuvo la bondad de no hacerme más preguntas sobre las causas de mi abatimiento; pues tenía la esperanza de que el cambio de ambiente y el entretenimiento de los viajes me devolverían la tranquilidad.

Empecé a disponer las cosas para mi viaje; pero me rondaba una idea que me llenaba de miedo y agitación. En mi ausencia, dejaría a los míos ignorantes de la existencia de su enemigo, y desvalidos ante los posibles ataques que pudiera cometer, enfurecido quizá por mi partida. Pero había prometido seguirme allá donde yo fuera. ¿No me acompañaría a Inglaterra? Este supuesto era espantoso por sí mismo, aunque tranquilizador en lo relativo a la seguridad de los míos. El pensamiento de que pudiera suceder lo contrario me torturaba. Sin embargo, durante todo el tiempo que pasé como esclavo de mi criatura me regí por los impulsos del momento, y entonces tenía la sensación poderosa de que el diablo me seguiría, librando a mi familia del peligro de sus maquinaciones.

A finales del mes de agosto me puse en camino para emprender mis dos años de exilio. Elizabeth aprobaba los motivos de mi partida, y sólo se dolía de no disponer ella misma de las mismas oportunidades para ampliar sus experiencias y cultivarse. Lloró, sin embargo, al despedirme, y me suplicó que regresara contento y tranquilo.

—Todos dependemos de ti —dijo—. Si tú estás triste, ¿cómo estaremos nosotros?

Me hundí en el asiento del carruaje que me llevaría de allí, sin saber apenas hacia dónde iba y sin atender a lo que pasaba a mi alrededor. Sólo me había acordado, y la idea me llenó de angustia, de hacer empaquetar mis aparatos de química para llevármelos; pues había tomado la resolución de cumplir mi promesa en el extranjero, para regresar convertido en un hombre libre, si era posible. Pasé lleno de imaginaciones tristes por muchos paisajes bellos y majestuosos; pero tenía la mirada fija y desatenta. Sólo era capaz de pensar en la meta de mis viajes y en el trabajo que me ocuparía mientras duraran.

Después de algunos días de apatía y dejadez, en los que recorrí muchas leguas, llegué a Estrasburgo, donde pasé dos días esperando a Clerval. Llegó por fin, y ¡ay!, ¡iqué grande era el contraste entre él y yo! Él estaba lleno de sensibilidad ante cualquier espectáculo nuevo: la belleza de la puesta de sol lo llenaba de dicha, y el amanecer de un nuevo día le inspiraba una alegría todavía mayor. Me señalaba los colores variables del paisaje y el aspecto del cielo.

—¡Esto es vivir! —exclamaba—. ¡Ahora disfruto de la vida! Pero ¿por qué estás tú tan abatido y triste, mi querido Frankenstein?

La verdad es que me invadían los pensamientos melancólicos y no veía ni la puesta del lucero vespertino ni el reflejo dorado del sol de la mañana en el Rin... Y a usted, amigo mío, lo entretendría mucho más el diario de Clerval, quien observaba el paisaje con sentimiento y placer, que escuchar las reflexiones de un desgraciado como yo, perseguido por una maldición que me cerraba todas las puertas del placer.

Habíamos acordado bajar en barca el Rin desde Estrasburgo hasta Róterdam, donde podríamos embarcarnos para Londres. En este viaje pasamos junto a muchas islas llenas de sauces y vimos algunas hermosas ciudades. Pasamos un día en Manheim, y a los cinco días de zarpar de Estrasburgo llegamos a Maguncia. A partir de Maguncia, el curso del Rin se vuelve mucho más pintoresco. El río desciende rápidamente, serpenteando entre colinas de poca altura, pero empinadas y de hermosas formas. Vimos muchos castillos en ruinas posados al borde de precipicios y rodeados de bosques espesos, altos e inaccesibles. Esta parte del Rin presenta una gran

variedad de paisajes. Aquí se ven colinas-escarpadas, castillos en ruinas sobre precipicios tremendos, por cuyo pie discurre veloz el oscuro Rin; y, tras rodear un promontorio, se encuentra de pronto que el río transcurre perezoso por una comarca de viñedos florecientes, suaves laderas verdes y ciudades populosas.

Viajábamos en la época de la vendimia y oíamos los cantos de los vendimiadores mientras nos deslizábamos corriente abajo. A mí mismo me agradaba, deprimido como estaba, y con el espíritu agitado constantemente por sentimientos de melancolía. Tendido en el fondo de la barca y contemplando el cielo azul y despejado, me parecía absorber una tranquilidad que me resultaba desconocida desde hacía mucho tiempo. Y, si yo tenía estas sensaciones, ¿cómo describir las de Henry? Se sentía transportado al país de las hadas, y gozaba de una felicidad que rara vez alcanza el ser humano.

—He visto los paisajes más hermosos de mi país —decía—; he visitado los lagos de Lucerna y Uri, donde las montañas nevadas descienden hasta el agua casi a pico, arrojando sombras negras e impenetrables que darían una impresión oscura y melancólica, si no fuera por las islas de verdor intenso que alivian la vista con su aspecto alegre. He visto este lago agitado por una tempestad cuando el viento arrancaba remolinos de agua y daba una idea de lo que debe ser el gran torbellino del mar, y he visto las olas azotar con furia el pie de la montaña, allí donde un alud enterró al cura con su amante y donde se dice que se oyen aún las voces de muerte de los dos cuando calla el viento de la noche; he visto los montes de La Valais y el país de Vaud; pero este lugar, Víctor, me agrada más que todas esas maravillas. Las montañas de Suiza son más majestuosas y peregrinas; pero las orillas de este río divino tienen un encanto como no he visto otro igual. ¡Mira ese castillo colgado sobre aquel precipicio; y aquél, en la isla, casi escondido entre las ramas de los hermosos árboles; y ese grupo de trabajadores que salen de entre las viñas; y ese pueblo, semioculto entre las hendiduras de la montaña! Sin duda, el espíritu que reside en este lugar y lo protege tiene un alma más en armonía con el hombre que los que moran en los glaciares o se retiran a los picos inaccesibles de las montañas de nuestro país.

¡Clerval, amigo querido! Todavía hoy me complace recordar tus palabras y reiterar las alabanzas que tanto mereces. Era un ser formado en «la poesía misma de la naturaleza».¹ Sólo la sensibilidad de su corazón ponía freno a su imaginación desenfrenada y entusiasta. El alma le rebo-saba afectos ardientes, y su amistad era de esas fieles y maravillosas que los cínicos nos aseguran que son imaginarias. Pero los afectos humanos no bastaban para satisfacer su mente apasionada. Los paisajes de la naturaleza, que en otras personas sólo despiertan admiración, a él le producían amor ardiente.

La catarata sonora
lo perseguía como una pasión; la alta peña,
la montaña y el bosque oscuro y hondo,
sus colores y sus formas, eran para él
apetito, sentimiento y amor,
que no necesitaba otro apoyo ni interés,
trazado por el pensamiento ni ajeno a la vista.²

¿Y dónde está ahora? ¿Se ha perdido para siempre este ser amable y delicado? ¿Ha perecido esta mente, tan repleta de ideas, imaginaciones fantasiosas y magníficas, que formaba un mundo cuya existencia dependía de la vida de su creador? ¿Acaso existe sólo en mi recuerdo? No, no es así; tu forma, de traza tan divina y rebosante de belleza, se ha desintegrado, pero tu espíritu sigue visitando y consolando a tu desventurado amigo.

Perdone este arrebato de pena; estas palabras baldías no son más que un parco tributo para la valía sin igual de Henry, pero a mí me calman el corazón, rebosante de la angustia que me produce su recuerdo. Seguiré con mi relato.

1 Cita de *Rimini*, de Leigh Hunt. (*N. de la A.*)

2 Cita de *La abadía de Tintern*, de Wordsworth. (*N. de la A.*)

Después de dejar atrás Colonia, bajamos a las llanuras de Holanda, y decidimos hacer el resto del camino por la posta, pues teníamos el viento en contra y la corriente del río era demasiado suave para impulsarnos.

Nuestro viaje perdió desde aquí el interés de los paisajes hermosos; pero llegamos en pocos días a Róterdam, desde donde seguimos por mar hasta Inglaterra. Una mañana despejada, a finales de diciembre, vi por primera vez los acantilados blancos de Gran Bretaña. Las orillas del Támesis me presentaron un espectáculo nuevo: eran llanas, pero fértiles, y casi todas las poblaciones evocaban algún hecho histórico. Vimos el fuerte de Tilbury, que nos trajo al recuerdo la Armada Invencible; Gravesend, Woolwich y Greenwich, lugares que había oído nombrar hasta en mi país.

Vimos al fin las muchas agujas de las iglesias de Londres, dominadas por la de San Pablo, y la Torre, de tanta fama en la historia inglesa.





CAPÍTULO II

Londres fue nuestro primer lugar de descanso; habíamos pensado pasar varios meses en esta célebre y maravillosa ciudad. Clerval quería tratarse con los hombres de genio y talento que brillaban por entonces; pero aquel objetivo era secundario para mí; mi preocupación principal era el modo de conseguir la información necesaria para cumplir mi promesa, y no tardé en servirme de las cartas de presentación que había traído, dirigidas a los científicos más distinguidos.

Este viaje me habría producido un placer inefable si lo hubiera llevado a cabo en mis tiempos de estudio y felicidad. Pero había caído una maldición sobre mi vida, y sólo visité a aquellas personas con el fin de conocer los datos que pudieran darme sobre la materia en que tenía un interés tan terriblemente profundo. El trato social me incomodaba; cuando estaba a solas, podía henchir mi mente con las imágenes del cielo y la tierra; la voz de Henry me calmaba, y así alcanzaba una paz transitoria y engañosa. Pero las caras alegres, inquietas y tediosas me volvían a llenar el corazón de desesperación. Veía una barrera insuperable entre mis semejantes y yo, una barrera sellada con la sangre de William y Justine; y el alma se me henchía de angustia al pensar en los sucesos asociados a esos nombres.

En Clerval veía, por el contrario, una imagen de cómo había sido yo mismo: estaba lleno de curiosidad y tenía afán de ver y aprender. Las nuevas costumbres que observaba eran para él una fuente constante de enseñanza

y diversión. Siempre estaba ocupado, y lo único que le impedía disfrutar del todo era mi aire triste y abatido. Yo intentaba ocultárselo en la medida de lo posible, para no privarlo de los deleites propios del que llegaba a un ambiente nuevo, libre de inquietudes y de recuerdos tristes. Para quedarme solo, le decía que no podía acompañarlo por tener otro compromiso. Empecé entonces, además, a acopiar los materiales necesarios para mi nueva creación, y esta labor era para mí como el tormento de la gota de agua que cae constantemente sobre la cabeza. Todos los pensamientos que le dedicaba me producían una angustia extrema, y cada palabra que pronunciaba sobre ello me hacía temblar los labios y palpar el corazón.

Tras pasar algunos meses en Londres, recibimos una carta de una persona de Escocia que antes nos había visitado en Ginebra. Nos hablaba de las bellezas de su patria y nos preguntaba si no nos atraían lo suficiente para animarnos a ampliar nuestro viaje hacia el norte, hasta llegar a Perth, donde residía. Clerval sintió vivos deseos de aceptar la invitación; y yo, aunque aborrecía el trato social, quería volver a ver montañas y torrentes y todas las obras maravillosas con que adorna la naturaleza sus sedes escogidas.

Habíamos llegado a Inglaterra a principios de octubre, y estábamos ya en febrero. Decidimos, en consecuencia, emprender nuestro viaje al norte cuando hubiera transcurrido otro mes. No pensábamos realizar esta excursión siguiendo el camino real de Edimburgo, sino desviarnos para visitar Windsor, Oxford, Matlock y los lagos de Cumberland, con intención de llegar a nuestra meta final hacia finales de julio. Llevé en mi equipaje mis instrumentos químicos y los materiales que había recogido, pues me propuse terminar mis trabajos en algún rincón discreto de las tierras altas del norte de Escocia.

Salimos de Londres el 27 de marzo, y pasamos algunos días en Windsor, donde dimos algunos paseos por su hermoso bosque. Era un espectáculo nuevo para unos montañeses como nosotros: los robles majestuosos, la abundancia de animales de caza y los rebaños de ciervos señoriales eran otras tantas novedades para nosotros.

De allí pasamos a Oxford. Cuando entramos en esta ciudad, evocamos los hechos que habían tenido lugar en ella hacía más de un siglo y medio.

Allí había reunido a sus tropas Carlos I. La ciudad le había permanecido fiel cuando toda la nación le había dado la espalda para seguir las banderas del parlamento y la libertad. El recuerdo de aquel rey desventurado y sus compañeros, el amable Falkland, el insolente Goring, su reina y su hijo, llenaban de un interés especial cada una de las partes de la ciudad donde podía suponerse que habían vivido. Allí residía el espíritu de los tiempos pasados, y nosotros seguimos sus huellas con placer. Aunque aquellas imaginaciones no hubieran bastado para gratificar nuestros sentimientos, la ciudad misma habría suscitado nuestra admiración por su belleza. Los colegios universitarios son antiguos y pintorescos; las calles son casi magníficas, y el Isis encantador discurre junto a la ciudad por prados de verdor exquisito, y se abre en una extensión plácida de agua, donde se refleja su cúmulo majestuoso de torres, agujas y cúpulas, engastadas entre viejos árboles.

Este lugar me encantaba; sin embargo, tanto el recuerdo del pasado como la previsión del futuro me amargaban el deleite. Yo había nacido para la felicidad tranquila. En mi primera juventud no me había venido jamás a la mente el descontento; y si alguna vez me invadía el hastío, la visión de las bellezas de la naturaleza, o el estudio de las producciones excelentes y sublimes de los hombres, despertaban siempre el interés de mi corazón y me suavizaban el ánimo. Pero soy un árbol destrozado por el rayo; la centella me ha llegado hasta el alma, y por entonces tenía la sensación de que, si sobrevivía, sería para quedar en lo que pronto seré: un espectáculo miserable de humanidad aniquilada, lastimoso para los demás y aborrecible para mí mismo.

Pasamos bastante tiempo en Oxford, paseándonos por sus alrededores y procurando identificar todos los lugares que pudieran guardar relación con aquella época, la más interesante de la historia inglesa. Nuestros pequeños viajes de exploración solían prolongarse al irnos encontrando sucesivos objetos de interés. Visitamos la tumba del ilustre Hampden y el campo de batalla donde cayó ese patriota. El alma se sobrepuso por un instante a sus temores viles y miserables al considerar los ideales divinos de libertad y sacrificio que conmemoraban y evocaban aquellos lugares.



Me atreví por un momento a arrancarme las cadenas y levantar la vista con espíritu libre y elevado; pero el hierro se me había incrustado en la carne, y volví a hundirme en mi ser anterior miserable, tembloroso y sin esperanzas.

Salimos de Oxford a disgusto y proseguimos viaje hasta Matlock, donde pensábamos pasar otra temporada. La región de los alrededores de este pueblo se parecía algo más a los paisajes de Suiza, aunque todo está a escala más reducida, y a las colinas verdes les falta el remate de los blancos Alpes lejanos, que siempre dominan los montes cubiertos de pinos de mi país natal. Visitamos la cueva maravillosa y los pequeños gabinetes de historia natural, donde las curiosidades están ordenadas del mismo modo que las colecciones de Servox y Chamonix. Cuando Henry pronunció este último nombre, me eché a temblar, y adelanté nuestra partida de Matlock, con el que me había quedado asociada aquella escena terrible.

Seguimos viaje desde Derby, siempre hacia el norte, y pasamos dos meses en Cumberland y Westmoreland. Ahora casi podía creerme entre las montañas de Suiza. Las pequeñas manchas de nieve que perduraban en las laderas umbrías de las montañas, los lagos y el estrépito de los torrentes entre los peñascos eran espectáculos familiares y queridos. Conocimos allí, además, a varias personas que casi se las arreglaron para hacerme creer que era feliz. Clerval disfrutaba sensiblemente más que yo: la compañía de hombres de talento le dilataba el espíritu, y descubría dentro de sí mismo dotes y recursos mayores que los que se había figurado poseer mientras había tratado con otros inferiores a él.

—Sería capaz de pasar aquí mi vida —me decía—, y entre estas montañas apenas echaría de menos Suiza y el Rin.

Pero descubrió que entre los placeres de la vida del viajero se encierran muchas pesadumbres. El viajero tiene siempre los sentimientos en tensión, y, cuando ha empezado a caer en el reposo, se ve obligado a dejar su lugar de descanso agradable en busca de algo nuevo, que también le llama la atención, y que también deberá abandonar por otras novedades.

Apenas acabábamos de visitar los diversos lagos de Cumberland y Westmoreland y habíamos cobrado afecto a algunos de sus habitantes cuando

se acercó la fecha en que habíamos quedado citados con nuestro amigo escocés, y los dejamos para seguir viaje. Yo, por mi parte, no lo lamenté. Ya llevaba cierto tiempo descuidando mi promesa, y temía las consecuencias del desengaño del demonio. Podía haberse quedado en Suiza, y descargar allí su venganza sobre mis familiares. Esta idea me acosaba y atormentaba en cada momento en que, de otro modo, podía haber disfrutado de descanso y paz. Esperaba sus cartas con impaciencia febril; si se retrasaban, me afligía y me dominaban mil temores; y cuando llegaban y veía el sobrescrito de mano de Elizabeth o de mi padre, apenas me atrevía a leerlas para conocer mi destino. A veces pensaba que el diablo me seguía y podía asesinar a mi compañero para meterme prisa. Cuando me poseían estos pensamientos, no dejaba a Henry ni por un instante y lo seguía como su sombra para protegerlo de la furia del que yo creía su enemigo. Tenía la impresión de haber cometido un gran delito, cuyos remordimientos me perseguían. Yo estaba libre de culpa, pero era cierto que me había echado encima una maldición horrible, tan mortal como la de un crimen.

Visité Edimburgo con languidez en los ojos y en la mente, y eso a pesar de que esa ciudad puede interesar al más desventurado de los seres. A Clerval no le gustó tanto como Oxford, pues le había agradado más la antigüedad de esta última urbe. Sin embargo, la belleza y regularidad de la ciudad nueva de Edimburgo, su castillo romántico y sus alrededores, los más deliciosos del mundo, el Trono de Artús, el Pozo de San Bernardo y los montes de Pentlandia, le compensaron del cambio y lo llenaron de alegría y admiración. Pero yo, por mi parte, esperaba con impaciencia llegar al final de mi viaje.

Salimos de Edimburgo al cabo de una semana y, pasando por Coupar y Saint Andrews y siguiendo el curso del Tay llegamos a Perth, donde nos esperaba nuestro amigo. Pero yo no estaba con ánimo de reírme y charlar con extraños, ni de compartir sus opiniones ni sus proyectos con el buen humor que se espera de un huésped. Así que, en consecuencia, le dije a Clerval que quería viajar yo solo por Escocia.

—Ve tú a divertirte —le dije—, y nos reuniremos aquí. Estaré ausente un mes o dos, quizá; pero te suplico que no te entrometas en mis movimientos:



déjame en paz y a solas una temporada breve, y espero volver con el corazón más ligero y más acorde con tu buen ánimo.

Henry quiso disuadirme; pero no insistió más viendo que yo estaba empeñado en mi plan. Me suplicó que le escribiera con frecuencia.

—Preferiría acompañarte en tus excursiones solitarias antes que estar con estos escoceses a quienes no conozco —me dijo—. Por lo tanto, date prisa en regresar, mi querido amigo, para que vuelva a sentirme en cierto modo como en casa, lo que me es imposible en tu ausencia.

Después de despedirme de mi amigo, decidí trasladarme a algún lugar remoto de Escocia para terminar mi trabajo en soledad. No dudaba que el monstruo me iba siguiendo y se presentaría a recoger a su compañera cuando hubiera terminado.

Con esta determinación, atravesé la parte norte de las tierras altas de Escocia y elegí como sede de mi labor una de las más remotas de las islas Orcadas. El lugar era conveniente para tal trabajo, pues era poco más que una roca de laderas escarpadas, azotadas constantemente por las olas. El terreno era pobre; apenas producía pasto para sustentar unas pocas vacas escuálidas y avena para las gachas de sus habitantes, que eran cinco personas, cuyos cuerpos flacos y demacrados eran la prueba patente de la pobreza de su alimentación. Las verduras y el pan, lujos que no siempre se podían permitir, y hasta el agua dulce tenían que traerse de tierra firme, que estaba a unas cinco millas.

En toda la isla no había más que tres chozas miserables, una de las cuales encontré desocupada y la arrendé. Sólo tenía dos estancias, con toda la sordidez de la penuria más miserable. El techo de paja se había hundido; las paredes no estaban enyesadas y la puerta estaba desvencijada. Lo mandé arreglar, compré algunos muebles y me instalé allí, cosa que sin duda habría sorprendido bastante a los campesinos del lugar si no hubieran tenido todos los sentidos embotados por la necesidad y la pobreza sórdida. De ese modo viví sin que me observaran ni molestaran, y sin que apenas me agradecieran los donativos de alimentos y ropa que les entregaba: tanto insensibilizan las penalidades a los hombres hasta para las sensaciones más bastas.



En aquel retiro dedicaba las mañanas al trabajo; pero al caer la tarde, cuando el tiempo lo permitía, caminaba por la playa de guijarros escuchando el fragor de las olas que rompían a mis pies. La vista, aunque monótona, estaba sujeta a cambios constantes. Pensé en Suiza, tan distinta de este paisaje desolado y espantoso. Sus colinas están cubiertas de viñas, y sus casitas, dispersas por las llanuras. En sus bellos lagos se refleja un cielo azul y benigno, y, cuando los agitan los vientos, su rumor es como el juego de un niño revoltoso, comparado con los rugidos del océano inmenso.

Así repartí mis ocupaciones desde mi llegada; pero al ir avanzando en mi labor, ésta me resultaba más horrible y penosa cada día. A veces no me decidía a entrar en mi laboratorio durante varios días seguidos; en otras ocasiones trabajaba día y noche para sacar adelante mi trabajo. El proceso que estaba llevando a cabo era verdaderamente inhumano. En mi primer experimento, una especie de entusiasmo frenético me había impedido advertir los horrores de mi actividad; tenía la mente fija en el fruto de mis trabajos y los ojos cerrados al horror de mis operaciones. Pero ahora las había emprendido a sangre fría, y el trabajo de mis manos solía despertar la repugnancia de mi corazón.

En tal situación, dedicado a la más detestable de las ocupaciones, inmerso en una soledad en la que nada podía distraerme por un instante del lugar mismo donde me afanaba, se me desequilibró el espíritu; me volví inquieto y nervioso. Temía encontrarme con mi perseguidor a cada instante. A veces me quedaba sentado con la mirada clavada en el suelo, sin osar levantarla por miedo a encontrarme con lo que tanto temía contemplar. No me atrevía a perder de vista a mis semejantes, por temor a que se presentara a exigirme a su compañera cuando me encontrara solo.

Mientras tanto, seguí trabajando, y mi labor ya estaba bastante avanzada. Esperaba su conclusión con esperanza trémula e impaciente, que no me atrevía a poner en duda, pero que venía entremezclada con oscuros presagios de mal que me helaban el corazón.





CAPÍTULO III

Una tarde estaba sentado en mi laboratorio; se había puesto el sol y empezaba a salir la luna sobre el mar; me faltaba luz para mi trabajo y había hecho una pausa, considerando si debía dejar la labor hasta el día siguiente o seguir sin descanso para apresurar su conclusión. Mientras estaba así sentado, me vinieron a la mente unas reflexiones que me llevaron a considerar las consecuencias de lo que estaba haciendo ahora. Tres años antes había estado ocupado del mismo modo y había creado un diablo cuya barbarie sin precedentes me había desolado el corazón y lo había llenado para siempre del más cruel de los remordimientos. Ahora estaba a punto de formar otra criatura femenina cuyas tendencias también ignoraba. Podía resultar diez mil veces más maligna que su compañero y complacerse en cometer asesinatos y atrocidades por pura crueldad. Él había jurado retirarse del trato de los hombres y ocultarse en regiones deshabitadas, pero ella no había hecho tal juramento. Y ella, que con toda probabilidad llegaría a ser un animal racional y pensante, podía negarse a cumplir un pacto establecido antes de su creación. Hasta podía suceder que se odiaran mutuamente. La criatura que ya vivía aborrecía su deformidad, ¿acaso no podía aborrecerla más todavía al presentársele a los ojos en forma femenina? O tal vez ella podía huir de él con asco, prefiriendo la belleza superior del hombre. Podía dejarlo, y él se encontraría solo y azuzado por la nueva provocación de verse abandonado por un ser de su propia especie.

Aunque se marcharan de Europa y vivieran en las regiones deshabitadas del Nuevo Mundo, una de las primeras consecuencias de esos afectos que ansiaba el demonio serían los hijos, y se propagaría por el mundo una raza de demonios que podía hacer precaria la existencia misma de la especie humana y llenarla de terrores. ¿Tenía yo derecho a infligir esta maldición perpetua en las generaciones futuras? Antes me había dejado conmover por los sofismas del ser que había creado; sus amenazas diabólicas me habían ofuscado; pero entonces caí por primera vez en la cuenta de que mi promesa había sido inicua. Me estremecía al pensar que los siglos futuros pudieran maldecirme como a un parásito que, en su egoísmo, no había dudado en comprarse la paz a costa de la existencia misma, quizá, de toda la raza humana.

Temblé, y el corazón se desmoronó dentro de mí, cuando, al levantar la vista, vi a la luz de la luna al demonio en la ventana. Al verme donde estaba, ocupado en la tarea que me había asignado, frunció los labios en una sonrisa horrible. Sí: me había seguido en mis viajes; había rondado por los bosques, se había escondido en cuevas o había buscado refugio en páramos amplios y desolados, y ahora venía a observar mis progresos y a reclamarme el cumplimiento de mi promesa.

Vi en su semblante una maldad y alevosía sin igual. Tuve la sensación de haber cometido una locura al prometerle crear otro ser semejante a él y, temblando de ira, hice pedazos el ser en el que trabajaba. El desgraciado me vio destruir la criatura en cuya existencia futura cifraba su felicidad y, soltando un aullido de desesperación y rencor diabólico, se retiró.

Salí de la estancia y, tras cerrar la puerta con llave, hice voto solemne para mis adentros de no reemprender jamás mis trabajos. Después me dirigí a mi aposento con pasos temblorosos. Estaba solo. No tenía cerca a nadie que me disipara la melancolía y me aliviara la opresión penosa de los ensueños más terribles.

Pasaron varias horas, y yo me quedé contemplando el mar desde mi ventana. Estaba casi inmóvil, pues habían amainado los vientos y toda la naturaleza reposaba bajo la mirada de la luna silenciosa. Las únicas manchas en la superficie del agua eran algunas barcas de pesca. De vez en cuando, la suave

brisa me traía el sonido de las voces de los pescadores, que hablaban a gritos entre sí. Sentí el silencio, aunque casi sin ser consciente de su enorme profundidad, hasta que me llegó de pronto a los oídos un chapoteo de remos junto a la orilla y los pasos de una persona que desembarcó cerca de mi casa.

Al poco rato oí crujir mi puerta como si alguien intentara abrirla sin hacer ruido. Temblé de pies a cabeza; presentí de quién se trataba y estuve tentado de despertar a uno de los habitantes del lugar, que vivía en una casita próxima a la mía; pero me dominó una sensación de impotencia como la que se suele sentir en las pesadillas en que intentamos en vano huir de un peligro que nos amenaza, y me quedé clavado en el sitio.

Oí a poco ruido de pasos por el pasillo. Se abrió la puerta y apareció el desgraciado que yo temía. Cerró la puerta, se acercó a mí y me dijo con voz ahogada:

—Has destruido la obra que comenzaste. ¿Qué te propones? ¿Osas quebrantar tu promesa? He soportado trabajos y penalidades; salí de Suiza contigo. Recorrí las orillas del Rin, sus islas cubiertas de sauces y las cumbres de sus colinas. He vivido muchos meses en los páramos de Inglaterra y en los baldíos de Escocia. He soportado fatigas, frío y hambre incalculables. ¿Osas destruir mis esperanzas?

—¡Vete! Sí, quebranto mi promesa. Jamás crearé a otro semejante a ti, igual en deformidad y maldad.

—Esclavo, hasta aquí había razonado contigo, pero has resultado indigno de mi condescendencia. Recuerda que tengo poder: te crees infeliz, pero puedo hacerte tan desgraciado que llegues a odiar hasta la luz del día. Tú eres mi creador, pero yo soy tu amo: iobedece!

—Ya pasó la época de mi debilidad, y se ha puesto punto final a tu poder. Tus amenazas no bastan para obligarme a cometer una iniquidad, sino que me confirman en la resolución de no crearte una compañera de maldades. ¿Acaso voy a soltar en el mundo, a sangre fría, un demonio que se complace en sembrar la muerte y la desolación? ¡Vete! Seré inflexible, y tus palabras no servirán más que para enfurecerme.

El monstruo leyó en mi rostro mi determinación y apretó los dientes con ira impotente.



—¿He de quedarme solo, entonces, cuando todo hombre puede encontrar una esposa, y cada animal su compañera? Tuve sentimientos de afecto, y me los pagaron con aborrecimiento y desprecio. Puedes odiarme, hombre, pero ¡cuidado! Tus horas pasarán en temor y sufrimiento, y pronto ha de descargar la centella que te despojará para siempre de tu felicidad. ¿Tú, feliz, mientras yo me revuelco en la intensidad de mi desventura? Podrás frustrar todas mis demás pasiones, pero me quedará la venganza: ¡la venganza, que desde ahora ha de ser para mí más preciosa que la luz o el alimento! Moriré; pero no antes de que tú, mi tirano y mi verdugo, maldigas el sol que contempla tu desdicha. ¡Ten cuidado, pues yo no temo a nada, y por eso soy poderoso! Te vigilaré con astucia de serpiente para poder morderte con mi veneno. ¡Te arrepentirás de los ultrajes que me has infligido!

—Calla, demonio; deja de envenenar el aire con los sonidos de tu malicia. Ya te he expresado mi resolución, y no soy tan cobarde que me vaya a plegar a tus palabras. Déjame; soy inmovible.

—Está bien. Me voy; pero, recuerda: estaré contigo en tu noche de bodas. Salté hacia él, exclamando:

—¡Villano! Antes de firmar mi sentencia de muerte, procura asegurarte de estar a salvo tú mismo.

Quise atraparlo, pero me esquivó y salió de la casa con precipitación; a los pocos momentos lo vi a bordo de su barca, que surcó las aguas como una flecha y no tardó en perderse entre las olas.

Todo volvió a quedar en silencio; pero sus palabras me resonaban en los oídos. Sentía una ira ardiente que me impulsaba a perseguir al asesino de mi paz y hundirlo en el mar. Daba vueltas por mi habitación a paso vivo, perturbado, mientras mi imaginación evocaba mil imágenes que me atormentaban y espoleaban. ¿Por qué no lo había seguido para entablar una lucha a muerte con él? Pero ya le había dejado partir, y se había dirigido hacia la tierra firme. Me estremecí al pensar quién podía ser la próxima víctima de su venganza insaciable. Y recordé entonces sus palabras: «Estaré contigo en tu noche de bodas». Aquel era, pues, el tiempo designado para que se cumpliera mi destino. Yo había de morir en esa hora, satisfaciendo

su maldad y apagándola al mismo tiempo. La perspectiva no me daba miedo; pero cuando pensaba en mi amada Elizabeth, en sus lágrimas y su pena infinita cuando viera arrancado de su lado a su amante de un modo tan brutal... Entonces me brotaron de los ojos las lágrimas, las primeras que vertía desde hacía muchos meses, y me resolví a no caer ante mi enemigo sin una lucha feroz.

Pasó la noche y asomó del mar el sol; mis sentimientos se tranquilizaron, si se puede llamar tranquilidad al estado que se alcanza cuando la violencia de la ira se hunde en las profundidades de la desesperación. Salí de la casa, escenario horrible del enfrentamiento de la noche anterior, y caminé por la orilla del mar, al que casi había considerado una barrera infranqueable entre mis semejantes y yo; más aún, sentí el deseo de que pudiera serlo de verdad. Habría querido pasar el resto de mi vida en aquella roca desnuda; penosamente, sí, pero sin sufrir ningún disgusto repentino. Si regresaba, sería para servir de víctima o para ver morir a mis seres más queridos en las garras de un demonio que yo mismo había creado.

Caminé por la isla hecho un espectro inquieto, separado de todo lo que me era querido y sufriendo por tal separación. A mediodía, cuando ascendió más el sol, me tendí en la hierba y me venció un sueño profundo. Había pasado en vela toda la noche anterior, con los nervios agitados y los ojos inflamados por la falta de sueño y la tristeza. El rato que dormí me reconfortó, y cuando me desperté, volví a sentirme miembro de una raza de seres humanos semejantes a mí mismo, y empecé a reflexionar sobre lo sucedido con mayor ponderación; pero las palabras del diablo seguían resonándome en los oídos como el tañido de una campana que toca a muerto; me parecían un sueño, aunque eran tan nítidas y opresivas como una realidad.

El sol había descendido mucho, y yo seguía sentado junto a la orilla del mar, saciando con una torta de avena mi apetito voraz, cuando vi que tomaba tierra una barca de pesca cerca de donde yo estaba, y uno de sus tripulantes me trajo un paquete. Contenía cartas de Ginebra, y una de Clerval, en la que me suplicaba que me reuniera con él. Decía que ya había transcurrido casi un año desde nuestra salida de Suiza, y todavía nos faltaba por visitar Francia. Me suplicaba, por lo tanto, que dejara mi isla solitaria y me

reuniera con él en una semana en Perth, donde podríamos trazar el plan de nuestros viajes posteriores. Esta carta me devolvió a la vida hasta cierto punto, y decidí marcharme de mi isla en un plazo de dos días.

Pero antes de partir tenía que llevar a cabo una tarea que me hacía estremecerme sólo de pensar en ella: debía empaquetar mis aparatos de química, y para ello era preciso que entrara en la habitación donde había realizado mi labor odiosa. Tendría que manejar aquellos utensilios cuya sola visión me ponía enfermo. Con la primera luz de la mañana siguiente, hice el acopio de valor necesario y descorrí el cerrojo de la puerta de mi laboratorio. Los restos de la criatura semiformada que había destruido estaban dispersos por el suelo, y casi tuve la impresión de haber destrozado la carne viva de un ser humano. Hice una pausa para recuperarme y entré en la cámara. Saqué de la estancia los instrumentos con manos temblorosas; pero pensé después que no debía dejar allí los restos de mi trabajo, que despertarían el espanto y las sospechas de los lugareños. En consecuencia, los metí en una cesta a la que añadí gran cantidad de piedras, dejándola dispuesta para arrojarla al mar aquella misma noche. Mientras llegaba el momento, me senté en la playa a limpiar y ordenar mis aparatos de química.

El cambio que se había producido en mis sentimientos desde la noche de la aparición del demonio no podía ser más absoluto. Hasta entonces, había considerado mi promesa con desesperación melancólica, como algo que debía cumplirse sin reparar en las consecuencias; pero ahora era como si me hubieran retirado una película de los ojos y hubiera empezado a ver con claridad por primera vez. No se me ocurrió ni por un instante la idea de reemprender mis trabajos; me pesaba la amenaza que había oído, pero no me consideraba capaz de evitarla con un acto voluntario por mi parte. Me había convencido a mí mismo de que crear otro diablo semejante al primero que había formado sería el más bajo y atroz de los egoísmos, y desterré de mi mente todo pensamiento que pudiera llevarme a una conclusión diferente.

Entre las dos y las tres de la madrugada, al salir la luna, llevé mi cesta a bordo de una barquita y me alejé hasta unas cuatro millas de la orilla. La soledad era absoluta: algunas barcas volvían hacia tierra, pero me

aparté de ellas. Tenía la impresión de estar a punto de cometer un crimen espantoso, y evité con estremecimientos de angustia cualquier encuentro con mis semejantes. Una nube espesa ocultó de pronto la luna, que había estado despejada hasta entonces, y, aprovechando el momento de oscuridad, arrojé mi cesta al mar. Escuché los borboteos del agua al hundirse, y me alejé después del lugar. El cielo se había nublado; aunque el aire estaba límpido, mas helado por la brisa del nordeste que se había levantado por entonces. Pero me refrescó, y me llenó de sensaciones tan agradables que resolví quedarme más tiempo en el mar; y, tras dejar fija y centrada la caña del timón, me tendí en el fondo de la barca. La luna estaba oculta por las nubes, todo estaba oscuro y sólo oía el rumor de la quilla al hendir las olas. El murmullo me arrulló y al poco rato me quedé dormido profundamente.

No sé cuánto tiempo pasé en esta situación; pero al despertarme vi que el sol había ascendido bastante. Hacía un viento fuerte, y las olas amenazaban constantemente mi barquilla. Advertí que el viento era del nordeste, y que debía de haberme apartado mucho de la costa donde me había embarcado. Intenté variar el rumbo, pero descubrí enseguida que cualquier nuevo intento en ese sentido no serviría más que para inundar la barca. En tal situación, mi único recurso era dejarme llevar por el viento. Reconozco que pasé momentos de terror. No llevaba brújula, y conocía tan mal la geografía de esa parte del mundo que el sol me servía de poco. O bien podía arrastrarme el viento al ancho Atlántico, donde sufriría todos los suplicios del hambre, o bien podía sumirme en las aguas inmensas que rugían a mi alrededor y me azotaban. Ya llevaba muchas horas embarcado y padecía el tormento de la sed abrasadora, preludio de los demás sufrimientos que me esperaban. Levanté la vista al cielo, cubierto de nubes que corrían arrasadas por el viento para dejar lugar a otras. Contemplé el mar que había de ser mi tumba. «¡Diablo, ya está cumplida tu tarea!», exclamé. Pensé en Elizabeth, en mi padre y en Clerval, y me hundí en unos delirios tan espantosos y desesperados que aun hoy, cuando está a punto de acabar todo para mí para siempre, me estremezco al recordarlos.

Pasaron así varias horas; pero al ir cayendo el sol hacia el horizonte fue abatiendo paulatinamente el viento hasta quedar una brisa suave, y el mar

quedó libre de olas. Éstas, no obstante, dejaron paso a una fuerte corriente. Yo estaba mareado y apenas tenía fuerzas para sujetar el timón cuando vi de pronto una línea de cumbres hacia el sur.

Casi exhausto como estaba por la fatiga y la incertidumbre que había sufrido durante varias horas, aquella certeza repentina de que salvaría la vida me invadió el corazón como una oleada de alegría cálida y me brotaron las lágrimas de los ojos.

¡Qué mutables son nuestros sentimientos, y qué extraño es nuestro apego a la vida hasta en las mayores desgracias! Improvisé otra vela con parte de mi ropa y guíe la barca con todo empeño hacia la tierra. Tenía un aspecto áspero y montañoso; pero al irme acercando percibí sin dificultad señales de cultivos. Vi embarcaciones cerca de la costa y me encontré de pronto en las proximidades del hombre civilizado. Observé con atención los accidentes del terreno, hasta que atisé por fin la aguja de una iglesia que vi asomar tras un pequeño promontorio. Como me encontraba en un estado de debilidad extrema, opté por navegar directamente hacia la población, que era el lugar donde más fácil me sería encontrar alimentos. Por fortuna, llevaba dinero. Cuando doblé el promontorio, vi un pueblo pequeño y hermoso con un buen puerto, en el que entré con el corazón alborozado por haberme salvado cuando no lo esperaba.

Mientras me ocupaba en amarrar la barca y arriar las velas, acudieron hacia mí varias personas. Parecían muy sorprendidas por mi aparición; pero en vez de ofrecerse a ayudarme en algo, susurraban entre sí haciendo gestos que en cualquier otra circunstancia podrían haberme alarmado un poco. Entonces me limité a advertir que hablaban en inglés, y, por lo tanto, me dirigí a ellos en esa lengua.

—Amigos míos —les dije—, ¿tendrán ustedes la bondad de decirme el nombre de este pueblo e informarme de dónde estoy?

—No tardará en enterarse —me respondió un hombre con brusquedad—. Puede que el sitio al que ha llegado no le guste mucho; aunque le darán alojamiento sin preguntarle cuál prefiere, eso se lo aseguro.

Me sorprendió en extremo recibir una respuesta tan grosera de un desconocido, y también me desconcertaron los gestos hoscos y airados de sus compañeros.



—¿Por qué me responde usted con tanta rudeza? —repliqué—. Estoy seguro de que los ingleses no acostumbran a recibir a los extranjeros con tan poca hospitalidad.

—No sé cuál será la costumbre de los ingleses —dijo el hombre—; pero los irlandeses acostumbramos a odiar a los bellacos.

Advertí que la multitud crecía rápidamente mientras tenía lugar este diálogo extraño. Los rostros expresaban una mezcla de curiosidad e ira que me molestó, y me alarmó hasta cierto punto. Pregunté dónde estaba la posada, pero nadie me respondió. Me puse a andar entonces, y surgió un murmullo de entre la multitud, que me seguía y me rodeaba; hasta que un hombre de mala catadura se acercó a mí, me dio un golpecito en el hombro y dijo:

—Venga usted, caballero; debe acompañarme a casa del señor Kirwin a prestar declaración.

—¿Quién es el señor Kirwin? ¿Por qué debo prestar declaración? ¿No es éste un país libre?

—Sí, señor, muy libre para la gente honrada. El señor Kirwin es un magistrado, y usted debe prestar declaración sobre la muerte de un caballero a quien encontraron asesinado aquí anoche.

Esa respuesta me sobresaltó; pero me recuperé enseguida. Yo era inocente y podía demostrarlo con facilidad. Seguí, por lo tanto, en silencio a mi guía, que me condujo a una de las casas mejores del pueblo. Estaba a punto de desmayarme de hambre y cansancio; pero, al verme rodeado por una multitud, me pareció recomendable hacer acopio de todas mis fuerzas, para no dar ninguna señal de debilidad física que pudiera interpretarse como indicio de aprensión o culpabilidad consciente. Poco esperaba yo entonces la calamidad que me abrumaría algunos instantes más tarde, apagando con el horror y la desesperación todos mis temores a la deshonra o la muerte.

Debo hacer aquí una pausa, pues necesito toda mi fortaleza para evocar con detalle los hechos espantosos que voy a relatar.



CAPÍTULO IV

Me hicieron pasar al poco rato a presencia del magistrado, hombre anciano y benévolo, de modales apacibles y tranquilos. Me recibió, no obstante, con alguna severidad; y dirigiéndose a los que me acompañaban, preguntó quién se presentaba como testigo.

Se adelantaron como media docena de hombres, y el magistrado eligió a uno. Éste declaró que la noche anterior había salido a pescar con su hijo y su cuñado, Daniel Nugent, y a eso de las diez habían observado que se levantaba un vendaval fuerte del norte, en vista de lo cual habían vuelto a tierra. Hacía una noche muy oscura, pues no había salido aún la luna. No desembarcaron en el puerto, sino en una cala que estaba cosa de dos millas más abajo, como tenían por costumbre. Él iba el primero, llevando una parte de los aparejos de pesca, y sus compañeros lo seguían a cierta distancia. Cuando caminaba por la arena, golpeó algo con el pie y cayó a tierra cuan largo era. Sus compañeros llegaron a ayudarlo y, a la luz de su linterna, descubrieron que había caído sobre el cuerpo de un hombre, muerto según todos los indicios. Lo primero que supusieron fue que se trataría del cadáver de algún ahogado, arrojado a la playa por las olas; pero al examinarlo encontraron que no tenía mojada la ropa, y que el cuerpo ni siquiera estaba frío todavía. Lo trasladaron al instante a la casita de una anciana que vivía allí cerca e intentaron reanimarlo, aunque en vano. Parecía tratarse de un joven apuesto, de unos veinticinco años de

edad. Lo habían estrangulado, al parecer, pues no tenía más señales de violencia que unas huellas negras de dedos en la garganta.

La primera parte de esta declaración no me interesó en absoluto; pero cuando se mencionó la huella de los dedos, recordé el asesinato de mi hermano y sentí una agitación extrema. Me temblaron los miembros y se me nubló la vista de tal modo que tuve que apoyarme en una silla. El magistrado me observaba con atención, y mi conducta debió de llevarlo a tomar conclusiones desfavorables para mí, sin duda alguna.

El hijo confirmó la declaración de su padre; pero cuando se llamó a declarar a Daniel Nugent, éste juró con firmeza que, poco antes de la caída de su compañero, había visto a poca distancia de la orilla una barca, con un solo hombre a bordo. En la medida en que podía juzgarlo a la luz de unas pocas estrellas, era la misma de la que acababa de desembarcar yo.

Una mujer declaró que vivía cerca de la orilla y que, una hora antes de que se encontrara el cuerpo, estaba de pie ante la puerta de su casita, esperando el regreso de los pescadores, y había visto una barca hacerse a la mar con sólo un hombre a bordo desde la parte de la playa donde se había encontrado más tarde el cadáver.

Otra mujer confirmó que los pescadores habían llevado el cuerpo a su casa y que no estaba frío. Lo habían metido en una cama y le habían dado friegas. Daniel había ido al pueblo a llamar a un boticario; pero ya estaba sin vida.

Se interrogó a varios hombres más acerca de mi desembarco, y todos coincidieron en que, con el fuerte viento del norte que se había levantado por la noche, era muy probable que hubiera pasado muchas horas al paio y me hubiera visto obligado a regresar casi al mismo punto de partida. Observaron, además, que yo había traído el cuerpo desde otro lugar, al parecer, y que, como tampoco parecía que conociera la costa, era probable que hubiera arribado a puerto sin ser consciente de la distancia a que estaba éste del lugar donde había dejado el cadáver.

Al oír estas declaraciones, el señor Kirwin mandó que me hicieran pasar a la sala donde estaba expuesto el cadáver, para observar mis reacciones al verlo. Esta idea se le ocurrió, seguramente, al notar mi agitación

extrema cuando se describió el modo en que se había cometido el asesinato. En consecuencia, el magistrado y otras personas me acompañaron a la posada. No pude dejar de reparar en las coincidencias extrañas que se habían dado aquella noche tan accidentada; pero, sabiendo que hacia la hora en que se había encontrado el cadáver yo conversando con varias personas de la isla donde residía, no temía en absoluto ninguna consecuencia adversa del caso.

Entré en la estancia donde yacía el cadáver y me llevaron hasta el ataúd. ¿Cómo describir lo que sentí al contemplarlo? Todavía me siento destrozado por el horror, y no puedo rememorar aquel momento terrible sin un estremecimiento y un pesar que me recuerda levemente la angustia del reconocimiento. El interrogatorio, la presencia del magistrado y los testigos se me esfumaron de la memoria como un sueño, cuando vi tendido ante mí el cuerpo sin vida de Henry Clerval. Me faltó el aliento y, arrojándome sobre el cadáver, exclamé:

—¿También te han despojado a ti de la vida mis maquinaciones asesinas, querido Henry? Ya había destruido a dos. Otras víctimas esperan su destino. Pero tú, Clerval, mi amigo, mi bienhechor...

Mis sufrimientos atroces eran excesivos para un cuerpo humano, y me tuvieron que sacar de la sala con fuertes convulsiones. Después sufrí unas fiebres. Pasé dos meses en cama, al borde de la muerte; según me contaron más tarde, mis delirios eran espantosos; me llamaba a mí mismo asesino de William, de Justine y de Clerval. A veces les suplicaba a los que me rodeaban que me ayudaran a destruir al diablo que me atormentaba; en otras ocasiones sentía ya en la garganta los dedos del monstruo y soltaba fuertes alaridos de angustia y terror. Por fortuna, hablaba en mi lengua materna y sólo me entendía el señor Kirwin; pero mis gestos y gritos lastimeros bastaban para asustar a los demás testigos.

¿Por qué no me habré muerto? ¿Por qué, siendo el más desgraciado de los hombres que existían y habían existido, no me hundí en el olvido y el descanso? La muerte se lleva a muchos niños lozanos, el único contento de sus padres que los adoran. ¿Cuántas novias y cuántos jóvenes amantes han sido un día la flor de la salud y la esperanza, y al siguiente eran pasto

de gusanos y de la corrupción de la tumba? ¿De qué madera estaba hecho yo para aguantar así tantos disgustos, que renovaban mis tormentos como cuando se hace girar la rueda del potro de tortura?

Pero estaba condenado a vivir, y a los dos meses me encontré, como si despertara de un sueño, en un calabozo, tendido en un mísero camastro, rodeado de guardias, carceleros, cerrojos y todos los tristes accesorios de una cárcel. Recuerdo que fue una mañana cuando me desperté de este modo, recobrando el entendimiento. Se me habían olvidado los detalles de lo sucedido y sólo tenía la impresión de que me había aplastado de pronto una gran desventura; pero cuando miré a mi alrededor y vi los barrotes de las ventanas y la miseria del cuarto en que estaba, me volvió todo a la memoria y solté un amargo quejido.

El ruido despertó a una vieja que dormía en una silla cerca de mí. Era una enfermera contratada, esposa de uno de los carceleros, y se leían en su semblante todos los defectos que suelen caracterizar a las de su oficio. Las líneas de su rostro eran duras y brutales, de persona acostumbrada a ver desgracias sin compadecerse de ellas. Su tono de voz expresaba su indiferencia absoluta. Me habló en inglés, y creí reconocer la voz por haberla oído durante mis padecimientos.

—¿Está usted mejor, señor? —me preguntó.

Le respondí en la misma lengua, con voz débil:

—Creo que sí; pero si todo es verdad, si no lo he soñado, en efecto, lamento seguir vivo para sentir tanta desgracia y horror.

—Si lo dice usted por el caballero al que asesinó —replicó la vieja—, yo también creo que más le valdría estar muerto, pues me figuro que no saldrá bien parado y lo ahorcarán cuando se celebren las próximas sesiones del tribunal. Pero no es asunto mío. Me han encargado que lo cuide y lo cure. Cumpló mi deber con la conciencia tranquila. Ojalá hiciera otro tanto todo el mundo.

Me aparté con aborrecimiento de aquella mujer, capaz de hablarle con tal brutalidad a una persona que se acababa de salvar, tras estar al borde mismo de la muerte; pero me sentía postrado e incapaz de reflexionar sobre todo lo sucedido. Toda la historia de mi vida me parecía un sueño;

a veces llegaba a dudar de que fuera verdadera, pues no se me presentaba jamás a la mente con la fuerza de la realidad.

Al irse aclarando las imágenes que flotaban ante mí, me puse febril; me acosaba la oscuridad; no tenía cerca a nadie que me calmara con voz delicada de amor; ninguna mano querida me sustentaba. El médico acudía y me recetaba medicinas, y la vieja me las administraba; pero la despreocupación absoluta del primero saltaba a la vista, y en el rostro de la segunda estaba bien marcada la expresión de brutalidad. ¿A quién podía interesarle la suerte que corriera un asesino, si no era al verdugo que esperaba ganar su jornal?

Éstas fueron mis primeras reflexiones; pero al poco tiempo me enteré de que el señor Kirwin me había tratado con enorme bondad. Había ordenado que me prepararan la mejor estancia de la cárcel (bien miserable, con ser la mejor), y había sido él quien había contratado al médico y a la enfermera. Ciertó, rara vez venía a verme; pues, aunque deseaba fervorosamente aliviar los sufrimientos de cualquier ser humano, no quería presenciar los padecimientos y los delirios miserables de un asesino. Venía a verme a veces, por lo tanto, para asegurarse de que estaba bien atendido; pero sus visitas eran breves e infrecuentes.

Ciertó día, cuando ya me iba recuperando poco a poco, estaba sentado en una silla con los ojos entrecerrados y las mejillas lívidas como las de un difunto, abrumado por la melancolía y la tristeza, y reflexionando con frecuencia que más me valía buscar la muerte que estar encerrado miserablemente, para que me soltaran después en un mundo repleto de desgracias. Llegué a pensar si no debería declararme culpable y sufrir el castigo que marcaba la ley, siendo, como era, menos inocente que lo había sido la pobre Justine. Ésos eran mis pensamientos cuando se abrió la puerta de mi calabozo y entró el señor Kirwin. Su semblante expresaba simpatía y compasión; se sentó en una silla que puso junto a la mía y me dijo en francés:

—Me temo que este lugar es incomodísimo para usted. ¿Puedo hacer alguna cosa para aliviar su situación?

—Se lo agradezco; pero lo que dice no tiene importancia para mí. No hay consuelo en todo el mundo que pueda mitigar mis penas.

—Sé bien que la compasión de un desconocido no puede servir de mucho al que está tan abatido como usted por una desventura tan extraña. Pero tengo la esperanza de que no tardará usted en salir de esta triste morada; pues, sin duda, podrán encontrarse con facilidad pruebas que lo exculparán de la acusación criminal.

—Eso es lo que menos me preocupa. Una serie de hechos extraños me han convertido en el más desgraciado de los mortales. ¿Qué mal puede hacerme la muerte, perseguido y torturado como estoy y he estado?

—Nada más infortunado y terrible, en efecto, que los acontecimientos extraños que se han producido últimamente. Un accidente insólito lo arrojó a usted a estas costas, célebres por su hospitalidad. Se encontró preso al instante y acusado de un asesinato. El primer espectáculo que se ofreció a sus ojos fue el cadáver de su amigo, asesinado de modo tan inexplicable, y que un demonio, por así decirlo, había dejado por donde iba a pasar usted.

Al decir esto el señor Kirwin, y a pesar de la agitación que me producía este recuerdo de mis penalidades, me quedé también bastante sorprendido por lo bien enterado que parecía estar de mis asuntos. Supongo que manifesté algún asombro en el semblante, pues el señor Kirwin se apresuró a añadir:

—Sólo uno o dos días después de que cayera usted enfermo se me ocurrió registrarle la ropa, en busca de algún indicio que me permitiera dar aviso a sus parientes de su desventura y enfermedad. Encontré varias cartas; entre ellas, una que, a juzgar por su encabezamiento, comprendí que era del padre de usted. Escribí a Ginebra al instante. Ya hace dos meses que salió mi carta... Pero está usted enfermo; tiembla ahora mismo: no está en condiciones de sufrir ningún sobresalto.

—Esta incertidumbre es mil veces peor que el acontecimiento más horrible: dígame usted cuál es el nuevo drama mortal, y qué asesinato tengo que lamentar ahora.

—Su familia está perfectamente —dijo el señor Kirwin con suavidad—, y ha venido a visitarlo alguien, un amigo suyo.

No sé por qué proceso me vino la idea a la cabeza, pero el caso fue que se me ocurrió al instante que el asesino había venido para burlarse de mi

desgracia y azuzarme con la muerte de Clerval, como nuevo incentivo para hacerme cumplir sus deseos infernales. Me cubrí los ojos con la mano y exclamé con angustia:

—¡Oh! ¡Llévenselo! No puedo verlo; ¡que no entre aquí, por Dios!

El señor Kirwin me miró con gesto de preocupación. No pudo por menos que considerar mi exclamación como un indicio de mi culpabilidad, y dijo, con tono bastante severo:

—Yo había creído, joven, que la presencia de su padre le agradaría, en lugar de inspirarle una repugnancia tan violenta.

—¡Mi padre! —exclamé, mientras se me relajaban todos los rasgos y músculos, pasando de la angustia al placer—. ¿Ha venido mi padre, en efecto? Qué bondad, cuánta bondad. Pero ¿dónde está? ¿Por qué no corre a mi lado?

Mi cambio de tono sorprendió y agradó al magistrado; creyendo, quizá, que mi primera exclamación había sido una recaída momentánea en mi delirio, recuperó enseguida su benevolencia anterior. Se levantó y salió de la estancia con mi enfermera, y entró mi padre al cabo de un momento.

Nada podía haberme producido mayor placer en aquel momento que la llegada de mi padre. Le tendí la mano, exclamando:

—¿Estás a salvo, entonces? ¿Y Elizabeth? ¿Y Ernest?

Mi padre me tranquilizó, asegurándome que todos estaban bien, y se puso a hablar de aquellas personas tan queridas para mí procurando levantarme con ello el ánimo decaído; pero no tardó en notar que la alegría no tiene cabida en una cárcel.

—¡Qué alojamiento el tuyo, hijo mío! —dijo, mirando con tristeza las ventanas con barrotes y el aspecto miserable de la habitación—. Saliste de viaje en busca de felicidad, pero parece que una fatalidad te persigue. Y el pobre Clerval...

El nombre de mi desventurado amigo asesinado me produjo una agitación excesiva para mi estado de debilidad, y derramé lágrimas.

—¡Ay! Sí, padre mío —respondí—; pende sobre mí un sino de los más horribles, y si no me quedé muerto sobre el ataúd de Henry debe de ser porque debo vivir para cumplirlo.

No nos permitieron conversar mucho rato, pues mi precario estado de salud exigía tomar todas las precauciones para que mantuviera la calma. El señor Kirwin entró e insistió en que no me esforzara demasiado y conservara las fuerzas. Pero mi padre había aparecido como un ángel custodio, y fui recuperando la salud.

Cuando superé la enfermedad, me invadió una melancolía negra y lúgubre que no se disipaba con nada. Tenía constantemente ante mí la imagen espantosa de Clerval asesinado. La agitación que me producían estas reflexiones hizo temer más de una vez a mis acompañantes que sufriera una recaída peligrosa. ¡Ay! ¿Por qué salvaron una vida tan desgraciada y odiada? Sería, sin duda, para que pudiera cumplir mi destino, que ya llega a su término. La muerte extinguirá estas congojas pronto, ¡ah!, muy pronto, y me quitará de encima el peso inmenso de la angustia que me hunde en el polvo; y yo también descansaré cuando se haya hecho justicia. En aquellos momentos, la muerte parecía lejana, aunque yo siempre tenía presente en mis pensamientos su deseo; y solía pasarme horas enteras sentado inmóvil y sin habla, esperando algún cataclismo inmenso que nos enterrara a mi destructor y a mí entre sus ruinas.

Se iba a abrir la temporada de sesiones judiciales. Llevaba ya tres meses en la cárcel y, aunque seguía débil y en constante peligro de sufrir una recaída, tuve que hacer un viaje de casi cien millas hasta la capital del condado, donde se reuniría el tribunal. El señor Kirwin se ocupó en persona de todas las gestiones necesarias para hacer acudir a los testigos y preparar mi defensa. No tuve que sufrir la deshonra de aparecer en público como reo, pues el caso no llegó al tribunal que decide sobre la vida y la muerte. El gran jurado rechazó la acusación al quedar demostrado que yo estaba en las islas Orcadas en el momento en que se había encontrado el cadáver de mi amigo; y a los quince días del traslado me dejaron en libertad.

Mi padre se quedó contentísimo al verme libre del disgusto de una acusación criminal, con derecho a respirar de nuevo en plena libertad y a regresar a mi patria. Yo no compartía sus sentimientos, pues a mí las paredes de un palacio me resultaban tan odiosas como las de una cárcel. La vida se me había emponzoñado para siempre, y aunque luciera para mí el sol, como

luz para los alegres y contentos, no veía a mi alrededor más que una oscuridad densa y temible, donde no entraba más luz que el centelleo de dos ojos que me miraban con fijeza. Unas veces eran los ojos expresivos de Henry que languidecían en la muerte, cubiertos casi por entero por los párpados y sus largas pestañas negras; otras veces eran los ojos turbios y acuosos del monstruo, tal como los había visto por primera vez en mi aposento de Ingolstadt.

Mi padre intentó despertar mis sentimientos de afecto. Me hablaba de Ginebra, donde no tardaría en llegar; de Elizabeth y Ernest; pero sus palabras no me provocaban más que suspiros profundos. A veces sentía el deseo de ser feliz y pensaba con agrado melancólico en mi amada prima; o deseaba, con nostalgia anhelante, volver a ver el lago azul y el curso veloz del Ródano, tan queridos para mí desde la infancia; pero, en general, me encontraba en una apatía en la que me era indiferente estar en una cárcel o en el paisaje más divino de la naturaleza; y no solía salir de este estado salvo cuando tenía arrebatos de angustia y desesperación. En aquellos momentos solía intentar poner fin a la existencia que aborrecía; y tuvieron que vigilarme constantemente para impedir que cometiera algún acto de violencia terrible.

Recuerdo que, al salir de la cárcel, oí decir a uno de los carceleros: «Puede que sea inocente del asesinato, pero es seguro que tiene un peso en la conciencia». Aquellas palabras me impresionaron. ¡Un peso en la conciencia! Sí, era verdad que lo tenía. William, Justine y Clerval habían muerto a causa de mis maquinaciones infernales. «¿Y quién ha de morir para culminar la tragedia? —exclamaba yo—. ¡Ah! Padre mío, no nos quedemos en este país miserable; llévame donde pueda olvidarme de mí mismo, de mi existencia y de todo el mundo.»

Mi padre accedió de muy buena gana a lo que le pedía y, tras despedirse del señor Kirwin, nos fuimos enseguida a Dublín. Me sentí como si me hubieran quitado un gran peso de encima cuando el barco correo zarpó con viento en popa de Irlanda, y partí para siempre del país donde había sufrido tantas desgracias.

Era la medianoche. Mi padre dormía en el camarote y yo estaba tendido en cubierta, mirando las estrellas y escuchando el chapoteo de las

olas. Celebré que la oscuridad me quitara de la vista a Irlanda, y el corazón me latió con alegría febril cuando pensé que pronto vería Ginebra. El pasado se me antojaba un mal sueño, aunque el buque en el que iba, el viento que me alejaba de las costas odiadas de Irlanda y el mar que me rodeaba me decían con harta claridad que no me engañaba ninguna visión y que Clerval, mi amigo y compañero más querido, había sucumbido víctima de mí mismo y del monstruo que había creado. Hice memoria de mi vida entera: mi felicidad tranquila mientras vivía en Ginebra con mi familia; la muerte de mi madre, y mi partida para Ingolstadt. Me estremecí al recordar el entusiasmo enloquecido que me movió a crear a mi enemigo horrendo, y me vino a la mente la noche en que empezó a vivir. No pude seguir con estos recuerdos; me acorralaban mil sentimientos y rompí a llorar con amargura.

Tenía la costumbre, desde que me había recuperado de la fiebre, de tomar cada noche una pequeña dosis de láudano, pues sólo esta droga me permitía conciliar el sueño necesario para conservar la vida. Oprimido por el recuerdo de mis múltiples desventuras, me tomé entonces una dosis doble y caí dormido profundamente al poco rato. Pero con el sueño no descansé de mis inquietudes y desgracias. Soñé con mil cosas que me aterrizaraban. Hacia la madrugada tuve una especie de pesadilla. Sentía los dedos del diablo en mi garganta y no podía librarme de él; oía gritos y quejidos. Mi padre, que velaba a mi lado, advirtió mi inquietud, me despertó y me señaló el puerto de Holyhead, adonde estábamos entrando.



CAPÍTULO V

Habíamos decidido no pasar por Londres, sino atravesar el país hasta Portsmouth, donde nos embarcaríamos para El Havre. Yo prefería este plan, sobre todo porque temía volver a ver aquellos lugares donde había gozado de algunos momentos de tranquilidad con mi amigo Clerval. Me horrorizaba la idea de ver de nuevo a las personas a quienes habíamos visitado juntos y que podrían preguntarme por un suceso cuyo recuerdo mismo me renovaba la congoja que había sufrido al contemplar su cuerpo sin vida en la casa del señor Kirwin.

En cuanto a mi padre, todas sus miras y esfuerzos iban encaminados a hacerme recuperar la salud y la paz de espíritu. Sus atenciones y ternura eran incansables; mi pesadumbre y melancolía, pertinaces; pero él no desesperaba. A veces me creía muy mortificado por la deshonra de haber tenido que defenderme de una acusación de asesinato, e intentó hacerme ver cuán vano es el orgullo.

—¡Ay, padre mío, qué poco me conoces! —le dije—. Muy degradados tendrían que estar los seres humanos, sus sentimientos y pasiones, para que un desgraciado como yo sintiera orgullo. Justine, la pobre desventurada de Justine, era tan inocente como yo, y fue víctima de la misma acusación; murió por ello; y yo soy el causante de esto: yo la asesiné. William, Justine y Henry: todos murieron a mis manos.

Mi padre me había oído afirmar esto mismo muchas veces durante mi cautiverio. Cuando me acusaba a mí mismo de este modo, unas veces parecía dispuesto a pedirme una explicación, y otras lo achacaba, al parecer, a mis delirios, y a que se me hubiera ofrecido a la imaginación alguna idea semejante durante mi enfermedad, cuyo recuerdo mantenía durante mi convalecencia. Evité explicarle nada y guardé un silencio constante acerca del desgraciado que había creado. Me parecía que me tomarían por loco, y esto me obligaba siempre a sellar los labios, aun cuando hubiera dado cualquier cosa por compartir el secreto fatal.

Mi padre dijo esta vez, con expresión de asombro sin límites:

—¿Qué quieres decir, Víctor? ¿Estás loco? Hijo querido, te suplico que no vuelvas a decir tal cosa jamás.

—No estoy loco —exclamé con energía—. El sol y los cielos han sido testigos de mis actuaciones y pueden dar fe de ellas. Soy el asesino de esas víctimas inocentes: murieron a causa de mis maquinaciones. Yo habría preferido mil veces verter hasta la última gota de mi sangre con tal de haberles salvado la vida; pero lo que no podía, padre mío, lo que no podía de ningún modo, era sacrificar a toda la raza humana.

Estas últimas palabras terminaron de convencer a mi padre de que tenía trastornadas las ideas, y cambió al instante el tema de conversación, procurando variar el curso de mis pensamientos. Quería borrar, en la medida de lo posible, el recuerdo de las escenas que habían tenido lugar en Irlanda, y no aludía jamás a ellas ni me consentía a mí que hablara de mis desventuras.

Me fui tranquilizando con el paso del tiempo. Tenía alojada la tristeza en el corazón, pero ya no decía incoherencias acerca de mis crímenes. Tenía suficiente con ser consciente de ellos. Haciendo un inmenso esfuerzo de autodominio, acallé la voz imperiosa de la desolación, que quería declararse a veces a todo el mundo; y me comportaba con más calma y compostura que nunca desde mi viaje al mar de hielo.

Llegamos a El Havre el 8 de mayo, y proseguimos viaje de inmediato hasta París, donde mi padre tenía que hacer algunos negocios que nos demoraron varias semanas. En esta ciudad recibí la siguiente carta de Elizabeth:



Mi querido amigo:

Me alegré mucho al recibir carta de mi tío desde París. Ya no estáis a una distancia imponente, y puedo albergar la esperanza de veros dentro de menos de quince días. ¡Pobre primo mío, cuánto debes de haber sufrido! Me temo que te veré con aspecto más enfermizo todavía que cuando saliste de Ginebra. He pasado un invierno muy penoso, atormentado por la incertidumbre y los temores. Sin embargo, espero ver la paz en tu semblante y descubrir que no te faltan del todo en el corazón el consuelo y la tranquilidad.

Me temo, no obstante, que sigan existiendo aún esos mismos sentimientos que tanto te apenaban hace un año, quizás agudizados incluso por el tiempo. No quisiera agobiarte en estos momentos en que tienes encima tantas desventuras. Sin embargo, antes de partir mi tío mantuve con él una conversación que me obliga a darte unas explicaciones antes de que nos veamos.

«¿Una explicación?», dirás, tal vez. «¿Qué puede tener que explicarme Elizabeth?» Si lo dices, en efecto, entonces mis preguntas ya han tenido respuesta, y no me queda más que concluir la carta escribiendo «tu querida prima» y firmando. Pero estás lejos de mí, y es posible que temas esta explicación, pero que te agrade al mismo tiempo. Y como bien puede ser así, ya no me atrevo a dejarte de escribir lo que he querido expresarte muchas veces durante tu ausencia, pero sin haber tenido valor para ponerme a ello.

Bien sabes, Víctor, que nuestro matrimonio ha sido el proyecto favorito de tus padres desde que éramos niños. Nos lo dijeron de pequeños, y nos enseñaron a esperarlo como un hecho que tendría lugar con toda seguridad. Fuimos compañeros de juegos afectuosos durante la infancia; y creo que al hacernos mayores hemos sido amigos queridos y apreciados. Pero así como un hermano y una hermana se suelen tener un vivo afecto mutuo sin desear establecer una unión más íntima, ¿no puede sucedernos a nosotros lo mismo? Dímelo, querido Víctor. Respóndeme con la verdad desnuda, te lo imploro en nombre de nuestra felicidad común: ¿Amas a otra?



Has viajado; has vivido varios años en Ingolstadt, y te confieso, mi amigo querido, que cuando te vi tan triste el otoño pasado, rehuendo la compañía de todo ser para quedarte a solas, no pude por menos que figurarme que lamentabas, quizá, nuestras relaciones, creyéndote obligado por tu honor a obedecer los deseos de tus padres, aunque se opusieran a tus inclinaciones. Pero este razonamiento no es válido. Te confieso, primo, que te amo, y que has figurado en mis quimeras para el futuro como amigo y compañero mío constante. Sin embargo, al desear tu felicidad tanto como la mía, te digo que nuestro matrimonio me haría infeliz para siempre si no lo eliges por voluntad propia. Ahora mismo lloro de pensar que, con todo lo abrumado que estás por las desventuras más crueles, el principio del honor puede obligarte a reprimir toda esperanza que pudieras albergar de un amor y felicidad que sería el único remedio que te haría volver en ti. Yo, que tanto afecto te tengo, podría multiplicar por diez tus sufrimientos sirviendo de obstáculo a tus deseos. Ah, Víctor, no dudes que tu prima y compañera de juegos te ama con demasiada sinceridad para hacerte desgraciado de este modo. Sé feliz, amigo mío; y si me obedeces en esta única petición, puedes estar seguro de que no habrá nada en el mundo que tenga el poder de quebrantar mi sosiego.

No te inquietes por esta carta; no la respondas mañana, ni pasado, ni al otro día; ni siquiera hasta que vuelvas, si te resulta doloroso. Mi tío me dará noticias de tu salud; y si este esfuerzo mío, o cualquier otro, me sirve para ver en tus labios una sola sonrisa cuando volvamos a vernos, no pediré más felicidad.

ELIZABETH LAVENZA

Ginebra, 18 de mayo de 17...

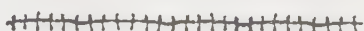
Esta carta me despertó el recuerdo de lo que había olvidado, la amenaza del diablo: ¡Estaré contigo en tu noche de bodas! Ésa era mi sentencia, y aquella noche el demonio pondría en juego todas sus artes para destruirme y arrancarme el atisbo de felicidad que prometía consolarme en parte de



mis sufrimientos. Aquélla era la noche en que se había propuesto coronar sus crímenes con mi muerte. Y bien, que fuera así; tendría lugar entonces sin duda una lucha a muerte, y si vencía él, yo encontraría la paz y habría terminado su poder sobre mí. Si el vencido era él, yo sería libre. Pero, ¡ay!, ¿qué libertad sería aquélla? La del campesino que contempla cómo pasan a cuchillo a su familia ante sus ojos, queman su casa, arrasan sus campos, y se encuentra desahuciado, sin hogar, sin una moneda y solo, pero libre. Tal sería mi libertad, con la salvedad de que en mi Elizabeth tenía un tesoro; sujeto, ¡ay!, al gravamen de aquellos horrores de remordimiento y culpabilidad, que me perseguirían hasta la muerte.

¡Dulce y amada Elizabeth! Leí y releí su carta, y se me deslizaron en el corazón algunos sentimientos tiernos, se atrevieron a susurrarme sueños paradisiacos de amor y alegría; pero ya me había comido la manzana, y el ángel se había desnudado el brazo para apartarme de toda esperanza. Sin embargo, estaba dispuesto a morir para hacerla feliz. Si el monstruo ejecutaba su amenaza, la muerte era inevitable; aunque, por otra parte, consideré si mi matrimonio serviría para apresurar mi destino. Mi destrucción podía llegar unos meses antes, en efecto; pero si mi atormentador sospechaba que lo estaba retrasando, influido por sus amenazas, encontraría sin duda algún otro medio de venganza, más espantoso quizá. Me había prometido que estaría conmigo en mi noche de bodas; sin embargo, no se consideraba obligado por esta amenaza a mantener la paz mientras tanto; pues, como para demostrarme que no se había saciado de sangre, había asesinado a Clerval inmediatamente después de pronunciar sus amenazas. Decidí, por lo tanto, que si al casarme de inmediato con mi prima la hacía feliz a ella o a mi padre, no debía demorar la boda ni un instante por los designios de mi adversario contra mi vida.

Escribí a mi prima con este estado de ánimo. Mi carta era tranquila y afectuosa. «Me temo, mi querida muchacha —le decía—, que nos queda poca felicidad en este mundo; con todo, toda la que pueda disfrutar yo algún día se concentra en ti. Ahuyenta tus vanos temores: sólo a ti consagro mi vida y mis esfuerzos por alcanzar la dicha. Tengo un secreto, Elizabeth, un secreto espantoso; cuando te lo desvele, te helará el cuerpo de horror;



y entonces, lejos de sorprenderte mi tristeza, te extrañará que siga viviendo con lo que he sufrido. Te haré partícipe de este relato de desgracias y terrores el día después de nuestra boda; pues, mi dulce prima, entre nosotros debe haber confianza perfecta. Pero no me hables de ello ni por alusiones hasta entonces, te lo suplico. Te lo imploro con toda vehemencia, y sé que me obedecerás.»

Regresamos a Ginebra cosa de una semana después de la llegada de la carta de Elizabeth. Mi prima me recibió calurosamente y con afecto, aunque los ojos se le llenaron de lágrimas al ver mi cuerpo demacrado y mis mejillas febriles. Yo también la vi cambiada. Estaba más delgada, y había perdido una buena parte de aquella viveza celestial que me había encantado en otros tiempos; pero con su delicadeza y su blanda mirada compasiva era una compañera más adecuada para un hombre tan abatido y desdichado como yo.

La tranquilidad de que gozaba por entonces no perduró. Los recuerdos me traían la locura; y cuando pensaba en lo pasado, me dominaba una verdadera demencia; unas veces me volvía furioso y me encendía de rabia; otras, me encontraba decaído y abatido. Me quedaba sentado, inmóvil, sin hablar ni mirar, desquiciado por la multitud de desdichas que me abrumaban.

Sólo Elizabeth era capaz de hacerme salir de estos ataques. Su delicada voz me calmaba cuando me arrebatava la ira; y me inspiraba sentimientos humanos cuando estaba sumido en la apatía. Lloraba conmigo y por mí. Cuando volvía en mi juicio, me reprendía e intentaba inculcarme resignación. ¡Ah! Los desventurados bien pueden resignarse, pero no hay sosiego para los culpables. Los suplicios del remordimiento emponzoñan la delectación que se encuentra a veces al regodearse en los excesos de la pena.

A poco de mi llegada, mi padre me habló de casarme de inmediato con mi prima. No dije nada.

—¿Tienes, entonces, algún otro compromiso?

—Ninguno en el mundo. Amo a Elizabeth y espero con gusto nuestra unión. Que se acuerde la fecha, por lo tanto, y en ella me consagraré a la felicidad de mi prima, en la vida o en la muerte.



—No digas eso, mi querido Víctor. Nos han sobrevenido graves infortunios; pero sólo nos queda aferrarnos con más fuerza a lo que nos queda y trasladar a los supervivientes el amor que teníamos a los que hemos perdido. Nuestro círculo será pequeño, pero estará muy unido por los lazos del afecto y los infortunios comunes. Y cuando tu desánimo se haya ido suavizando con el tiempo, nacerán nuevos seres queridos que serán objeto de nuestro cariño para ocupar el lugar de aquellos de los que hemos sido despojados con tanta crueldad.

Éstas eran las lecciones de mi padre. Pero a mí me volvía el recuerdo de la amenaza; tampoco le extrañará a usted que aquel diablo se me antojase casi invencible, teniendo en cuenta la omnipotencia con que había realizado hasta entonces sus actos sangrientos; ni que, cuando había pronunciado las palabras «Estaré contigo en tu noche de bodas», yo tuviera por inevitable el destino con que me amenazaba. Sin embargo, la muerte no era un mal para mí; al menos, no mayor que perder a Elizabeth. Acordé por ello con mi padre, con gesto de satisfacción e incluso de alegría, que la ceremonia se celebraría en el plazo de diez días, si mi prima consentía en ello. Y así puse sello a mi destino, según me figuraba.

¡Dios santo! Si me hubiera imaginado por un instante los propósitos infernales de mi adversario diabólico, habría preferido exiliarme para siempre de mi patria y errar por el mundo como un proscrito sin amigos antes que consentir en aquel matrimonio desgraciado. Pero el monstruo me había impedido ver sus intenciones verdaderas, como si estuviera dotado de poderes mágicos. Al creer que sólo tramaba mi muerte, precipité la de una víctima mucho más querida para mí.

Al irse acercando la fecha de nuestra boda, sentí que iba perdiendo el ánimo, ya fuera por cobardía, ya fuera por alguna intuición. Ocultaba mis sentimientos, no obstante, aparentando un buen humor que llevaba sonrisas y gozo al semblante de mi padre, aunque no conseguía engañar a los ojos siempre atentos y más sutiles de Elizabeth. Ella esperaba nuestra unión con satisfacción plácida, no sin temer un poco, en vista de las desventuras pasadas, que la felicidad que ya parecía segura y tangible se desvaneciera enseguida como un sueño etéreo, sin dejar más que pesares hondos y perdurables.



Se hicieron los preparativos para la ceremonia; recibimos las visitas de cumplido, y todo parecía sonreírnos. Me guardé en el corazón de la mejor manera que pude la angustia que me roía por dentro, y acepté los planes de mi padre con apariencias de interés, aunque sólo fueran a servir de telón de fondo de mi tragedia. Compramos una casa para nosotros cerca de Cologny, en la que podríamos disfrutar de los placeres del campo, viviendo al mismo tiempo tan cerca de Ginebra que podríamos ver todos los días a mi padre, quien seguiría residiendo intramuros para que Ernest pudiera proseguir sus estudios en las escuelas de la capital.

Mientras tanto, tomaba precauciones de todo tipo para defenderme de un posible ataque del diablo a cara descubierta. Llevaba siempre encima unas pistolas y un puñal, y vigilaba constantemente para evitar asechanzas; y así conseguí estar un poco más tranquilo. De hecho, al aproximarse el día, la amenaza me parecía más bien una fantasía, que no debía considerar digna de alterar mi sosiego, al tiempo que la felicidad de que esperaba gozar en mi matrimonio adquiriría mayores visos de certeza, al acercarse la fecha en que se había de solemnizar, y al oír hablar yo de ello sin cesar como de un hecho que ningún accidente podría impedir en modo alguno.

Elizabeth parecía contenta. Mi aspecto tranquilo contribuía mucho a su sosiego. Sin embargo, el día en que se habían de cumplir mis deseos y mi destino, estaba melancólica, como llena de presagios de mal y, pensaba también, quizás, en el secreto espantoso que había prometido desvelarle al día siguiente. Mientras tanto, mi padre rebosaba de dicha y, entre el bullicio de los preparativos, atribuyó la melancolía de su sobrina a la timidez propia de una novia.

Después de la ceremonia se celebró una fiesta en casa de mi padre con muchos invitados; pero se había acordado que Elizabeth y yo pasaríamos la tarde y la noche en Evian y regresaríamos a Cologny a la mañana siguiente. En vista de que hacía buen día y había viento favorable, decidimos ir en barca.

Aquéllos fueron los últimos instantes de mi vida en que conocí la felicidad. Surcábamos el agua con rapidez. El sol calentaba, pero la barca tenía una especie de toldo que nos protegía de sus rayos, al tiempo que

gozábamos de la belleza del paisaje, unas veces a una orilla del lago, donde veíamos el monte Salève, las laderas amenas del Montalêgre y, a lo lejos, dominándolo todo, el hermoso Mont Blanc y el cúmulo de montes nevados que lo emulan en vano; bordeando otras veces la orilla opuesta, donde veíamos al grandioso Jura, cuyas vertientes oscuras se oponían a los ambiciosos que querían salir de su patria, y se levantaban como un obstáculo casi insuperable ante el invasor que quisiera esclavizarla.

Tomé la mano de Elizabeth y dije:

—Estás afligida, amor mío. ¡Ah! Si supieras lo que he sufrido, y lo que me queda por soportar quizás, harías todo lo que estuviera a tu alcance por permitirme gozar de la calma y la falta de pesares que se me concede al menos en este día.

—Sé feliz, querido Víctor —respondió Elizabeth—; espero que no tengas motivo alguno de aflicción. Puedes estar seguro de que, aunque no lleve pintada en el rostro una viva alegría, tengo el corazón contento. Algo me susurra al oído que no confíe demasiado en las esperanzas que se abren ante nosotros; pero no quiero prestar atención a una voz tan siniestra. Observa cuán veloces nos desplazamos, y cómo hacen más interesante todavía este escenario de belleza las nubes que ora oscurecen la cumbre del Mont Blanc, ora se elevan sobre ella. Mira también los peces innumerales que se mueven por el agua, tan clara que podemos distinguir hasta el menor guijarro del fondo. ¡Qué día tan divino! ¡Qué feliz y serena parece toda la naturaleza!

Elizabeth procuraba distraer de este modo sus pensamientos y los míos de cualquier reflexión sobre asuntos sombríos. Pero sufría fluctuaciones de ánimo; la alegría le brillaba en los ojos por unos instantes, para dejar paso constantemente al aturdimiento y el ensueño.

El sol se iba poniendo; pasamos ante el río Drance y contemplamos su curso entre los abismos de los montes más altos y las cañadas de los más bajos. Los Alpes se acercan más al lago por esta parte y nos aproximamos al anfiteatro de montañas que marcan su límite oriental. La aguja del Evian brillaba bajo los bosques que la rodean y entre las cumbres sucesivas de los montes de su cordillera.



El viento, que nos había impulsado hasta entonces con notable rapidez, se redujo a una leve brisa al ponerse el sol; su suave soplo apenas rizaba el agua, y hacía temblar los árboles de un modo agradable cuando nos acercamos a la orilla, de la que nos traía un aroma delicioso de flores y heno. Al llegar a la orilla, el sol se estaba hundiendo bajo el horizonte, y cuando eché pie a tierra sentí resurgir aquellas inquietudes y temores que pronto habrían de atraparme y aferrarse a mí para siempre.





CAPÍTULO VI

Desembarcamos a las ocho de la tarde; dimos un breve paseo por la orilla, disfrutando del crepúsculo y nos retiramos después a la posada, desde donde contemplamos el paisaje encantador de agua, bosques y montañas, cuyas formas negras se apreciaban aún en la oscuridad.

El viento del sur había cesado, y se levantó entonces con gran furia por el oeste. La luna había alcanzado su culminación en los cielos y empezaba a descender; las nubes la surcaban más veloces que el vuelo del buitre y enturbiaban sus rayos, mientras el lago reflejaba la imagen de los cielos agitados, más agitados todavía por las olas inquietas que empezaban a levantarse. De pronto empezó a caer un fuerte chaparrón.

Yo había estado tranquilo durante el día; pero en cuanto la noche oscureció las formas de los objetos, me surgieron mil temores en la mente. Estaba inquieto y alerta, empuñando en la mano derecha una pistola que llevaba oculta en el pecho; todo ruido me aterrorizaba, aunque me resolví a vender cara mi vida, sin cejar en la empresa hasta que se apagara mi propia vida o la de mi adversario.

Elizabeth observó mi agitación durante un rato en silencio azorado y temeroso; por fin, dijo:

—¿Por qué estás agitado, querido Víctor? ¿Qué es lo que temes?

—¡Ay, calla, calla, amor mío! —respondí—. Después de esta noche estaremos todos a salvo; pero esta noche es espantosa, muy espantosa.

Pasé una hora en este estado de ánimo, hasta que pensé de pronto en lo terrible que sería para mi esposa el combate que esperaba por momentos, y le supliqué fervientemente que se retirara, resuelto a no reunirme con ella hasta haber obtenido algún indicio de la situación de mi enemigo.

Me dejó, y yo seguí recorriendo durante algún tiempo los pasillos de la casa e inspeccionando cualquier rincón que pudiera servir de escondrijo a mi adversario. Pero no encontré ni rastro de él, y ya empezaba a conjeturar que habría intervenido algún azar afortunado que le había impedido ejecutar sus amenazas, cuando oí de pronto un grito agudo y espantoso. Procedía del cuarto adonde se había retirado Elizabeth. Al oírlo, me vino de golpe a la mente toda la verdad; me desfallecieron los brazos; perdí el movimiento de todos los músculos y fibras de mi cuerpo; sentí que la sangre me dejaba de correr por las venas y un hormigueo en manos y pies. Este estado sólo me duró un momento. El grito se repitió, y entré corriendo en el cuarto.

¡Dios santo! ¿Por qué no caí muerto allí mismo? ¿Por qué estoy aquí, para relatar la destrucción de mi mejor esperanza y de la criatura más pura del mundo? Estaba allí, inerte y sin vida, tendida sobre la cama, con la cabeza colgando y la cara, pálida y desencajada, cubierta en parte por el pelo. Veo siempre esa misma figura adondequiera que vuelva la vista: sus brazos lívidos y su cuerpo desmadejado, arrojado por el asesino sobre el lecho nupcial. ¿Cómo pude conservar la vida tras contemplar aquello? ¡Ay! La vida es porfiada y se aferra a nosotros con más fuerza cuanto más la odiamos. Sólo perdí el sentido por un momento: me desmayé.

Al volver en mí estaba rodeado de la gente de la posada; sus rostros expresaban un terror intenso; pero el horror de los demás me parecía una burla, una sombra de los sentimientos que me oprimían a mí. Hui de ellos para refugiarme en el cuarto donde yacía el cuerpo de Elizabeth, mi amor, mi esposa, que hacía tan poco vivía, tan amada, tan digna de amor. La habían cambiado de postura, y ahora, al verla tendida con la cabeza sobre el brazo y con la cara y el cuello cubiertos por un pañuelo, podría uno creerse que dormía. Corrí hacia ella y la abracé con ardor; pero la flojedad mortal de sus miembros y su frialdad me dieron a entender que lo que tenía en mis brazos había dejado de ser la Elizabeth que yo había amado y

querido. Tenía en la garganta la marca asesina de la mano del diablo, y ya no había aliento en sus labios.

Mientras seguía inclinado sobre ella, hundido en la desesperación, acerté a levantar la vista. Las ventanas del cuarto habían tenido antes echadas las contraventanas, y sentí una especie de pánico al ver la luz amarilla pálida de la luna iluminar la estancia. Se habían echado atrás las contraventanas; y vi en la ventana abierta, con una sensación de horror indescriptible, la figura más odiosa y aborrecida por mí. El monstruo lucía una sonrisa en el rostro. Pareció burlarse de mí, señalando con su dedo diabólico el cadáver de mi esposa. Corrí hacia la ventana, saqué una pistola del pecho y disparé; pero hurtó el bulto saltando del lugar donde se había apostado, echó a correr como un rayo y se arrojó al lago.

La detonación de la pistola hizo acudir a muchas personas a la habitación. Señalé la parte por donde había desaparecido, y seguimos su rastro con barcas. Se echaron redes, pero fue en vano. Regresamos al cabo de varias horas, desalentados, y la mayoría de mis acompañantes ya creían que se había tratado de una visión de mi fantasía. Después de desembarcar, salieron varios grupos en diversas direcciones a registrar los bosques y las viñas de los alrededores.

No los acompañé. Estaba agotado. Tenía los ojos velados y la piel reseca por la calentura. Me tendí así en una cama, casi inconsciente de lo ocurrido, y recorrí el cuarto con la mirada como buscando algo que había perdido.

Recordé por fin que mi padre estaría esperando con impaciencia nuestro regreso, pero que lo haría yo solo. Esa idea me llenó los ojos de lágrimas, y lloré largo rato; pero mis pensamientos saltaron a diversos temas, y reflexioné sobre mis desventuras y sus causas. Estaba atónito, en una nube de asombro y horror. La muerte de William, la ejecución de Justine, el asesinato de Clerval y, por fin, el de mi esposa; ni siquiera entonces podía tener la seguridad de que los parientes que me quedaban estuvieran a salvo de la maldad del diablo; mi propio padre podía estar retorciéndose ahora entre sus manos, con Ernest muerto ya a sus pies. Esta idea me hizo estremecer y me animó a pasar de nuevo a la acción. Me levanté de un salto y decidí volver a Ginebra a la mayor brevedad posible.

No había caballos disponibles, y tendría que volver por el lago; pero había viento en contra y llovía a raudales. Sin embargo, apenas estaba amaneciendo, y podía esperar razonablemente llegar aquella noche. Contraté a unos remeros y yo mismo empuñé un remo, pues el ejercicio físico siempre me había aliviado los tormentos mentales. Pero la tristeza que me inundaba y la agitación excesiva que había tenido que soportar me habían dejado incapacitado para ningún esfuerzo. Solté el remo y, apoyando la cabeza en las manos, me rendí a todas las ideas melancólicas que me venían a la cabeza. Si levantaba la vista, veía los paisajes familiares de mis tiempos más felices, y que había contemplado el día anterior mismo en compañía de aquella que ya no era sino una sombra y un recuerdo. Me manaba un río de lágrimas. Había dejado de llover por un momento, y vi a los peces jugar en las aguas como los había visto Elizabeth pocas horas antes. Nada tan doloroso para la mente humana como un cambio grande y repentino. Brillara el sol o se amontonaran los nubarrones, nada podría parecerme igual que el día anterior. Un demonio me había arrancado toda esperanza de felicidad futura; ningún ser había sido jamás tan desgraciado como lo era yo; un suceso tan espantoso era único en la historia de la humanidad.

Pero ¿por qué detenerme en los hechos que siguieron a este último suceso abrumador? He contado un relato de horrores; he llegado a su culminación, y lo que debo relatarle ahora no podrá por menos que hastiarle. Baste que sepa que mis seres queridos me fueron arrebatados, uno tras otro. Me quedé solo. Se me agotan las fuerzas, y deberé contarle en pocas palabras el resto de mi relato espantoso.

Llegué a Ginebra. Mi padre y Ernest vivían aún, pero el primero se hundió al recibir la noticia que le llevaba. ¡Me parece que estoy viendo al anciano venerable! Tenía la mirada extraviada, pues había perdido el encanto y el placer de sus ojos: su sobrina, más que una hija para él, a la que adoraba con todo el cariño que puede sentir un hombre que, en el otoño de su vida, se aferra con más fuerza a los pocos seres queridos que le quedan. ¡Maldito, maldito sea el diablo que hizo caer la desgracia sobre sus canas y lo condenó a consumirse en la desolación! No soportó los horrores que se acumulaban a su alrededor; tuvo un ataque de apoplejía y murió a los pocos días en mis brazos.

¿Qué fue de mí entonces? No lo sé; perdí la noción de las cosas y no apreciaba a mi alrededor más que cadenas y oscuridad. A veces llegaba a soñar que vagaba por prados llenos de flores y valles amenos con los compañeros de mi juventud; pero al despertarme me encontraba en una mazmorra. Entonces me invadía la melancolía; pero fui haciéndome cargo poco a poco de mis desgracias y mi situación, y me liberaron de mi encierro. Pues me habían dado por loco y, según entendí, había pasado muchos meses solo y encerrado en una celda.

Pero de nada me habría servido el don de la libertad si, al recobrar la razón, no hubiera recobrado también la sed de venganza. Cuando me sobrevino el recuerdo de las desventuras pasadas, me puse a reflexionar sobre su causa: el monstruo que había creado, el demonio miserable que había dejado suelto en el mundo para mi destrucción. Al pensar en él, me invadía una rabia enloquecida y pedía con fervor al cielo poder tenerlo a mi alcance para ejecutar sobre su cabeza maldita una venganza grande y señalada.

Mi odio tampoco se redujo durante mucho tiempo a deseos estériles; empecé a ponderar el medio mejor de alcanzarlo y, con este fin, cuando apenas había pasado un mes desde que me pusieran en libertad, me presenté ante un juez de lo criminal de la ciudad y le dije que quería presentar una acusación, pues sabía quién era el destructor de mi familia, y le solicité que ejerciera toda su autoridad para que apresaran al asesino.

El magistrado me escuchó con atención y amabilidad.

—Tenga usted la seguridad de que no ahorraré esfuerzos ni trabajos por mi parte para descubrir al malvado —dijo.

—Se lo agradezco —respondí—. Escuche, por lo tanto, la declaración que debo hacer. Se trata, en efecto, de un relato tan extraño que me temo que no lo ha de creer, si no fuera porque la verdad tiene algo que convence por fuerza, por maravillosa que sea. La relación es demasiado coherente para tomarla por un sueño, y yo no tengo motivos para mentir.

Le dije todo esto con calma y autoridad. Había tomado para mí la determinación de perseguir a mi destructor hasta la muerte, y ese propósito acallaba mi tormento y me reconciliaba de momento con la vida. Relaté acto seguido mi historia, brevemente pero con firmeza y precisión,

indicando las fechas con exactitud y sin caer jamás en invectivas ni exclamaciones.

El magistrado parecía al principio absolutamente incrédulo; pero al proseguir yo con mi relato me fue prestando mayor atención e interés. Lo veía estremecerse unas veces de horror, y en otras se le pintaba en el semblante una viva sorpresa, sin rastro de incredulidad.

Cuando hube concluido mi narración, dije:

—A este ser acuso, y recurro a usted para que ejerza todo su poder para encontrarlo y castigarlo. Es su deber como magistrado, y creo y espero que en estas circunstancias el ejercicio de sus funciones no repugne a sus sentimientos como hombre.

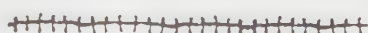
Este exhorto provocó un cambio considerable en la expresión de mi oyente. Había escuchado mi relato con esa especie de crédito parcial que se da a los cuentos de espíritus y seres sobrenaturales; pero cuando lo insté a que tomara medidas oficiales en consecuencia, volvió a dominarlo la incredulidad. A pesar de ello, su respuesta fue amable:

—De buena gana le prestaría a usted toda la ayuda posible en su persecución; pero, al parecer, la criatura de la que habla usted tiene unos poderes que rebatirían todos mis esfuerzos. ¿Quién puede seguir a un animal capaz de atravesar el mar de hielo y alojarse en cuevas y guaridas donde no osaría aventurarse ningún hombre? Por otra parte, han transcurrido varios meses desde que cometió sus delitos, y nadie puede conjeturar hacia dónde se ha dirigido ni en qué región habita ahora.

—No me cabe duda de que ronda por las cercanías de donde habito yo; y si se ha refugiado en los Alpes, en efecto, será posible cazarlo como a la gamuza y destruirlo como a una alimaña. Pero ya advierto lo que piensa usted: no da crédito a mi narración, ni piensa perseguir a mi enemigo para castigarlo como merece.

Dije esto con los ojos refulgentes de ira; el magistrado se intimidó.

—Se equivoca usted —dijo—; me ocuparé de ello, y no dude que, si está en mi mano atrapar al monstruo, sufrirá el castigo merecido por sus crímenes. Pero me temo que será imposible, en vista de sus propiedades, tal como las ha descrito usted mismo; y, mientras se llevan a cabo todas



las medidas convenientes, deberá usted ir haciéndose a la idea de que todo será en vano.

—Eso no puede ser; pero lo que yo diga no servirá de nada. Mi venganza no tiene importancia para usted; sin embargo, aunque reconozco que es una falta, confieso que es la pasión única y devoradora de mi alma. Siento una rabia inexpressable cuando pienso que sigue vivo el asesino que he dejado suelto entre la sociedad. Me niega usted mi justa petición. Sólo me queda un recurso, y me consagro a su destrucción, en la vida o en la muerte.

Temblé al decir esto con agitación excesiva; había en mi expresión un frenesí y, sin duda, algo de ese ardor altivo que se atribuye a los mártires antiguos. Pero para un magistrado ginebrino, que tenía en la cabeza ideas muy distintas de las de devoción y heroísmo, aquella elevación del ánimo tenía mucho aspecto de locura. Intentó tranquilizarme como hace una niñera con un niño, y volvió a referirse a mi relato achacándolo a los efectos del delirio.

—Hombre, ¡qué ignorante te vuelve el orgullo de tu sabiduría! —exclamé—. Calla; no sabes lo que dices.

Salí de la casa airado y alterado y me retiré a meditar algún otro camino de acción.





CAPÍTULO VII

Me encontraba en una situación en que todo pensamiento voluntario quedaba absorbido y perdido. La furia me impulsaba; mi única fuerza y serenidad me las daba el ansia de venganza, que conformaba mis sentimientos y me permitía estar tranquilo y calculador en momentos en que, de otro modo, me habría sobrevenido el delirio o la muerte.

Lo primero que resolví fue marcharme para siempre de Ginebra, mi patria, que me había sido querida cuando era feliz y tenía amor; pero que ahora, en la adversidad, me resultaba odiosa.

Y entonces empezó mi peregrinación, que sólo ha de terminar cuando concluya mi vida. He recorrido una gran parte del mundo y he soportado todas las penalidades habituales de los que viajan por desiertos y países salvajes. Casi no sé cómo he conservado la vida; me he tendido muchas veces en la llanura arenosa pidiendo la muerte. Pero el ansia de venganza me ha mantenido con vida; no me atrevía a morir dejando vivo a mi adversario.

Cuando salí de Ginebra, mi primera labor fue encontrar algún indicio que me permitiera seguir los pasos de mi diabólico enemigo. Pero no tenía un plan establecido, y pasé muchas horas rondando por los alrededores de la ciudad, sin saber qué camino debía tomar. Al caer la noche, me encontré en la puerta del cementerio donde reposaban William, Elizabeth y mi

padre. Entré, y me acerqué a la losa que cubría sus tumbas. Todo estaba en silencio, salvo las hojas de los árboles, agitadas suavemente por el viento; casi era noche cerrada, y aquel lugar habría parecido solemne e imponente hasta a un observador ajeno. Parecía como si los espíritus de los difuntos revolotearan por allí y arrojaran una sombra, perceptible aunque no visible, sobre la cabeza del que visitaba su tumba.

El dolor profundo que me había provocado al principio este lugar dejó paso enseguida a la rabia y la desesperación. Ellos habían muerto y yo vivía; su asesino vivía también, y yo debía prolongar mi penosa existencia para destruirlo. Me arrodillé en la hierba, besé la tierra y exclamé con labios temblorosos:

—Juro por la tierra consagrada en la que me arrodillo, por las sombras que vagan cerca de mí, por mi dolor hondo y eterno; y por ti, Noche, y por los espíritus que te rigen, juro perseguir al demonio que ha provocado estas desdichas hasta que perezamos él o yo en lucha mortal. Conservaré la vida con este fin; para ejecutar esta venganza anhelada volveré a ver el sol y a pisar la hierba verde de la tierra, que de otro modo desaparecería de mi vista para siempre. Y os invoco, espíritus de los muertos, y a vosotros, vengadores errantes, para que me ayudéis y me dirijáis en mi trabajo. Que el monstruo maldito e infernal apure hasta las heces su suplicio; que conozca la desesperación que me atormenta ahora a mí.

Había comenzado mi juramento de modo solemne y con una sensación grave que casi me convencía de que las sombras de mis seres queridos asesinados oían mi compromiso y lo aprobaban; pero al final me dominaron las furias y hablé atragantándome de rabia.

Una risa sonora y diabólica me respondió entre el silencio de la noche. Me resonó en los oídos de modo fuerte y prolongado; las montañas devolvieron su eco, y me sentí rodeado de todo un infierno de risas y burlas. Si en aquel momento no me dominó un frenesí que me hiciera poner fin a mi vida miserable, fue sin duda porque mi juramento había sido escuchado y mi vida quedaba reservada para la venganza. La risa se había apagado y una voz aborrecida que yo conocía bien y que hablaba cerca de mi oído, al parecer, me dijo con un susurro audible:

—¡Estoy satisfecho, pobre desgraciado! Tú decides vivir, y yo quedo satisfecho.

Corrí hacia el lugar de donde procedía el sonido; pero el demonio se me escapó de entre las manos. Salió de pronto el ancho disco de la luna, que iluminó su forma horrenda y monstruosa mientras huía a velocidad inconcebible en un mortal.

Lo perseguí; y ésta ha sido mi tarea desde hace muchos meses. Seguí el curso sinuoso del Ródano guiado por una leve pista, pero fue en vano. Llegué al Mediterráneo azul; y, por extraño azar, vi de noche al monstruo, que subió y se escondió en un barco que iba a partir hacia el mar Negro. Tomé pasaje en el mismo barco, pero se me escapó, no sé cómo.

Le he seguido la pista por las regiones desoladas de Tartaria y Rusia, aunque sin alcanzarlo nunca. Los campesinos, asustados por aquella aparición horrible, me indicaban a veces su camino; otras veces era él mismo el que solía dejarme algún indicio para guiarme, temiendo que me desesperara y me muriera si perdía su rastro. Empezó a nevar sobre mí, y vi las huellas de sus pies enormes en la llanura blanca. ¿Cómo entenderá lo que he sentido y sigo sintiendo, usted, que empieza a vivir, que apenas sabe lo que son cuidados e ignora lo que es sufrir? El frío, la necesidad y la fatiga eran los menores trabajos que tuve que padecer. Tenía encima la maldición de un demonio y llevaba conmigo un infierno perpetuo; no obstante, me acompañaba un espíritu bueno que me guiaba los pasos y que, cuando más protestaba yo, me salvaba de pronto de dificultades que parecían insuperables. A veces, vencido por el hambre y desfallecido de agotamiento, me encontraba en pleno desierto una comida preparada para mí, que me reconfortaba y me animaba. Eran alimentos muy bastos, de los que comían los campesinos del país, pero no puedo dudar que los disponían los espíritus que yo había invocado en mi ayuda. Con frecuencia, estando extenuado de sed, cuando todo estaba seco y el cielo despejado, llegaba una nubecilla que oscurecía el cielo, derramaba las pocas gotas que bastaban para reanimarme, y desaparecía.

Yo procuraba seguir los cursos de los ríos, aunque el demonio los evitaba en general, pues era allí donde residía sobre todo la población del

país. En otras regiones apenas se veían seres humanos, y yo solía subsistir de los animales silvestres que cazaba por el camino. Llevaba dinero, y me ganaba la amistad de los aldeanos repartiéndolo o entregándoles las piezas que cazaba, pues yo me reservaba sólo una pequeña parte y siempre regalaba el resto a los que me facilitaban lumbre y utensilios de cocina.

Mi vida, que transcurría de este modo, me resultaba francamente odiosa, y sólo podía conocer la alegría durante el sueño. ¡Sueño bendito! Muchas veces, cuando más triste me sentía, me echaba a reposar y mis sueños me producían verdaderos arrebatos de deleite. Los espíritus que me protegían me obsequiaban con aquellos momentos de felicidad, horas más bien, para que conservara las fuerzas necesarias para cumplir mi peregrinación. Si no hubiera sido por esos alivios, mis penalidades habrían acabado conmigo. Durante el día, la ilusión de la llegada de la noche me sostenía y animaba; pues veía en sueños a los míos, a mi esposa y mi patria amada; volvía a ver el semblante benévolo de mi padre, a oír el son cristalino de la voz de mi Elizabeth y a contemplar a Clerval, lleno de salud y juventud. Muchas veces, agotado por una marcha penosa, me convenía a mí mismo de que estaba soñando hasta que llegara de la noche, y que sería entonces cuando gozaría de la realidad en brazos de mis seres más queridos. ¡Qué cariño tan intenso sentía hacia ellos! ¡Cómo me aferraba a sus figuras queridas, que veía a veces incluso en mis horas de vigilia, convencíendome de que seguían vivos! En aquellos momentos se apagaba en mi corazón la venganza que me quemaba por dentro, y proseguía mi camino para destruir al demonio más bien como si fuera una tarea encomendada por el cielo, el impulso mecánico de un poder del que yo no era consciente, antes que como un deseo ardiente de mi alma.

No puedo saber cuáles eran los sentimientos de aquel al que perseguía. A veces me dejaba mensajes grabados en las cortezas de los árboles o tallados en las rocas, para guiarme y espolear mi furia. En una de estas inscripciones se podían leer estas palabras: «Mi reinado no ha concluido aún; tú vives, y mi poder es total. Sígueme: voy a los hielos eternos del norte, donde conocerás las penalidades del frío y el hielo, que a mí no me afectan. Si no pierdes mucho tiempo, encontrarás cerca de aquí una liebre muerta; come

y cobra fuerzas. Ven, enemigo mío; todavía tenemos que luchar a vida o muerte; pero tendrás que soportar muchas horas penosas y miserables hasta que llegue ese momento».

¡Demonio burlón! Vuelvo a jurar venganza; vuelvo a prometerte tormentos y la muerte. No cesaré jamás en mi empresa hasta que perezcamos él o yo; y entonces me reuniré, extasiado, con mi Elizabeth y con aquellos que ahora mismo están preparándose la recompensa de mis arduos trabajos y mi peregrinación horrible.

Al proseguir mi viaje hacia el norte, aumentó la nieve y el frío hasta un grado casi insoportable. Los campesinos se encerraban en sus chozas, y sólo unos pocos de los más curtidos se atrevían a salir a cazar los animales que salían de sus escondrijos impulsados por el hambre. Los ríos estaban cubiertos de hielo y no era posible pescar; y así me faltó mi medio de sustento principal.

Mi enemigo triunfaba más al agravarse mis penalidades. Una de las inscripciones que me dejó decía así: «¡Prepárate! Tus trabajos no han hecho más que empezar; abrígate con pieles y haz acopio de alimentos, pues emprendemos pronto un viaje en el que tus sufrimientos satisfarán mi odio perpetuo».

Estas palabras de burla alimentaban mi valor y mi perseverancia. Me resolví a no fracasar en mi empresa y, tras recabar la ayuda del cielo, seguí cruzando desiertos inmensos con fervor incansable, hasta que apareció a lo lejos el mar, como límite último del horizonte. ¡Oh, qué distinto era de los mares azules del sur! Cubierto de hielo como estaba, sólo se distinguía de la tierra por ser más desolado e irregular. Los griegos lloraron de alegría cuando vieron el Mediterráneo desde las colinas de Asia, y saludaron con entusiasmo el fin de sus penalidades. Yo no lloré, pero me arrodillé y di gracias de todo corazón al espíritu que me guiaba por haberme llevado a salvo hasta el lugar donde yo esperaba, a despecho de la burla de mi adversario, encontrarlo y venir a las manos con él.

Varias semanas antes yo me había hecho con un trineo tirado por perros, y surcaba así las nieves a velocidad extraordinaria. No sabía si el diablo poseía esa misma ventaja, pero advertí que, si antes había perdido terreno día a día en mi persecución, ahora lo iba alcanzando poco a poco;

hasta el punto que, cuando vi el mar por primera vez, sólo me llevaba un día de ventaja, y esperé alcanzarlo antes de que llegara a la costa. Armado, pues, con nuevo valor, seguí adelante a marchas forzadas y llegué al cabo de dos días a una aldea miserable al borde del mar. Pregunté a los habitantes por el diablo y me dieron informaciones precisas. Me dijeron que la noche anterior había llegado allí un monstruo gigantesco, armado con una escopeta y muchas pistolas, y que había puesto en fuga a los habitantes de una casita solitaria, espantados de su aspecto terrorífico. Los había despojado de sus reservas de alimentos para el invierno, que había cargado en un trineo; les había robado también una numerosa manada de perros amaestrados que había atado al trineo; y aquella misma noche, para el contento de los habitantes aterrorizados, había proseguido viaje sobre el mar en un rumbo que no conducía a tierra alguna; y ellos conjeturaban que no tardaría en perecer al romperse el hielo, o en morir helado por los fríos eternos.

Al oír esta información me desanimé por un momento. Se me había escapado, y me veía obligado a comenzar un viaje destructor y casi inacabable por los hielos montañosos del mar, entre un frío que pocos habitantes de aquellas tierras eran capaces de soportar durante mucho tiempo, y que yo, natural de un clima benigno y soleado, no podía contar con resistir. Sin embargo, ante la idea de que el diablo viviera y triunfara, me volvieron la rabia y la sed de venganza, que arrastraron cualesquiera otros sentimientos como si fueran olas inmensas. Tras un breve descanso en el que los espíritus de los difuntos rondaron a mi lado y me instigaron a proseguir con mis trabajos y mi venganza, me preparé para mi viaje.

Cambié mi trineo de tierra por otro construido para sortear las irregularidades del mar helado; y, después de comprar provisiones abundantes, dejé atrás la tierra firme.

No tengo ni idea de cuántos días han pasado desde entonces; pero he pasado unas penalidades que sólo he podido soportar movido por el sentimiento eterno de justa reparación que me arde en el corazón. Me solían cerrar el paso montañas de hielo inmensas y escarpadas, y oía con frecuencia el retumbar del oleaje que amenazaba con destruirme. Pero volvían a cerrarse los hielos, dejando seguros los caminos del mar.



En vista de la cantidad de provisiones que había consumido, calculo que llevaba tres semanas de viaje; y el aplazamiento constante de mis esperanzas me desgarraba el corazón y me arrancaba con frecuencia lágrimas amargas de desolación y dolor. Casi se había adueñado de mí el desánimo, en efecto, y no habría tardado en hundirme bajo tantas penurias, cuando una vez, después de que los pobres animales que me arrastraban alcanzan con trabajo increíble la cima de una montaña de hielo, donde murió de fatiga uno de ellos, y al contemplar con zozobra el espacio que se extendía a mis pies, percibí de pronto una mancha oscura en la llanura en penumbra. Forcé la vista, intentando descubrir de qué se trataba, y solté un grito salvaje de júbilo cuando distinguí un trineo y, en él, la figura disforme que conocía bien. ¡Oh, qué efusión tan ardiente de esperanza me volvió al corazón! Los ojos se me inundaron de lágrimas cálidas, que me sequé enseguida para que no me empañaran la visión que tenía del demonio; pero las gotas ardientes siguieron nublándome la vista hasta que, dando rienda suelta a las emociones que me oprimían, lloré en voz alta.

Pero no era cuestión de perder el tiempo; desaté a los perros de su compañero muerto, les di una ración abundante de comida y, tras unas horas de descanso, que aunque era absolutamente necesario me resultó irritante, seguí mi camino. Todavía se veía el otro trineo, y no lo volví a perder de vista salvo algunos momentos en que un cerro de hielo me lo ocultaba con sus peñascos. Le iba ganando terreno, sin lugar a dudas, y cuando, al cabo de casi dos días de viaje, vi a mi enemigo a no más de una milla de distancia, el corazón me saltó en el pecho.

Pero entonces, cuando casi parecía que tenía a mi enemigo al alcance de la mano, se borraron de pronto mis esperanzas y perdí su rastro de manera más absoluta que nunca. Se oía el oleaje del deshielo; el fragor de su avance y el movimiento de las aguas bajo mis pies se volvía más terrible y amenazador a cada instante. Seguí adelante a marchas forzadas, pero fue en vano. Se levantó viento; el mar rugió y, con la agitación poderosa de un terremoto, se cuarteó y se abrió con ruido tremendo y abrumador. El proceso fue breve: a los pocos minutos se agitaba entre mi enemigo y yo un mar tumultuoso, y me quedé a la deriva en un trozo

suelto de hielo que iba menguando constantemente, preparándome así una muerte horrible.

Así pasaron muchas horas espantosas; murieron varios de mis perros, y yo mismo estaba a punto de caer bajo aquel cúmulo de tribulaciones cuando vi anclado su barco, que me tendía esperanzas de auxilio y vida. Me quedé atónito al verlo, pues no tenía ni idea de que los barcos llegaran tan al norte. Rompí enseguida parte de mi trineo para construirme unos remos, y con esos medios conseguí, con infinita fatiga, desplazar mi balsa de hielo hacia su barco. Si se dirigía al sur, estaba decidido a seguir a merced de los mares antes que abandonar mi propósito. Tenía la esperanza de convencerlos de que me dieran una barca con la que pudiera seguir persiguiendo a mi enemigo. Pero iban rumbo al norte. Me recogieron a bordo cuando estaba agotado, y a punto de caer bajo mis múltiples apuros en una muerte que sigo temiendo... porque mi misión no está cumplida aún.

¡Ay! ¿Cuándo me conducirá mi espíritu guía hasta el demonio, otorgándome el descanso que tanto deseo? ¿O acaso he de morir dejándolo vivo? En tal caso, júreme, Walton, que no escapará, que lo buscará usted y satisfará mi venganza con su muerte. Pero ¿osaré pedirle que prosiga mi peregrinación, que soporte las penalidades que he pasado yo? No: no soy tan egoísta. Sin embargo, si aparece cuando haya muerto yo, si los vengadores lo traen ante usted, júreme que no vivirá; júreme que no triunfará de mi cúmulo de desdichas ni vivirá para volver tan desgraciados como yo a otros. Es elocuente y sabe convencer; y sus palabras hasta llegaron a moverme el corazón; pero no se fíe usted de él. Tiene un alma tan infernal como su figura, llena de traiciones y de malicia diabólica. No lo escuche; invoque los espíritus de William, Justine, Clerval, Elizabeth, mi padre y el desgraciado Víctor, y clávele la espada en el corazón. Yo rondaré por allí y dirigiré su acero.

Sigue el diario de WALTON



Ahora que ya has leído esta historia extraña y terrorífica, Margaret, ¿no sientes que se te hiela de horror la sangre, como me pasa a mí ahora mismo? Unas veces se apoderaba de él un dolor repentino y no podía proseguir su cuento; otras veces profería con dificultad sus palabras tan cargadas de dolor, con voz quebrada, aunque penetrante. Los ojos, bellos y delicados, ora se le iluminaban de indignación, ora se le apagaban de pena y abatimiento y se le sumían en una tristeza infinita. A veces recobraba el dominio de su voz y semblante y narraba los incidentes más horribles con voz tranquila, conteniendo toda señal de agitación; después, la cara le adoptaba de pronto una expresión de rabia desenfrenada, como un volcán que entraba en erupción, y gritaba imprecaciones contra su perseguidor.

Su relato es coherente y está contado con visos de ser la pura verdad; sin embargo, te confieso que las cartas de Félix y Safie, que me enseñó, y la aparición del monstruo que vimos desde el barco, me convencieron más de la verdad de su narración que sus aseveraciones, por muy vehementes y coherentes que fueran. Existe, en efecto, un monstruo tal, por lo tanto; no puedo dudarlo; pero estoy anonadado de sorpresa y admiración. A veces intentaba sonsacarle a Frankenstein los detalles sobre la formación de su criatura; pero era un muro impenetrable.

«¿Está loco, amigo mío? —me decía—. ¿Adónde quiere llevarlo su curiosidad insensata? ¿También usted quiere crear un enemigo demoníaco de usted y del mundo? ¿O adónde quiere ir a parar con sus preguntas? ¡Calle, calle! Aprenda de mis desgracias, y no pretenda aumentar las suyas.»

Frankenstein descubrió que estaba tomando notas sobre su historia; me pidió que se las enseñara y me corrigió y amplió él mismo muchos pasajes; pero lo que hizo sobre todo fue dar vida y espíritu a las conversaciones que mantuvo con su enemigo. «En vista de que ha conservado usted mi narración, no quiero que llegue a la posteridad una versión mutilada», me dijo.

Así ha transcurrido una semana, en la que he escuchado un relato más extraño que los cuentos más fantásticos. El interés por mi huésped,

a consecuencia de este relato y de sus modales elevados y delicados, me han sorbido los pensamientos y los sentimientos de mi alma. Quiero tranquilizarlo, pero ¿acaso puedo aconsejar a una persona tan infinitamente desgraciada, tan despojada de toda esperanza de consuelo, que siga viviendo? ¡Oh, no! Ya no puede conocer más alegría que la que alcance cuando apacigüe sus sentimientos destrozados, preparándose para la muerte y el descanso. Tiene un alivio, no obstante, fruto de la soledad y el delirio: cree conversar con los suyos en sueño, y este trato lo consuela de sus desgracias, o lo incita a la venganza, creyendo que esas figuras no son creadas por su fantasía, sino seres reales que vienen a visitarlo desde las regiones de un mundo remoto. Esta fe aporta a sus sueños una solemnidad que los hace aparecer a mis ojos casi tan imponentes e interesantes como si fueran reales.

Nuestras conversaciones no siempre se limitan a su historia y desventuras. Da muestras de conocimientos sin límites y entendimiento vivo y penetrante sobre cualquier materia de literatura general. Su elocuencia es vigorosa y conmovedora, y no puedo oírlo sin derramar lágrimas cuando relata un incidente patético o procura despertar compasión o cariño. ¡Qué personaje tan excelente ha debido ser en su época de prosperidad, viendo lo noble y divino que es en su ocaso! Parece que él mismo es consciente de su propia valía y de la enormidad de su caída.

—Cuando era más joven me sentía destinado para alguna grande empresa —me dijo—. Tengo sentimientos profundos, pero tenía una frialdad de juicio que me capacitaba para logros ilustres. Aquella noción de la valía de mi carácter me sustentaba cuando otros se habrían sentido oprimidos; pues me parecía un delito derrochar en una pena inútil el talento que podría resultar útil a mis semejantes. Cuando pensaba en el trabajo que había llevado a cabo, nada menos que la creación de un animal sensible y racional, no podía considerarme a la misma altura de la muchedumbre de inventores vulgares. Pero esta sensación, que me apoyaba al principio de mi carrera, no me sirve ahora más que para hundirme más en el polvo. Todas mis especulaciones y esperanzas no son nada, y estoy encadenado en un inferno eterno, como aquel arcángel que aspiró a

ser omnipotente. Tenía una imaginación viva, junto con un intenso poder de análisis y aplicación; la conjunción de estas cualidades me hizo concebir y ejecutar la creación de un hombre. Todavía no puedo recordar sin pasión los ensueños que tenía cuando estaba completando la obra. Pisaba el cielo en mis pensamientos, ya regocijándome de mi poder, ya ardiendo al pensar en sus efectos. Desde la más tierna infancia me inculcaron altas esperanzas y ambiciones elevadas; ipero ahora estoy hundido! ¡Oh, amigo mío! Si me hubiera conocido usted tal como era, no me reconocería en este estado de degradación. Rara vez me visitaba el corazón el desánimo; parecía que me impulsaba un destino elevado, hasta que caí para no volver a levantarme jamás.»

¿He de perder a esta persona admirable, entonces? Yo anhelaba tener un amigo; había buscado alguno que me comprendiera y me quisiera. Y he aquí que lo he hallado en estos mares desolados; pero me temo que sólo lo he encontrado para conocer su valor y perderlo. Quisiera reconciliarlo con la vida, pero él desecha la idea.

—Le agradezco sus buenas intenciones con un desgraciado tan miserable como yo, Walton —me dijo—; pero cuando me habla usted de nuevos vínculos y afectos, ¿acaso cree que podré encontrar alguno que sustituya a los que he perdido? ¿Puede ser algún hombre para mí lo que fue Clerval, o alguna mujer lo que fue Elizabeth? Aun cuando no existe ninguna excelencia superior que mueva los afectos, nuestros compañeros de infancia tienen siempre un cierto poder sobre nuestras mentes que apenas puede alcanzar ningún amigo posterior. Conocen nuestras tendencias infantiles, que nunca perdemos del todo por mucho que se modifiquen más tarde; y pueden juzgar nuestros actos conociendo nuestras motivaciones con mayor certidumbre. Una hermana o un hermano no pueden sospechar engaños o falsedades por parte de otro, a no ser que conozcan esta propensión desde una edad temprana, mientras que un amigo, por muy fuerte que sea su apego, puede caer en la sospecha en contra de su voluntad. Y, con todo, yo tenía unos seres queridos a los que no sólo amaba por costumbre y trato, sino también por sus propios méritos; y, esté donde esté, me susurrarán siempre en el oído la voz tranquilizadora de mi Elizabeth y la conversación

de Clerval. Han muerto; y en esta desolación sólo me queda un sentimiento capaz de animarme a conservar la vida. Si me ocupara de alguna empresa o designio elevado, lleno de utilidad para mis semejantes, podría vivir para llevarlo a cabo. Pero no es éste mi destino: debo perseguir y destruir al ser al que di la existencia; entonces se habrá cumplido mi suerte en este mundo y podré morir.

2 de septiembre

Mi querida hermana:

Te escribo rodeado de peligros y sin saber si estoy destinado a volver a ver mi querida Inglaterra y a los seres más queridos todavía para mí que viven en ella. Estoy rodeado de montañas de hielo que no admiten salida y amenazan aplastar mi barco a cada instante. Los valientes a los que convencí que me acompañaran confían en mí, pero yo no puedo hacer nada por ellos. Nuestra situación tiene algo de terrible y desoladora; sin embargo, no pierdo el valor ni las esperanzas. Podemos sobrevivir; y, en caso contrario, repetiré la lección de mi Séneca y moriré con buen ánimo.

Pero ¿qué ánimo será el tuyo, Margaret? No te enterarás de mi perdición y esperarás mi regreso con angustia. Pasarán los años y tendrás accesos de desesperación, aunque te atormentará también la esperanza. ¡Oh, querida hermana, tus futuras esperanzas baldías me parecen más terribles que mi propia muerte! Pero tú tienes esposo y unos hijos encantadores; puedes ser feliz. ¡El cielo te bendiga y te lo otorgue!

Mi huésped desventurado me mira con la compasión más tierna. Procura llenarme de esperanzas y habla como si apreciara la vida. Me recuerda cuántas veces se han encontrado en las mismas circunstancias otros navegantes que se han aventurado por este mar, y me llena de presagios optimistas a pesar de mí mismo. Los propios marineros sienten la fuerza de su elocuencia; ya no desesperan; los llena de energía y, mientras escuchan su voz, les parece que estas vastas montañas de hielo no son más que toperas que se desharán ante el tesón del hombre. Estos sentimientos son pasajeros; cada

día que se retrasan sus esperanzas los llena de nuevos temores, y casi temo que su desesperación los lleve a amotinarse.

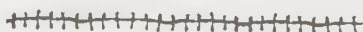
5 de septiembre

Ha sucedido un hecho que se sale tanto de lo común, por su interés, que no puedo dejar de relatártelo, a pesar de las escasas probabilidades de que te lleguen estos papeles.

Seguimos rodeados de montañas de hielo, seguimos en peligro inminente de que nos aplasten entre sí. Hace un frío excesivo, y muchos de mis desventurados camaradas han encontrado ya su tumba en este paraje de desolación. La salud de Frankenstein ha decaído día a día; todavía le brilla en los ojos un fuego febril; pero está agotado y, después de cualquier esfuerzo, vuelve a hundirse en un estado de aparente abatimiento.

En mi última carta hablaba de mi temor a que se produjera un motín. Esta mañana, observando el semblante macilento de mi amigo (tiene los ojos entrecerrados, y los miembros le cuelgan inertes), me sobresaltó la llegada de media docena de marineros que querían entrar en mi camarote. Los dejé pasar, y su jefe tomó la palabra. Me dijo que los habían elegido para que se presentaran ante mí en representación de todos los marineros, con el fin de hacerme una petición que no podía negarles en justicia. Estábamos encerrados entre el hielo y lo más probable era que no escapásemos de allí; pero lo que temían era que, en el caso posible de que se deshiciera el hielo y quedara paso expedito, yo tuviera la temeridad de proseguir el viaje y conducirlos a nuevos peligros, después de haber superado éste felizmente. Querían, por lo tanto, que les prometiera solemnemente que si el barco quedaba libre, pondría rumbo al sur al instante.

Este discurso me desazonó. Yo no había desesperado, ni había concebido la idea de regresar, caso de quedar libre. Pero ¿era justo, o posible siquiera, negarme a esta petición? Titubeé antes de responder; y entonces Frankenstein, que había guardado silencio al principio y, de hecho, aparentaba no tener fuerzas para atender a la conversación, se animó, le brillaron



los ojos y se le enrojecieron las mejillas con vigor momentáneo. Volviéndose hacia los hombres, les dijo:

—¿Qué pretendéis? ¿Qué queréis exigir a vuestro capitán? ¿Os volvéis atrás en vuestros propósitos con tal facilidad? ¿No habíais dicho que ésta era una expedición gloriosa? ¿Y por qué era gloriosa? No sería porque seguía un camino suave y plácido, como por un mar templado, sino porque estaba erizado de peligros y terrores; porque tendríais que poner en juego vuestra fortaleza y mostrar vuestro valor en cada nuevo incidente, y tendríais que afrontar y superar estos peligros. Por eso era gloriosa la empresa, por eso era honrosa. Os recibirían más adelante como benefactores de vuestra especie; adorarían vuestros nombres como el de unos valientes que hicieron frente la muerte por la honra y el bien de la humanidad. Y ahora, he aquí que, con la primera imaginación de peligro o, si queréis, con la primera prueba poderosa y terrible que ha de sufrir vuestro valor, os encogéis y os contentáis con ser recibidos como hombres que no tuvieron fuerza para soportar el frío y el peligro; y por eso los pobre-cillos volvieron tiritando al amor de la lumbre de sus hogares. Vaya, para demostrar así que sois unos cobardes no hacían falta tantos preparativos; no hacía falta que vinieseis hasta aquí, arrastrando a vuestro capitán a la deshonra de una derrota. ¡Oh! Sed hombres, o más que hombres. Seguid tenaces en vuestro propósito, firmes como rocas. Este hielo no está hecho de la misma materia que vuestros corazones; es mudable; no se os podrá resistir si vosotros os lo proponéis. No volváis a vuestras familias con la marca de la deshonra en la frente. Volved como héroes que lucharon y vencieron, y que no saben qué cosa es volver la espalda al enemigo.

Habló con una voz tan ajustada a los diversos sentimientos que expresó en su discurso, con los ojos tan llenos de altos designios y heroísmo, que no es de extrañar que los hombres se conmovieran. Se miraron entre sí, incapaces de responder. Les dije que se retiraran y pensaran en lo que se había dicho; que no los llevaría más al norte si ellos se empeñaban firmemente en lo contrario; pero que esperaba que recuperaran el valor con la reflexión.

Se retiraron, y me volví hacia mi amigo; pero estaba sumido en la apatía y casi sin vida.



No sé en qué acabará todo esto; pero prefiero morir a volver de manera vergonzosa, sin haber cumplido mi propósito. Me temo, no obstante, que éste será mi destino. La tripulación, a la que no anima ningún concepto de la gloria y el honor, no puede seguir soportando voluntariamente las penalidades presentes.

7 de septiembre

La suerte está echada: he accedido a volver, si no quedamos destruidos. Así quedan truncadas mis esperanzas por la cobardía y la falta de decisión. Vuelvo ignorante y decepcionado. Haría falta más estoicismo del que yo tengo para saber sobrellevar esta injusticia con paciencia.

12 de septiembre

Todo ha terminado: regreso a Inglaterra. He perdido mis esperanzas de serle útil a la humanidad y alcanzar la gloria. He perdido a mi amigo. Pero voy a intentar contarte estas tristes circunstancias con detalle, mi querida hermana, y no voy a estar abatido mientras el viento me lleva hacia Inglaterra y hacia ti.

El 9 de septiembre empezó a moverse el hielo y se oyeron a lo lejos bramidos como truenos, al cuartearse y quebrarse las islas en todas direcciones. Corríamos un peligro inminente; pero como no podíamos hacer más que aguardar, dediqué mi atención a mi huésped desventurado, cuya enfermedad se había agravado hasta tal punto que no podía salir de la cama. El hielo se quebró a nuestra espalda y se desplazó con fuerza hacia el norte; se levantó una brisa del oeste, y el día 11 quedó completamente despejado el camino hacia el sur. Los marineros, al advertirlo y al ver que tenían asegurado, al parecer, el regreso a su patria, prorrumpieron en un grito de alegría tumultuosa, largo y sonoro. Frankenstein, que dormitaba, se despertó y preguntó la causa del tumulto.

—Gritan porque pronto regresarán a Inglaterra.

—¿Se vuelve usted, entonces?

—¡Sí, por desgracia! No puedo resistirme a sus exigencias. No puedo conducirlos al peligro en contra de su voluntad, y debo regresar.

—Regrese si quiere; pero yo no lo haré. Usted puede cejar en su empeño, pero el mío me lo ha asignado el cielo, y no oso abandonarlo. Estoy débil; aunque, sin duda, los espíritus que me ayudan en mi venganza me darán fuerza suficiente.

Dicho esto, intentó saltar de la cama; pero el esfuerzo fue excesivo para él. Cayó en el lecho y perdió el sentido.

Tardó mucho tiempo en volver en sí, y yo creí varias veces que había perdido la vida por completo. Abrió los ojos por fin, pero respiraba con dificultad y había perdido el habla. El médico le dio un tónico y nos mandó que no lo molestásemos. Me dijo a mí, aparte, que no le quedaban muchas horas de vida.

Se había pronunciado su sentencia, y yo no podía hacer más que lamentarla y tener paciencia. Me quedé sentado junto a su cama, velándolo, creyendo que dormía, pero al rato me llamó con voz débil y, tras pedirme que me acercara, dijo:

—¡Ay! Me faltan las fuerzas con que había contado; siento que moriré pronto, mientras él, mi enemigo y perseguidor, puede vivir todavía. No crea usted, Walton, que siento en los últimos momentos de mi existencia ese odio voraz y ese deseo ardiente de venganza que expresaba; pero sí que me siento justificado al desear la muerte de mi adversario. En estos últimos días he estado haciendo examen de mi conducta pasada, y no me parece culpable. En un arrebato de locura entusiasta creé una criatura racional, y adquirí ciertas obligaciones para con ella: debía procurarle, en cuanto me era posible, la felicidad y el bienestar. Era mi deber; pero tenía otro superior. Estaba más obligado aún a cumplir mi deber para con mi prójimo, pues de él dependía una mayor proporción de felicidad o desgracia. Teniendo esto en cuenta, me negué, e hice bien en negarme, a crear una compañera para la primera criatura. Ésta dio muestras de maldad y egoísmo sin igual: destruyó a los míos; puso fin a seres dotados de sensaciones, felicidad y sabiduría exquisitas; y

no sé dónde puede acabar esta sed suya de venganza. Él es un desgraciado, pero debe morir para que no vuelva desgraciado a nadie más. La tarea de su destrucción era mía, pero he fracasado. Le pedí a usted que se ocupara de mi labor inacabada, impulsado por motivos egoístas y viciados; y ahora que sólo me mueven la razón y la virtud, vuelvo a hacerle esa petición.

»Pero no puedo pedirle que renuncie a su patria y a los suyos para cumplir esta tarea; y ahora que regresa usted a Inglaterra, tendrá pocas posibilidades de encontrárselo. Pero dejo en sus manos la consideración de estos puntos y la ponderación de lo que puede tomar usted como un deber; la llegada próxima de la muerte ya me altera el juicio y las ideas. No me atrevo a pedirle que haga lo que me parece correcto, pues es posible que me engañe aún la pasión.

»Me inquieta que siga vivo, convertido en un instrumento de maldades; en todos los demás sentidos, esta hora en que espero mi liberación a cada instante es la única de felicidad que he disfrutado desde hace varios años. Las formas de los muertos queridos aletean ante mí, y yo corro a sus brazos. ¡Adiós, Walton! Busque la felicidad en la tranquilidad y evite la ambición, aunque sea la que tan inocente parece de distinguirse en la ciencia y los descubrimientos. Pero ¿por qué digo esto? Aunque mis esperanzas han quedado truncadas en este sentido, puede llegar otro que tenga éxito.

Se le iba debilitando la voz al hablar, hasta que, por último, agotado por su esfuerzo, cayó en el silencio. Cosa de media hora más tarde intentó de nuevo hablar, pero no pudo. Me apretó la mano débilmente y cerró los ojos para siempre, mientras se le desvanecía de los labios el brillo de una suave sonrisa.

¿Qué comentario puedo hacer sobre la extinción temprana de ese espíritu glorioso? ¿Qué voy a decir que te permita comprender cuán honda es mi pena? Todo lo que puedo expresarte sería débil e inadecuado. Me corren las lágrimas; una nube de desilusión me nubla el ánimo. Pero me dirijo a Inglaterra, y allí puedo encontrar consuelo.

Me interrumpen. ¿Qué significan esos ruidos? Es medianoche; sopla una buena brisa y apenas se mueven los que están de guardia en cubierta. Otra vez; hay un ruido como de una voz humana, pero más ronca; viene del

camarote donde yacen aún los restos de Frankenstein. Debo salir a investigar. Buenas noches, hermana.

¡Dios santo! ¡Qué escena acaba de producirse! Todavía me marea su recuerdo. No sé si sabré relatarla con detalle; pero el relato que he recogido quedaría incompleto sin este desenlace final y asombroso.

Entré en el camarote donde yacían los restos de mi desventurado y admirable amigo. Se cernía sobre él una figura que no encuentro palabras para describir; de estatura gigantesca, pero disforme y desproporcionado. Inclinado como estaba sobre el ataúd, le ocultaban el rostro largas guedejas de pelo revuelto; pero tenía extendida una mano, semejante en color y textura a la de una momia. Cuando me oyó llegar, dejó de proferir exclamaciones de dolor y horror y saltó hacia la ventana. No he contemplado en mi vida una visión tan horrible, tan aborrecible y espantosa, como la de su rostro. Cerré los ojos sin querer e intenté recordar cuál era mi deber para con ese destructor. Le pedí que se quedara.

Se detuvo, mirándome con asombro, y, volviéndose de nuevo hacia el cuerpo sin vida de su creador, aparentó olvidarse de mi presencia, mientras todos sus rasgos y gestos parecían instigados por un arrebatado desenfadado de rabia incontrolable.

—¡Esta también es víctima mía! —exclamó—. Su asesinato es la culminación de mis crímenes; ¡mi vida miserable toca a su fin! ¡Oh, Frankenstein, generoso y entregado! ¿De qué me sirve ahora pedirte perdón, a mí, que he destruido irremisiblemente todo lo que amabas? ¡Ay! Está frío; no me puede responder.

Parecía que se ahogaba al hablar la voz; y mi primer impulso, sugerido por el deber de cumplir lo que me había pedido mi amigo en su lecho de muerte, es decir, que destruyera a su enemigo, quedó suspendido por una mezcla de curiosidad y compasión. Me acerqué al ser tremendo. No osé volver a levantar la mirada hacia su rostro, tan temible y sobrenatural era en su fealdad. Intenté hablar, pero me faltaron las palabras. El monstruo siguió profiriendo reproches desenfadados e incoherentes contra sí mismo. Por fin, en una pausa de la tempestad de su pasión, cobré el valor suficiente para dirigirme a él.

—Tu arrepentimiento ya es superfluo —le dije—. Si hubieras atendido a la voz de la conciencia, si hubieras obedecido el aguijón de los remordimientos antes de llevar hasta este extremo tu venganza diabólica, Frankenstein viviría aún.

—¿Y acaso sueñas, crees acaso, que yo era insensible a los sufrimientos y al dolor? —replicó el demonio—. Él no sufrió más al consumarse los hechos —añadió, mientras señalaba el cadáver—. ¡Oh, no, no sufrió ni la diezmilésima parte de la angustia que pasé yo durante su ejecución en todos sus detalles morosos! A mí me impulsaba un egoísmo atroz, al tiempo que los remordimientos me envenenaban el corazón. ¿Crees acaso que los quejidos de Clerval sonaban como música en mis oídos? Se me había formado el corazón para que fuera susceptible de conocer el amor y la simpatía; y cuando las desgracias lo arrastraron al odio y la maldad, no soportaba la violencia del cambio sin unos sufrimientos que no te puedes imaginar siquiera.

»Después del asesinato de Clerval, regresé a Suiza, descorazonado y abrumado. Sentía lástima por Frankenstein; mi lástima equivalía a un franco horror: me aborrecía a mí mismo. No obstante, cuando descubrí que él, autor de mi existencia y, al mismo tiempo, de sus tormentos inexpresables, osaba esperar la felicidad; que, mientras amontonaba miserias y desesperación sobre mí, él buscaba su propio deleite en sentimientos y pasiones que a mí se me habían vedado para siempre, entonces la envidia impotente y la indignación amarga me llenaron de una sed insaciable de venganza. Recordé mi amenaza y me resolví a cumplirla. Sabía que me estaba preparando un tormento mortal para mí mismo; pero era esclavo y no dueño de un impulso que detestaba sin poder desobedecerlo. Pero cuando murió ella... No, entonces no sufrí. Me había despojado de todo sentimiento, había acallado toda angustia en el exceso de mi desesperación. El mal se convirtió en mi bien a partir de entonces. Obligado a ello, no tuve más remedio que adaptar mi carácter a un elemento que había elegido voluntariamente. La culminación de mi designio demoníaco se convirtió en una pasión insaciable. Y ya ha concluido: ¡he ahí a mi última víctima!



Estas expresiones de su desgracia me conmovieron al principio; pero cuando me vino a la memoria lo que me había dicho Frankenstein acerca de su elocuencia y dotes de persuasión; y cuando volví a poner los ojos en el cuerpo sin vida de mi amigo, volvió a avivarse mi indignación.

—¡Desgraciado! —le recriminé—. Bien puedes venir aquí a lloriquear por la desolación que has causado tú mismo. Arrojas una antorcha sobre un edificio y, cuando se ha consumido, te sientas entre las ruinas a lamentar el desastre. ¡Diablo hipócrita! Si viviera aún aquél al que lloras, todavía sería objeto, todavía sería presa de tu venganza maldita. Lo que sientes no es lástima; sólo te lamentas porque ya no está a tu alcance la víctima de tu maldad.

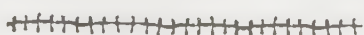
—¡Oh, no es así, no es así! —me interrumpió aquel ser—, aunque ésa debe de ser la impresión que te producen las apariencias de mis actos. Sin embargo, no pretendo que compartas mi tristeza. Jamás podré encontrar comprensión. Cuando empecé a buscarla, quería compartir los sentimientos de felicidad y afecto de que rebosaba todo mi ser. Pero ahora que la virtud se ha convertido en una sombra para mí, y que la felicidad y el afecto se me han vuelto en desesperación amarga y aborrecimiento, ¿qué comprensión voy a buscar? Me contento con sufrir a solas, mientras perduren mis sufrimientos. Cuando muera, me conformo con que mi recuerdo quede cargado de aborrecimiento y oprobio. Hubo un tiempo en que calmaba mis imaginaciones con sueños de virtud, fama y deleites. Una vez albergué la falsa esperanza de reunirme con unos seres que pasarían por alto mi forma externa y me querrían por las cualidades excelentes que yo era capaz de sacar a relucir. Me alimentaba de pensamientos elevados de honor y devoción. Pero ahora el vicio me ha degradado por debajo del más vil de los animales. No es posible encontrar crímenes, maldades, malicia ni miseria comparables con las mías. Cuando recuerdo el catálogo espantoso de mis fechorías, me parece increíble ser el mismo que albergó una vez unos pensamientos llenos de visiones sublimes y trascendentales de la belleza y la majestuosidad del bien. Pero así es, y el ángel caído se convierte en un demonio maligno. Sin embargo, hasta aquel enemigo de Dios y del hombre tenía amigos y compañeros en su desolación; yo estoy completamente solo.



»Parece que tú, que llamas amigo tuyo a Frankenstein, conoces mis crímenes y sus desventuras. Sin embargo, en la relación que te habrá dado de ellos no ha podido resumir todas las horas y meses de sufrimiento que he pasado, consumiéndome en pasiones impotentes. Pues mientras destruía sus esperanzas, no satisfacía mis deseos. Ardían y me consumían constantemente; seguía deseando amor y compañía, y seguía siendo despreciado. ¿No había ninguna injusticia en esto? ¿He de ser considerado el único criminal, cuando toda la humanidad pecaba contra mí? ¿Por qué no odias a Félix, que echó de su puerta con desprecio al que era su amigo? ¿Por qué no condenas al campesino que intentó destruir al que había salvado a su hija? No: ison seres virtuosos e intachables! Yo, el miserable y el abandonado, soy un aborto que merece ser despreciado, pisoteado y expulsado a patadas. Ahora mismo me hierva la sangre al recordar esta injusticia.

»Pero es verdad que soy un desgraciado. He asesinado a seres indefensos y encantadores; he estrangulado a inocentes mientras dormían y ahogado al que no me había hecho ningún daño, ni a mí ni a ninguna otra criatura viviente. He acarreado a la desgracia a mi creador, que era ejemplo vivo de todo lo que es digno de amor y admiración entre los hombres; lo he perseguido hasta llevarlo a la ruina irremediable. Ahí está, pálido y frío por la muerte. Tú me odias, pero tu aborrecimiento no puede igualar al que siento yo hacia mí mismo. Miro las manos que ejecutaron esa acción; pienso en el corazón que lo concibió, y espero el momento en que ya no las tendré a la vista ni me persiga su recuerdo.

»No temas que vaya a ejecutar nuevas maldades. Mi labor está casi completa. No se requiere tu muerte, ni la de ningún otro hombre, para consumir mi vida y que se cumpla lo que se ha de hacer; pero sí que se requiere la mía. No creas que voy a tardar en realizar este sacrificio. Abandonaré tu barco en la balsa de hielo que me trajo hasta aquí, y buscaré el extremo austral del globo; construiré mi pira funeraria y reduciré a cenizas este cuerpo desdichado, para que sus restos no le enseñen nada a ningún miserable curioso y maldito, dispuesto a crear otro como he sido yo. Moriré. Ya no sentiré los suplicios que me consumen ni seré presa de sentimientos insatisfechos y sin saciar. El que me creó ha muerto; y, cuando yo ya no exista,

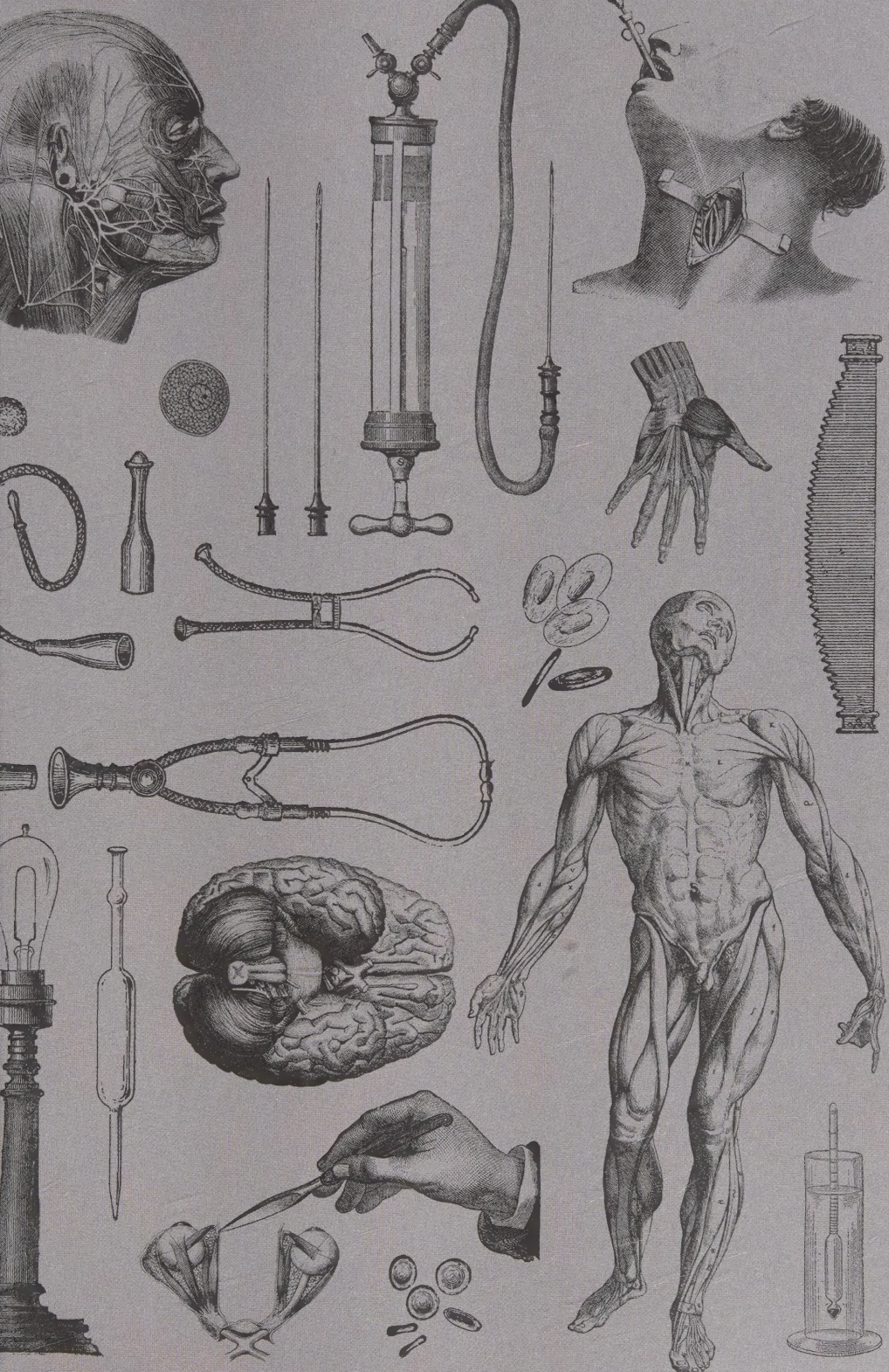


se perderá rápidamente el recuerdo mismo de los dos. Ya no veré el sol ni las estrellas, ni sentiré el viento en mis mejillas. Pasarán la luz, las sensaciones y la consciencia, y en ese estado tendré que encontrar mi felicidad. Hace unos años, cuando se abrieron ante mí las primeras imágenes de este mundo, cuando sentí el calor gratificante del verano y oí el rumor de las hojas y el canto de los pájaros, y aquello lo era todo para mí, la idea de morir me habría hecho llorar. Ahora es mi único consuelo. Contaminado por los crímenes y desgarrado por el remordimiento más amargo, ¿dónde podré encontrar el descanso, si no es en la muerte?

»¡Adiós! Te dejo, y dejo en ti al último miembro de la especie humana que verán estos ojos. ¡Adiós, Frankenstein! Si vivieras aún, y albergaras todavía un deseo de venganza contra mí, lo verías saciado mejor con mi vida que con mi destrucción. Pero no fue así; si buscaste mi destrucción, fue para que no provocara desgracias mayores; y si no has dejado de pensar y de sentir, de alguna manera que yo no conozco, no quieres que viva para que sea desgraciado. Con todo lo desdichado que fuiste, mi suplicio fue mayor que el tuyo, pues el aguijón amargo del remordimiento no dejará de enconarme las heridas hasta que la muerte me las cierre para siempre.

»Pero ¡pronto moriré, y no sentiré lo que siento ahora! —exclamó con entusiasmo triste y repentino—. Pronto se extinguirán estas miserias ardientes. Subiré triunfal a mi pira funeraria y me regocijaré con el tormento de las llamas. La luz de ese incendio se extinguirá; los vientos dispersarán mis cenizas en el mar. Mi espíritu descansará en paz; o, si piensa, no pensará de este modo, sin duda. Adiós.

Dicho esto, saltó por la ventana del camarote a la balsa de hielo que estaba cerca del barco. Las olas se lo llevaron enseguida, y se perdió en la oscuridad y la distancia.







Alma Clásicos Ilustrados es una colección única que reúne obras maestras de la literatura universal con un diseño acorde con la personalidad de cada título. La selección abarca libros y autores de todos los géneros, épocas y lugares editados en cuidadas traducciones, e incluye ilustraciones creadas por talentosos artistas. Magníficas ediciones para ampliar su biblioteca y disfrutar del placer de la lectura con todos los sentidos.



Durante el lluvioso verano de 1816, cuatro de los escritores ingleses más talentosos de su tiempo se dieron cita en Villa Diodati.

La mansión a orillas del lago Ginebra fue el escenario en el que Lord Byron, John Polidori, Percy Bysshe Shelley y Mary Shelley se retaron a escribir una historia de terror. Aquel juego llevó a la autora londinense a crear *Frankenstein*, una de las grandes cimas del horror gótico y una brillante reflexión sobre la ética científica. La novela narra el intento de un joven estudiante de medicina de crear vida artificial y las terribles consecuencias de su experimento.

«Tenía la frente cubierta de sudor frío, me castañeteaban los dientes y se me estremecían todos los miembros. De pronto, a la luz pálida y amarillenta de la luna, que se abría paso entre las contraventanas, vi al desgraciado, al monstruo miserable que había creado.»

ISBN 9788415618799



9

7 8 8 4 1 5 6 1 8 7 9 9

US \$15.95

CAN \$20.95

5 1 5 9 5



ALMA CLÁSICOS ILUSTRADOS